

Daniel Paul Schreber
Memorias de
un enfermo nervioso

Traducción y Estudio preliminar
de Ramón Alcalde

Prólogo
de Luis Gusmán



Título original: *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken*
Traducción: Ramón Alcalde

© De esta edición:
1999, LIBROS PERFIL S.A.
Chacabuco 271
(1069) Buenos Aires

Diseño: Claudia Vanni
ISBN: 950-639-326-5
Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Primera edición: Agosto de 1999
Composición: Taller del Sur
Paseo Colón 221, 8° 11 - Buenos Aires
Impreso en el mes de julio de 1999
Verlap S.A. Producciones Gráficas
Comandante Spurr 653, Avellaneda
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Todos los derechos reservados.

I
MEMORIAS DE UN ENFERMO NERVIOSO

PRÓLOGO

Al comenzar este trabajo, no había pensado aún en publicarlo. La idea se me ocurrió sólo cuando ya había avanzado en él. No me he disimulado los reparos que parecían oponerse a una publicación; se trata principalmente de la consideración por algunas personas que aún viven. Por otra parte, soy de la opinión de que podría ser valioso para la ciencia y para el conocimiento de verdades religiosas posibilitar, mientras aún estoy con vida, cualquier tipo de observaciones sobre mi cuerpo y mis vicisitudes personales por parte de personas especializadas. Frente a esta reflexión, tienen que callar todas las consideraciones personales.

La totalidad del trabajo se redactó así:

Las "Memorias" propiamente dichas (capítulos I-XXII), en el lapso que va desde febrero a septiembre de 1900.

Los "Apéndices" I a VII, en el período que va desde octubre de 1900 a junio de 1901.

La segunda serie de "Apéndices", a fines de 1902.

En el tiempo transcurrido desde que inicié el trabajo mi situación externa ha cambiado sustancialmente. En tanto que al comienzo vivía yo en una reclusión casi carcelaria y, en particular, estaba excluido de la frecuentación de personas educadas y aun de la mesa familiar de las autoridades del hospital (a la que tenían acceso los así llamados pensionados del hospital), no salía nunca de los muros del hospital, etcétera, paulatinamente se me ha concedido una mayor libertad de movimiento y se me ha posibilitado en una medida siempre creciente el trato con personas educadas. En el proceso de incapacidad mencionado en el capítulo XX obtuve finalmente un éxito completo, aunque sólo en segunda instancia, pues la sentencia de incapacidad dictada el 13 de marzo de 1900 por el Real Tribunal de Primera Instancia de Dresde fue revocado por el pronunciamiento del Real Tribunal Supremo de la Provincia de Dresde, del 14 de julio de 1902, que pasó en cosa juzgada. En él se reconoce mi capacidad para contratar y se me devuelve la libre disposición de mis bienes. En cuanto a mi permanencia en el hospital, hace varios meses que tengo en las manos el testimonio escri-

to de la Administración, donde declara que no existe obstáculo fundamental para autorizar mi libertad; pienso, por consiguiente, regresar a mi hogar a comienzos del año próximo.

A lo largo de todos estos cambios se me ha dado la oportunidad de ampliar sustancialmente el ámbito de mis observaciones personales. De resultados de ellas, muchas de las opiniones que había expresado anteriormente tendrían que sufrir cierta corrección; en especial no puedo abrigar duda alguna de que el llamado “jugueteo con seres humanos” (el influjo milagroso) está reducido a mi persona y a lo que en cada oportunidad constituye mi *contorno más cercano*. En virtud de ello, tendría ahora que dar un corte distinto a muchas de mis explicaciones en las *Memorias*. No obstante ello, las he dejado, en lo más importante, en la forma en que las redacté inicialmente. Las modificaciones de detalle hubieran perjudicado la frescura original de la exposición. A mi juicio, tampoco tiene mayor importancia que las ideas que me había formado primeramente en lo referente a las relaciones contrarias al orden cósmico que entre Dios y yo surgieron hayan estado mezcladas con errores de mayor o menor cuantía. De todos modos, lo único que puede aspirar a un interés más general son los resultados a los que he llegado, fundándome en las impresiones y experiencias vividas por mí, respecto de las relaciones *permanentes*, a la esencia y a los atributos de Dios, a la inmortalidad del alma, etcétera. Y a este respecto no he tenido que modificar en lo más mínimo por obra de mis experiencias personales más recientes mis puntos de vista fundamentales, expuestos principalmente en los capítulos I, II, XVIII y XIX de las *Memorias*.

Hospital Mental Sonnenstein, Pirna,
Diciembre de 1902

EL AUTOR

CARTA ABIERTA AL SEÑOR CONSEJERO PRIVADO,
PROFESOR DOCTOR FLECHSIG

Muy distinguido señor Consejero Privado:

Me permito remitirle adjunto un ejemplar de las *Memorias de un enfermo nervioso*, de las que soy autor, rogándole que las someta a un examen benévolo.

Verá usted que en mi trabajo, especialmente en los primeros capítulos, su nombre se menciona con mucha frecuencia, en parte relacionándolo con circunstancias que podrían herir su sensibilidad. Esto es algo que siento muchísimo, pero que lamentablemente me es imposible modificar en nada, si no quiero cerrar desde el comienzo mismo la posibilidad de que mi trabajo sea comprendido. De todas maneras, está muy lejos de mi la intención de atentar contra su honor, así como *tampoco abrigo contra nadie ninguna clase de resentimiento personal*, sino que con mi trabajo persigo únicamente la finalidad de promover el conocimiento de la verdad en un campo sumamente importante, el de la religión.

Tengo la incommovible certidumbre de que a este respecto poseo experiencias que —si se llegara a un reconocimiento general de su validez— tendrían sobre los demás hombres el efecto más fructífero que se pueda imaginar. También me resulta indudable que el nombre de usted desempeña un papel esencial en la evolución genética de las circunstancias correspondientes, en la medida en que algunos nervios, extraídos de su sistema nervioso, se convirtieron en “almas probadas”, en el sentido que se define en el capítulo I de las *Memorias*, y en carácter de tales obtuvieron un poder sobrenatural, de resultas de lo cual ejercieron durante años sobre mí un influjo nocivo, y hasta este día lo siguen ejerciendo. Al igual que otras personas, usted se sentirá inclinado de primera intención a ver en este supuesto tan sólo un desvarío de mi fantasía, que tiene que ser juzgado como patológico; para mí existe un cúmulo en verdad abrumador de razones probatorias de su acierto, que desearía que usted conociese en detalle por el contenido de mis *Memorias*. Aún ahora siento cada día y cada hora el influjo nocivo, fundado en milagros, de esa “alma probada”; aún hoy las Voces

que hablan conmigo me traen cada día a la memoria centenares de veces su nombre de usted, vinculándolo con circunstancias que siempre se reiteran, y en especial señalándolo como culpable de aquellos perjuicios, a pesar de que hace mucho que las relaciones personales que durante algún tiempo entre nosotros existieron han pasado para mí a segundo plano, por lo cual difícilmente tendría yo motivo alguno para acordarme nuevamente de usted, máxime con cualquier género de rencor.

Muchos años he reflexionado acerca de cómo conciliar estos hechos con el respeto por su persona, *de cuya honorabilidad y mérito moral no tengo el menor derecho a dudar*. A propósito de ello, muy recientemente, poco antes de la publicación de mi trabajo, se me ocurrió una idea nueva, que *acaso* podría llevar al camino acertado para la explicación del enigma. Como se señala en el final del capítulo IV y en el comienzo del capítulo V de las *Memorias*, no me cabe la menor duda de que *el primer impulso* para lo que mis médicos han considerado siempre meras “alucinaciones” pero que para mí representa un trato con fuerzas sobrenaturales consistió *en un influjo procedente del sistema nervioso de usted y ejercido sobre mi sistema nervioso*. ¿Dónde podría encontrarse la explicación de este hecho? Me parece verosímil pensar en la posibilidad de que usted (movido, como de buen grado quiero suponer), en un primer momento por fines terapéuticos haya mantenido con mis nervios, y por *cierto estando espacialmente separado*, un trato de hipnosis, sugestión o como haya de llamarse. En el transcurso de ese trato, podría usted haber tenido alguna vez la percepción de que desde alguna otra parte se me hablaba también mediante voces que aludían a un origen sobrenatural. Podría usted, luego de esta asombrosa percepción, haber mantenido el trato conmigo cierto tiempo más, llevado por el interés científico, hasta que la situación se hubiera vuelto, por así decirlo, inquietante para usted mismo, y por ello se hubiera sentido usted motivado a cortar el trato. También podría haber sucedido que una parte de sus nervios –probablemente sin que usted tuviera conciencia de ello– hubiera sido sustraída a su cuerpo de una manera que sólo sobrenaturalmente puede explicarse, y elevada al cielo en calidad de “alma probada”. Esta “alma probada”, que adolecía de errores humanos como todas las almas no purificadas, se habría dejado llevar luego –conforme con el carácter de las almas, en la medida en que lo conozco con certeza– sin ser refrenada por nada que equivalga a la voluntad humana, por el solo afán de autoafirmación y de despliegue de poder, exactamente como sucedió durante mucho tiempo, según lo consignado en mis *Memorias*, con otra “alma probada”, la de von W. Por consiguiente, sería quizá posible que hubiera que cargar exclusivamente en la cuenta de esta “alma probada” todo aquello por lo cual creí equivocadamente los años anteriores que debía responsabilizar a usted, es-

pecialmente por los influjos indudablemente perjudiciales sobre mi cuerpo. En tal caso, no sería necesario que recayese tacha alguna sobre su persona, y a lo sumo quedaría acaso en pie el ligero reproche de que usted, como tantos médicos, no habría podido resistir del todo a la tentación de tomar *también como objeto de investigación para experimentos científicos*, además de los estrictos fines terapéuticos, a un paciente confiado a su atención, al presentarse casualmente un motivo de sumo interés científico. Es más; hasta puede plantearse la pregunta de si todas las habladurías de las Voces acerca de que alguien perpetró un almicidio no tendrían quizá que reducirse al hecho de que a las almas (los Rayos) les hubiera parecido absolutamente inadmisibles que se ejerciera sobre el sistema nervioso de otro hombre un influjo que, en cierto grado, como sucede en la hipnosis, deja prisionera a su voluntad; y que para caracterizar de la manera más enérgica posible esa inadmisibilidad, se hubiera echado mano, con esa propensión tan peculiar de las almas al estilo hiperbólico y a falta de otra expresión disponible, a la expresión, que de alguna manera estaba ya antes en curso, de “almicidio”.

No necesito casi destacar *qué incalculable importancia tendría* si mis precedentemente señaladas conjeturas resultaran de alguna manera confirmadas, y, de manera especial, por los recuerdos que usted mismo conserva en su memoria. Todo el resto de mi exposición ganaría entonces en credibilidad a ojos de todo el mundo y aparecería sin más bajo la luz de un problema científico *serio, que debe ser indagado con todos los medios imaginables*.

Por todo ello, distinguido señor Consejero Privado, le ruego (casi diría: *lo conjuro*) que sin reserva alguna se pronuncie sobre lo siguiente:

1. Si durante mi permanencia en su hospital tuvo lugar por parte de usted algún trato hipnótico, o análogo, conmigo, de suerte que usted ejerciera –especialmente estando espacialmente separado– un influjo sobre mi sistema nervioso;
2. Si entonces fue usted de alguna manera testigo de un trato con Voces que procedían de otra parte y que aludían a un origen sobrenatural, y finalmente;
3. Si, durante mi permanencia en su hospital, recibió *también usted* –especialmente en sueños– visiones, o impresiones de naturaleza semejante a visiones, que hayan versado, entre otras cosas, sobre la omnipotencia de Dios y la libre voluntad del hombre, sobre la emasculación, sobre la pérdida de bienaventuranzas, sobre mis parientes y amigos y también sobre los de usted, especialmente sobre el Daniel Fürchtegott Flechsig, nombrado en el capítulo VI, y muchas otras cosas mencionadas en mis *Memorias*.

A esto debo agregar que por numerosas comunicaciones de las Voces que en esa época hablaban conmigo tengo los más sólidos motivos para pensar que usted *debió tener tales visiones*.

Al apelar a su interés científico, abrigo la confianza de que tendrá usted todo el coraje de la verdad, aun cuando para ello fuera necesario reconocer alguna pequeñez que no causaría ningún perjuicio serio a su reputación y prestigio ante la opinión de cualquier persona sensata.

Si usted deseara remitirme un testimonio escrito, puede usted tener la seguridad que sólo lo publicaría con su consentimiento y en las formas que a usted mismo le pareciera conveniente indicar.

Dado el interés general que podría tener el contenido de esta carta, he considerado adecuado hacerla imprimir como "Carta Abierta" antes del texto de mis *Memorias*.

Dresde, marzo de 1903

Con mi más alta consideración,
Doctor Schreber, presidente de Sala, en retiro.

INTRODUCCIÓN

Como he tomado la decisión de solicitar en un futuro próximo mi alta del hospital para vivir otra vez entre personas cultas y en comunidad hogareña con mi mujer, será necesario proporcionar a aquellas personas que entonces formarán mi círculo de relaciones una idea por lo menos aproximada de mis concepciones religiosas, para que, aun cuando no comprendan las muchas aparentes singularidades de mi conducta, tengan siquiera una vislumbre de la necesidad que me compele a esas singularidades.*

El escrito que sigue a continuación pretende servir a esta finalidad, e intentaré con él proporcionar a otras personas una exposición por lo menos en alguna medida comprensible de las cosas sobrenaturales cuyo conocimiento me fue proporcionado hace aproximadamente seis años. Una comprensión *total* no puedo, ya desde el comienzo, descontarla, pues se trata aquí en parte de cosas que de ninguna manera consienten ser expresadas en lenguaje humano, por cuanto trascienden las posibilidades humanas de concebirlas. Tampoco respecto de mí mismo puedo afirmar que todo lo referente a ellas tenga para mí una incommovible certidumbre; hay muchas cosas que también para mí siguen siendo sólo conjetura y probabilidad. También yo soy, después de todo, tan sólo un hombre, y por consiguiente sujeto a las limitaciones del conocimiento humano, sólo que para mí hay algo que está fuera de duda: que he llegado infinitamente más cerca de la verdad que todos los otros hombres a los cuales no les han sido concedidas revelaciones divinas.

Para ser en cierta medida comprendido, tendré que hablar de muchas cosas mediante imágenes y símiles, que quizás a veces sólo aproximada-

* Advertencia preliminar. Al avanzar en la preparación del presente trabajo se me ocurrió la idea de que tal vez podría tener interés para círculos más amplios. A pesar de ello, he dejado este párrafo inicial como estaba, porque el orientar a mi esposa sobre mis experiencias vividas personales y mis concepciones religiosas ha sido efectivamente el primer motivo para él. En esto se encontrará también la explicación de que a lo largo del trabajo haya considerado muchas veces conveniente dar explicaciones más circunstanciadas de hechos científicamente ya conocidos, la traducción al alemán de palabras extranjeras, etcétera, que para un lector con formación científica hubieran sido prescindibles.

mente serán acertadas; en efecto, la comparación con hechos de la experiencia humana es el único camino por el cual el hombre logra hacer comprensibles, por lo menos hasta un cierto grado, las cosas sobrenaturales que para él seguirán siendo siempre incomprensibles en su esencia más íntima. Donde termina la comprensión racional, comienza el dominio de la fe; el hombre tiene que acostumbrarse a algo: existen cosas que son verdaderas, aunque él no pueda concebirlas.

Así, por ejemplo, ya el concepto de *eternidad* es algo inaprehensible para el hombre. El hombre no puede, estrictamente, imaginarse que exista una cosa que no tiene comienzo ni fin, una causa que no haya que remitir a una causa anterior. Y sin embargo, según yo creo estar obligado a suponer y todos los hombres de sentimientos religiosos suponen junto conmigo, la eternidad pertenece a los atributos de Dios. El hombre estará siempre inclinado a preguntar: “Si Dios ha creado el mundo, ¿cómo entonces comenzó a existir el propio Dios?”. Esta pregunta quedará eternamente sin responder. Algo semejante sucede con el concepto de la creación divina. El hombre sólo puede imaginarse que una nueva materia resulta de materias previamente existentes, mediante el influjo de fuerzas transformadoras, y sin embargo yo creo –como confío poder mostrarlo a continuación con ejemplos particulares– que la creación divina es una creación a partir de la nada. También en los dogmas de nuestra religión positiva están contenidas muchas cosas que escapan a una plena comprensión por parte del entendimiento humano. Cuando la iglesia cristiana enseña que Jesucristo fue hijo de Dios, esto sólo puede entenderse en un sentido hermético, que sólo aproximadamente coincide con el significado propio de las palabras humanas, pues nadie afirmará que Dios, bajo la forma de un ser provisto de órganos sexuales humanos, tuvo comercio con la mujer de cuyo seno nació Jesucristo. Algo análogo sucede con la doctrina de la Trinidad, la resurrección de la carne y otros dogmas cristianos. No quiero de ninguna manera decir con esto que yo reconozca como verdaderos *todos* los dogmas cristianos con el sentido que les da nuestra teología ortodoxa. Al contrario; tengo un firme fundamento para suponer que algunos de ellos son decididamente falsos o que sólo son verdaderos con gran limitación. Esto vale, por ejemplo, para la resurrección de la carne, que solamente, quizá, bajo la forma de la transmigración de las almas podría pretender una verdad relativa y temporalmente limitada (que no expresaría el resultado final de la evolución); y para la condenación eterna que recaería sobre ciertos hombres. La concepción de una condenación eterna –que siempre seguiría siendo aterradora para el sentimiento humano, a pesar de la formulación, a mi juicio basada sobre sofismas, con la cual, por ejemplo, Luthardt ha tratado de hacerla aceptable en sus disertaciones apoloéticas– no correspon-

de a la verdad, ya que en general el concepto (humano) de pena –en cuanto recurso destinado a lograr determinados fines dentro de la *comunidad humana*– tiene que ser excluido en lo esencial de las concepciones sobre el Más Allá. En lo referente a esto, sólo más adelante me será posible dar una explicación más detallada.¹

Antes de pasar a exponer cómo, de resultas de mi enfermedad, entré con Dios en relaciones peculiares y, según mostraré de inmediato, contrarias al orden cósmico, necesito hacer primero algunas observaciones preliminares acerca de la naturaleza de Dios y del alma humana, que provisionalmente sólo podrán ser enunciadas como axiomas –proposiciones que no necesitan demostración–, y cuya fundamentación, en la medida en que sea ella posible, sólo intentaré cuando haya avanzado más.

¹ Por otra parte, estoy en condiciones de dar una explicación más precisa, a partir de lo visto por mí mismo, de algunos dogmas cristianos, mostrando de qué manera tales cosas son posibles mediante milagros divinos. Así, en mi propio cuerpo tuvo lugar algo semejante a la concepción de Jesucristo por parte de una virgen intacta, es decir, que nunca tuvo comercio con un varón. Yo he tenido en dos distintas oportunidades (y por cierto en la época en que me encontraba aún en el hospital de Flechsig) genitales femeninos, aunque desarrollados de manera incompleta, y he sentido en mi vientre movimientos en forma de pequeños saltos, como los que caracterizan a las primeras conmociones vitales del embrión humano; mediante un milagro divino, los nervios de Dios correspondientes al semen masculino fueron arrojados dentro de mi cuerpo: había tenido lugar, pues, una fecundación. Además he logrado una idea relativamente clara de la manera como pudo efectuarse la resurrección de Jesucristo: en la última época de mi permanencia en el hospital de Flechsig y en la primera época de mi permanencia aquí he visto, no en una sola ocasión sino en cientos de ellas, cómo figuras humanas eran esbozadas durante un breve tiempo mediante un milagro divino para disolverse luego o disiparse: las Voces que hablan dentro de mí designaron estos fenómenos como “hombres hechos a la ligera”, que en parte habían muerto hacía mucho, como por ejemplo el doctor Rudolf J., al que vi en el así llamado Hospital de Pierson, en Coswig, pero también otros, que aparentemente habían llevado a cabo una metempsícosis, por ejemplo, el procurador general B., los miembros del Tribunal Superior Provincial, doctores N. y W., el consejero privado doctor W., el abogado W., mi suegro y otros, todos los cuales llevaban una así llamada vida onírica, es decir, que no daban la impresión de estar en condición de mantener una conversación coherente, así como tampoco yo mismo me sentía inclinado a hablar, principalmente porque no pensaba tener ante mí hombres reales sino sólo títeres milagrosos. Sobre la base de esta experiencia vivida por mí me inclino a suponer que también Jesucristo, el cual, a fuer de verdadero hombre, murió de una muerte verdadera, fue luego durante breve tiempo, por milagro divino, “armado” nuevamente como “hombre hecho a la ligera”, para fortalecer la fe de sus creyentes y preparar así un lugar seguro entre los hombres para la idea de la inmortalidad, pero luego se produjo la disolución natural en los “hombres hechos a la ligera”, con lo cual, según lo que se señalará más adelante, no queda, obviamente, excluido que sus nervios hayan entrado en la bienaventuranza. En cambio, considero que el dogma de la ascensión de Cristo a los cielos es, de acuerdo con esta concepción, una mera fábula que sus discípulos compusieron al desvanecerse el hombre que aún después de su muerte habían visto reiteradamente entre ellos con figura corporal.

CAPÍTULO I*

El alma humana está contenida en los nervios del cuerpo, sobre cuya naturaleza física yo, a fuer de profano, no puedo decir más sino que son comparables a dibujos de damasco de extraordinaria finura –hechos con las hebras más finas–, y de cuya excitabilidad por los influjos externos depende toda la vida espiritual del hombre. Por medio de ellos, los nervios entran en vibraciones que, de una manera imposible de elucidar, generan el sentimiento de placer y desplacer; poseen la capacidad de conservar el recuerdo de las impresiones recibidas (la memoria humana) y, poniendo en tensión su energía volitiva, la fuerza para hacer que los músculos del cuerpo en los que están alojados ejecuten cualesquiera manifestaciones de actividad que ellos deseen. Se desarrollan a partir de los más tenues principios (como embrión humano, como alma infantil) hasta convertirse en un sistema muy amplio que abarca el más extenso dominio del saber humano (el alma del hombre maduro). Una parte de los nervios es apta solamente para recibir las impresiones sensibles (nervios de la vista, el oído, el tacto, la voluptuosidad, etcétera), los cuales, por ende, sólo son aptos para las sensaciones lumínicas, sonoras, de calor, de hambre, de voluptuosidad y de dolor; otros nervios (los nervios del intelecto) reciben y conservan las impresiones espirituales y, en calidad de órganos de la voluntad, otorgan a todo el organismo del hombre el impulso para las exteriorizaciones de su fuerza para actuar sobre el mundo externo. A ello parece deberse la circunstancia de que *cada nervio intelectual represente la individualidad espiritual íntegra del hombre, de que en cada nervio intelectual esté, por así decirlo, inscripta la totalidad de los recuerdos,*² y que el mayor o menor *número* de los nervios intelectivos

* Schreber numeró correlativamente los capítulos de su libro sin darles título. El editor alemán añadió un texto a continuación del número para aclarar el contenido de cada capítulo. En esta edición lo consignamos al pie de página; aquí corresponde “Dios y la inmortalidad”. [N. del E.]

² Si esta suposición es acertada, queda simultáneamente resuelto el problema de la herencia y de la variabilidad, es decir, el hecho de que los hijos en ciertos aspectos se asemejan y en otros difieren de sus padres y antepasados. El semen humano contiene un nervio del padre y se une con un nervio tomado del cuerpo de la madre para formar la nueva unidad que

existentes tenga influjo solamente sobre el lapso durante el cual estos recuerdos pueden ser conservados. Mientras el hombre vive, es cuerpo y alma conjuntamente; los nervios (el alma del hombre) son alimentados por el cuerpo, cuya función coincide en lo esencial con la de los animales superiores, y mantenidos por este en movimiento vital. Si el cuerpo pierde su fuerza vital, se produce para los nervios el estado de pérdida de la conciencia que llamamos *muerte* y que está prefigurado ya en el sueño. Pero con ello no queda dicho que el alma se haya extinguido realmente, sino que las impresiones recibidas se mantienen adheridas a los nervios; el alma, por así decirlo, cumple su sueño hibernar, como muchos animales inferiores, y, del modo que luego se mencionará, puede ser despertada a una nueva vida.

Dios es desde un comienzo sólo nervio, no cuerpo, y por ello algo afín al alma del hombre. Mas los nervios divinos no existen, como sucede en el cuerpo humano, sólo en un número limitado, sino que son infinitos y eternos. Poseen las cualidades que son inherentes a los nervios humanos, elevadas a una potencia que supera toda concepción humana. Tienen, en particular, la capacidad de transformarse en todas las cosas posibles del mundo creado; en esta función se llaman “rayos”; aquí reside la esencia de la creación divina. Entre Dios y el cielo estelar existe una relación íntima. No me atrevo a pronunciarme acerca de si hay que decir que Dios y el mundo de las estrellas son una y la misma cosa o si hay que imaginarse a la totalidad de los nervios divinos como algo situado encima y atrás de las estrellas, y consiguientemente a las estrellas mismas y en especial nuestro Sol tan sólo como *estaciones* que recorre el poder creador milagroso de Dios en su camino hacia nuestra Tierra (y acaso hacia otros planetas habitados).³ Tampoco me atrevo a decir si los cuerpos celestes mismos (estrellas fijas, planetas, etcétera) han sido creados por Dios, o si la creación divina se refiere sólo al mundo orgánico, y por lo tanto si, además de la existencia de un Dios viviente, que para mí ha llegado a ser una certeza inmediata, queda también lugar para la hipótesis de la nebulosa de Kant-Laplace. La verdad completa se encuentra quizás (a la manera de la cuarta dimensión) en una diagonal, que el hombre no puede concebir, entre ambas orientaciones. De todas maneras la fuerza dispensadora de luz y calor que tiene el

de ello resulta. Esta nueva unidad —que será posteriormente el hijo— hace aparecer nuevamente al padre y a la madre, predominando aquel o esta en cada caso; recibe luego por su parte durante su propia vida nuevas impresiones, y transmite a sus descendientes la cualidad de esa manera obtenida.

La concepción de un nervio especial que exprese la unidad espiritual del hombre, el *nervio determinante*, la cual, por cuanto yo sé, constituye el fundamento de la obra del mismo nombre de Du Prel, quedaría, según esto, reducida a la nada.

³ De todo esto tuvieron una vislumbre también nuestros poetas: “Allí, sobre el cielo empíreo, tiene que habitar un padre bueno”, etcétera.

Sol, en virtud de la cual es la causa de toda la vida orgánica sobre la Tierra, debe ser considerada sólo como una manifestación vital mediata de Dios, y por ello, la veneración divina tributada desde antiguo al Sol por tantos pueblos, aunque no encierra en sí toda la verdad, contiene un núcleo de ella muy importante, no demasiado alejado de la verdad misma.

Es posible que las enseñanzas de nuestra astronomía en lo referente a los movimientos, la distancia y la constitución física de los cuerpos celestes, etcétera, sean acertadas en general. En cambio, y esto es para mí indudable a partir de mis experiencias internas, nuestra astronomía no ha captado la verdad íntegra en lo que respecta a la fuerza dispensadora de luz y de calor que poseen las estrellas, y especialmente nuestro Sol, sino que hay que considerarla directa o indirectamente sólo como la parte orientada hacia la Tierra del poder creador milagroso de Dios. Como prueba de esta afirmación, aduciré por ahora sólo el hecho de que hace años que el Sol habla conmigo con palabras humanas y por ello se da a conocer como un ser viviente o como órgano de un ser superior que se encuentra aun por encima de él. Dios hace también el tiempo [meteorológico], esto de ordinario sucede, por así decirlo, espontáneamente, como resultado de la irradiación calórica más o menos intensa del Sol, pero también puede ser dirigido en circunstancias especiales por Dios, de acuerdo con sus propios fines, en determinadas direcciones. Tengo, por ejemplo, indicaciones relativamente seguras de que el crudo invierno del año 1870-1871 fue algo decidido por Dios, para inclinar por ciertos motivos la suerte de la guerra en favor de los alemanes, y también la presuntuosa frase sobre la aniquilación de la armada de Felipe II en 1588, "*Deus afflavit et dissipati sunt*" (Dios envió un sopro de viento y se disiparon) contiene muy probablemente una verdad histórica. Por ello concibo al Sol sólo como el instrumento más cercano a la Tierra para la exteriorización del poder de la voluntad divina: en realidad, en la configuración del tiempo interviene también la totalidad de las restantes estrellas. En especial, el viento o la tempestad se levantan porque Dios se retira a gran distancia de la Tierra; en las circunstancias contrarias al orden cósmico que ahora se han presentado se ha invertido la relación, para señalarlo desde el comienzo, en el sentido de que el estado del tiempo depende en cierta medida de *mi* acción y *mi* pensamiento; no bien me entrego al no-pensar-nada o, lo que significa lo mismo, interrumpo una ocupación que pone de manifiesto la actividad del espíritu humano, por ejemplo jugar al ajedrez en el jardín, inmediatamente se levanta el viento. A quien dude de esta afirmación, que ciertamente suena por entero aventurada, puedo ofrecerle oportunidades casi diarias para convencerlo de su realidad, como lo he hecho reiteradamente en los últimos tiempos para con distintas personas (el consejero privado, mi esposa, mi hermana) en lo que res-

pecta a los así llamados aullidos. La causa consiste en que Dios, no bien me entrego al no-pensar-nada cree poder separarse de mí como de una persona supuestamente idiotizada.

Merced a la luz que irradia del Sol y de las restantes estrellas, tiene Dios la capacidad de percibir todo lo que sucede en la Tierra (y en otros planetas eventualmente habitados): el hombre diría “ver”; en este sentido puede hablarse figuradamente del Sol y de la luz de las estrellas como del “Ojo de Dios”. Este se deleita en todo lo que ve, en cuanto producto que es de su poder creador, de la misma manera como el hombre se complace en el trabajo de sus manos o en lo creado por su espíritu. Pero en lo que a esto se refiere, la situación existente hasta producirse aquella crisis de la que habré de ocuparme más adelante era que Dios dejaba, en general, librado a sí mismo el mundo creado por él y los seres orgánicos que se encontraban en él y sólo se ocupaba de hacer posible su mantenimiento, propagación, etcétera, mediante la conservación del calor del Sol. De ordinario no tenía lugar una intervención directa de Dios en la suerte de los hombres y los pueblos individuales –designo a este estado como “el estado acorde con el orden cósmico”–. Excepcionalmente, podía suceder lo contrario una que otra vez, pero no podía y no debía acontecer con demasiada frecuencia, porque el acercamiento de Dios a la humanidad viviente –por razones que más adelante se desarrollarán– hubiera estado acompañado de ciertos peligros para el propio Dios. Así, por ejemplo, una plegaria especialmente fervorosa podía quizá dar a Dios un motivo para intervenir con un milagro en casos especiales para prestar ayuda,⁴ o para dirigir, valiéndose de un milagro, en determinada dirección el destino de pueblos enteros (en la guerra, etcétera). Podía también entrar en vinculación con algunos hombres de dotes muy elevadas –poetas, etcétera (“establecer conexión nerviosa con ellos”, denominan a esto las Voces que hablan conmigo)–, para favorecerlos con algunos pensamientos e ideas fructíferas sobre el Más Allá (especialmente en el sueño). Pero, de ordinario, tal “conexión nerviosa”, según se dijo, no podía llevarse a cabo, pues debido a una relación imposible de elucidar, los nervios de los hombres *vivientes*, especialmente cuando se encuentran en estado de *elevada excitación*, poseen tal fuerza de atracción sobre los nervios divinos, que Dios no hubiera podido desprenderse nuevamente de ellos y, por ende, se habría visto amenazado en su propia existencia.⁵

4 Que Dios, por ejemplo, puede eliminar cualquier germen de enfermedad en los cuerpos humanos enviándoles algunos Rayos puros, es algo que yo he vivido innumerables veces en mi propio cuerpo y que cotidianamente vivo otra vez en la actualidad.

5 (Agregado de noviembre de 1902.) La idea de una *fuerza de atracción* actuando desde tan tremenda distancia desde algunos cuerpos humanos o –en mi caso– desde un solo cuerpo humano, tendría que parecer sencillamente absurda considerada en sí misma y por sí misma, es

El trato normal de Dios con las almas humanas tenía lugar, conforme al orden cósmico, sólo después de la muerte. Dios podía acercarse sin peligro a los *cadáveres* para atraer, sacándolos de ellos, a sus nervios (en los cuales no se había extinguido aún la autoconciencia, sino que sólo estaba aletargada) por medio de la fuerza de los Rayos y para llevarlos hacia sí y despertarlos con ello a una nueva vida celestial; la autoconciencia volvía nuevamente por acción de los Rayos. La nueva vida del Más Allá es la *bienaventuranza*, a la que el alma humana podía ser elevada. Pero esto no podía suceder sin una previa purificación y examen de los nervios humanos, los cuales necesitaban como preparación un tiempo más corto o más largo según fuera el estado de las almas humanas y, según las circunstancias, también ciertas etapas intermedias. Para Dios —o si se prefiere otra expresión, en el cielo— sólo podían emplearse nervios humanos puros, pues su destino era ser incorporados a Dios y, finalmente, en calidad de “antecámaras del cielo”⁶ convertirse, en cierta medida, en partes integrantes del mismo Dios. Los nervios de los hombres moralmente depravados están ennegrecidos; cuanto más elevado moralmente ha estado un hombre en su vida, tanto más se aproximará el estado de sus nervios a la blancura o pureza perfecta que desde el origen es propia de los nervios de Dios. En el caso de los hombres que moralmente están degradados del todo, una gran parte de sus nervios puede resultar directamente inutilizable; según esto se determinan los distintos *grados* de bienaventuranza a los que puede acceder un hombre y probablemente también el lapso durante el cual puede conservarse la autoconciencia en la vida del más allá. Casi nunca puede prescindirse de una purificación previa de los nervios, porque difícilmente se encontrará un hombre que esté libre de pecado, cuyos nervios, por ende, no hayan sido impurificados alguna vez en su vida pasada por una conducta inmoral. No me es tampoco posible proporcionar

decir si se la quiere concebir a la manera de las otras fuerzas naturales que conocemos, como un agente que actúa de modo exclusivamente mecánico. Pese a ello, el efecto de esa fuerza de atracción es para mí un hecho indudable. En cierta medida concebible y más cercano al entendimiento humano resultará quizás ese fenómeno si se tiene presente que los Rayos son *seres vivientes* y que, por consiguiente, en la fuerza de atracción está en juego no una fuerza que actúa de manera puramente mecánica sino algo semejante a los *móviles psicológicos*: “atractivo” es, también para los Rayos, aquello que interesa. La relación, por consiguiente, parece ser semejante a la que canta Goethe en su *Pescador*: “A medias lo arrastró ella; a medias se hundió él”.

⁶ No he sido yo quien inventó la expresión “antecámaras del cielo”, sino que esta tan sólo reproduce, como todas las otras expresiones que en este trabajo están entrecorridadas (por ejemplo, anteriormente, “hombres hechos a la ligera”, “vida onírica”, etcétera), la designación con la cual en cada caso las voces que hablan conmigo me informaron del hecho en cuestión. Son expresiones a las cuales jamás hubiera llegado yo por mí mismo, que jamás escuché de seres humanos, que en parte son también de naturaleza científica, especialmente médica, de las cuales ignoro si son corrientes en la respectiva ciencia humana. En algunos casos especialmente característicos llamaré nuevamente la atención sobre esta notable circunstancia.

una descripción del todo exacta del proceso de purificación, pero de todas maneras he recibido distintas indicaciones valiosas al respecto. El proceso de purificación parece haber estado relacionado con alguna prestación de trabajo que generaba en las almas un sentimiento de desplacer⁷ o con alguna permanencia, tal vez subterránea, asociada con molestias, que debían cumplir para acercarse paulatinamente a la pureza.

Quien desee emplear aquí la expresión “pena”, posiblemente esté en algún sentido acertado, sólo que hay que tener bien presente que, a diferencia del concepto humano de pena, la finalidad no consiste en infligir un mal sino en adquirir una condición previa necesaria para la purificación. De esta manera se explican, *aunque en parte deberían también rectificarse*, las concepciones corrientes en la mayoría de las religiones acerca del infierno, el purgatorio, etcétera. Las almas que debían pasar por la purificación aprendían durante la purificación el lenguaje hablado por el propio Dios, la así llamada “lengua primitiva”, un alemán algo anticuado pero lleno de expresividad, que se caracteriza por una gran riqueza de eufemismos (por ejemplo, “recompensa” con el significado directamente inverso de “castigo”; “veneno” por “alimento”; “zumo” por “veneno”; “impío” por “piadoso”, etcétera. Dios mismo recibía el nombre de “respeto de aquel que es y será” –que es una perífrasis por “inmortalidad”– y recibe el tratamiento de “leal servidor de vuestra Majestad”). La purificación era designada como “probación”: las almas que aún no habían llevado a cabo el proceso de purificación no eran llamadas, como hubiera sido esperable, “almas no probadas”, sino precisamente el revés, siguiendo esa tendencia al eufemismo, “almas probadas”. Las almas que aún se encontraban sometidas a la purificación recibían con distintas gradaciones el nombre de “satanes”, “diablo”, “diablo auxiliar”, “diablo superior” y “diablo inferior”; esta última expresión parece aludir especialmente a alguna permanencia subterránea. Los “diablos”, etcétera, cuando se los armaba como hombres hechos a la ligera tenían un color peculiar (semejante al rojo oscuro) y un hedor repugnante peculiar que yo sentí en un gran número de casos en el llamado Hospital Pierson, en Coswig (que me fue designado con el nombre de la Cocina del Diablo). Yo vi, por ejemplo, al señor von W. y a un tal señor von O., al que habíamos conocido en el balneario báltico de Warnemünde, bajo la forma de diablos con un rostro notablemente rojo y manos rojas, y al consejero privado W. como diablo superior.

De Judas Iscariote supe que, debido a su traición contra Jesucristo, había sido diablo inferior. Pero no hay que imaginarse a estos diablos, de acuerdo

⁷ A propósito del alma de Flechsig se habló, por ejemplo, una vez de una “tarea de carretero” que había tenido que cumplir.

con los conceptos de la religión cristiana, como poderes enemigos de Dios; por el contrario, estos eran ya, casi sin excepción, muy temerosos de Dios, a pesar de lo cual estaban pasando aún el proceso de purificación. La proposición enunciada anteriormente de que Dios se servía de la lengua alemana bajo la forma de “lengua primitiva”, no debe entenderse en el sentido de que la bienaventuranza estuviera destinada sólo para los alemanes. De todas maneras, los alemanes fueron en la edad moderna (probablemente desde la Reforma, pero quizá también ya en la época de las migraciones) *el pueblo elegido por Dios*, de cuya lengua Dios se servía preferentemente. En este sentido, el pueblo elegido por Dios lo fueron sucesivamente y en el curso de la historia —por ser en cada momento los pueblos moralmente más sobresalientes— los antiguos judíos, los antiguos persas (estos en una medida muy especialmente destacada, de la cual se hablará con mayor detalle más adelante), los “grecorromanos” (quizás en la época de la Antigüedad romana-griega, posiblemente también en cuanto “francos” en la época de las cruzadas) y finalmente los alemanes. Para Dios eran directamente *comprensibles* por medio de la conexión nerviosa los lenguajes de todos los pueblos.⁸

La *metempsicosis*, parece haber servido también a los fines de la purificación, de las almas humanas impuras y, como tengo fundamento para suponerlo por distintas experiencias que he vivido, ha tenido lugar en una amplia medida. Las almas humanas en cuestión eran entonces llamadas a una nueva vida *humana* en otros astros, quizá con una oscura reminiscencia de su existencia anterior, presumiblemente bajo la forma externa del nacimiento, como sucede en el caso de los demás hombres. No me atrevo a hacer afirmaciones más precisas al respecto, y tampoco, en particular, acerca de si la metempsicosis sirvió sólo para el fin de la purificación o también para otros fines (¿poblar otros planetas?). Las Voces que hablan conmigo me nombraron, y conocí también por otra vía algunos casos en que las almas en cuestión tuvieron en su vida ulterior una posición esencialmente más baja a la que habían ocupado en su vida previa; en esto puede haber mediado una especie de castigo.

Un caso especialmente digno de señalar fue el del señor von W., cuya alma, como también el alma de Flechsig, ejerció durante cierto tiempo un muy profundo influjo en mis relaciones con Dios y en mi destino personal.⁹ Von W. desempeñaba, en la época en que yo me encontraba en el

⁸ De manera análoga, todas las almas que están conmigo en conexión nerviosa entienden ahora, precisamente porque participan de mis pensamientos, todos los lenguajes comprensibles *para mí*, por ejemplo, el griego, cuando leo un libro griego, etcétera.

⁹ El hecho de que yo dé aquí, como ya antes en la nota 1, los nombres de personas que aún se encuentran entre los vivos, y al mismo tiempo hable de una metempsicosis que habrían llevado a cabo parece, naturalmente, a primera vista, una total contradicción. En realidad exis-

Hospital de Pierson (la “Cocina del Diablo”), el cargo de guardián en jefe, lo cual, según mi interpretación de entonces –que aun ahora no puedo rebatir ante mí mismo–, lo hacía no en cuanto hombre real sino como “hombre hecho a la ligera”, es decir, como un alma transitoriamente armada mediante un milagro divino bajo la forma de una figura humana. En el ínterin habría llevado, en el curso de la metempsícosis, una segunda vida en algún otro astro en calidad de “agente de seguros Marx”.

Las almas completamente purgadas mediante el proceso de purificación ascendían al cielo y lograban así la *bienaventuranza*. La bienaventuranza consiste en un estado de goce ininterrumpido, vinculado con la contemplación de Dios. Para los hombres, la idea de un ocio eterno significaría algo intolerable, porque el hombre está desde siempre acostumbrado al trabajo, y para él, como dice el refrán, “sólo el trabajo endulza la vida”. Sólo que no debe olvidarse que las almas son algo distinto del hombre, y que por ello sería inadmisibles aplicar a los sentimientos de las almas la vara de medir de los hombres.¹⁰ Para las almas, el entregarse permanentemente al gozo y al mismo tiempo a recordar su pasado humano significa la dicha suprema. Además tenían la posibilidad de intercambiar sus recuerdos en el trato de unas con otras y de enterarse por medio de algunos Rayos divinos –que, por así decirlo, habían sido reservados para ello– acerca del estado de aquellas personas que aún seguían viviendo sobre la Tierra y por las cuales se interesaban, sus parientes, amigos, etcétera, como también, probablemente, de colaborar en atraerlas después de su muerte para que ascendieran a la bienaventuranza. Hay que descartar la suposición de que la felicidad propia de las almas hubiera podido ser perturbada por advertir que sus parientes que vivían aún sobre la Tierra se encontraban en una situación desdichada. En efecto; las almas poseían en sí la facultad de conservar el recuerdo de su

te aquí un enigma, que sólo de manera incompleta he logrado descifrar y que con el puro entendimiento humano sería imposible descifrar. Aun así, los hechos en cuestión son para mí indudables en muchos casos, especialmente en lo referente a las almas de von W. y Flechsig, pues durante años enteros sentí el influjo directo de estas almas sobre mi cuerpo, y en lo referente al alma de Flechsig, posiblemente una parte de alma de Flechsig, lo sigo sintiendo cada día y cada hora aún hoy. Más adelante, cuando me toque hablar de los jugueteos con hombres, intentaré dar una explicación más amplia de esta circunstancia. Por el momento me limitaré a mencionar la *partición de almas*, la cual permitiría que parezca pensable que ciertos nervios intelectivos de algún hombre todavía viviente (que, según lo señalado anteriormente, conservarían todavía, aunque quizá por poco tiempo, la plena conciencia de la identidad de ese hombre) desempeñen algún otro papel fuera de su cuerpo.

¹⁰ Como si hubiera tenido una vislumbre de esta situación, Richard Wagner, por ejemplo, hace decir a su Tannhäuser en medio del gozo supremo del éxtasis de amor: “¡Ay! ¡Pero sigo siendo mortal y tu amor es demasiado grande para mí; un Dios puede gozar eternamente, yo estoy sujeto al cambio!”; de la misma manera como, hablando en general, se encuentran en nuestros poetas múltiples atisbos proféticos que me confirman en la suposición de que les ha sido concedida una inspiración divina por vía de la conexión nerviosa (especialmente en el sueño).

propio pasado humano, pero no de retener durante un lapso digno de tomarse en cuenta las nuevas impresiones que como almas recibían. Esto es la natural falta de memoria de las almas, que hubiera borrado inmediatamente en ellas cualesquiera *nuevas* impresiones desagradables. Dentro de la bienaventuranza se daban diferencias en grado, según fuera el poder de perdurar que habían logrado los distintos nervios durante su vida humana y probablemente también según fuera la cantidad de nervios que habían sido tenidos por dignos de admisión en el cielo.

La bienaventuranza masculina era de rango más alto que la bienaventuranza femenina, la cual parece haber consistido preferentemente en un interrumpido sentimiento de voluptuosidad. Es posible también que el alma de un Goethe, de un Bismarck, etcétera, haya podido mantener su autoconciencia (conciencia de la identidad) quizá durante siglos, en tanto que tratándose del alma de un niño muerto prematuramente sólo podía darse el caso durante tantos años cuantos hubiera abarcado el transcurso de su vida mientras tenía vida humana. La perduración *eterna* de la conciencia de haber sido este o aquel hombre era algo que no se concedió a ninguna alma. El destino de todas las almas era más bien deshacerse, fundidas con otras almas, en unidades de un orden superior y sentirse entonces sólo como partes integrantes de Dios (“antecámaras del cielo”). Pero esto no significaba un verdadero aniquilamiento —*en esta medida* se le concedía al alma una perduración eterna— sino sólo una supervivencia con una conciencia distinta. Sólo un punto de vista limitado podría querer ver aquí una imperfección de la bienaventuranza por comparación con la inmortalidad personal en el sentido de las concepciones de la religión cristiana. ¿Qué interés, en efecto, hubiera podido tener para un alma acordarse del nombre que otrora había llevado entre los seres humanos y de sus relaciones personales, siendo así que no sólo sus hijos y los hijos de sus hijos habían entrado hacia mucho en la paz eterna, sino también otras innumerables generaciones habían descendido a la tumba y acaso la nación misma a la que otrora perteneció había sido borrada de la nómina de los pueblos vivientes? De este modo, en la época en que me encontraba aún en el hospital de Flechsig, trabé conocimiento con Rayos que me fueron designados como Rayos —es decir, como complejos de almas humanas bienaventuradas promovidas a unidades de orden superior— del judaísmo antiguo (“Rayos de Jehová”), de la antigua Persia (“Rayos de Zoroastro”) y de la antigua Germania (“Rayos de Tor y Odín”), y entre ellas no se encontraba ya con seguridad ni una sola alma que tuviera conciencia de bajo qué nombre había pertenecido miles de años antes a uno u otro de estos pueblos.¹¹

¹¹ Lo anteriormente expuesto acerca de las “antecámaras del cielo” brinda tal vez un atisbo del eterno ciclo de las cosas, subyacente al orden cósmico. Cuando Dios crea algo, se despren-

Por encima de las “antecámaras del cielo” se cernía el mismo Dios, al cual, por oposición a estos “reinos anteriores de Dios” se le daba también la designación de “reinos posteriores de Dios”. Los reinos posteriores de Dios estaban sujetos (y lo siguen estando aún) a una singular bipartición, de acuerdo con la cual se diferenciaban un dios inferior (Arimán) y otro superior (Ormuz). Acerca del significado más preciso de esta bipartición no me es posible decir otra cosa¹² más, fuera de que el Dios inferior (Arimán) parece haberse sentido atraído con preferencia hacia los pueblos originariamente de raza morena (semitas) y el Dios superior con preferencia hacia los pueblos originariamente de raza rubia (los pueblos arios). Es significativo que un atisbo de esta bipartición se encuentre en las concepciones religiosas de muchos pueblos. El Balder de los germanos, el Bielebog (dios blanco) o Suanteuit de los eslavos, el Poseidón de los griegos y el Neptuno de los romanos son idénticos a Ormuz; el Votan (Odín) de los germanos, el Czernebog (dios negro) de los eslavos, el Zeus de los griegos y el Júpiter de los romanos son idénticos a Arimán. Bajo los nombres de Arimán y Ormuz me fueron mencionados el Dios inferior y el Dios superior la primera vez a comienzos de julio de 1894 (aproximadamente al término de la primera semana de mi permanencia en el presente Hospital) por las Voces que hablan conmigo; a partir de entonces escucho diariamente esos nombres.¹³ La fecha mencionada coincide con la consunción de los reinos anteriores de Dios, con los cuales yo había estado vinculado antes (desde mediados de marzo de 1894 aproximadamente).

La imagen desarrollada en los párrafos anteriores acerca de la naturaleza de Dios y la perduración del alma humana después de la muerte difiere considerablemente de las concepciones de la religión cristiana sobre estos temas. A pesar de ello, me parece que una comparación entre ambas sólo puede resultar favorable a aquella primera. Una *omnisciencia* y *omnipresencia* de Dios, entendida en el sentido de que Dios veía *permanentemente* en

de en cierto sentido de una parte de sí mismo o da una figura diferente a una parte de sus nervios. Pero la aparente pérdida que de allí resulta se repara nuevamente cuando, después de cientos y miles de años, los nervios que ya se han vuelto bienaventurados de los hombres muertos, para los cuales habían servido de sustento corporal durante su vida terrena, y las restantes cosas creadas recrecen otra vez en Dios bajo la forma de “antecámaras del cielo”.

¹² Excepto lo que más adelante habrá que señalar en lo referente a la “emasculación”.

¹³ El hecho de que para la designación del Dios inferior y superior se hayan mantenido los nombres de las correspondientes deidades persas es para mí una razón fundamental para la suposición de que los antiguos persas (naturalmente antes de su posterior decadencia) debieron de ser en sentido muy eminente el “pueblo elegido de Dios”, en otras palabras, un pueblo de muy singular capacidad moral. Esta suposición se ve fortalecida por el desusado vigor de los Rayos que yo percibí en esa época en los “rayos de Zoroastro”. Por lo demás, el nombre “Arimán” aparece también en el *Manfredo* de Lord Byron en relación con un almucidio..

el interior de cada hombre viviente, percibía cada excitación sensitiva de sus nervios, y que, por ende, en cualquier momento dado “examinaba el corazón y los riñones”, no existía en absoluto. Sólo que tampoco lo necesitaba, porque después de la muerte los nervios de los hombres, con todas las impresiones que habían recibido durante la vida, estaban patentes ante los ojos de Dios, y de acuerdo con ello el juicio sobre sus méritos para ser admitidos en el reino de los cielos podía ser pronunciado con infalible justicia. Por lo demás, bastaba la *posibilidad* de, no bien pareciera existir un motivo para ello, procurarse el conocimiento del interior del hombre por vía de la conexión nerviosa. Por otra parte, la imagen trazada por mí carece de cualquiera de los rasgos de severidad o de crueldad sin objeto alguno que están impresos en muchas concepciones de la religión cristiana y en grado aún mayor en las de otras religiones. La totalidad del orden cósmico se manifiesta así como una “construcción maravillosa”,¹⁴ frente a cuya sublimidad todas las concepciones que hombres y pueblos se han formado en el curso de la historia acerca de sus relaciones con Dios quedan, a mi juicio, muy atrás.

¹⁴ Otra vez una expresión no inventada por mí. Yo había hablado –naturalmente en el lenguaje de los pensamientos o de los nervios, que más adelante se mencionará de nuevo– de una *organización maravillosa*, tras lo cual se me inspiró desde fuera la expresión “construcción maravillosa”.

CAPÍTULO II*

En esta “construcción maravillosa” se ha producido en época reciente una fisura que está ligada muy estrechamente con mi destino personal. Sus conexiones profundas me es, en verdad, imposible exponerlas de modo plenamente comprensible para el entendimiento humano. Son acontecimientos oscuros, cuyo velo sólo puedo levantar en parte sobre la base de mis experiencias vividas personales, en tanto que de lo restante sólo puedo remitirme a vislumbres y conjeturas. A manera de introducción, debo señalar al respecto que en la génesis de este proceso, cuyos orígenes se remontan muy atrás, tal vez hasta el siglo XVIII, desempeñan un papel fundamental, por una parte, los nombres de Flechsig y de Schreber (probablemente no limitados a un individuo de cada una de las respectivas familias) y, por otra, el concepto de *almicidio*.

Para comenzar por esto último, la idea de que es posible de alguna manera apoderarse del alma de otra persona para procurarse a costa de dicha alma una vida más larga o alguna otra ventaja que dure más allá de la muerte, está ampliamente difundida en las leyendas y en la poesía de todos los pueblos. Por vía de ejemplo me limitaré a recordar el *Fausto* de Goethe, el *Manfredo* de Lord Byron, el *Cazador furtivo* de Weber. Pero comúnmente se asigna aquí un papel principal al diablo, el cual se hace legar el alma de algún hombre por medio de una gotita de sangre, a cambio de algún provecho terrenal, etcétera, sin que, por cierto, se vea claramente qué puede hacer el diablo con el alma cautiva, a no ser que se quiera suponer que el atormentar a un alma puede, como fin en sí, brindarle una especial satisfacción.

Por más que esta última concepción, por el simple motivo de que, según lo expuesto anteriormente, no existe el diablo en cuanto poder enemigo de Dios, deba relegarse al reino de la fábula, de todas maneras, la amplia difusión del motivo legendario del almicidio o del robo del alma da motivo para reflexionar, pues es poco verosímil que tales concepciones hayan po-

* “¿Una crisis de los reinos de Dios? Almicidio.”

dido surgir uniformemente en tantos pueblos sin ningún fundamento objetivo. Ahora bien; como las voces que hablan conmigo me vienen señalando cotidianamente, desde el comienzo mismo de mi vinculación con Dios (a mediados de marzo de 1894) hasta ahora, que la causa de la crisis sobrevenida en el reino de Dios fue el hecho de que alguien *perpetró un almicidio*, a propósito de lo cual en la primera época se nombraba a Flechsig como autor del almicidio, mientras que ahora, desde hace mucho tiempo y con deliberada inversión de la relación, se me quiere “representar” a mí como el que perpetró el almicidio, he llegado a suponer que alguna vez, quizás en generaciones anteriores, tuvo lugar entre las familias Flechsig y Schreber un hecho que ha de calificarse de almicidio; asimismo, en razón de otros acontecimientos, estoy persuadido de que en la época en que mi enfermedad nerviosa parecía cobrar un carácter difícilmente curable alguien hizo un intento de almicidio, aunque infructuoso, contra mí.

Probablemente, después del primer almicidio vinieron, de acuerdo con la máxima *l'appétit vient en mangeant*, otros almicios más contra las almas de otros hombres. No he de pronunciarme acerca de si incumbe realmente a algún hombre la responsabilidad moral por el primer caso de almicidio; a este respecto quedan muchas cosas oscuras. Posiblemente se trató inicialmente de una lucha, nacida de los celos, entre almas que ya se habían separado del cuerpo. Los Flechsig y los Schreber, en efecto, pertenecían ambos, según rezaba la expresión, a “la más alta nobleza celestial”; en especial, los Schreber llevaban el título de “Margraves de Tuscía y Tasmania”, siguiendo una costumbre de las almas, la de darse lustre, llevadas por una especie de fatuidad personal, con títulos terrenales altisonantes. Se hizo mención de distintos nombres de ambas familias; de la familia Flechsig, además del profesor Paul Theodor Flechsig, se nombró especialmente también a un Abraham Fürchtegott Flechsig y a un Daniel Fürchtegott Flechsig, que vivió en las postrimerías del siglo XVIII y que habría sido “diablo auxiliar” de resultas de una acción almiciada. De todas maneras, yo estuve mucho tiempo en conexión nerviosa con el profesor Paul Theodor Flechsig y con Daniel Fürchtegott Flechsig (¿acaso también con el primero en calidad de alma?) y tuve en mi cuerpo partes de alma de ambos. El alma de Daniel Fürchtegott Flechsig hace años que se disipó (se volatilizó); del alma del profesor Paul Theodor Flechsig existe por lo menos aún ahora en el cielo, en calidad de “alma probada”, una parte (es decir, cierto número de nervios que originariamente tenían la conciencia de la identidad, que en el ínterin se ha debilitado mucho, del profesor Paul Theodor Flechsig). Dado que no tengo el menor conocimiento del árbol genealógico de la familia Flechsig por otras fuentes que no sean los informes de las Voces que hablan conmigo, no carecería quizá de interés determinar

si entre los antecesores del actual profesor Flechsig se encontraron realmente un Daniel Fürchtegott Flechsig y un Abraham Fürchtegott Flechsig.

Conjeturo que algún portador del apellido Flechsig –un hombre que llevaba ese apellido– logró *abusar* de una conexión nerviosa que le había sido concedida con miras a inspiraciones divinas o también por otros motivos, *para retener los rayos divinos*. Es obvio que se trata aquí solamente de una hipótesis, pero esta, como en cualesquiera otras investigaciones científicas humanas, tiene que ser mantenida hasta encontrar un mejor fundamento para los hechos que se desea explicar. Que se concediera una conexión nerviosa divina precisamente a una persona dedicada a la práctica de la neurología parece muy razonable, pues, por una parte, se trataba, a no dudar, de un hombre espiritualmente eminente y, por otra, todo aquello que se refiere a la vida de los nervios humanos tenía que ser para Dios de especial interés, aun por la conciencia instintiva de que un incremento de la *nerviosidad* entre los hombres podía originar algunos peligros para los reinos de Dios. Esta es la razón de que los hospitales para enfermos mentales se llamen en el lenguaje primitivo “hospitales nerviosos de Dios”. En caso de que el mencionado Daniel Fürchtegott Flechsig haya sido quien por primera vez atentó contra el orden cósmico mediante el abuso de una conexión nerviosa divina, no estaría ello en contradicción absoluta con el hecho de que la misma persona me haya sido designada también por las Voces que hablan conmigo como un párroco rural, pues por la época en que hubo de vivir Daniel Fürchtegott Flechsig –en el siglo XVIII, aproximadamente en tiempos de Federico el Grande–¹⁵ no existían aún manicomios públicos para dementes.

Uno tendría, pues, que imaginar que una persona de esta clase, dedicada a la práctica de la neurología –quizás aparte de su profesión particular–, creyó haber visto alguna vez *en el sueño* imágenes milagrosas y haber experimentado cosas milagrosas, a cuya investigación más amplia se sintió aguijoneada, en parte por la curiosidad humana general, en parte por un interés científico existente en ella de antemano. No es, quizá, necesario que dicha persona tuviera desde el comienzo conciencia de que se trataba de un trato directo o indirecto con Dios. Quizás intentó en alguna de las noches siguientes traer nuevamente a la memoria las imágenes oníricas y tuvo entonces la experiencia de que durante el sueño que entonces le sobrevino reaparecían

¹⁵ Deduzco esto de haber conversado, mientras me encontraba en conexión nerviosa con Daniel Fürchtegott Flechsig, entre otras cosas, sobre Federico el Grande, de quien conservaba todavía un recuerdo como de la personalidad probablemente más significativa de su época. En cambio, no sabía nada, por ejemplo, de los ferrocarriles, y no carecí para mí de interés en su oportunidad el intento de dar a un alma difunta, por vía de la conversación estando en conexión nerviosa, una imagen de qué es un ferrocarril y de qué trastocamiento en la vida de relación de los hombres había ocasionado este invento.

las imágenes oníricas bajo la misma figura, o ligeramente modificada, ampliándole las comunicaciones anteriores. Entonces, naturalmente, creció su interés, sobre todo si el soñante percibió quizá que aquellos de quienes procedían las comunicaciones eran sus propios antepasados, a los que recientemente algunos miembros de la familia Schreber habían en algún aspecto, superado en jerarquía. Hizo quizás entonces un intento, poniendo en tensión su energía volitiva a la manera de los que leen el pensamiento –un Cumberland, etcétera–, de influir sobre los nervios de hombres que vivían con él, y sacó como experiencia que esto es en cierta medida posible. Se opuso a que se suspendiese la conexión nerviosa que habían establecido directa o indirectamente en él los Rayos divinos o lo sometió a condiciones que pareció imposible negarle, dada la debilidad natural de carácter de las almas en relación con los hombres vivientes y como consecuencia de la imposibilidad de permanecer en conexión nerviosa con un solo y mismo hombre. De esta manera uno puede figurarse que surgió algo semejante a una conspiración entre un tal hombre y algunos elementos de los reinos anteriores de Dios en perjuicio de la estirpe Schreber, acaso en el sentido de que se les negase la descendencia, o por lo menos la elección de profesiones que, como la de médico de enfermedades nerviosas, podían ponerlos en relación más próxima con Dios. Por lo dicho anteriormente acerca de la organización de los reinos de Dios y de la (limitada) omnipresencia de Dios, no era inevitable que tal maquinación llegara inmediatamente a conocimiento de los reinos posteriores de Dios. Y acaso también lograron los conjurados –para mantener esta expresión– acallar cualquier reparo haciendo que en algún momento de descuido, como cualquier hombre tiene alguna vez en su vida, se estableciera una conexión nerviosa con miembros de la familia Schreber para convencer también a la instancia inmediatamente superior en la jerarquía de los reinos de Dios, de que no podía tener ninguna importancia un alma Schreber cuando se trataba de conjurar algún peligro para la estabilidad de los reinos de Dios.¹⁶ Fue tal vez así como se llegó a que un intento inspirado por la ambición y el deseo de dominio, que podía conducir en sus consecuencias a un homicidio –supuesto que exista algo semejante– y por consiguiente a poner un alma a la merced de otra, acaso para que esta obtuviera una vida terrenal más

¹⁶ Con esto se relaciona la expresión “solamente un alma Schreber”, que escuché más de una vez de las Voces que hablan conmigo, en la época de mi permanencia en el hospital de Flechsig. Para la suposición de que se estableció deliberadamente conexión nerviosa conmigo en aquellos momentos en que podía tenerse una impresión menos favorable de mi nivel moral, no carezco enteramente de ciertos puntos de apoyo, pero me llevaría demasiado lejos exponerlos aquí.*

* En el original alemán faltan las llamadas 17 y 18. Véase Estudio preliminar, p. 28. [N. del E.]

larga o para apropiarse de las fuerzas espirituales de aquella o para agenciar-se una especie de inmortalidad personal o para cualquier otra ventaja especial, no pudiera ser enfrentado desde el primer momento con toda decisión. Por otra parte, bien pudo suceder que se subestimara el peligro que de ahí podía resultar para los propios reinos de Dios. Se sintieron en posesión de un poder tremendo, que ni siquiera permitió que surgiera el pensamiento de que un solo hombre, cualquiera fuese, podía ser peligroso para el propio Dios. De hecho, por cuanto después he conocido y experimentado sobre el poder milagroso de Dios, no me cabe la menor duda de que Dios –supuesta la prolongación de relaciones acordes con el orden cósmico– hubiera estado en cualquier momento en condiciones de aniquilar a cualquier hombre que le resultara molesto enviándole una enfermedad mortal o mediante un rayo.

Pero quizá se pensó que no era necesario recurrir de inmediato a esos medios extremos con motivo del presunto almicida, pues su falta al comienzo consistió solamente en el abuso de una conexión nerviosa divina, que sólo remotamente parecía abrir la posibilidad de un almicidio, y puesto que sus singulares merecimientos personales y su singular conducta moral no hacían esperar que se llegaría a tal extremo. En qué consista la naturaleza peculiar del almicidio y, por así decirlo, su técnica, me es imposible decirlo, fuera de lo señalado anteriormente. Pero quizás habría que añadir una sola cosa (sigue un pasaje que no es adecuado para publicar). En la medida en que realmente se deba asignar la iniciativa de un “almicidio” al actual consejero privado profesor Flechsig o a alguno de sus antepasados, hay algo por lo menos que para mí resulta indudable: la persona en cuestión, aunque debió haber alcanzado una vislumbre de las cosas sobrenaturales que en el ínterin yo conocí, sin embargo es cosa segura que no penetró hasta un más profundo conocimiento de Dios y del orden cósmico. Pues quien hubiera llegado de esta manera a una firme fe en Dios y a la certeza de que, aparte de esto, le estaba reservada una bienaventuranza proporcional a la pureza de sus nervios, era imposible que pudiera llegar a pensar en atentar contra las almas de otros. Tampoco hubiera sido esto el caso tratándose de alguien que, aunque sólo fuera en el sentido de nuestra religión positiva, mereciera el nombre de *creyente*. Desconozco qué posición ha adoptado y adopta ahora el consejero privado profesor Flechsig en asuntos religiosos. Supuesto que él, como tantos hombres modernos, haya pertenecido o pertenezca al número de los *escépticos*, no podría, de suyo, hacérsele por esto ningún reproche, y muchísimo menos de mi parte, pues tengo que reconocer haber pertenecido a esta categoría hasta que fui desengañado por las revelaciones divinas.

Si alguien se ha tomado el trabajo de leer con alguna atención lo precedente, tal vez le haya sobrevenido involuntariamente el pensamiento de que

algo debía o debe andar mal en el propio Dios, si la conducta de un solo hombre pudo acarrearle cualesquier peligros y si el mismo Dios, aunque sólo fuera en instancias subordinadas,¹⁹ se dejó arrastrar a una suerte de conspiración contra hombres que, después de todo, eran inocentes. No puedo, negar toda justificación a este reparo, mas no quisiera dejar de agregar que no por ello se ha conmovido en mí la fe en la grandeza y la excelsitud de Dios y del orden cósmico. De todos modos, Dios no era ni es un ser de esa *absoluta perfección* que le asigna la mayor parte de las religiones. La fuerza de atracción, es decir, esa ley que también para mí es inexplicable en su naturaleza más íntima, en virtud de la cual los Rayos y los nervios se atraen recíprocamente, encierra en sí un germen de peligros para los reinos de Dios, cuya representación quizá sea lo que está en el fondo de la leyenda germánica del ocaso de los dioses. Un incremento de la nerviosidad entre los hombres podía y puede aumentar considerablemente estos peligros. Ya antes se mencionó que Dios veía a los hombres vivientes sólo *desde afuera*, pero que en general no existía una omnipresencia y omnisciencia de Dios en lo referente al interior del hombre *viviente*. Asimismo, el amor eterno de Dios se refería, en el fondo, sólo a la creación *en cuanto totalidad*. Tan pronto como se producía una colisión de intereses con hombres individuales o con grupos humanos (¡piénsese en Sodoma y Gomorra!) y quizás hasta con toda la población de un planeta (por el incremento de la nerviosidad e inmoralidad), necesariamente se despertaba en Dios, como en cualquier otro ser viviente, el instinto de conservación. Perfecto es, en definitiva, todo aquello que corresponda a su fin, por más que la fantasía del hombre logre pintarse algún

¹⁹ La expresión "instancias" (que procede de mí), como también la de "jerarquía" anteriormente empleada, me parece la adecuada para dar una imagen aproximada de la organización de los reinos de Dios. Mientras estuve en vinculación con los reinos anteriores de Dios (antecámaras del Cielo), desde marzo hasta comienzos de julio de 1894, cada uno de los comandantes de Rayos ("comandantes de columna anterior", según una expresión que *escuché*) solía comportarse como "omnipotencia de Dios". Sabía que detrás de él venían otros que le eran superiores, pero quiénes fueran esos superiores y hasta dónde se elevaban, lo ignoraba. Cuando posteriormente (a comienzos de julio de 1894) los reinos posteriores de Dios (Ormuz y Arimán) entraron personalmente en escena, esto sucedió al comienzo con tal abrumadora ostentación de fenómenos lumínicos, que hasta las almas de von W. y de Flechsig, que entonces se encontraban en la condición de "almas probadas", no pudieron sustraerse a la impresión, sino que dejaron de lado transitoriamente la oposición sarcástica que hasta entonces habían ejercitado contra la omnipotencia de Dios. Más adelante analizaré las razones de que los fenómenos lumínicos no se produjeran de manera persistente cerca de mí. De ellos dos, vi a Arimán de noche, no en sueños, sino estando en vela; en cambio, a Ormuz lo vi *de día*, durante muchos días consecutivos, mientras me encontraba en el jardín. En ese momento sólo estaba en mi compañía el enfermero M. Tengo que suponer que este no era entonces un hombre real, sino sólo un hombre hecho a la ligera, pues de lo contrario hubiera tenido que quedar tan deslumbrado por los fenómenos lumínicos, los cuales también él debió ver y cubrieron quizás hasta la sexta u octava parte del cielo, que hubiera de alguna manera expresado su admiración.

estado más ideal todavía.²⁰ Y este fin, que para Dios era el gozo eterno en su creación y para los hombres la satisfacción de existir, mientras están en esta vida terrenal, y después de la muerte la felicidad suprema bajo la forma de la bienaventuranza, se alcanzaba entonces. Hubiera sido absolutamente impensable que Dios negara a un hombre individual su parte correspondiente de la bienaventuranza, pues toda multiplicación de las “antecámaras del cielo” sólo podía servir para intensificar su propio poder y para fortalecer los baluartes contra los peligros resultantes de la aproximación a la humanidad. Una colisión de intereses entre Dios y los hombres individuales no podía de ninguna manera producirse, supuesta una conducta de estos acorde con el orden cósmico. Si, pese a ello, se llegó en mi caso a tal colisión de intereses como resultado del presunto almicidío, ello se produjo sólo por un tan extraordinario encadenamiento de circunstancias,²¹ que un caso semejante jamás se produjo en la historia del mundo ni, quisiera esperarlo, tampoco volverá jamás a producirse. Y aun en este caso tan absolutamente peculiar, el orden cósmico trae consigo el medicamento para curar las heridas que se le infirieron; este remedio consiste en la *eternidad*. Aunque antes (durante casi dos años) creí que debía suponer, y dadas mis experiencias de entonces tuve efectivamente que suponer, que el prolongado encadenamiento de Dios a mi persona había tenido como consecuencia la ruina de toda la creación terrenal hasta algunos juguetes milagrosos en mi contorno inmediato, últimamente he tenido que restringir de manera sustancial esta concepción.

Algunos hombres han sido muy desdichados; yo mismo, me atrevo a decirlo, he vivido años horribles y he cursado una amarga escuela de dolor. Por otra parte, el afluir ininterrumpido desde hace seis años de nervios divinos a mi cuerpo ha tenido como consecuencia la pérdida de toda la bienaventuranza acumulada hasta el momento y la imposibilidad transitoria de restaurar las bienaventuranzas, de manera que, por así decirlo, todos los hombres que han fallecido desde entonces y que aún han de fallecer *no podrán por ahora ser bienaventurados*. En lo que hace a los nervios divinos, estos efectúan el tránsito a mi cuerpo contra su voluntad y con un sentimiento de desagrado que se da a conocer en continuos gritos de socorro que emiten las partes de nervios desprendidas de la masa total y que yo oigo diariamente en el cielo. Pero todas estas pérdidas pueden ser compensadas, en la medida en que existe una *eternidad*, aunque tal vez puedan ser necesarios miles de años para restituir íntegramente el estado anterior.

²⁰ Nadie negará que el organismo humano es un organismo de elevada perfección. Y sin embargo quizás a todos los hombres se les ha ocurrido el pensamiento de que sería muy agradable que el ser humano pudiera además volar como las aves.

²¹ A este respecto sólo más adelante se darán mayores pormenores.

CAPÍTULO III*

Lo expuesto en I y II fue necesario para preparar la comprensión de lo que sigue. Lo que hasta aquí no pudo, en parte, ser sentado más que como un axioma, recibirá ahora la fundamentación que el estado del asunto posibilita.

Trataré en primer lugar algunos hechos acaecidos a otros *miembros de mi familia* que concebiblemente podrían estar en relación con el presunto almicidio, y que, de todas maneras, llevan impresos todos ellos un sello más o menos enigmático, difícil de aclarar por medio de otras experiencias humanas.

(El resto del contenido del capítulo ha sido suprimido por ser inadecuado para la publicación.)

* Este Capítulo III fue excluido por el editor alemán de la edición original por consideración a la familia Schreber. [N. del E.]

CAPÍTULO IV*

A partir de aquí pasaré a hablar de mis *propias vicisitudes personales* durante las dos enfermedades nerviosas que me han sobrevenido. Estuve enfermo de los nervios dos veces, ambas veces a consecuencia de un excesivo esfuerzo intelectual: la primera (siendo director del Tribunal Provincial de Chemnitz), con ocasión de una campaña en favor de mi candidatura para el Reichstag; la segunda, con ocasión de la desacostumbrada carga de trabajo que encontré al asumir el cargo de presidente de Sala que acababa de transferírseme en el Tribunal Supremo de la Provincia de Dresde.

La primera de las dos enfermedades se manifestó en sus inicios durante el otoño de 1884, y para fines de 1885 estaba enteramente curada, hasta el punto de que el 1º de enero de 1886 pude reasumir el cargo de director del Tribunal Provincial de Leipzig, a donde en el ínterin había sido trasladado. La segunda enfermedad nerviosa comenzó en octubre de 1893 y dura todavía. En ambos casos pasé gran parte del tiempo de la enfermedad en la Clínica de Enfermedades Mentales anexa a la Universidad de Leipzig, dirigida por el profesor, y actualmente consejero privado, doctor Flechsig; la primera vez desde comienzos de diciembre de 1884 hasta comienzos de junio de 1885, la segunda vez desde cerca de mediados de noviembre de 1893 hasta cerca de mediados de junio de 1894. En ninguno de los dos casos tuve, al entrar en el establecimiento, la más ligera sospecha de que hubiera existido un antagonismo entre las familias Schreber y Flechsig ni de las cosas sobrenaturales acerca de las que he tratado en los capítulos precedentes.

La primera enfermedad transcurrió sin ninguna complicación que rozara el ámbito de lo sobrenatural. Sobre el tratamiento del profesor Flechsig sólo tuve impresiones sustancialmente positivas mientras se desarrolló. Pueden haberse producido errores aislados. Ya durante mi enfermedad de entonces era yo de la opinión, y sigo siéndolo, de que las *mentiras oficiosas* que el médico especializado en enfermedades de los nervios quizá no pue-

* "Experiencias personales vividas durante la primera y al comienzo de la segunda enfermedad nerviosa."

de evitar del todo con muchos enfermos mentales, pero que siempre debe emplear con la más extremada prudencia, difícilmente se justificaron nunca conmigo, pues en mí hubo pronto que reconocer una persona intelectualmente sobresaliente, de entendimiento desusadamente agudo y aguda capacidad de observación. Y no puedo sino considerar una mentira oficiosa que el profesor Flechsig quisiera presentar mi enfermedad sólo como una intoxicación con bromuro de potasio, cuya responsabilidad había que atribuir al consejero de Sanidad, doctor R., de S., bajo cuya atención yo había estado anteriormente. También, a mi juicio, hubiera podido ser liberado más rápidamente de ciertas ideas hipocondríacas que entonces me dominaban, en especial la del enflaquecimiento, si se me hubiera permitido algunas veces usar por mí mismo la balanza que se empleaba para determinar el peso corporal (la balanza que entonces estaba en la clínica de la universidad era de una construcción extraña, desconocida para mí). Con todo, son estos aspectos secundarios, a los que no asigno gran importancia; quizá tampoco se pueda exigir del director de un gran establecimiento, en el que se encuentran cientos de pacientes, que se sumerja tan a fondo en el estado anímico de uno solo de ellos. Lo principal es que, finalmente (tras un largo viaje de convalecencia), me curé, y no pude menos que quedar entonces lleno de sentimientos de viva gratitud para con el profesor Flechsig, a los que di también expresión especial mediante una ulterior visita y un, a mi juicio, adecuado honorario. Casi más profundo fue el sentimiento de gratitud de mi esposa, que sencillamente veneraba en el profesor Flechsig a la persona que le había devuelto su esposo, y por esta razón, tuvo el retrato de aquel durante años en su mesa de trabajo.

Después de recuperarme de mi primera enfermedad viví con mi esposa ocho años, que en conjunto fueron muy felices, pródigos también en honores externos y sólo perturbados temporariamente por la reiterada frustración de la esperanza de recibir la bendición de los hijos. En junio de 1893 me fue comunicada (primero personalmente por el señor ministro doctor Schurig) la noticia de mi inminente designación como presidente de Sala del Tribunal Supremo Provincial de Dresde.

En esa época se sitúan algunos sueños, a los cuales entonces no presté especial atención, y a los cuales tampoco ahora prestaría mayor atención, siguiendo el refrán "los sueños son espumas", si no tuviera que pensar, a raíz de las experiencias que he tenido en el ínterin, por lo menos en la *posibilidad* de que tuvieran relación con una conexión nerviosa divina establecida en mí. Se dio varias veces en mí el sueño de que había reaparecido mi enfermedad nerviosa anterior, por lo cual, naturalmente, me sentí en el sueño tan desdichado, como feliz después de despertarme de que se hubiera tratado sólo de un sueño. Además, una vez, de mañana tempra-

no, cuando estaba aún tendido en la cama (no recuerdo si semidormido o despierto ya), tuve una sensación que, al reflexionar después sobre ella en estado completo de vigilia, me impresionó de manera muy particular. Fue la representación de que tenía que ser muy grato ser una mujer que es sometida al coito. Esta representación era hasta tal punto ajena a toda mi manera de pensar y la hubiera rechazado, me atrevo a decirlo, con tal indignación de haber estado plenamente consciente, que no puedo descartar por completo, en razón de lo que en el ínterin he vivido, la posibilidad al menos de que hayan estado en juego influjos externos de alguna clase, para inspirarme tal representación.

El 1º de octubre de 1893 asumí mi nuevo cargo de presidente de Sala en el Tribunal Superior Provincial de Dresde. La carga de trabajo con que me encontré al llegar era, según ya comenté, extraordinariamente grande. A ello se sumó el afán, que de mi parte estaba inspirado por la ambición, pero que también era en sí mismo conveniente para los intereses de la función, de conquistar desde el primer momento, mediante la incuestionable eficacia de mis actuaciones, el indispensable prestigio ante mis colegas y los otros sectores interesados (abogados, etcétera). Esta tarea era tanto más difícil e imponía exigencias tanto más grandes en lo referente al tacto en las relaciones personales, cuanto que los otros miembros del colegio (integrado por cinco jueces) cuya presidencia tenía yo que desempeñar me superaban casi todos mucho en edad (hasta en veinte años) y estaban más familiarizados con la práctica del tribunal, al menos bajo ciertos aspectos, y yo entraba en él por primera vez. Así fue como ya a las pocas semanas quedé espiritualmente agotado. El sueño comenzó a faltarme, y precisamente en el momento en que pude decirme que las dificultades de iniciarme en el nuevo cargo, en el nuevo domicilio, etcétera, estaban, en lo esencial, superadas. Comencé a tomar bromuro de sodio. El hecho de que fuéramos desconocidos en Dresde hacía que no hubiera casi ocasión para distracciones sociales, las que en cualquier caso me hubieran resultado más saludables, como lo deduzco porque la única vez que fuimos invitados a una velada dormí notablemente mejor. Las primeras noches verdaderamente malas, es decir, de casi insomnio total, se dieron en los últimos días del mes de octubre o en los primeros del mes de noviembre. Entonces se produjo un suceso extraño. Varias noches, en las cuales yo no pude conciliar en absoluto el sueño, se hizo sentir en la pared de nuestra alcoba un crujido, que se repetía con pausas más o menos prolongadas, y me despertaba cada vez que había comenzado a adormecerme. Pensamos, naturalmente, en un ratón, por más que hubo de parecernos bastante extraño que un ratón pudiera haberse colado hasta el primer piso de una casa construida muy macizamente. Pero tras haber oído innumerables veces desde entonces y de escuchar ahora cotidianamente

de día y de noche a mi alrededor otros ruidos semejantes, que he llegado a reconocer inequívocamente como milagros divinos –máxime cuando las voces que hablan conmigo los califican de tales, las así llamadas “perturbaciones”–, no puedo descartar, sin pretender formular al respecto una afirmación absolutamente categórica, por lo menos la sospecha de que también entonces se tratara de uno de estos milagros, *es decir, que desde el inicio haya existido el propósito más o menos decidido de impedir mi sueño y posteriormente mi curación de la enfermedad resultante de mi falta de sueño, con una finalidad que por el momento es imposible precisar con más detalle.*²²

Mi enfermedad asumió pronto un carácter amenazador; ya el 8 o el 9 de noviembre me vi obligado, por consejo del doctor Ö., a quien consulté, a tomar de inmediato una licencia de ocho días, que habíamos decidido emplear para entrevistarnos con el profesor Flechsig, en quien poníamos toda nuestra esperanza en razón de su éxito terapéutico con ocasión de la primera enfermedad. Viajamos (mi esposa y yo) con una etapa en Chemnitz, pues siendo domingo no era esperable encontrar al profesor Flechsig, y pasamos la noche del domingo al lunes en casa de mi suegra, que allí reside. Aquí se me hizo esa misma tarde una inyección de morfina y por la noche se me dio cloral por primera vez, pero, por un accidente, ya desde el comienzo no en la dosis previamente establecida, después de lo cual, esa misma tarde sentí opresiones cardíacas, como en la primera enfermedad, de tanta intensidad, que sólo el recorrer una calle que subía con pendiente moderada me provocó estados de angustia. También la noche de Chemnitz fue mala. Al día siguiente (lunes) temprano seguimos a Leipzig, y nos trasladamos directamente en un coche de alquiler desde la estación del ferrocarril bávaro a la Clínica de la Universidad para ver al profesor Flechsig, quien ya el día anterior había sido avisado de la visita mediante un telegrama. Siguióse una larga conversación, en la cual el profesor Flechsig, no puedo negarlo, desplegó una elocuencia sobresaliente, que no dejó de producir un profundo efecto sobre mí. Habló de los progresos que había hecho la psiquiatría desde mi primera enfermedad, de los somníferos recientemente descubiertos, etcétera, y me dio la esperanza de que toda la enfermedad [...] mediante un solo sueño prolongado, que de ser posible debía prolongarse desde las tres de la tarde hasta el día siguiente.*

²² No quiero dejar de agregar que en esta ocasión se habría tratado, conforme con el carácter de las almas, que en el interin he llegado a conocer, de un *dolus indeterminatus* –permítaseme emplear esta expresión jurídica– sumamente elaborado, es decir, de ataques a los que con mucha frecuencia seguía un cambio de intención y de sentimientos, tan pronto como un examen más cuidadoso hacía surgir el convencimiento de que la persona en cuestión merecía mejor suerte.

* En esta frase falta el verbo, y por consiguiente “toda la enfermedad” [*die ganze Krankheit*]

Después de esto, mi estado de ánimo se fortaleció, sobre todo porque los nervios, gracias al viaje de varias horas en el aire fresco de la mañana y a la parte del día en que estábamos (el mediodía), posiblemente estuvieran algo más fortalecidos. Fuimos primero a buscar nosotros mismos a la farmacia el somnífero ordenado, almorzamos luego en casa de mi madre y pasé en suma el resto del día, entre otras cosas dando un pequeño paseo, bastante bien. El irme a la cama (en casa de mi madre) no se cumplió, naturalmente, a las tres, sino (probablemente de acuerdo con una instrucción secreta que mi esposa había recibido) se dilató hasta las nueve. Pero inmediatamente antes de irme a dormir reaparecieron síntomas más serios. Desgraciadamente, la cama estaba también demasiado fría por haber sido ventilada demasiado tiempo y me acometió inmediatamente un violento escalofrío e ingerí el somnífero encontrándome ya en un estado de intensa excitación. Eso hizo que perdiera casi totalmente su eficacia y mi esposa me dio después de una o algunas horas el hidrato de cloral que tenía preparado como reserva. Pese a ello, la noche transcurrió insomne, y durante ella abandoné la cama, presa nuevamente de estados de angustia, para llevar a cabo una suerte de intento de suicidio por medio de una toalla o algún otro recurso semejante, que mi mujer, despertándose al oírlo, me impidió. A la mañana siguiente se presentó ya un serio trastorno nervioso; la sangre se había retirado desde todas las extremidades al corazón, mi estado de ánimo se había tornado extremadamente sombrío, y el profesor Flechsig, que había sido llamado ya temprano por la mañana consideró imperiosa mi internación en su clínica, hacia la cual partí inmediatamente en un coche de alquiler, acompañado por él.

Después de un baño caliente, me llevaron enseguida a la cama, la que durante los cuatro o cinco días siguientes no volví a dejar en ningún momento. Como guardián se me asignó un tal R... Mi enfermedad se desarrolló aceleradamente durante los días siguientes; la mayor parte de las noches las pasaba insomne, pues los somníferos más suaves (alcanfor, etcétera) que se habían ensayado inicialmente para no recurrir al hidrato de cloral de manera permanente, no producían efecto. No podía dedicarme a ninguna ocupación; tampoco vi a nadie de mi familia. Los días transcurrían así interminables y lúgubres; mi espíritu estaba casi exclusivamente ocupado con pensamientos de muerte. Cuando reflexiono retrospectivamente volviendo mi vista hacia esa época, me parece como si el plan tera-

puede ser tanto sujeto como objeto del verbo omitido. Jacques Lacan (*Écrits*, p. 545, nota 1) critica a los traductores ingleses Macalpine y Hunter el haber incluido el verbo *deliver of* ("liberar de" y también "asistir en un parto, actuar de comadrón") sin advertir al lector, con lo cual, dice, distorsionarían el sentido en favor de su interpretación. [N. del T.]

péutico del profesor Flechsig hubiera consistido en presionar primeramente sobre mi depresión nerviosa para hacerla descender hasta determinado estado profundo, y luego, mediante un brusco cambio en mi temple de ánimo, provocar de un golpe la curación. O por lo menos es esta la única manera como puedo explicarme el suceso siguiente, pues de lo contrario tendría que suponer que existió en él una intención francamente malévola.²³

La cuarta o quinta noche aproximadamente después de mi ingreso en el hospital fui arrancado de la cama en medio de la noche por dos enfermeros y trasladado a una celda-dormitorio preparada para dementes (furiosos). Yo me encontraba ya, aun sin eso, en un estado de suma excitación afectiva, en un delirio febril, por así decirlo, y debido a este acontecimiento, cuyos motivos no conocía, quedé, naturalmente, aterrorizado al máximo. El camino pasaba por el salón de billar, y aquí se produjo una lucha entre yo, que estaba vestido sólo con el camión, y los dos enfermeros, porque yo no sabía qué se pretendía hacer conmigo y por consiguiente creí que debía resistirme, para lo cual traté de aferrarme del billar, pero finalmente fui dominado y conducido a la celda antes mencionada. Ahí se me dejó abandonado a mi suerte; pasé el resto de la noche en la celda, provista sólo de una cama de hierro y ropa de cama, sin dormir la mayor parte del tiempo, me sentí absolutamente perdido e hice en medio de la noche un intento naturalmente fracasado de colgarme [del armazón] de la cama por medio de las sábanas. El pensamiento de que a una persona a la cual ya nunca será posible proporcionar el sueño aun con todos los recursos del arte médico no le queda finalmente más que quitarse la vida, me dominaba por entero. Yo sabía que en los hospitales no se permite eso, pero vivía en el delirio de que una vez agotados todos los intentos terapéuticos tenía que seguirse el alta, principalmente con el propósito de que la persona en cuestión pusiera fin a su vida en su domicilio o en otra parte.

Por eso, cuando despuntó la mañana siguiente, fue para mí una gran sorpresa el recibir todavía una visita médica. Se presentó el asistente del profesor Flechsig, el doctor Täuscher, y su anuncio de que en modo alguno se pensaba suspender la atención terapéutica, junto con toda la manera con que trató de alentarme –no puedo dejar de reconocerle que en esta

²³ No puedo pasar en silencio que el profesor Flechsig, en una conversación posterior, pretendió negar todo lo acontecido en el salón de billar y lo con ello relacionado explicándolo como una ilusión de mi fantasía, lo cual, dicho sea de paso, es una de las circunstancias que a partir de entonces me llenaron de cierta desconfianza respecto del profesor Flechsig. La objetividad del hecho, acerca del cual es imposible hablar de ilusión de los sentidos, es, sin embargo, absolutamente indudable, pues es imposible negar que a la mañana siguiente de la noche en cuestión me encontraba en la celda para dementes y fui visitado allí por el doctor Täuscher.*

* La nota 24 fue tachada porque se refiere a Flechsig. Véanse pp. 297 y 368 *infra*. [N. del E.]

ocasión habló admirablemente— tuvo como consecuencia que se produjera otra vez en mí un cambio de temple de ánimo muy favorable. Me llevaron otra vez al cuarto que había ocupado antes, y viví el mejor día que he tenido durante toda mi permanencia (la segunda) en el hospital del Flechsig, *es decir, el único día en que estuve animado de un sentimiento de esperanza*. El propio guardián R. se condujo con extremado tacto y habilidad en todo su trato, de suerte que muchas veces me he preguntado después de ello si no se habrían producido en él, como también en el doctor Täuscher, inspiraciones superiores. A la mañana jugué un poco al billar con aquel, tomé a la tarde un baño caliente y me mantuve hasta el atardecer en el temple de ánimo fortalecido que había logrado. Se decidió hacer la prueba de si yo podía dormir sin ningún somnífero. De hecho, fui a la cama relativamente tranquilo, pero no concilié el sueño. Después de algunas horas me fue ya imposible mantener mi estado de tranquilidad afectiva, la congestión de sangre en el corazón suscitó nuevamente en mí estados de angustia. Después del cambio de guardianes —junto a mi cama estaba constantemente sentado un guardián, que en mitad de la noche era relevado por otro— se me dio finalmente algún medicamento para dormir —Nekrin o algo parecido era su nombre—, y volví a sumirme un rato en el sueño, que sin embargo no produjo ningún efecto fortalecedor sobre mis nervios. Por el contrario: a la mañana siguiente me encontraba otra vez en el antiguo trastorno nervioso; este era tan intenso, que devolví el desayuno que me habían traído. Me causaron una impresión particularmente aterradora los rasgos faciales completamente deformados que creí percibir en el guardián R. al despertarme.

A partir de entonces se me administró regularmente hidrato de cloral a la noche y durante varias semanas siguió un período algo más tranquilo, por lo menos exteriormente, ya que de esta manera generalmente se logra por lo menos un sueño ligero. Recibí visitas regulares de mi esposa, y durante aproximadamente las dos últimas semanas antes de Navidad hasta pasé parte del día en casa de mi madre. Empero la sobreexcitación nerviosa subsistió todo ese tiempo y hasta empeoró, más que mejorarse. Las semanas después de Navidad hice también diariamente paseos en coches de alquiler con mi esposa y el guardián. Pese a ello, mis fuerzas estaban tan disminuidas, que al descender del coche (en Rosenthal o en Scheibenholtz) sentía como una hazaña hacer a pie cualquier trecho de un par de cientos de pasos, y no me decidía a emprenderlo sin sentir angustia interior. El resto del tiempo también se encontraba todo mi sistema nervioso en un estado de profundo enervamiento. No me era posible emprender, o sólo lo era en mínima medida, ninguna ocupación intelectual, como leer el diario u otras semejantes. Hasta las ocupaciones predominantemente me-

cánicas, como el armar rompecabezas o echar solitarios, u otras semejantes, intensificaban mi excitación nerviosa, de suerte que al poco tiempo tenía que desistir; ya era mucho que por la tarde pudiera durante un rato jugar un par de partidas de damas con el guardián R. En esa época tomaba generalmente la comida y la bebida con buen apetito, y solía también fumar un par de cigarros por día. El enervamiento nervioso se intensificó por la simultánea reaparición de estados de angustia cuando se intentó de vez en cuando emplear somníferos más suaves en lugar del hidrato de cloral, que si bien durante breve tiempo fortalecía algo los nervios, a la larga los afectaba. Mi deseo de vivir estaba permanentemente en quiebra; se había desvanecido en mí cualquier otra perspectiva que no fuera un desenlace macabro, que finalmente tendría que cumplirse mediante el suicidio; frente a los planes de futuro con los cuales mi esposa una y otra vez trataba de reanimarme, meneaba yo incrédulamente la cabeza.

Un nuevo colapso nervioso, que caracterizaría una época importante de mi vida, ocurrió alrededor del 15 de febrero de 1894, cuando mi esposa, que hasta ese momento había pasado diariamente conmigo algunas horas y había también almorzado conmigo en el hospital, emprendió un viaje de cuatro días a Berlín para ver a su padre y concederse también a sí misma un poco de descanso, que urgentemente necesitaba. Durante esos días decaí tanto, que después del regreso de mi esposa volví a verla una sola vez y luego yo mismo adopté la resolución de que no podía desear que mi esposa siguiera viéndome en el estado de postración en que me encontraba. A partir de ese momento cesaron las visitas de mi esposa; cuando después de mucho tiempo volví a verla algunas veces aisladas en la ventana de una habitación situada enfrente, se habían producido en el ínterin cambios tan importantes en mi ámbito y en mí mismo, que creí ver en ella ya no un ser viviente sino sólo un figura humana producida milagrosamente, a la manera de los "hombres hechos a la ligera". Para mi derrumbe espiritual fue particularmente decisiva una noche en la que tuve un número absolutamente desusado de poluciones (quizá media docena) esa sola noche.

A partir de entonces aparecieron las primeras indicaciones de un trato con fuerzas sobrenaturales, es decir, de una conexión nerviosa que el profesor Flechsig mantuvo conmigo, de tal manera que hablaba a mis nervios sin estar presente personalmente. A partir de ese momento formé la impresión de que el profesor Flechsig no albergaba ninguna buena intención para conmigo. Me pareció encontrar confirmada esta impresión en el hecho de que el profesor Flechsig, con motivo de una visita personal, cuando le pregunté si creía realmente en conciencia en la posibilidad de que me curase, si bien me dio ciertas vagas esperanzas, *sin embargo* —o al menos así me lo pareció— *no pudo entonces seguir mirándome a los ojos.*

Es este ya el lugar para profundizar en la naturaleza de las ya muchas veces mencionadas *voces interiores*, que desde entonces me hablan incesantemente y al mismo tiempo de la tendencia, que a mi juicio es intrínseca al orden cósmico, según la cual en ciertas circunstancias se ha de llegar a la “emasculación” (transformación en una mujer) de un hombre (“visionario”) que ha entrado con los nervios divinos (Rayos) en un trato imposible de suspender. A exponer estas relaciones, cosa que por lo demás es sobremanera difícil, estará destinado el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V*

Aparte del lenguaje humano usual existe un modo de *lenguaje de los nervios*, del cual un hombre sano por lo general no tiene conciencia. La mejor manera, a mi juicio, de hacerse una idea al respecto consiste en representarse los procesos mediante los cuales el hombre procura grabarse en la memoria ciertas palabras en una secuencia determinada, por ejemplo, cuando un escolar aprende de memoria un poema que tiene que recitar en la escuela o un clérigo un sermón que pronunciará en la iglesia. Las palabras en cuestión se pronuncian entonces *en silencio* (como también en la *plegaría silenciosa*, a la que los fieles son invitados desde el púlpito), es decir, el hombre hace que sus nervios entren en aquellas vibraciones que corresponden al empleo de las palabras en cuestión, en tanto que los órganos específicos del habla (labios, lengua, dientes, etcétera) no se ponen conjuntamente en movimiento o sólo lo hacen ocasionalmente.

El empleo de este *lenguaje de los nervios* en circunstancias normales (acordes con el orden cósmico) depende, naturalmente, sólo de la voluntad del hombre de cuyos nervios se trata; ningún hombre puede por sí mismo compeler a otro hombre para que se sirva de este lenguaje de los nervios.²⁵ Pero en lo que a mí respecta, después del giro crítico antes mencionado que tomó mi enfermedad nerviosa, se da el caso de que mis nervios son puestos en movimiento *desde el exterior*, y por cierto sin interrupción ninguna.

La capacidad de influir de esta manera sobre los nervios de un ser humano es en primer término propia de los Rayos divinos; de ahí depende que Dios haya estado desde siempre en condiciones de inspirar sueños a los hombres mientras duermen. Por mi parte, sentí por primera vez ese influjo como emanando del profesor Flechsig. La explicación de esta circunstancia sólo puedo encontrarla en que el profesor Flechsig aprendió de alguna

* “Continuación. El lenguaje de los nervios (Voces interiores). Compulsión a pensar. La emasculación como postulado del orden del mundo.”

²⁵ Una excepción se da, quizás, en el hipnotizar, de cuya naturaleza, como profano que soy en la psiquiatría, estoy tan poco informado que no puedo permitirme dar un juicio al respecto.

manera a valerse de los Rayos divinos; posteriormente, además de los nervios del profesor Flechsig, se han puesto directamente en vinculación con mis nervios también algunos Rayos divinos. El modo y manera del influjo ha ido cobrando con el transcurso de los años formas cada vez más contrarias al orden cósmico y al derecho natural que tiene el hombre a la libre disposición de sus nervios y, me atrevo a decirlo, cada vez más grotescas.

Este influjo apareció relativamente pronto bajo la forma de la *compulsión a pensar*, expresión que las Voces interiores me indicaron ellas mismas, pero que para otras personas difícilmente será conocida, pues el fenómeno en su totalidad cae fuera de toda experiencia humana. La esencia de la compulsión a pensar consiste en que el hombre se ve forzado a un pensar incesante; en otras palabras, el derecho natural del hombre a proporcionar de tiempo en tiempo a sus nervios intelectivos el indispensable descanso mediante el no pensar nada (como sucede de la manera más típica al dormir) me fue restringido ya desde el comienzo por los Rayos que tenían trato conmigo, quienes continuamente pretendían saber en qué estaba yo pensando. La pregunta era formulada, por ejemplo, con estas palabras: “¿En qué piensa usted ahora?”, y como esta pregunta es en sí y de por sí misma un absurdo completo, ya que, sabidamente, el ser humano tanto puede no pensar *en nada* –en ciertos momentos– como, en cambio, pensar *en millares de cosas a la vez*, y como mis nervios, consiguientemente, no reaccionaban en sí y de por sí a esta pregunta absurda, muy pronto fue necesario refugiarse en un sistema de *adulteración de los pensamientos*, respondiéndose uno mismo, por ejemplo, a la pregunta anterior: “En el orden del mundo estará ese”, vale decir,* pensando,²⁶ o sea, que se obligaba a mis nervios, mediante el influjo de los Rayos, a producir las vibraciones que correspon-

* Schreber emplea regularmente, para completar las frases cortadas que escuchó de las “Voces” el adverbio latino “scilicet”, que traduzco por “vale decir”. [N. del T.]

²⁶ La palabra “pensar” era omitida en la respuesta antes citada. Esto se debe a que las almas –aun antes de la aparición de las relaciones contrarias al orden cósmico– tenían la costumbre de dar a sus pensamientos (en el trato entre ellas) sólo una expresión gramaticalmente incompleta, es decir, de omitir algunas palabras de las que de todas maneras podía prescindirse para el sentido. Esta costumbre se transformó con el correr del tiempo en un abuso verdaderamente infame, en lo que a mí se refiere, pues los nervios intelectivos del hombre (su “subsuelo”, como reza la expresión del lenguaje primitivo) se ven continuamente excitados por estas frases cortadas, ya que involuntariamente se esfuerzan por buscar la palabra que hace falta para completar el sentido. Así, hace años que yo oigo centenares de veces diariamente, para citar sólo uno entre innumerables ejemplos, la pregunta: “¿Por qué no dice usted eso?”, en la cual se omiten las palabras verdaderamente necesarias para completar el sentido: “*en voz alta*”, y los propios Rayos se dan luego a sí mismos la respuesta como si hubiera sido pronunciada por mí: “Porque soy un poco estúpido”. Tales tremendos absurdos y otros semejantes tienen incesantemente que soportar mis nervios (en parte como si procedieran de ellos mismos) hace años, en medio de una triste monotonía. Más adelante expondré con más detalle el motivo de la elección de las locuciones en cuestión y el efecto que con ella se pretende.

dían al empleo de estas palabras. Con el tiempo creció el número de lugares desde donde emana la conexión nerviosa: aparte del profesor Flechsig, el único de quien yo supe, exactamente, por lo menos durante un tiempo, que se encontraba entre los vivos, fueron sustancialmente almas difuntas las que comenzaron a interesarse por mí en número creciente.

Podría dar aquí cientos, si no miles, de nombres, entre ellos numerosos nombres acerca de los cuales me enteré, después de varios años, después que se me abrió nuevamente mediante diarios y cartas cierto trato con el mundo exterior, que seguían estando aún entre los vivos, siendo así que en la época en que traté con ellos en cuanto almas por medio de la conexión nerviosa, no podía, naturalmente, suponer otra cosa sino que hacía mucho que habían fallecido. En muchísimos de los portadores de esos nombres predominaban los intereses religiosos; en especial había entre ellos muchísimos católicos, que esperaban que mediante la actuación que yo habría de emprender en determinadas direcciones sería promovido el catolicismo, en especial la catolización de Sajonia y Leipzig: a este número pertenecían el párroco St., de Leipzig, “14 católicos de Leipzig” (de estos sólo se me mencionó un nombre, el del cónsul general D.; se trataba probablemente de una asociación religiosa o de su plana mayor), el padre jesuita S., de Dresde, el administrador arzobispal de Praga, el canónigo capitular Moufang, los cardenales Rampolla, Galimberti y Casati, el propio Papa, que dirigía un “Rayo chamuscado” propio, y finalmente innumerables monjes y monjas; en determinada oportunidad, doscientos cuarenta monjes benedictinos, bajo la dirección de un padre, cuyo nombre sonaba parecido a “Starkiewicz”, se juntaron como almas dentro de mi cabeza, para encontrar allí su aniquilación. En otras almas, estaban en juego motivos nacionales mezclados con intereses religiosos; entre ellos un neurólogo vienés, cuyo nombre era casualmente idéntico al del padre benedictino antes mencionado, un judío converso y eslavófilo, que quería eslavizar a Alemania por mi intermedio y simultáneamente fundar allí el imperio del judaísmo; en su calidad de neurólogo parecía ser, de manera análoga a como el profesor Flechsig lo era para Alemania, Inglaterra y América (es decir, los países básicamente germánicos) una especie de administrador de los intereses divinos en otras provincias divinas (es decir, las regiones eslavas de Austria), de resultas de lo cual se desarrolló durante un tiempo una lucha por la supremacía, surgida de la rivalidad entre él y el profesor Flechsig. Otro grupo lo formaban fundamentalmente ex miembros del Corps Saxonia, de Leipzig, al cual el profesor Flechsig había pertenecido como *konkneipant*,²⁷ y que por ello, según supuse, habían sido

²⁷ Tampoco esto lo supe yo de antemano, sino que sólo me enteré por las Voces que hablan conmigo mediante la conexión nerviosa. Por ello no estaría exento de interés que este detalle,

ayudados por este a lograr la bienaventuranza; entre ellos se encontraban el abogado doctor G. S., de Dresde, el doctor en Medicina S., de Leipzig, el juez superior G. e innumerables miembros más jóvenes del Corps, que luego fueron designados “los suspendidos debajo de Casiopea”. Pero por otra parte había también muchos miembros de los Burschenschafter, cuya causa había tenido durante cierto tiempo un gran avance, de suerte que tuvieron la posibilidad de ocupar los planetas Júpiter, Saturno y Urano; los nombres más distinguidos entre ellos eran los de A. K., abogado, vicepresidente de la Cámara de Diputados de Prusia, al cual, por lo demás, nunca había visto personalmente en mi vida, el rector profesor W. y el abogado H., de Leipzig. Estos y los anteriormente mencionados miembros del Corps Saxonia parecían considerar toda la cuestión acerca de la cual se trataba en mi cabeza sólo como una continuación de la vieja rencilla entre el Corps y la Burschenschaft. Nombraré además al consejero privado doctor Wächter, que habría desempeñado una suerte de jefatura en Sirio, y el consejero eclesiástico privado doctor Hoffmann, que habría desempeñado el mismo cargo en las Pléyades, y que por ello, y porque además hacía mucho tiempo que habían muerto, parecían haber ascendido ya a un grado más elevado de bienaventuranza. Ambos me habían conocido personalmente cuando estaban con vida, y presumiblemente por esta razón se habían tomado cierto interés por mí.

Nombraré finalmente algunos de mis parientes (además de mi padre y mi hermano, que ya fueron mencionados anteriormente, mi madre, mi esposa y mi suegro), mi amigo de juventud, fallecido el año de 1864, Ernst K., y un príncipe que apareció en mi cabeza en calidad de “hombrecillo”, en el sentido que más adelante se explicará y, por así decirlo, se paseaba por ella.

Todas estas almas hablaban en mí como “Voces” de manera más o menos indiferente, sin saber ninguna de ellas nada acerca de la presencia de las otras. Hasta qué punto haya sido desesperante la Babel que se producía así en mi cabeza, podrá calcularlo quienquiera que no considere todo lo expuesto como un producto morboso de mi fantasía. De todas maneras, las almas tenían aún entonces pensamientos propios, y por consiguiente estaban capacitadas para proporcionarme informaciones que atraían en sumo grado mi interés, y también para dar respuesta a preguntas, mientras que actualmente, y desde hace mucho tiempo, el parloteo de las Voces consiste en una aterradora repetición monótona de las mismas frases (aprendidas de memoria) que reaparecen constantemente. Más adelante daré la razón de ello. Junto a estas almas que se daban a conocer como individuos aparecían además al mismo tiempo Voces siempre distintas, que se pre-

en sí mismo muy secundario, resultara, a la luz de la vida anterior del profesor Flechsig, conforme a la verdad.

sentaban como la omnipotencia misma de Dios en instancias cada vez más elevadas (véase al respecto la nota 19) y para las cuales las almas individuales antes mencionadas parecían servir de avanzadas.

El segundo punto que debía tratarse en este capítulo se refiere a la tendencia, intrínseca al orden cósmico, a la *emasculación* del hombre que entra en trato perdurable con los Rayos. Esta tendencia depende, por una parte, de la naturaleza de los nervios divinos, en virtud de la cual, la bienaventuranza (el gozar de ella, véanse antes, pp. 69-71), consiste, aunque no exclusivamente, sí al menos simultáneamente, en una muy intensificada sensación de voluptuosidad; por la otra, del plan, que aparentemente subyace al orden cósmico, de posibilitar en caso de una catástrofe cósmica que hiciera necesaria la aniquilación de la humanidad en algún astro –considerado o no específicamente*– la renovación de la especie humana. Si en algún astro la corrupción moral (“desórdenes voluptuosos”) o quizá también la nerviosidad, se habían adueñado de toda la humanidad hasta tal punto, que no pudiera esperarse de sus nervios excesivamente ennegrecidos un completamiento significativo de las Antecámaras del Cielo (véase antes la nota 6), o fuera de temer una intensificación peligrosa de la fuerza de atracción sobre los nervios divinos, entonces podía producirse una destrucción de la especie humana en ese astro (mediante epidemias desoladoras, etcétera), ya fuese acaso por sí misma o también decidida por Dios y puesta por obra mediante terremotos, inundaciones, etcétera. Quizá también le era posible a Dios sustraer total o parcialmente a un planeta destinado a la destrucción el calor del Sol (o de la estrella fija que sirviera para su calefacción), lo cual arrojaría una nueva luz sobre un problema que, según entiendo, no ha sido resuelto aún por la ciencia, el de las *eras glaciales*. La objeción de que en las eras glaciales de la Tierra la humanidad existía sólo en sus rudimentos (diluviales) difícilmente puede considerarse convincente. ¿Quién podrá decirnos si en esa época no existía ya en algún otro planeta, que para mí podría ser Venus, una humanidad muy desarrollada, cuya aniquilación, en razón de lo dicho anteriormente, estuviera fijada en el plan de Dios y no pudiera producirse sin un considerable enfriamiento simultáneo de la Tierra, rezagada en su evolución?²⁹ En todas las

* *In specie*, latín en el original. [N. del T.]

²⁹ De hecho, durante mi permanencia en el hospital de Flechsig tuve visiones (imágenes oníricas) según las cuales han existido otros planetas inficionados de corrupción moral en un grado mayor que la Tierra, en tanto que la población de nuestra Tierra se ha distinguido relativamente por una mayor pureza moral.**

** Falta la nota 28, aunque Schreber se remite a ella en las páginas 67, 68 y 72. Presumiblemente fue suprimida porque se refiere al “rey actualmente reinante”. Véase nota 37, pp. 64 y ss. [N. del E.]

cosas de esta especie, el hombre tiene que tratar de remontarse más allá de las estrechas representaciones geocéntricas que, por así decirlo, lleva en su sangre, y considerar las cosas desde el punto de vista más elevado de la eternidad. Es, por lo tanto, muy posible que en este sentido exista un fundamento de verdad en las concepciones de Cuvier sobre catástrofes cósmicas que se suceden periódicamente. Entonces se preservó como reserva un solo hombre —quizás el que era aun relativamente más moral—, al cual las Voces que hablan conmigo denominaban “el judío errante”.* El sentido de esta designación es, pues, algo diferente del que está en la base de la leyenda homónima del judío Ahasvero; en cambio, uno piensa espontáneamente en las leyendas de Noé, Deucalión y Pirra, etcétera. La leyenda de la fundación de Roma está también probablemente relacionada con esto; en ella Rea Silvia concibe a los que luego serían los reyes Rómulo y Remo, no de un padre terrenal sino directamente de Marte, el dios de la guerra. El Judío Errante (en el sentido definido antes) tuvo que ser *emasculado* (transformado en una mujer) para poder engendrar hijos. La *emasculación* se llevó a cabo de esta manera: los órganos sexuales (externos) masculinos (escroto y miembro viril) fueron retraídos hacia el interior del cuerpo, y mediante la simultánea restructuración de los órganos sexuales internos, fueron transformados en los órganos femeninos correspondientes; se produjo tal vez durante un sueño de muchos siglos, porque era necesario que se sumara una modificación de la estructura ósea (pelvis, etcétera). Se produjo, pues, una involución o reversión del proceso evolutivo que en todo embrión humano tiene lugar en el cuarto o quinto mes del embarazo, según que la naturaleza quiera adjudicar el sexo femenino o masculino al futuro niño. En los primeros meses del embarazo, como es sabido, están esbozados ambos sexos, y los caracteres del sexo que no llega a desarrollarse se quedan, según corresponde, como las mamilas masculinas, en una etapa evolutiva inferior, con carácter de órganos rudimentarios. La facultad de llevar a cabo el milagro de la emasculación descrito es propia de los Rayos del Dios inferior (Arimán); los Rayos del Dios superior (Ormuz) tienen la capacidad de restaurar la masculinidad si se presenta el caso. Yo mismo viví en mi propio cuerpo, como ya se mencionó en la nota 1, la consumación de este milagro de la emasculación en dos oportunidades distintas (en breve tiempo) durante mi internación; si el milagro no alcanzó a desarrollarse por completo, y, de hecho, fue revertido, ello se debió exclusivamente a que intervinieron no sólo Rayos divinos puros sino también Rayos de almas probadas (impuras, véanse antes, pp. 75 y ss.), es decir, rayos Flechsig y otros, mediante cuyo influjo se obsta-

* En alemán *Der ewige Jude* (“el judío eterno, inmortal”). [N. del T.]

culizó el proceso de transformación en su pureza acorde con el orden cósmico. El mantenimiento del judío Errante y el proporcionarle las cosas necesarias para la vida estuvo a cargo de “hombres hechos a la ligera” (compárese con la nota 1), y para este fin se armaron transitoriamente mediante un milagro algunas almas en figura humana, verosíblemente no sólo durante el lapso de vida del Judío Errante mismo, sino también durante muchas generaciones, hasta que sus descendientes fueran suficientemente numerosos para poderse mantener a sí mismos. Esta parece haber sido la principal función acorde con el orden cósmico de la institución de los “hombres hechos a la ligera”; si acaso sirvió también para poder imponer a las almas que debían purificarse, bajo la figura humana que se les dio mediante este recurso, algunas tareas necesarias para su purificación (véanse antes, pp. 68 y ss.), es algo sobre lo cual no me atrevo a pronunciarme; de todas maneras, la finalidad de los hombres hechos a la ligera no consistía en un mero *jugueteo con milagros*, que en esto degeneraron, en lo que a mí respecta, en el último período de mi permanencia en el hospital de Flechsig, durante mi permanencia en el hospital de Pierson y aun durante la primera época de mi permanencia en este hospital.³⁰

Acerca de esta tendencia intrínseca al orden cósmico, de acuerdo con la cual está prevista la emasculación de un hombre en ciertas condiciones, debió haber tenido, según mi modo de ver, alguna vislumbre el profesor Flechsig, sea que, por decirlo así, haya llegado a ella por sí mismo o que esas ideas, cosa que yo consideraría lo más verosímil, le hayan sido inspiradas por Rayos divinos. Pero aquí impera un *equivoco fundamental*, que desde entonces atraviesa toda mi vida como un hilo rojo y que consiste en que Dios, *dentro del orden cósmico, no conocía, en puridad, al hombre viviente*, y para nada necesitaba conocerlo, sino que, de conformidad con el orden cósmico, tenía que tratar sólo con cadáveres. Pero, por otra parte, entra aquí en consideración la dependencia a la que Dios se había entregado con respecto al profesor Flechsig o a su alma, y que consistía en que Dios no podía ya librarse de la conexión nerviosa que este en algún momento consiguió y mantuvo abusivamente desde entonces. Surgió entonces un sistema de *andar a las bordadas*, en el cual alternaban intentos de curar mi enfermedad

³⁰ Yo he recibido algunas alusiones de que con anterioridad a mi propio caso, quizás en un pasado sobremanera remoto y en otros astros, hubo gran número de Judíos Errantes. Algunos nombres que estarían en este caso me fueron mencionados por las Voces que hablan conmigo, entre los cuales si no me equivoco, se encontraba el de un conde polaco, Czartorisky u otro que sonaba muy parecido. No es indispensable pensar aquí en la nación polaca de nuestra Tierra, sino hay que tener presente, como posibilidad al menos, que el pueblo polaco, quizá mediante la metempsícosis, exista por segunda vez en algún otro astro.

nerviosa³¹ con el esfuerzo por aniquilarme por ser un hombre que se había vuelto peligroso para el propio Dios de resultas de la nerviosidad cada vez más intensa. De esta manera resultó una política de duplicidad (de “semihurgoneo”, según rezaba la expresión repetidamente oída por mí), la cual era enteramente coherente con el carácter de las almas, que están acostumbradas al goce ininterrumpido, y por ello no poseen, o sólo en muy pequeño grado, la capacidad peculiar que tiene el hombre de asegurarse un provecho duradero en el futuro mediante un sacrificio momentáneo o una renuncia momentánea al goce. Al mismo tiempo, cuanto más empeño se ponía en hacer milagros contra mí, tanto más indisoluble se hacía la vinculación establecida con mis nervios; por otra parte, el profesor Flechsig había en el ínterin aprendido a remontarse al cielo con su alma íntegra o con una parte de ella y de esa manera –sin pasar por la muerte y la purificación previa– convertirse en comandante de Rayos. Fue así como se armó un complot contra mí (más o menos en marzo o abril de 1894), que consistió en, una vez conocida o supuesta la incurabilidad de mi enfermedad nerviosa, ponerme a la merced de un hombre, de la siguiente manera: dejar mi alma en poder de este, pero entregar mi cuerpo, transformado en un cuerpo femenino –en una equívoca interpretación de la tendencia subyacente al orden cósmico antes mencionada–, al hombre en cuestión, para que abusara sexualmente de él, y luego, sencillamente, “dejarlo olvidado”, es decir, abandonarlo sin más a la descomposición. No parecen haberse hecho cargo claramente de qué sería del hombre “olvidado”, si estaría realmente muerto. No tengo la menor duda de que este complot haya existido realmente, aunque con la salvedad de que no me atrevo a afirmar que el profesor Flechsig participara de él en su condición de hombre. Por supuesto, mientras el profesor Flechsig trató conmigo en su *condición de hombre*, no se habló ni una palabra sobre estas cosas. Pero en la conexión nerviosa establecida *al mismo tiempo* por él *en su condición de alma*, es decir, en el *lenguaje de los nervios* descrito al comienzo de este capítulo, se dio a este designio una expresión enteramente desembozada. A ello se sumó que también la manera exterior de tratarme parecía corresponderse con el designio que se me había comunicado en el lenguaje de los nervios; se me mantuvo durante semanas amarrado a la cama tras haberme retirado mis prendas de vestir, con el fin de –según creí– hacerme más accesible a las sensaciones voluptuosas que pudieran ser suscitadas por los nervios femeninos que ya penetraban más y

³¹ Esto hubiera sido más fácil –para mencionar ya aquí algo que más adelante se expondrá con más detalle– mediante el sacrificio de una cantidad relativamente pequeña de Rayos puros, porque los Rayos, entre otras, poseen la facultad de ejercer un efecto sedativo y somnífero sobre los nervios.

más en mi cuerpo; se emplearon asimismo recursos (medicamentos) que estoy persuadido tendían al mismo fin,³² y que por ello me negaba a ingerir o que, cuando los guardianes me los daban por la fuerza, los escupía. Puede imaginarse hasta qué punto todo mi viril sentimiento del honor y de la propia dignidad, toda mi personalidad moral, se rebelaron contra este trato infamante no bien creí reconocerlo con certeza, máxime porque al mismo tiempo me hallaba enteramente henchido de santos pensamientos sobre Dios y el orden cósmico, estimulado por las primeras revelaciones que había recibido, merced al trato con otras almas, sobre las cosas divinas. Separado por completo del mundo exterior, sin ningún trato con mi familia, en manos exclusivamente de rudos guardianes, a quienes las Voces interiores me presentaban, por así decirlo, como un deber golpear ocasionalmente como prueba de mi coraje viril, no podía surgir en mí ningún otro pensamiento sino que cualquier modo de morir, por espantoso que fuera, era preferible a un fin tan vergonzoso. Decidí, pues, poner fin a mi vida dejándome morir de hambre y rechacé todos los alimentos, sobre todo porque las Voces interiores me aleccionaban siempre diciendo que era mi deber dejarme morir de hambre y sacrificarme así en cierta medida a Dios, y que por consiguiente cualquier goce de una comida, que mi cuerpo seguía ansiando, era una indigna debilidad. La consecuencia fue que se introdujo el “*sistema de forraje*”, es decir, que los guardianes que por lo general eran siempre los mismos alrededor de mí —además del ya mencionado R., un tal H. y un tercero más, cuyo nombre no conozco— me introducían por la fuerza los alimentos en la boca, lo que a veces hacían con la mayor rudeza. Sucedió muchas veces que uno de ellos me tenía aferradas las manos y el otro, mientras yo yacía en la cama, *se arrodillaba* sobre mí para introducirme los alimentos en la boca o verterme la cerveza en la boca.

Además, cada baño que tomaba iba asociado con ideas de ahogamiento. En el lenguaje de los nervios se hablaba de “baños de purificación” y de “baños sagrados”; estos últimos estaban también destinados a darme una oportunidad para que yo mismo me ahogase; yo entraba en cada baño con la angustia interior de que hubiera de servir para poner fin a mi vida. Las Voces interiores (concretamente, las almas antes mencionadas que pertenecían al Corps Saxonía, los llamados Hermanos de Casiopea) me hablaban permanentemente en este sentido y me ridiculizaban diciéndome que me faltaba coraje varonil para hacerlo; hice repetidas veces el intento de hundir la cabeza bajo el agua, y en cada caso los guardianes me sujetaron los pies manteniéndolos sobre el agua, con lo que aparentemente favore-

³² En especial un ungüento blancuzco del que no puedo decir, por ser profano en medicina, si se trataba de bismuto o de alguna otra cosa.

cían la conducta suicida, y además me sumergían la cabeza, tras lo cual, en medio de toda suerte de chistes groseros, me obligaban a emerger y finalmente a dejar el baño.³³ En la conexión nerviosa que mantenía con el profesor Flechsig yo le pedía continuamente cianuro de potasio o estricnina para envenenarme (una gota de zumo-veneno, como se lo denominaba en el lenguaje primitivo), y el profesor Flechsig –en calidad de alma en la conexión nerviosa– no se comportó en absoluto de manera renuente frente a este pedido, sino que siempre dejaba entrever a medias la posibilidad de que accediera, pero en conversaciones en la conexión nerviosa que duraban varias horas hacía depender siempre hipócritamente el suministrármelo de ciertas garantías: si yo bebería realmente el veneno cuando me fuese entregado, etcétera. Cuando el profesor Flechsig venía a verme en calidad de hombre en sus visitas médicas, pretendía no saber nada, por supuesto, de tales cosas. También se habló repetidas veces del ser-enterrado-vivo como un medio de poner fin a mi vida. Por ello resultaba enteramente natural, desde el punto de vista humano, que era el que aún entonces me dominaba predominantemente, que yo viera sólo mi verdadero enemigo en el profesor Flechsig o en su alma (posteriormente se sumó el alma de von W., de la cual volveré a hablar más adelante) y que considerara a la omnipotencia de Dios como mi aliada natural, a la que erróneamente sólo creía en una situación de apremio frente al profesor Flechsig y a la que, por lo tanto, pensaba que debía apoyar con todos los medios imaginables, hasta la autoinmolación. Que el propio Dios pudiera ser el consabidor, si no el instigador, del plan dirigido al almicidio que se habría de perpetrar contra mí y de la entrega de mi cuerpo como prostituta femenina, es un pensamiento que se me ocurrió sólo mucho tiempo después y que en parte, debo decirlo, se me hizo claramente consciente sólo durante la redacción de este trabajo. A la vez, para no perturbar las concepciones y los sentimientos religiosos de otros hombres, tengo que expresar nuevamente los pensamientos que ya han sido expuestos al fin del capítulo II. Por vergonzoso qué haya tenido que parecerme, subjetivamente considerada, toda esta conducta, no tengo empacho en reconocer que fue inspirada por ese instinto de autoconservación que es tan natural en Dios como en cualquier otro ser animado, instinto de conservación que, según se expuso ya en otro contexto (véanse antes, pp. 95 y ss.) tenía de hecho que obligar a Dios en ciertas circunstancias a considerar la aniquilación no sólo de hombres individuales sino también de astros enteros con todos los seres creados allí.

³³ Dicho sea de paso, era esa la época en que yo, por efecto de los milagros efectuados sobre mí, tenía entre las piernas una cosa que apenas se asemejaba a un miembro masculino normalmente formado.

También de Sodoma y Gomorra se nos relata en el capítulo 19 del *Génesis* que se produjo la aniquilación de esas ciudades mediante una lluvia de fuego y azufre, a pesar de que entre sus moradores se había encontrado un número, aunque quizá muy escaso, de “justos”. Tampoco habrá nadie que considere una inmoralidad que –sin contradicción con el orden cósmico– los más fuertes sometan a los más débiles, un pueblo de mayor cultura expulse de sus lugares de residencia a otro que se encuentra en un nivel inferior de cultura, el gato devore a los ratones, la araña dé muerte al mosquito, etcétera. El concepto de moralidad existe sólo dentro del orden cósmico, es decir, del vínculo natural que mantiene a Dios unido con la humanidad; cuando el orden cósmico se quiebra, sólo resta una lucha por el poder, en la cual decide el derecho del más fuerte. Lo moralmente chocante en mi caso consistió, pues, tan sólo en que Dios se había colocado fuera del orden cósmico, que también para él era obligatorio; mas a ello se vio, si no directamente obligado, por lo menos motivado de resultas de una tentación muy difícil de resistir, que le había sido montada mediante la presencia del alma impura (“probada”) del profesor Flechsig en el cielo. En razón de la inteligencia humana que poseía aún en un grado relativamente alto, el alma de Flechsig había sabido obtener además ciertas ventajas técnicas (sobre esto se darán mayores detalles más adelante) respecto de los nervios divinos que entonces entraban en contacto por primera vez con él, los cuales, a fuer de almas, no poseían la capacidad de autosacrificio que hubieran necesitado para proporcionarme el sueño suficiente para curarme y tornar inocua así al alma Flechsig. Por esta razón me inclino a considerar todo aquel proceso desde el punto de vista de una fatalidad, a propósito de la cual ni de parte de Dios ni de mi parte puede hablarse de culpabilidad moral. Por otra parte, el orden cósmico conservó toda su grandeza y sublimidad, en la medida en que, hasta en un caso tan contrario a las reglas, rehusó al propio Dios los medios necesarios para alcanzar un propósito contrario al orden cósmico. Todos los intentos dirigidos a perpetrar un almicidio, a la emasculación para fines *contrarios* al *orden cósmico*³⁴ (es decir, a la satisfacción del apetito sexual de un hombre), y posteriormente a la destrucción de mi mente, fracasaron. Salgo vencedor de la lucha aparentemente tan desigual de un solo hombre débil con el mismo Dios, aunque después de muchos amargos sufrimientos y miserias, porque el orden cósmico está de mi lado.³⁵ Mi situación externa y mi salud cor-

³⁴ Que una emasculación para otro fin –acorde con el orden cósmico– es algo que está en el ámbito de lo posible y hasta quizá contenga la solución probable del conflicto, es algo de lo que se tratará nuevamente más adelante.

³⁵ (Agregado de noviembre de 1902.) Las ideas expuestas precedentemente podrían estar afectadas de cierta falta de claridad, en la medida en que en ellas se caracteriza el “orden cósmico”.

poral mejoran actualmente de año en año. Por ello vivo con la confiada fe de que toda esta confusión no representará sino un episodio que finalmente llevará de una manera u otra al restablecimiento de condiciones acordes con el orden cósmico. Hasta es posible que el infortunio personal que he tenido que soportar y la pérdida de bienaventuranzas que hasta el momento se ha producido hayan de encontrar cierta compensación en el hecho de que con motivo de mi caso se le ha abierto de un solo golpe a la humanidad el conocimiento de verdades religiosas en una medida incomparablemente mayor de lo que hubiera sido posible en muchos siglos o quizá nunca por el camino de la investigación científica, con todo el empleo de la inteligencia humana. Es casi innecesario expresar en palabras qué inapreciable beneficio significaría para la humanidad si mediante mis peripecias personales, *especialmente bajo la forma que aún mantienen*, se dejase de una vez para siempre sin sostén al materialismo y asimismo a un confuso panteísmo.

mico”, y por ende algo impersonal, como algo que está por encima aun de Dios, o es más poderoso que Dios u obligatorio para el propio Dios. La falta de claridad, sin embargo, no existe en realidad. “Orden cósmico” es la relación legal dada de por sí en virtud de la esencia y los atributos de Dios, que existe entre Dios y la creación por él evocada a la vida. Dios no puede llevar a cabo aquello que está en contradicción con sus atributos y fuerzas en lo que atañe a la humanidad o, en mi caso, a un hombre individual que ha entrado con él en relaciones especiales. En la medida en que Dios, la fuerza de cuyos Rayos es por naturaleza constructiva y creadora, intentó conmigo en circunstancias anómalas una política principalmente dirigida a la destrucción de la integridad corporal y de la mente, entró en contradicción consigo mismo. Debido a ello, tal política no podía sino dañar tan sólo transitoriamente, no provocar ningún efecto duradero. O bien, para valerme de un oxímoro, en la lucha llevada a cabo por Dios contra mí tuve a Dios de mi lado, es decir, estuve en condiciones de hacer entrar en el campo de batalla como armas incondicionalmente protectoras para mi autodefensa los atributos y fuerzas de él.

CAPÍTULO VI*

La época que he tratado de describir en el capítulo precedente –desde comienzos de marzo hasta fines de mayo de 1894, aproximadamente, suponiendo siempre que se haya tratado de algunos meses terrenales y no de siglos– fue, puedo decirlo con certeza, la época más terrible de mi vida. Y sin embargo esta época fue también la época *santificada* de mi vida, en la que mi alma, por completo arrebatada por las cosas sobrenaturales que me invadían de manera cada vez más masiva, en medio del brutal tratamiento que padecía exteriormente, fue colmada de las ideas más sublimes acerca de Dios y el orden cósmico. Por lo demás, yo había sido desde joven un hombre propenso a cualquier cosa antes que al fanatismo religioso. Todas las personas que de una manera u otra han estado cerca de mí durante mi vida anterior atestiguarán que yo era de una índole serena, desapasionada, de pensamiento claro, muy sensata, cuya aptitud individual se daba más en la línea de una fría crítica racional que en la de la actividad creativa propia de una imaginación campante por sus respetos. No era yo en absoluto, aunque con motivo de pequeños acontecimientos familiares he intentado componer versos de circunstancias, lo que suele denominarse *un poeta*. Tampoco había sido nunca (desde la época de mi juventud) un hombre auténticamente creyente, en el sentido de nuestra religión positiva. Mucho menos había sido en ningún momento un detractor de la religión; evitaba más bien hablar mucho sobre cosas religiosas, y había tenido desde siempre el sentimiento de que a las personas que tenían la dicha de poder mantener incólume aun en sus años posteriores la piadosa fe de su infancia, no se les debía perturbar esa dicha. Sólo que yo mismo me había ocupado demasiado de las ciencias naturales, en especial de obras que tenían su base en la llamada teoría moderna de la evolución, como para que no tuviera que llegar a dudar por lo menos de la verdad literal de todo aquello que la religión cristiana enseñaba. Mi impresión general fue siempre, por cierto, que el materialismo no podía ser la última palabra en las cosas divinas, pe-

* “Experiencias personales, continuación. Visiones. ‘Visionario’.”

ro tampoco había podido decidirme a una firme creencia en la existencia de un Dios personal o a preservarla para mí.³⁶

Al proponerme ahora el intento de dar en este capítulo algunos detalles más respecto de la época que he denominado mi época *santificada*, tengo plena conciencia de las dificultades que ello me representa. Las dificultades son de naturaleza en parte extrínseca y en parte intrínseca. Ante todo, en tal intento cuento sólo con mi memoria, pues en aquella época no estaba en condiciones de tomar ninguna clase de notas: ni disponía de materiales para escribir, ni tampoco habría sentido inclinación a redactar notas escritas, pues entonces –si con derecho o sin él, es asunto que dejaré sin resolver– creía que toda la humanidad había perecido, y por consiguiente no hubiera tenido ante la vista ningún fin para escribir notas. Además, las impresiones que irrumpían en mí eran una mezcolanza tan asombrosa de acontecimientos naturales y de sucesos de carácter sobrenatural, que me cuesta infinito diferenciar las meras imágenes oníricas de las experiencias en estado de vigilia, y por consiguiente decir con exactitud en qué medida a todo aquello que creo haber vivido le corresponde también efectivamente una realidad histórica. Por eso, mis recuerdos de aquella época llevan necesariamente en algún grado la impronta de la confusión.³⁷

³⁶ Al decir esto de ninguna manera estoy sosteniendo que yo sea una cabeza filosófica o que haya llegado a toda la altura de la cultura filosófica de mi tiempo, para lo cual tampoco me hubiera dejado el tiempo necesario mi profesión de juez, que en parte es muy exigente. De todas maneras, quisiera nombrar por lo menos algunas de las obras de contenido filosófico y científico-natural que durante los diez últimos años aproximadamente antes de mi enfermedad he leído, algunas reiterada y frecuentemente, porque en muchos pasajes de este ensayo se encontrarán reminiscencias de los pensamientos contenidos en esas obras. Nombraré, pues, a guisa de ejemplo, Häckel, *Natürliche Schöpfungsgeschichte* [Historia natural de la creación]; Caspari, *Urgeschichte der Menschheit* [Prehistoria de la humanidad]; Du Prel, *Entwicklung des Weltalls* [Evolución del universo]; Mädler, *Astronomie*; Carus, *Sterne, Werden und Vergehen* [Las estrellas; su nacimiento y su muerte]; el periódico de Wilhelm Meyer, *Zwischen Himmel und Erde* [Entre el Cielo y la Tierra]; Neumayer, *Erdgeschichte* [Historia de la Tierra]; Ranke, *Der Mensch* [El hombre]; algunos ensayos filosóficos de Eduard von Hartmann, en especial en *Der Gegenwart* [La actualidad], etcétera, etcétera.

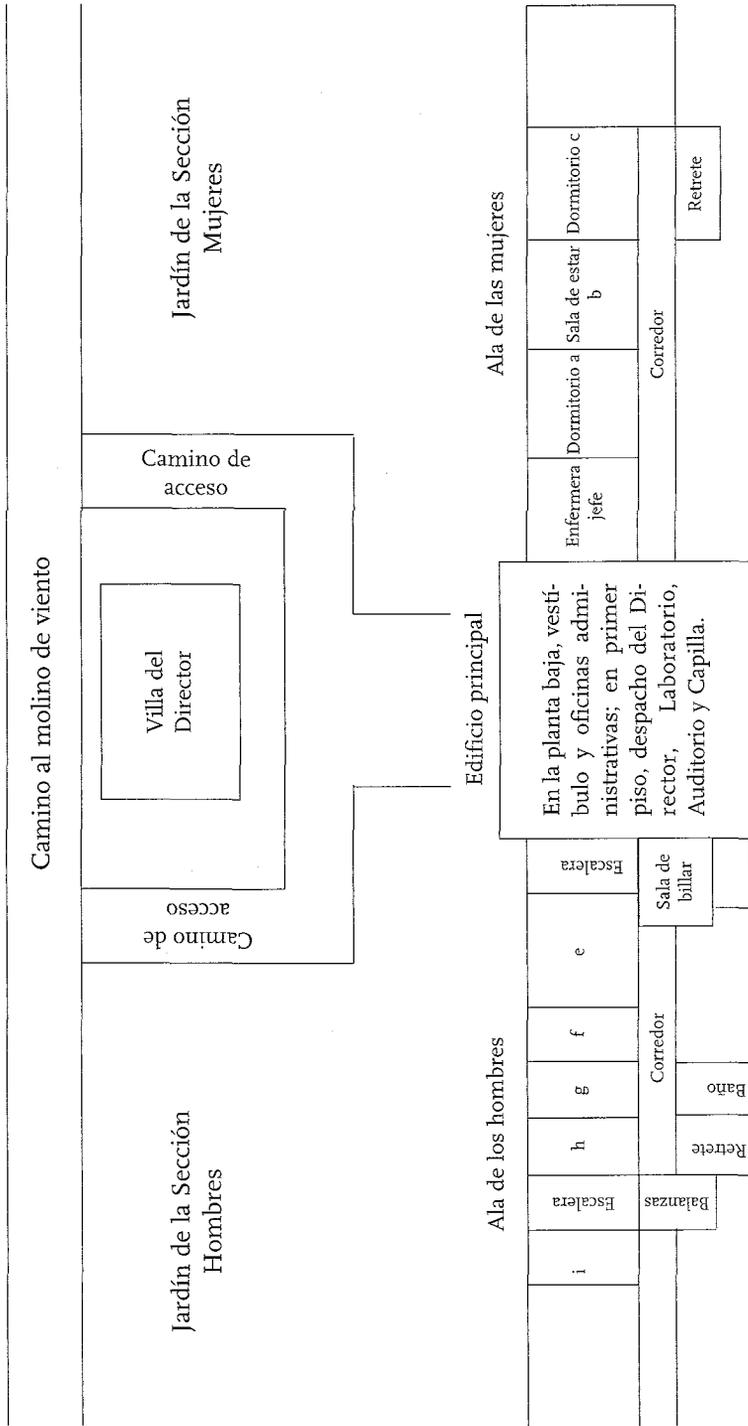
³⁷ A este respecto, un hecho acaecido en fecha sumamente reciente me ha proporcionado una aclaración muy fundamental. En una de las noches más cercanas al momento en que había escrito las líneas precedentes, en la noche del 14 al 15 de marzo del corriente año (1900), volvió a producirse mientras soñaba un fantasma milagroso tan disparatado como los que yo había vivido con frecuencia en épocas anteriores, especialmente en la época en que dormía en la celda (1896 hasta fines de 1898), pero que desde entonces, hace ya dos años, no había vuelto a vivir, o sólo de manera muy excepcional. Finalmente aventé el fantasma milagroso que angustiaba en alto grado mi sueño cuando cobré fuerzas para despertarme por completo y encendí la luz. Eran sólo las doce y media de la noche (la puerta que daba a mi cuarto desde el corredor estaba cerrada, de manera que nadie habría podido tener acceso desde afuera); lo escribí inmediatamente, a pesar de la hora muy temprana de la noche, porque las imágenes del sueño, como es sabido, se desvanecen rápidamente de la memoria y el acontecimiento me pareció, muy instructivo, tanto para el conocimiento de la esencia de los milagros divi-

Para poner desde un comienzo ante la vista las condiciones externas de mi residencia en ella, presentaré a continuación un plano de la planta de la Clínica de Enfermedades Nerviosas de la Universidad y un boceto del terreno donde está situada, en la medida en que ambos guardan relación con mis propósitos.

Me sirvieron como alojamiento durante el lapso transcurrido entre poco antes de la Navidad de 1893 hasta cerca de fines de febrero de 1894 (por lo tanto, en esencia, el lapso en que recibí visitas regulares de mi mujer) los tres cuartos *a*, *b* y *c* de la planta baja del Ala de las Mujeres, los cuales me fueron concedidos principalmente por causa de la tranquilidad que allí reinaba. Antes y después tuve distintas piezas en el primer piso del Ala de

nos como para una diferenciación precisa de si mis visiones anteriores semejantes a esta habían tenido como fundamento hechos objetivos o no. Del contenido de lo que entonces puse por escrito sólo mencionaré aquí que después de las imágenes oníricas que en mí fueron producidas milagrosamente, un enfermero del Hospital, a quien yo antes había oído abrir la puerta de la sala adyacente a mi dormitorio, cometió toda suerte de abusos, en parte sentado en mi cama, en parte cerca de ella, entre otros, comiendo lengua ahumada o jamón crudo con alubias; que yo mismo creí haberme levantado de la cama durante la visión onírica para encender la luz y así poner término al fantasma milagroso, pero que al despertarme completamente me encontré tendido en la cama, la cual, por consiguiente no había abandonado en absoluto. No habría que reírse de los detalles que se dan sobre las comidas mencionadas precedentemente. Las palabras que sirven para designar esas comidas están relacionadas con el sistema de registro, que habré de describir más adelante, y por ello me hacen reconocer claramente el preciso propósito con que se efectuó la inspiración de estas imágenes oníricas; en este sentido, se trata también aquí de contribuciones al conocimiento de Dios, y especialmente al dualismo que impera en los reinos divinos, mencionado ya al final del capítulo I. En el presente lugar observaré tan sólo lo siguiente:

El hecho de que un hombre que no duerme del todo tranquilamente crea ver imágenes oníricas que, por así decirlo, le son simuladas por sus propios nervios, es un fenómeno tan de todos los días que, considerado en sí mismo, no habría que malgastar en él ni una palabra. Las imágenes oníricas de la noche antes mencionada y las visiones semejantes de épocas anteriores sobrepasan, empero, de lejos en claridad plástica y en veracidad fotográfica todo aquello que yo, por lo menos en mis días de salud, había vivido anteriormente. Tampoco habían sido suscitadas involuntariamente por mis nervios, sino introducidas en ellos por los Rayos. Según esto, los Rayos poseen la capacidad de influir sobre el sistema nervioso de un hombre dormido y, en ciertas condiciones, quizá hasta sobre el de un hombre despierto, especialmente sobre sus nervios sensitivos, de manera que ese hombre crea ver a personas extrañas paradas delante de él y escucharlas hablar, pero que él mismo se desplaza de una parte a otra y mantiene con esas personas un intercambio oral, como si todos estos fueran realmente acontecimientos realmente objetivos. Ahora sé exactamente que no es este el caso, pero sostengo que mi suposición contraria anterior no ha de atribuirse sólo a la excitación morbosa de mis nervios, sino que cualquier otro hombre, si hubiera visto imágenes oníricas de esta clase, las habría tomado por la realidad al igual que yo. Como es natural, tengo ahora que rectificar algunas cosas anteriores (véase al respecto la nota 39); en especial, no tengo ya duda ninguna de que el encuentro con nuestro rey actualmente reinante, descrito en la nota 28, fue tan sólo una imagen onírica. Por ello, en lo que sigue sólo tocaré de pasada, si es que lo hago, las imágenes oníricas de esta clase, de las cuales he visto innumerables en los primeros años de mi enfermedad, y me ocuparé fundamentalmente tan sólo de aquellos acontecimientos de los que recuerde con exactitud que al producirse ellos estuve en estado de



los Hombres, en cada caso una sala y un dormitorio. Para esto último me sirvió durante un tiempo (noviembre de 1893) el cuartito *d*, y la razón, por cierto, fue que casi todos los otros cuartos del Hospital estaban situados sobre el lado sur del corredor, que mira hacia la Estación Ferroviaria de Baviera, donde las pitadas de los trenes al maniobrar producían un efecto muy perturbador, especialmente de noche. La celda para dementes, a la cual fui llevado después de la mencionada pelea en la sala de billar, estaba situada más a la izquierda aún en el Ala de los Hombres. En la última época de mi permanencia en el Hospital utilicé principalmente el dormitorio *i* y la sala *e*; el primero de ellos, dicho sea de paso, estaba provisto, a la manera de la celda para dementes, de dos puertas; la interior tenía una pequeña mirilla, a través de la cual se podía observar desde fuera al confinado; sobre la puerta había una abertura provista de vidrio, a través de la cual podía pasar la luz de una llama de gas. Una parte de mis recuerdos no coincide exactamente con ninguno de los ambientes de la clínica de Flechsig, conocidos por mí en lo esencial; a partir de este hecho, y en vinculación con otras circunstancias, me surgieron dudas acerca de si efectivamente estuve todo el período de que aquí se trata en la clínica de Flechsig y no temporariamente en algún otro lugar. El tratamiento médico estuvo en manos del doctor Flechsig y además en manos de dos médicos asistentes, el doctor Täuscher y el doctor Quentin. En la época que estoy tratando hubo un período en que los médicos no se hacían ver en absoluto, sino que alrededor de mí estaban sólo guardianes (siempre los nombrados anteriormente). En ese período, el Hospital mismo me producía una impresión de total abandono; asimismo, cuando entraba en el corredor situado delante de mi cuarto, era poco o nada lo que veía de los otros pacientes. Cierta tiempo después reapareció el profesor Flechsig pero, como ya se mencionó anteriormente, bajo una figura que, por lo menos a mí, causaba una impresión distinta, y no en aspectos inesenciales; a los médicos asistentes, durante la última época de mi permanencia y por cuanto puedo recordar, no los vi en absoluto o sólo en ocasiones muy aisladas.

Ya en el capítulo anterior se mencionó que, a causa de mi nerviosidad en continuo aumento y de la fuerza de atracción consiguientemente incrementada, se sintió atraído hacia mí un número cada vez mayor de almas fallecidas —en primer término aquellas que pudieron conservar un interés particular por mí de resultas de las relaciones personales que mantuvieron

vigilia. De todos modos, no hay que negar a tales imágenes oníricas todo valor para el conocimiento de las cosas de que aquí se trata; en algunos casos por lo menos no está excluido que hayan sido una expresión simbólica para la comunicación de acontecimientos que o se habían realmente producido o que eran esperados por Dios para el futuro.

durante la vida—, para volatilizarse luego en mi cabeza o en mi cuerpo. El proceso, en muchísimos casos, terminó en que dichas almas tuvieron finalmente una breve existencia en mi cabeza con carácter de los así llamados “hombrecillos” (véase nota 28) —minúsculas figurillas con forma de seres humanos, pero sólo de una altura de quizá pocos milímetros—, para disiparse luego totalmente. Supongo que estas almas, que al acercarse por primera vez disponían de un número relativamente grande de nervios y por ello tenían una conciencia de su identidad relativamente fuerte todavía, perdieron en cada acercamiento a mi cuerpo una parte de sus nervios por obra de la fuerza de atracción en favor de mi cuerpo y llegaron por fin a constar de un solo nervio, el cual, por una causa milagrosa e imposible de explicar con más detalle, asumió la forma de un “hombrecillo”, en el sentido anteriormente expuesto, como forma final de dicha alma antes de desvanecerse totalmente. A propósito de esto se me nombraron en muchísimos casos las estrellas o constelaciones de las que procedían o “debajo de las cuales estaban suspendidos”, nombres que en parte coincidían con las designaciones astronómicas usuales y en parte no. Así, se mencionaron con especial frecuencia Casiopea, Vega, las Cabrillas y también una estrella “Gemma” (de la que no sé si corresponde a una designación astronómica), además los Crucianos (¿tal vez la Cruz del Sur?), el Firmamento y muchas otras. Hubo noches en que finalmente las almas, bajo la forma de “hombrecillos”, llovían gota a gota por así decirlo, de a cientos, si no de a miles, a mi cabeza. Entonces yo les advertía siempre que no se acercaran, porque en cada caso tenía conciencia, por acontecimientos anteriores, de la fuerza de atracción inconmensurablemente intensificada de mis nervios, pero las almas consideraban siempre de primera intención enteramente increíble tan amenazadora fuerza de atracción. Otros Rayos, que se comportaban como si fueran la omnipotencia misma de Dios (en el sentido descrito anteriormente), llevaban otras designaciones, tales como “El Señor de las Huestes Celestiales”, “El Buen Pastor”, “El Todopoderoso”, etcétera, etcétera. En relación con estos fenómenos, muy pronto pasó a ocupar el primer plano en las visiones que yo tenía todas las noches la idea del *fin del mundo*, como consecuencia de la vinculación, imposible ya de disolver, entre Dios y yo. Desde todas partes llegaban malas nuevas, en el sentido de que tal o cual estrella, tal o cual constelación había tenido que ser “desahuciada”; de pronto se decía que ahora Venus había sido “inundada”; de pronto, que todo el sistema solar tenía que ser “descolgado”; de pronto, que Casiopea (la constelación entera) había tenido que ser condensada en un sol único; de pronto, que quizá sólo se podía salvar a las Pléyades, etcétera, etcétera. Al par que de noche tenía estas visiones, creo observar de día que el Sol seguía mis movimientos; cuando me movía de un lado a otro en el

cuarto de una sola ventana que entonces ocupaba, veía la luz solar ora en la pared derecha (considerada desde la puerta), ora en la izquierda. Me resulta difícil creer que hubiera alguna ilusión sensorial en esta percepción que, como se mencionó, tuve de día, máxime porque recuerdo haber llamado la atención, durante una de sus visitas, al médico asistente, doctor Täuscher, acerca de esta percepción que, como es natural, me llenaba de terror. Cuando tiempo después volví a salir regularmente al jardín, vi –si mi memoria no me engaña por completo– que en el cielo había dos soles al mismo tiempo, uno de los cuales era nuestro Sol terrenal; el otro se decía que era la constelación de Casiopea condensada en un único sol. Al respecto, como producto del conjunto de mis recuerdos se ha asentado en mí la impresión de que el lapso correspondiente, que según la estimación humana usual abarcó entre tres y cuatro meses, debe de haber cubierto en realidad un tiempo enormemente largo, como si cada noche hubiera tenido la duración de siglos, de manera que dentro de ese lapso muy bien pudieron haberse cumplido las transformaciones más profundas en toda la humanidad, en la Tierra misma y en todo el sistema solar. En las visiones se habló repetidamente de que se había perdido el trabajo de unos 14.000 años –cifra esta que probablemente se refería al tiempo que había durado la población de la Tierra por seres humanos– y que a la Tierra se le había asignado sólo la perduración por unos doscientos años –si no me equivoco, se mencionó la cifra de doscientos doce–; en la última época de mi permanencia en el hospital de Flechsig pensé que ese término había transcurrido ya,³⁸ y me tuve por el único ser humano real que aún restaba, y a las pocas figuras humanas que veía todavía además de mí –el propio profesor Flechsig, algunos guardianes y algunos pacientes, muy pocos, aislados y de aspecto más o menos extraño– los tuve por “hombres hechos a la ligera”, producto de un milagro. Sopesé posibilidades tales como que toda la clínica de Flechsig, o quizá la ciudad de Leipzig junto con ella, hubiera sido “arrancada” y trasladada a algún otro astro, posibilidades a las que muchas veces parecían aludir las preguntas de las Voces que hablaban conmigo: si Leipzig seguía existiendo aún, etcétera. Al cielo estelar lo daba yo por total o por lo menos sustancialmente extinguido. No se me brindaba ninguna

³⁸ Esta suposición parece encontrar corroboración en muchos detalles que aquí puedo dejar de lado. Estuvieron en juego también procesos políticos y religiosos, como también que la casa de Wettin habría recordado de pronto su origen aparentemente eslavo y se habría convertido en paladín del eslavismo; en amplios círculos de Sajonia, especialmente en la alta nobleza (se mencionaron entre otros los nombres de “von W.” y de “von S.”), habría tenido lugar una amplia catolización; mi propia madre se habría convertido; yo mismo fui incesantemente objeto de intentos de conversión por parte de católicos (véase antes, p. 93, etcétera, etcétera).

posibilidad de rectificar estas ideas. La ventana de mi dormitorio se cerraba de noche con un pesado postigo de madera, con lo que se me impedía la vista del cielo nocturno. De día, por encima de los muros del Hospital sólo veía algunos de los edificios inmediatamente contiguos a él. En dirección a la Estación Ferroviaria de Baviera sólo veía por encima de los muros del Hospital una estrecha franja de terreno, que me hacía una impresión muy extraña, completamente diferente del aspecto peculiar del distrito, bien conocido por mí; se hablaba a veces de un país “santo”. El pitar de los trenes, que difícilmente me hubiera podido pasar inadvertido, no lo sentí nunca durante largo tiempo. Sólo el hecho de que las lámparas de gas siguieran ardiendo me hacía vacilar en la suposición de un aislamiento completo del hospital de Flechsig, puesto que tenía yo que suponer alguna conexión con la ciudad de Leipzig, ya que no podía admitir la posibilidad de que el Hospital contara con un gasómetro propio construido para él. Conservo en mi memoria otros recuerdos, cuya impresión sobre mí sólo puedo describir en general diciendo que para mí es como si durante un tiempo yo mismo hubiera existido bajo otra figura, espiritualmente menos valiosa. Tengo que dejar aquí sin responder la pregunta de si sería pensable algo semejante por medio de milagros, de si sería posible colocarme otra vez con una parte de mis nervios en un segundo cuerpo. Sólo puedo reiterar que tengo recuerdos que parecen indicar tal posibilidad. Estando en esta segunda figura, de menor valor, de la que yo mismo conservo la impresión consciente de haber estado en posesión tan sólo de poderes intelectuales menores, se me dijo que había existido anteriormente otro Daniel Paul Schreber que intelectualmente fue mucho más dotado que yo. Como en el árbol genealógico de mi familia, que conozco muy exactamente, nunca existió antes de mí otro Daniel Paul Schreber, creo que estoy autorizado para referir sólo a mí mismo mientras estuve en plena posesión de mis nervios, a este segundo Daniel Paul Schreber. Hallándome en esta segunda forma menos valiosa, debo, si se me permite emplear esta expresión, haber pasado a mejor vida algún día; tengo el recuerdo de haber estado acostado en la cama en una habitación que no puedo hacer coincidir con ninguno de los cuartos del hospital de Flechsig que conocí, y de haber tenido allí la clara conciencia de una extinción paulatina de mi alma, estado ese que, por lo demás, prescindiendo de los recuerdos dolorosos de mi mujer, en la cual pensé entonces mucho, tenía el carácter de un tránsito apacible e indoloro a mejor vida. Por otra parte hubo un tiempo en el cual las almas que estaban en conexión nerviosa conmigo hablaban de una pluralidad de cabezas (es decir, de muchas individualidades en el mismo cráneo) que ellas encontraban en mí y de las que al mismo tiempo se apartaban con terror diciendo algo así como: “¡Válgame el cielo, es un hombre

con muchas cabezas!”. Tengo plena conciencia de que todo esto tiene que sonar muy fantástico a otras personas, y por consiguiente no iré tan lejos como para afirmar que todo lo que he relatado sea la verdad objetiva: me limito a referir qué impresiones se mantienen aún adheridas a mi memoria bajo la forma de recuerdos.

Las visiones relacionadas con la idea de un fin del mundo, de las cuales, como ya se mencionó, tuve innumerables, eran en parte de carácter aterrador, pero también, en parte, de una indescriptible sublimidad. Recordaré sólo unas pocas. En una de ellas, era como si yo me encaminara, sentado en un coche de ferrocarril o en un ascensor, a las profundidades de la Tierra, y recorriese en sentido inverso, por así decirlo, la historia de la humanidad o de la Tierra: en las regiones superiores existían aún bosques frondosos; en las inferiores todo se tornaba cada vez más oscuro y negro. Abandonando por un tiempo el vehículo, caminé como por un gran cementerio, donde, entre otras cosas, crucé la tumba de mi propia mujer en la parte donde estaban sepultados los habitantes de Leipzig. Sentado otra vez en el vehículo, llegué sólo a un punto 3; en el punto 1, que habría de marcar el inicio más temprano de la humanidad, no me atreví a entrar. En el viaje de regreso, el pozo se iba desmoronando detrás de mí y puso en peligro a un “Dios solar” que se encontraba simultáneamente allí. A propósito de ello se dijo entonces que habían existido antes dos pozos (¿correspondiendo al dualismo del Reino de Dios?); cuando llegó la noticia de que también se había desmoronado el segundo pozo, se dio todo por perdido. Otra vez atravesé la Tierra desde el Lago Ladoga hasta el Brasil, donde junto con un guardián construí en un edificio con aspecto de castillo un muro para proteger los reinos de Dios contra una marejada de color amarillo que avanzaba hacia allí; lo relacioné con el peligro de una contaminación por la sífilis. Otra vez volví a tener un sentimiento como de ser yo mismo elevado a la bienaventuranza; tenía entonces, como si fuera desde lo alto del cielo, a toda la Tierra reposando bajo una bóveda azul por debajo de mí, cuadro este de una magnificencia y belleza incomparables; como nombre para designar esa imagen escuché una expresión que sonaba algo así como “la vista de estar junto a Dios”. Respecto de otros acontecimientos, estoy en la duda de si se trataba de meras visiones o, al menos en parte, de experiencias reales. Recuerdo haberme sentado muy frecuentemente de noche, vestido solamente con el camisón (me habían retirado, por supuesto, todas las prendas de vestir), en el piso de mi dormitorio, tras haber abandonado la cama siguiendo algún impulso interior. Las manos, que tenía apoyadas con fuerza contra el piso detrás de mi espalda, *me eran entonces perceptiblemente* levantadas de tiempo en tiempo por figuras en forma de oso (osos negros); sentados alrededor y cerca de mí veía yo otros “osos negros”, gran-

des y pequeños, con ojos relucientes. Mi ropa de cama adoptaba la forma de “osos blancos”. Por la mirilla de mi puerta veía, de una manera semejante a la relatada en la nota 28 a propósito de nuestro rey actualmente reinante,³⁹ hombres amarillos, de estatura menos que mediana, que aparecían de vez en cuando delante de mi puerta, con quienes tenía que estar preparado para emprender algún tipo de lucha. Gatos con ojos relucientes aparecían a veces en los árboles del jardín del Hospital cuando yo estaba aún en estado de vigilia, es decir, en las últimas horas de la tarde. Tengo además recuerdos de haber estado en un castillo junto a algún mar, al que hubo después que abandonar debido a una inundación que lo amenazaba, y desde el cual, después de un largo, largo tiempo, volví al hospital de Flechsig, donde me encontré de inmediato en las circunstancias que desde antes me eran conocidas. Delante de las ventanas de mi dormitorio, cuando por la mañana temprano se abrían los postigos, veía un espeso bosque, alejado tan sólo pocos metros de la ventana, el cual, por cuanto puedo recordar, estaba formado principalmente por abedules y pinos. Las Voces lo calificaban de “bosque sagrado”. Esta vista no tenía la más remota semejanza con el jardín de la Clínica de Enfermedades Nerviosas de la Universidad, el cual es una plantación más reciente, iniciada sólo en 1882, y que consistía esencialmente en hileras de un solo árbol a lo largo del camino. Es evidente que el tal bosque, si realmente existió, no hubiera podido crecer en tres o cuatro meses. Mi cabeza, de resultas de la afluencia masiva de los Rayos, estaba con mucha frecuencia rodeada de un resplandor luminoso, semejante a la aureola que se coloca a las imágenes de Cristo, etcétera, sólo que incomparablemente más rica y brillante: la así llamada “corona de rayos”. La fuerza reflectante de esta corona de rayos era tan grande, que un día, cuando el profesor Flechsig apareció junto a mi cama acompañado del médico asistente, doctor Quentin, este desapareció delante de mis ojos abiertos; lo mismo sucedió otra vez con el guardián W. Durante mucho tiempo se habló de que yo mismo tenía que permanecer bajo la protección de Casiopea, en tanto que el Sol, trasladado a algún otro destino, probablemente tendría que ser preservado para su propio sistema planetario, y por consiguiente también para nuestra Tierra. Pero la fuerza de atracción de mis nervios fue tan intensa, que este plan no pudo llevarse a cabo, sino que

³⁹ Si bien antes, en la nota 37, observé que ya no tenía duda alguna de que esto fuese tan sólo una imagen onírica, tengo ahora, después de haberlo ponderado nuevamente, que hacer una restricción. El hecho de haber estado yo mismo junto a la mirilla de la puerta de mi dormitorio, constituye un recuerdo demasiado claro como para creer aquí en una ilusión sensorial. De todas maneras, tendría que pensar en la posibilidad de que lo visto hipotéticamente por mí del lado de afuera de la puerta haya sido sólo una “ilusión visual” (véase Kräpelin, obra citada al final de este capítulo).

el Sol tuvo que permanecer donde me encontraba yo, o yo mismo tuve que ser reintegrado.

Después de tales experiencias, cuya explicación quizás intente en alguno de los capítulos posteriores, parecerá en cierta medida comprensible el hecho de que durante años haya vivido yo en la duda de si me encontraba realmente en la Tierra o si quizá más bien en otro planeta. Todavía en el año 1895⁴⁰ sopesé la posibilidad de encontrarme en Fobos, un satélite del planeta Marte, que en algún otro contexto me había sido mencionado una vez por las Voces, y de si no debía ver en la Luna, que para esa época divisé algunas veces en el cielo, el planeta principal correspondiente, Marte.

En el lenguaje de las almas, hacia la época tratada en este capítulo, se me llamaba "*El Visionario*",⁴¹ es decir una persona que ve espíritus,* que tiene trato con espíritus o almas difuntas. En especial, el alma de Flechsig solía hablar de mí como "el más grande visionario de todos los siglos", a lo cual yo, después, partiendo de un punto de vista más amplio, objeté alguna que otra vez que había que hablar por lo menos del más grande visionario de todos los milenios. De hecho, desde que el mundo existe, muy difícilmente se habrá dado un caso como el mío, a saber, que un hombre haya estado en un trato continuado, es decir, no sujeto a ninguna interrupción, no sólo con almas difuntas *por separado*, sino con la totalidad de todas las almas y con la omnipotencia de Dios. Es cierto que en la primera época se intentó provocar interrupciones; se hacía entonces la distinción entre "épocas santificadas", es decir, épocas en las que tenía que producirse una conexión nerviosa o un trato con los Rayos o un hablar por parte de las Voces—todas las cuales, consideradas en esencia, eran tan sólo expresiones distintas del mismo suceso—, y "épocas no santificadas", en las que se proyectaba suspender el trato con los Rayos. Mas pronto la desmesurada fuerza de atracción de mis nervios no permitió ya ninguna de tales pausas o interrupciones desde entonces sólo existieron "épocas santificadas". Visionarios de grado inferior pueden, ciertamente, haber existido en mayor o menor número antes de mi caso. Para no remontarme a sucesos bíblicos, considero que, por ejemplo, en el caso de la Doncella de Orleáns, o de los Cruzados cuando hallaron la Santa Lanza en Antioquía, o del emperador Constantino en la bien conocida victoria decisiva para la Cristiandad: *In hoc signo vinces*, es muy probable que haya habido un trato transitorio con los Rayos. Aun en los casos de doncellas estigmatizadas es muy posible

⁴⁰ También los días me parecían entonces sustancialmente más cortos; no tenía en mi poder un reloj, que hubiera podido servir para rectificar cualquier idea equivocada al respecto.

⁴¹ Acerca de la designación de "Príncipe del Infierno", que luego se me aplicó, aportaré mayores detalles.

* *Geister-seher* en alemán (vidente-de espíritus). Título de un cuento de Schiller. [N. del T.]

que una que otra vez haya que suponer lo mismo. Las leyendas y la poesía de todos los pueblos rebosan literalmente de movimientos con espíritus, elfos, gnomos, etcétera, y la suposición de que en todas estas representaciones uno tiene que habérselas sólo con invenciones deliberadas de la fantasía humana, sin ningún fundamento real, me parece simplemente insensata. Por ello me interesó tomar conocimiento posteriormente de que, según el *Manual de Psiquiatría* de Kräpelin (5ª edición, Leipzig, 1896, pp. 95 y ss.), que me había sido facilitado con carácter de préstamo (cuando me ocupaba de la redacción de este manuscrito), la idea de estar en trato sobrenatural con alguna clase de voces ha sido observada frecuentemente también en personas cuyos nervios se encontraban en un estado de excitación nerviosa.⁴² De ninguna manera quiero poner en duda que en muchísimos de estos casos se haya tratado sólo de meras ilusiones sensoriales, y como tales son tratadas a lo largo del manual mencionado. Pero la ciencia, a mi juicio, actuaría muy erradamente si quisiera arrumbar *todas* las manifestaciones de este tipo, en cuanto carecen de *toda* realidad objetiva, con el rótulo de “ilusiones sensoriales”, en el desván común de las cosas irreales, lo que puede estar justificado quizá respecto de las ilusiones sensoriales tratadas por Kräpelin en las páginas 108 y siguientes, que *no* están relacionadas con cosas sobrenaturales. No considero de ninguna manera descartado que en cierto número por lo menos de casos semejantes se haya tratado de verdaderos visionarios de grado inferior, en el sentido anteriormente expuesto. No ha de negarse por ello que haya existido a la vez un incremento de la excitabilidad morbosa, pues que sólo por el incremento de la fuerza de atracción de los nervios se vio posibilitado y favorecido el trato con las fuerzas sobrenaturales. En *mi caso* me parece directamente imposible

⁴² En relación con esto, es de mucho valor para mi concepción de las cosas la observación de Kräpelin en la página 110 de que las “voces escuchadas”, en aquellos casos en que tienen un carácter sobrenatural, “no infrecuentemente van acompañadas de ilusiones visuales”. Considero probable que en una considerable cantidad de esos casos se haya tratado de visiones verdaderas de la clase que también yo he experimentado, es decir, de imágenes oníricas generadas por los Rayos y que por ello poseen una claridad incomparablemente mayor que las visiones oníricas comunes (véase Kräpelin, página 107). Por otra parte, la “incapacidad del enfermo para la rectificación perspicaz y amplia de las nuevas ideas a partir de las experiencias hechas anteriormente” (página 146) y la “debilidad del juicio”, que Kräpelin considera (página 145) como un “fenómeno concomitante sin excepción de los delirios”, difícilmente se podrán descubrir *en mí* si se toma en cuenta todo el contenido del presente trabajo. Creo haber demostrado que en mí no sólo no se da “un dominio de la memoria por series fijas de pensamientos y de ideas adquiridas previamente”, sino que está presente con toda su fuerza la “capacidad para la rectificación del contenido de la conciencia con ayuda del juicio y de la inferencia” (página 146). Pero quien quisiera entender bajo el nombre de “experiencia sana” simplemente la negación de todo lo sobrenatural, este, a mi juicio, incurriría por su parte en el reproche de dejarse guiar por las insulsas ideas del período del Iluminismo del siglo XVIII, que generalmente se tienen por superadas, especialmente entre teólogos y filósofos.

que se trate de puras ilusiones sensoriales. Pues la ilusión de estar en trato con Dios o con almas fallecidas sólo puede surgir coherentemente en aquellos hombres que a su estado nervioso mórbidamente excitado añaden una firme creencia en Dios y en la inmortalidad del alma. *Pero en cuanto a mí, según lo mencionado a comienzos de este capítulo, no ha sido de ninguna manera este el caso.* Hasta los llamados médiums de los espiritistas, por más que en muchos casos se mezcle el autoengaño y el fraude, en otro número no pequeño de casos tienen que ser considerados verdaderos visionarios de grado inferior, en el sentido ya indicado. Hay que guardarse, pues, en cosas como estas, de las generalizaciones no científicas y de las condenaciones apresuradas. Si la psiquiatría no quiere negar indiscriminadamente todo lo sobrenatural y de esa manera pasarse con armas y bagajes al campo del materialismo desnudo, no podrá evitar el reconocimiento de la posibilidad de que en manifestaciones del tipo descrito haya que vérselas, en determinadas circunstancias, con hechos reales, que no pueden ser dejados sencillamente de lado con el rótulo de “alucinaciones”.

Tras esta digresión, retorno al tema específico de mi trabajo y en el capítulo siguiente presentaré la continuación de lo expuesto hasta aquí, tocando allí, en parte, algunos otros puntos pertenecientes al ámbito de lo sobrenatural, que no hubieran podido ser bien encuadrados en el contexto de lo expuesto precedentemente, y, en parte, también los sucesos de mi vida exterior durante la época de la que estoy tratando.

CAPÍTULO VII*

Por las razones ya expuestas, no estoy en condiciones de dar datos cronológicos precisos respecto de la época que media entre las últimas visitas de mi esposa (a mediados de febrero de 1894) y el fin de mi permanencia en el hospital de Flechsig (a mediados de junio de 1894). En relación con ello, dispongo sólo de unos pocos puntos de referencia. Tengo el recuerdo de que hacia mediados de marzo de 1894, cuando el trato con fuerzas sobrenaturales había cobrado ya relativa intensidad, se me puso delante un periódico en el que podía leerse algo así como mi propio aviso de defunción; interpreté este hecho como una insinuación de que yo no debía contar ya con ningún posible regreso a la sociedad humana. No me atrevo a afirmar si en dicha percepción estuvo en juego un hecho real o una ilusión sensorial producida por medio de la visión. Sólo me ha quedado la impresión de que en este y otros sucesos semejantes, si lo que estuvo en cuestión fueron visiones, eran visiones en las que había un método, es decir, existía cierta coherencia, la cual por lo menos me permitía reconocer qué era lo que se me preparaba. Era la época en que yo, como ya se mencionó, estaba permanentemente, de día y de noche, retenido en la cama; si fueron semanas, o cuántas, es algo acerca de lo cual nada puedo decir. Para la época de las vacaciones de Pascua –cuándo cayó la Pascua en el año 1894, no lo sé– debió de darse una importante modificación en la persona del profesor Flechsig. Me enteré de que durante esas vacaciones emprendió un viaje de descanso al Palatinado o a Alsacia. En relación con ello tuve visiones, según las cuales el profesor Flechsig se había pegado un tiro o en Weissenburg, en Alsacia, o en la prisión policial de Leipzig; vi también –como imagen onírica– su cortejo fúnebre, que se desplazaba desde su domicilio hacia Tonberg (por consiguiente, no en la dirección que uno hubiera supuesto, dada la conexión existente entre la Clínica de Enfermedades Nerviosas de la Universidad y el cementerio de

* “Experiencias personales, continuación; manifestaciones particulares de la enfermedad. Visiones.”

San Juan). En otras visiones se me apareció repetidas veces acompañado de un policía o en conversación con su esposa de él, donde yo era testigo mediante la conexión nerviosa, y donde el profesor Flechsig se designaba a sí mismo ante su esposa como “Dios Flechsig”, por lo cual esta se sentía inclinada a tenerlo por loco. Para mí, es ahora indudable que en estas visiones no se trataba de acontecimientos que se hubieran producido, por lo menos exactamente de la manera que yo creí verlos. Con todo, considero sostenible *interpretarlas* en el sentido de que eran una comunicación de la opinión divina acerca de lo que *hubiera debido* suceder al profesor Flechsig. En cambio, es un hecho real, es decir, *subjetivamente cierto* para mí, dada la precisión de mi recuerdo en este punto –sea que otros hombres quieran o no otorgarme crédito al respecto–, que aproximadamente para esa misma época tuve transitoriamente el alma, y probablemente toda el alma, del profesor Flechsig en mi cuerpo. Era un bulto u ovillo relativamente grande; la mejor comparación que se me ocurre es la de un volumen equivalente de algodón o telaraña que me hubieran lanzado por medio de un milagro dentro del estómago, presumiblemente para que encontrara allí su destrucción. Retener esta alma en mi cuerpo, digerirla, por así decir, hubiera sido probablemente algo imposible en cualquier caso, dado su tamaño; de todas maneras, la dejé voluntariamente salir cuando ella pugnaba por liberarse, siguiendo una especie de impulso compasivo, y así se exhaló por mi boca, regresando al exterior. Tengo tan pocas dudas sobre la realidad objetiva de este hecho, cuanto que también posteriormente en toda una serie de otros casos me vi en la situación de recibir en mi boca almas o partes de almas, y conservo al respecto un recuerdo absolutamente seguro, en especial la sensación de hedor y mal sabor que provocan esas almas *impuras* en aquellos en cuyo cuerpo entran por la boca.

A los sucesos precedentemente mencionados siguió, en la medida en que puedo acordarme, el período que me fue designado por las Voces como el “tiempo del primer juicio de Dios”. Por casualidad he retenido algunos datos en la memoria que tienen que haberme sido mencionados por alguien; de acuerdo con ellos, el primer juicio de Dios habría abarcado el tiempo que va desde el 2 o el 4 de abril hasta el 19 del mismo mes de 1894. Al primer juicio de Dios siguió luego una serie de nuevos juicios de Dios, que, sin embargo, quedaron no poco atrás respecto del primero en cuanto a la magnificencia de las impresiones. En el “primer juicio de Dios” se trató de una serie de visiones continuas, que se producían de día y de noche, las cuales, si así puedo decirlo, tenían como fundamento una *idea general común*. Era esta la idea de que, por haberse producido una crisis peligrosa para la subsistencia del reino de Dios, crisis emanada desde los ámbitos del pueblo alemán debido al conflicto entre el profesor Flechsig y yo, ya no po-

día confiársele al pueblo alemán, y en especial a la Alemania evangélica, la jefatura en calidad de pueblo elegido por Dios; que quizás habría que excluirlo hasta de la ocupación de otros “globos del mundo” (“¿planetas habitadas?”), a menos que apareciera un campeón en favor del pueblo alemán que demostrara la perdurable dignidad de este. Unas veces, este campeón tenía que ser yo mismo; otras veces, otra personalidad que yo debía designar, y por ello, debido a la insistencia de las Voces que hablaban conmigo en la conexión nerviosa, di los nombres de un número de personas sobresalientes, que en mi opinión eran campeones adecuados para esa lucha. En conexión con los pensamientos fundamentales del primer juicio de Dios ya señalados estaba el avance del catolicismo y eslavismo que se mencionaron ya en el primer capítulo. Tuve también cierto número de visiones referidas a esto; entre otras vi el ala para mujeres de la Clínica de Enfermedades Nerviosas de la Universidad convertida en un convento de monjas o en una capilla católica; hermanas de la caridad sentadas en las habitaciones que están situadas bajo el techo del Hospital, etcétera. Pero luego se dijo que el catolicismo era ya una causa perdida; después de la muerte del papa actual y el interregno de un papa Honorio no se había podido celebrar otro cónclave porque los católicos habían perdido la fe, etcétera. En esa época tuve todo esto por hechos históricos reales y, por lo tanto, creí que un proceso de quizá muchos siglos pertenecía ya al pasado. Por supuesto, no puedo sostener ya esta opinión. Después que retomé cierto trato con el mundo externo—por cierto, después de transcurridos varios años— mediante periódicos y cartas; después de no haber podido descubrir nada en el estado de los edificios que veo en el Hospital mismo y en sus alrededores ni tampoco en el estado de los libros, piezas musicales y otros objetos de uso que poseía anteriormente, cierta cantidad de los cuales me fue devuelta en el ínterin, nada que fuera compatible con la *suposición de un gran hiato* temporal que se habría producido en la historia de la humanidad, me es imposible dejar de reconocer que, *considerado exteriormente*, todo permaneció como otrora. A pesar de ello, más adelante se discutirá *si se ha producido o no una profunda modificación interior*.

De considerable influjo sobre el conjunto de mis ideas de entonces fueron también ciertas informaciones referentes a lo que sería de mí en una futura metempsícosis. Se me asignaron sucesivamente los papeles de una “Hiperbórea”, de un “Novicio jesuita en Ossegg”, de un “Burgomaestre de Klattau”, de una “Joven Alsaciana que tiene que defender su honor sexual contra un oficial francés victorioso”, y por último de un “Príncipe mongólico”. En todas estas predicciones creí reconocer cierta coherencia con el cuadro de conjunto resultante de las restantes visiones. El destino de convertirme en una “Hiperbórea” me pareció una indicación de que a la Tie-

rra le había llegado ya o le estaba por llegar una pérdida de calor cercana a la glaciación general; también se había hablado de que el Sol se había retirado a la distancia de Júpiter. El futuro destino de convertirme en un novicio jesuita en Ossegg, en un burgomaestre en Klattau y en una joven alsaciana en la situación antes descripta lo entendí como profecías de que el protestantismo había sido derrotado por el catolicismo o lo sería, y lo mismo el pueblo alemán en la lucha con sus vecinos románicos y eslavos; la perspectiva que se me mostró finalmente de convertirme en un “príncipe mongólico” me pareció una señal de que, habiéndose mostrado todos los pueblos arios inadecuados como defensores de los reinos de Dios, sería ahora necesario recurrir como último recurso a los pueblos no arios.

Un momento crítico en la historia de la Tierra y de la humanidad me pareció marcado entonces por los sucesos de cierto día, señaladamente memorable para mí, en el cual se habló de que los “relojes del mundo” se habían parado y al mismo tiempo se produjo de manera continua un aflujo desacostumbradamente cuantioso de Rayos hacia mi cuerpo, en medio de fenómenos lumínicos grandiosos. No puedo decir qué significó el “pararse los relojes del mundo”; se dijo que retornaría toda la humanidad excepto dos personas: a saber, yo mismo y el padre jesuita nombrado ya en el capítulo V. A partir de ese momento parece haberse iniciado esa situación que desde entonces me fue cientos y miles de veces designada con el nombre de “el abominable jugueteo con seres humanos”. Tengo fundamento para pensar que desde entonces todas las actividades humanas se mantienen artificialmente por medio de milagros divinos directos, en una medida que las restricciones que se me imponen en razón de mi residencia me imposibilitan apreciar de manera plena.^{42bis} Tal es, con seguridad, el caso en lo referente a lo que está cerca de mí: cada palabra que se pronuncia cerca de mí, dirigida a mí o a otra persona, cada paso de un ser humano que escucho, cada silbido de un tren, cada tiro de mortero que disparan los vapores en viaje de placer, etcétera, lo siento acompañado de un golpe aplicado en mi cabeza, que provoca en ella una sensación más o menos dolorosa: más dolorosa cuando Dios se ha retirado a una distancia mayor; menos dolorosa cuando se encuentra en mayor proximidad. Casi con infalible certeza puedo predecir cuándo habrá de producirse cerca de mí una de estas manifestaciones de vida de un ser humano, la cual recibe luego el nombre de “perturbación” y que es sentida por mí como golpe, a saber, siempre que la sensación de voluptuosidad existente en mi cuerpo adquiere una fuerza de atracción tan intensa sobre los Rayos divinos, que para poder desprenderse nuevamente de ella se necesita una de esas “per-

^{42bis} Compárese el Prólogo.

turbaciones”. Me es imposible decir desde qué distancia tiene lugar esta atracción, si puedo utilizar esta expresión, de otros seres humanos mediante milagros divinos. Volveré nuevamente con más detalle sobre el conjunto de esta situación.

En lo que concierne a los cambios en el cielo estelar, soy actualmente de la opinión de que las noticias sobre la pérdida de esta o aquella estrella, de esta o aquella constelación (véase capítulo VI, pp. 108 y ss.) no se referían a las estrellas mismas –las sigo viendo en el cielo– sino a las bienaventuranzas agrupadas debajo de dichas estrellas. Pero es seguro que aquellas se han consumido por completo, es decir, los nervios correspondientes han pasado a mi cuerpo por efecto de la fuerza de atracción, donde tomaron luego el carácter de nervios voluptuosos femeninos e imprimieron a mi cuerpo también un sello más o menos femenino, en especial dando una suavidad propia del sexo femenino a mi piel. Por otra parte, es para mí algo positivo que Dios, el cual se encontraba anteriormente a una tremenda distancia de la Tierra, se vio necesitado de acercarse más a la Tierra, que con ello se convirtió, de una manera hasta entonces desconocida, en escenario directo y permanente de milagros divinos. Esos milagros se concentraban antes que nada en mi persona y mi ámbito. Me propongo aducir más adelante pruebas de esta afirmación, en la medida en que no surjan de lo dicho hasta este momento. Aquí me limitaré a señalar que el cambio que con esto se produjo, precisamente por ser contrario al orden cósmico, estuvo ligado con ciertas desventajas para el propio Dios y probablemente fue acompañado de fatales consecuencias. Quiero decir que a los Rayos, que estaban acostumbrados a una paz beatífica, como la que suele imperar en las más altas cimas de la Tierra, les causa una sensación desagradable y les produce una suerte de efecto aterrador el tener ahora que participar de todas mis impresiones auditivas, por ejemplo, del ruido de los ferrocarriles.⁴³ Tengo fundamento para pensar que a partir de ese momento (o quizá desde un cuarto de año después, según se verá con mayores detalles más adelante) la irradiación de los rayos solares fue asumida directamente por Dios, en concreto por el Dios inferior (Arimán); este es directamente identificado con el Sol por las Voces que hablan conmigo. El Dios superior (Ormuz) se ha mantenido a una distancia mayor, tal vez colosal; veo aparecer a breves intervalos su imagen como la de un disco pequeño, parecido al Sol, que por su pequeñez se asemeja a un mero punto, dentro de mi cabeza, en los nervios de esta. Quizá, pues, se ha logrado conservar, además de nuestro sistema planetario iluminado y calentado por el Sol

43 La expresión empleada para esto, que yo escuché innumerables veces, rezaba así: “Nos gusta el pensamiento de escuchar”.

(Arimán), un segundo sistema planetario, en el cual la subsistencia de la creación se hace posible mediante las irradiaciones de luz y calor procedentes del Dios superior (Ormuz). En cambio, me resulta por lo menos sumamente dudoso que la población de todos los otros astros en los cuales, en cuanto pertenecientes a otras estrellas fijas, se ha desarrollado alguna forma de vida orgánica, haya sido condenada también a la destrucción.⁴⁴

Al período en que estuve permanentemente retenido en la cama le siguió, a fines de mi permanencia en el hospital de Flechsig, un período en el que volvieron a tener lugar paseos regulares por el jardín. Allí me percaté de toda suerte de cosas milagrosas. Ya he mencionado antes que creí ver dos soles al mismo tiempo en el cielo. Un día, todo el jardín apareció con una floración tan exuberante, que coincidía muy poco con la imagen de los recuerdos que yo tenía por la primera época de mi enfermedad sobre el jardín de la Clínica de Enfermedades Nerviosas de la Universidad, es decir, un paseo desprovisto de todo adorno; este fenómeno fue denominado “milagro de Flechsig”. En otra oportunidad, en un pabellón situado aproximadamente en el centro del jardín, se encontraba un grupo de damas que hablaban francés, cosa que en el jardín de la sección de *hombres* de un hospital público para enfermos mentales era ciertamente un hecho muy notable. Los pocos pacientes que además de mí aparecían ocasionalmente en el jardín causaban todos una impresión más o menos extravagante; en uno de ellos creí una vez reconocer a un pariente mío, el esposo de una de mis sobrinas, el actual profesor en K., doctor F., que me miró tímidamente, pero sin decir una sola palabra. Yo mismo me aparecí ante mí, mientras estaba sentado en una silla de campaña, vestido de un gabán negro con un sombrero de copa plegadizo de color negro, bajo la forma de un Convidado de Piedra que había regresado a un mundo extraño desde un remoto pasado.

Entretanto se había producido un cambio muy notable en mi manera de dormir. Mientras que durante los primeros meses del año 1894 sólo había podido conciliar el sueño mediante los somníferos más enérgicos (hidrato de cloral) y aun así en parte sólo insuficientemente, y luego durante algunas noches se me habían hecho inyecciones de morfina, en la última época de mi permanencia en el hospital de Flechsig transcurrieron varias semanas enteras sin somníferos. Yo dormía aunque en parte intranquilo y en

⁴⁴ Tengo ciertos elementos de juicio según los cuales habría quizá que contar con la posibilidad de que la luz de todas las estrellas fijas no fuera propia, como supone nuestra astronomía, sino que, a la manera de los planetas (entendido esto, por supuesto, *cum grano salis*, como todas estas cosas), sea una luz prestada (por Dios; véase el capítulo I). El punto principal es la existencia del Sol ordenador, del que nada sabe nuestra astronomía. Compárese, además, la observación restrictiva que se hace al fin del Apéndice IV.

parte con visiones más o menos perturbadoras, sin ningún medio artificial: mi sueño se había convertido en *sueño de Rayos*.⁴⁵ Es decir, los Rayos tienen, entre otros, también un efecto sedante y somnífero sobre los nervios, como ya se mencionó en la nota 20b [31]. Esta afirmación parecerá tanto más creíble cuanto que hay que conceder a las radiaciones solares comunes un efecto análogo, aunque en grado incomparablemente más débil. Cualquier psiquiatra sabe que en los enfermos nerviosos aumenta considerablemente la excitación durante la noche, pero durante el día, especialmente durante las últimas horas de la tarde, tras [recibir] el influjo de la luz solar durante varias horas, suele producirse una mejoría sustancial. Este efecto se produce en un grado incomparablemente más alto cuando el cuerpo recibe directamente, como en mi caso, los Rayos divinos. Para instaurar el sueño hace falta luego sólo una cantidad relativamente escasa de Rayos, pero todos estos Rayos tienen que estar reunidos, pues, además de los Rayos divinos propiamente dichos, hay otros derivados (es decir, comandados por almas impuras o probadas, como el alma de Flechsig, etcétera). Cuando aquello sucede, caigo dormido de inmediato. Cuando advertí este fenómeno en la última época de mi permanencia en el hospital de Flechsig, me sorprendí en sumo grado de las extraordinarias dificultades que hasta entonces había tenido para conciliar el sueño: sólo con el correr del tiempo me aclaré la razón del fenómeno.

Con el transcurso del tiempo se hicieron notar en mi cuerpo toda suerte de síntomas de enfermedad, aparte de las ya repetidamente mencionadas modificaciones en mis órganos sexuales. Para tratar de ellos tengo que volver una vez más sobre la idea del fin del mundo ya mencionada en los capítulos anteriores, el cual, de acuerdo con las visiones que se me impartieron, consideraba yo inminente o creía perteneciente al pasado. En cuanto al modo y manera como pudo llevarse a cabo, me había formado distintas opiniones, según las diversas inspiraciones que recibí. En primera línea, pensé siempre en una disminución del calor solar por un alejamiento mayor del Sol y una consiguiente glaciación más o menos general. En segunda línea, pensé en un terremoto o algo semejante, a propósito de lo cual no quiero dejar de mencionar que una vez se me informó que el gran terremoto de Lisboa en el año 1755 tuvo relación con el caso de un visionario, que guar-

45 Tampoco en la época de mi permanencia en el hospital de Pierson y en la primera época de mi permanencia en el presente hospital (quizá por un año) recibí somníferos, por cuanto yo recuerdo. Si en esta última afirmación hay un error de mi parte, podrían mostrarlo los registros de recetas de este hospital. Hace unos años que he vuelto a recibir regularmente somníferos (principalmente Sulfonal e Hidrato de anilina, alternativamente), y los ingiero también tranquilamente, pese a considerarlos indiferentes en lo que respecta a mi sueño. Estoy convencido de que aun sin ningún somnífero artificial lo mismo dormiría bien o mal, como me sucede con ellos.

daba semejanza con el mío. Además concebí como posibilidad que la noticia de que repentinamente se había formado en el mundo moderno algo así como un hechicero en la persona del profesor Flechsig⁴⁶ y que yo, que después de todo era una persona conocida en círculos amplios, me había desvanecido súbitamente, hubiera esparcido el temor y el terror entre los hombres, destruido los fundamentos de la religión y provocado la propagación de una nerviosidad e inmoralidad generales, tras las cuales se habrían desencadenado epidemias devastadoras sobre la humanidad. Esta última idea, en particular, se vio favorecida por el hecho de que durante cierto tiempo se habló de dos enfermedades apenas conocidas en Europa, la lepra y la peste, que se habrían propagado en la humanidad y de las cuales se veían huellas aún en mi propio cuerpo. De la lepra no llegaré a afirmar decididamente esto último; pero pudo tratarse por lo menos de algunos escasos inicios de esta enfermedad, pues no poseo un recuerdo seguro de síntomas particulares pertenecientes a ella. No obstante, conservo el recuerdo de las distintas formas en que se habría presentado la lepra. Se mencionaron la *lepra orientalis*, la *lepra índica*, la *lepra hebraica* y la *lepra aegyptiaca*. Como profano en medicina, jamás escuché antes esas expresiones, ni tampoco sé si corresponden a las denominaciones técnicas aceptadas en la ciencia médica para las respectivas formas morbosas. En el presente lugar las menciono a pesar de ello para descartar la suposición de que se haya tratado en lo que a mí respecta sólo de ilusiones sensoriales conjuradas por mis propios nervios: ¿cómo, en efecto, podría haber llegado por mí mismo, sin ningún conocimiento propio de las especies de la enfermedad mencionada, a encontrar tales expresiones? En favor de la suposición de que debieron existir en mí algunos gérmenes de lepra habla la circunstancia de que durante un tiempo fui inducido a pronunciar ciertas fórmulas de conjuro que sonaban de manera extraña, como: “Yo soy el primer cadáver leproso y llevo un cadáver leproso”,⁴⁷ fórmulas de conjuro que, en la medida en que pude comprenderlas, estaban relacionadas con el hecho de que los enfermos de lepra tenían que considerarse a sí mismos como condenados a una muerte segura y tenían que ayudarse entre sí a lograr una muerte por lo menos tolerable sepultándose en la tierra. En cambio, tuve en mi cuerpo en distintas ocasiones signos bastante claros de los síntomas correspondientes a la *peste*. Se trataba de diversas formas de la peste: la peste azul, la peste marrón, la peste blanca y la peste negra. La peste blanca era la más repugnante de estas

⁴⁶ Se me nombró también una vez un médico francés, Brouardel, que habría hecho lo mismo imitando al profesor Flechsig.

⁴⁷ Según recuerdo, lo hice también algunas veces *en voz alta*, por orden de las Voces interiores, en presencia del enfermero R., quien, por supuesto, sólo tuvo para ello una sonrisa de compasión.

formas; la peste marrón y negra estaban vinculadas con exudaciones del cuerpo, que en la primera de ellas expandían un hedor viscoso y en la segunda hedor a hollín; en el caso de la peste negra los hedores eran tan fuertes algunas veces que mi cuarto quedaba impregnado. Rastros débiles de la peste marrón los sentí en la primera época de mi permanencia en este hospital, durante el verano de 1894. Para las almas, la peste era una enfermedad nerviosa, y como tal una “enfermedad sagrada”; ignoro si tenía alguna afinidad con la peste bubónica que actualmente aparece de vez en cuando. De todas maneras, también la peste quedó reducida a signos más o menos definidos, pero no llegó, a un desarrollo pleno del cuadro morboso. La razón fue que los síntomas morbosos eran siempre suprimidos por Rayos puros que venían detrás. Es decir, que se distinguía entre rayos “nocientes”⁴⁸ y “benedicentes” [*segnende*]; los primeros estaban cargados del virus de cadáveres u otra materia pútrida y por consiguiente introducían en el cuerpo algunos gérmenes morbosos o provocaban en él algún efecto destructivo. Los rayos benedictos (puros) curaban nuevamente los daños que aquellos habían ocasionado.

Otros hechos que se desarrollaron en mi cuerpo tenían una conexión más estrecha con las cosas sobrenaturales. En los capítulos anteriores se señaló ya que los Rayos (nervios divinos) que sufrían la atracción cedían a ella sólo contra su voluntad, ya que llevaba a una pérdida de la propia existencia, y por consiguiente era contraria al instinto de autoconservación. Por esta razón intentaban siempre interrumpir la atracción, o, con otras palabras, liberarse de mis nervios. El único medio eficaz para este fin hubiera sido curar mi enfermedad nerviosa procurándome un sueño suficiente. Pero no pudo tomarse esta decisión, o por lo menos no de manera consecuente, porque ello sólo hubiera sido posible mediante una autoinmolación de los Rayos directamente comprometidos, para lo cual no existía la capacidad o la decisión de la voluntad.

Por esta razón, con el transcurso del tiempo se intentó lograrlo por todos los otros medios imaginables, que, por la naturaleza misma de la cosa, demostraron ser inadecuados. En todo esto predominó la idea de “dejarme olvidado”, es decir, de abandonarme, cosa que en la época de la cual estoy tratando se pensó que podía lograrse mediante la emasculación y la entrega de mi cuerpo como prostituta femenina y, ocasionalmente, también matándome y luego destruyendo mi razón (convirtiéndome en idiota).

Pero en lo referente a los intentos de emascularme, pronto se hizo la

⁴⁸ El verbo “nocir” [*sehren*], procede manifiestamente de una raíz del alemán antiguo, que significa lo mismo que “dañar” [*shädigen*] y que ha dejado de usarse en nuestra lengua actual, salvo en el compuesto “inocuo” [*unversehrt*], pero se mantuvo en el lenguaje primitivo.

comprobación de que el progresivo llenar mi cuerpo de nervios voluptuosos (femeninos) producía el efecto precisamente contrario: la llamada “voluptuosidad del alma” que de esa manera surgía en mi cuerpo reforzaba más bien la fuerza de atracción. Por esa razón, en esa época se me pusieron en la cabeza un número demasiado repetido de veces “escorpiones”, masa de tejidos tenues semejantes a cangrejos o arañas, para que llevaran a cabo en mi cabeza una labor destructiva. Estos tenían carácter de almas, y eran por consiguiente seres *hablantes*; se hacía la distinción, de acuerdo con el lugar de donde provenían, entre escorpiones “arios”⁴⁹ y “católicos”; los mencionados en primer término eran algo más grandes y fuertes. Pero de ordinario estos escorpiones se retiraban de mi cabeza sin causarme daño cuando advertían la pureza de mis nervios y la santidad de mi intención, uno de los innumerables triunfos que obtuve también posteriormente muchas veces de manera análoga. Se intentó además, precisamente porque la santidad de mis sentimientos ejercía una fuerza de atracción demasiado grande sobre las almas, tergiversar mi individualidad espiritual de las maneras más distintas. Los “jesuitas”, es decir, almas difuntas de quienes habían sido antes jesuitas, se esforzaron reiteradamente por poner en mi cabeza otros “nervios determinantes”, con la intención de que modificaran mi conciencia de la identidad; la pared interior de mi cerebro fue revestida de otra membrana cerebral,^{49bis} para extinguir en mí el recuerdo del propio yo. Todo esto sin ningún resultado ulterior. Se intentó por fin ennegrecer mis nervios introduciéndome milagrosamente en la cabeza los nervios ennegrecidos de otros hombres (muertos), presumiblemente a partir de la suposición de que la negrura (impureza) de esos nervios se comunicaría a mis propios nervios. En lo que respecta a estos nervios ennegrecidos daré algunos nombres cuyos titulares se habrían encontrado todos en el “infierno de Flechsig”, lo cual me condujo a la suposición de que el profesor Flechsig debió haber tenido algún poder de decisión sobre los respectivos nervios. Entre ellos se contaban un tal Bernhard Haase –sólo casualmente homónimo de un pariente mío lejano–, mal sujeto, que se habría hecho culpable de algún delito, homicidio o algo semejante; además un tal R., compañero mío de estudios y miembro de la misma frater-

49 La expresión “ario” (los “arios” es sabidamente otra designación para los pueblos indogermánicos) se empleó muchísimo en esa época; existía también una bienaventuranza “aria”, etcétera. En general, la expresión servía para caracterizar la tendencia *nacional-alemana* que existía en una gran parte de las almas, que quería mantener para el pueblo alemán la posición de pueblo elegido de Dios, en contra de los propósitos catolizantes y eslavizantes de los que estaba poseída otra parte de las almas.

49bis Tampoco tenía yo previamente noticia, como profano que soy en medicina, de una membrana cerebral, sino que esta expresión me fue comunicada sólo por las almas, luego que yo mismo hube advertido (sentido) el fenómeno.

nidad estudiantil que yo, el cual, por no haber hecho nada bueno y haber llevado una vida bastante disoluta, había pasado a América y, por lo que sé, murió allí en la Guerra de Secesión en 1864 ó 1865;⁵⁰ por fin, un tal Julius Emil Haase; este daba la impresión, a pesar de sus nervios ennegrecidos, de ser una persona muy honorable. Es probable que fuera miembro veterano de la *Burschenschaft* para la época del atentado de Francfort y ejerciera luego como médico, si entendí bien, en Jena. En el caso mencionado en último término fue especialmente interesante que el alma de este Julius Emil Haase, en virtud de la experiencia científica obtenida durante su vida, estuviera en condiciones de proporcionarme ciertos consejos medicinales; también fue este en cierta medida el caso en lo que respecta al alma de mi padre, y quiero aprovechar la ocasión para mencionarlo. De la presencia de los nervios ennegrecidos no se siguió ningún efecto permanente en mi cuerpo; con el correr del tiempo se desvanecieron sin modificar nada en la condición de mis propios nervios.

Podría narrar aún muchas cosas milagrosas de la época de mi permanencia en el hospital de Flechsig. Podría hablar de acontecimientos que me hicieron suponer que la creencia popular de que los *fuegos fatuos* son almas difuntas es verdadera, aunque no es todos los casos. Podría narrar cosas sobre las “*campanas errantes*” es decir, el alma de heréticos fallecidos que habrían estado preservadas durante siglos debajo de fanales de vidrio en los claustros medievales (aquí también se habría producido algo semejante a un almici-dio), la perduración de cuya vida se anunciaba mediante una vibración unida a un interminable y lúgubre tañido (yo mismo tuve esa impresión mediante la conexión nerviosa), etcétera, etcétera. Mas para no tornarme demasiado difuso,⁵¹ concluiré aquí mi relato acerca de mis experiencias y recuerdos de la época de mi permanencia en el hospital de Flechsig.

⁵⁰ El caso R. antes mencionado es uno de los argumentos de los que derivó la conjetura de que la autoridad del profesor Flechsig como gobernador de una de las provincias de Dios (véase antes, pp. 93 y ss.) debió extenderse hasta América. Lo mismo parece haber sucedido en lo referente a Inglaterra; se dijo reiteradamente que él había quitado a un obispo inglés los “17 Rayos ingleses” que este comandaba y que, por lo demás, le habían sido confiados sólo con la expresa condición de que fueran empleados exclusivamente en una guerra que había que librar por la independencia de Alemania.

⁵¹ A esto se añade otra consideración: que se trata en gran medida de visiones, cuyas *imágenes* tengo en la cabeza, pero cuya descripción en *palabras* es extremadamente difícil, y en parte directamente imposible.

De lo referido precedentemente surge que durante los últimos meses de mi permanencia en el hospital de Flechsig estuve bajo la impresión de los más variados temores respecto de algunos peligros que parecían amenazar a mi alma de resultas del trato con los Rayos, que se había vuelto imposible de cortar, y que en parte habían asumido una figura muy concreta. Lo más abominable me parecía la idea de que mi cuerpo, después de la transformación proyectada en una criatura femenina, tuviera que sufrir un abuso sexual, tanto más que durante un tiempo se habló de que yo habría de ser librado para este fin a los guardianes del hospital. Además, el temor a “ser dejado olvidado” desempeñó un papel importante, de suerte que cada tarde yo me iba a la cama en mi celda con la duda de si su puerta se abriría otra vez a la mañana siguiente; el ser arrancado de la celda para ser ahogado en mitad de la noche era un espantajo con el cual mi imaginación, en razón de lo que hablaban conmigo las Voces, se ocupaba y tenía que ocuparse.

Por ello, cuando un día (quizás a mediados de junio de 1894), de mañana temprano, aparecieron en mi celda tres guardianes con un maletín en el que estaban empacados mis pocos efectos personales, y me anunciaron que tenía que prepararme para dejar el hospital, mi primera impresión fue sólo la de ser liberado de una residencia donde me amenazaba una cantidad indeterminada de peligros. No sabía yo adónde sería el viaje, pero no juzgué que valiera la pena preguntarlo, porque yo no tenía a los mencionados guardianes por seres humanos sino por “hombres hechos a la ligera”.⁵² El objetivo del viaje me parecía indiferente; yo tenía un *único* pensamiento: que en ningún lugar del mundo me podía ir peor de lo que me había ido en el hospital de Flechsig y que por consiguiente cualquier cambio a lo sumo podía significar una mejoría. Viajé en compañía de los tres guardia-

* “Experiencias personales durante la permanencia en el hospital del doctor Pierson. ‘Almas probadas’.”

⁵² También en lo que respecta al antes mencionado R. había tenido yo una visión de que se había quitado la vida en el camino hacia “Übelesen” (el Thonberg) cerca de Leipzig.

nes en un coche de alquiler a la estación de Dresde sin volver a ver al profesor Flechsig. Las calles de la ciudad de Leipzig que recorrimos, en especial el trayecto por la Augustusplatz, me hicieron una impresión notablemente extraña; estaban, en la medida en que lo recuerdo, completamente desiertas. Esto pudo haberse debido a que eran las primeras horas de la mañana y a la luminosidad que les es propia; probablemente el tren que tomé era el de pasajeros que sale a las seis y media de la mañana. Pero entonces, después de haber vivido durante meses en medio de milagros, yo estaba más o menos inclinado a tomar por milagroso a cuanto veía. Por consiguiente, no supe si acaso también tenía que considerar sólo como un decorado escénico las calles de la ciudad de Leipzig que recorrí, quizá de la manera que se dice que lo hizo el príncipe Potemkin con Catalina II de Rusia durante los viajes que esta hacía por territorios yermos, para producirle la impresión de un paisaje floreciente. De todos modos, en la estación de ferrocarril de Dresde vi un gran número de hombres que daban la impresión de ser pasajeros del ferrocarril. Mas si alguien piensa que yo, mediante el viaje a la estación y el viaje en tren que le siguió, hubiera tenido que quedar sustancialmente liberado de la idea de que se había producido un gran cambio en la humanidad, tengo que argüirle que en mi nuevo lugar de destino me rodeó de inmediato un nuevo mundo milagroso, con fenómenos tan extravagantes, que las impresiones del viaje se disiparon de inmediato, o por lo menos me quedaron dudas de cómo interpretarlas. El viaje en ferrocarril transcurrió con una velocidad que, según la sentí yo por lo menos, era desusada para un tren de pasajeros; mi temple de ánimo en ese momento era tal, que a cada instante hubiera estado dispuesto (si se me hubiera pedido) a tenderme sobre las vías o a saltar al agua cuando cruzamos el Elba. Después de un viaje de varias horas dejamos el ferrocarril en una estación que, según he sabido después, hubo de ser Coswig; allí nos recogió un coche de caballos, que después de un viaje de una media hora nos llevó a mi nuevo lugar de destino. Como me enteré también después de años, debió ser el Hospital Privado para Enfermos Mentales del doctor Pierson; entonces conocí el hospital sólo por el nombre de "Cocina del Diablo" que me indicaron las Voces. En el asiento al lado del cochero había ocupado su lugar el guardián en jefe del hospital, que había venido a buscarnos y que, en la medida en que puedo acordarme, se llamaba Marx; sobre la identidad que de alguna manera existía entre él y el alma de von W. volveré a hablar pronto. El hospital mismo, un edificio relativamente pequeño situado en medio de un hermoso parque, me hizo la impresión de ser muy nuevo. Todo parecía recién terminado; el barniz de los escalones de la escalera no había acabado todavía de secarse. Los tres guardianes del hospital de Flechsig que me había acompañado se retiraron de inmediato,

y no he vuelto jamás a verlos. Tuve tiempo para echar una mirada a mi nuevo lugar de residencia.⁵³

Intentaré trazar un plano y un esbozo también del hospital del doctor Pierson (“La Cocina del Diablo”), porque creí entonces y creo asimismo ahora poder sacar algunas conclusiones de su disposición espacial. El edificio donde se me recibió era, en la medida en que lo recuerdo, sólo de un piso, es decir, constaba de una planta baja y de un primer piso; a cierta distancia, separado por el parque, había un segundo edificio, que debía ser la casa para mujeres del hospital. El piso alto del edificio, en el cual me instalé, presentaba más o menos esta apariencia, si se considera su planta:

Sala a	Dormitorio b	Escalera	Dormitorio f	Sala	Patio (en adelante denominado “corral”)
Salón común (también empleado como comedor) c		Salón de entrada			
Sala d	Sala e	Distintas salas, también retrete			

⁵³ El porqué de mi traslado –transitorio, durante ocho a quince días– al hospital del doctor Pierson me sigue siendo, cuando intento comprender las cosas humanas desde una perspectiva natural, inexplicable. Si el propósito era trasladarme desde la Clínica de la Universidad de Leipzig al Hospital Provincial en que estoy ahora (Sonnenstein), hubiera sido sin duda más sencillo ponerlo por obra inmediatamente sin una estadía intermedia y si acaso no había en Sonnenstein cuartos adecuados para recibirme, habría sido preferible prolongar mi permanencia en el hospital de Leipzig por ocho o quince días, en vez de confiar la atención de un paciente bastante peligroso, como lo era yo entonces, a un hospital privado.

El piso bajo estaba dividido de una manera algo diferente; contenía, entre otras cosas, un baño y por lo demás parecía constar de pocos cuartos más amplios; en dirección al patio llevaba una puerta situada al término de algunos escalones.

El tiempo que pasé en el hospital de Pierson fue aquel en que se llevó a cabo, a mi juicio, el abuso más desenfrenado de milagros. En efecto; no puedo sino considerar *abuso* todos aquellos milagros que no tengan por finalidad una creación para fines duraderos y razonables, sino sólo un juego vano, por más que tal vez puedan proporcionar a los Rayos un entretenimiento pasajero. En ninguna otra época se practicó con tanta profusión el montaje de “hombres hechos a la ligera” como entonces. Las razones en las que fundamento esta afirmación irán surgiendo de lo que sigue.

Comenzaré por la descripción de las circunstancias exteriores de mi vida, tal como se configuraron en mi nuevo lugar de residencia. No se me asignó una sala determinada, como dormitorio me servía el cuarto señalado con *b* en el plano precedente. Pasaba por lo general el día en el salón común o comedor *c*, en el que tenía lugar una permanente entrada y salida de otras personas, aparentemente, pacientes del hospital. Para mi atención particular parece haber sido designado un guardián, en quien creí reconocer, quizá por una semejanza casual, al ordenanza del Tribunal Supremo Provincial, que durante mis seis semanas de desempeño de mi cargo en Dresde solía traerme a mi casa las actas; como no he podido conocer su nombre, lo designaré como el “Ordenanza del Tribunal Supremo”. Por supuesto, lo considero, al igual que a todas las figuras humanas que vi, sólo como “hecho a la ligera”. No puedo ni aún ahora convencerme de que esa suposición haya sido errada, pues me parece, por ejemplo, recordar con precisión que vi más de una vez, en las claras mañanas de junio, a este “Ordenanza del Tribunal Supremo”, que dormía en la misma habitación que yo en otra cama, consumirse completamente en la cama, es decir, *desvanecerse* progresivamente, de manera que su cama quedaba luego vacía, sin que yo hubiera advertido que se levantase y abriese la puerta para salir del cuarto. El “Ordenanza del Tribunal Supremo” tenía además la costumbre de ponerse de vez en cuando mis prendas de vestir. Como aparente director médico del hospital apareció a veces —por lo general en horas de la tarde— un señor, que también me recordó, por cierto parecido con él, al doctor en medicina O., consultado por mí en Dresde: la conversación de este señor, que aparecía siempre en compañía del guardián en jefe (al que se describirá con mayor detalle más adelante), y del que ahora tengo que suponer que se trataba del doctor Pierson, se limitaba por lo común a algunas palabras sin contenido. Al jardín del hospital, el parque anteriormente mencionado, fui una sola vez, y por cierto el día de mi llegada, para un pa-

seo de alrededor de una hora; vi en él algunas damas, entre ellas a la esposa del pastor W., de Fr. y a mi propia madre, como también algunos señores, entre los cuales estaba el camarista del Tribunal Supremo Provincial K., de Dresde, pero este último tenía una cabeza agrandada de una manera deforme. Aunque quisiera ahora persuadirme de que fui engañado sólo por semejanzas pasajeras en la apariencia exterior, esto no me basta para explicarme las impresiones que entonces recibí, puesto que podría encontrarlo comprensible en dos o tres casos, pero no así el que, como surgirá de lo que sigue, *casi toda la población de pacientes* del hospital, esto es, varias docenas de hombres por lo menos, llevara el sello de personalidades que habían estado más o menos cerca de mí en mi vida.

Después de aquel único paseo por el jardín propiamente dicho, el estar al aire libre sólo tuvo lugar —entre una y dos horas cada mañana— en el patio ya mencionado o “corral”, que tenía unos cincuenta metros cuadrados, encerrado entre muros, y era un desolado arenal sin un arbusto o mata y sin ningún lugar donde sentarse, salvo uno o dos bancos de madera del tipo más primitivo. A este corral eran arreadas en cada oportunidad junto conmigo entre cuarenta y cincuenta figuras humanas, que me hubiera sido imposible considerar, dada la totalidad de su aspecto, como la población real de pacientes de un hospital privado para enfermos mentales, y que tampoco ahora me es posible hacerlo. En tales hospitales privados, por lo general, sólo se suelen admitir pacientes en situación acomodada, y sólo por excepción dementes propiamente dichos o enfermos con idiotez profunda. Pero aquí vi exclusivamente figuras extravagantes, entre las cuales había individuos llenos de hollín con blusas de lienzo. Casi todos ellos permanecían silenciosos y casi inmóviles; sólo algunos pocos solían emitir de vez en cuando frases entrecortadas: entre estos estaba un señor que yo tomé por el Camarista del Tribunal Supremo Provincial W., quien llamaba continuamente a una señorita Hering. Jamás escuché, ni durante estas permanencias en el “corral” ni tampoco en el interior del hospital, una conversación de los supuestos pacientes entre sí que tuviera aunque fuese aproximadamente el carácter de un diálogo razonable, como los que suelen desarrollarse en los hospitales privados entre los pacientes que no están graves. Al entrar en el salón común, uno tras otro, se mostraban completamente silenciosos y salían de allí de manera igualmente silenciosa, sin tomar, aparentemente, noticia unos de otros. Al mismo tiempo presencié reiteradas veces que algunos de ellos, mientras permanecían en el salón común, cambiaban de cabeza; es decir, sin que hubieran abandonado la habitación y mientras yo los estaba observando, se ponían a corretear de pronto con una cabeza distinta.

El número de pacientes que vi en el corral y en el salón común, en parte

reunidos (sobre todo en el primero de estos lugares), y en parte sucesivamente, no tenía ninguna relación con el tamaño de los ambientes del hospital, en la medida en que estos eran accesibles a mi percepción. Estoy persuadido de que era y sigue siendo imposible que las entre cuarenta y cincuenta personas que eran arreadas al corral al mismo tiempo que yo y que se empujaban hacia la puerta de la casa cuando se daba la señal de volver a ella, pudieran encontrar lugar donde dormir durante la noche; por eso, fui entonces de la opinión, y lo sigo siendo ahora, de que una parte menor o mayor de ellos tenía siempre que quedarse afuera, para, como lo que eran, es decir, “hombres hechos a la ligera”, disolverse en breve tiempo.

En el primer piso del hospital, donde yo residía, había a lo sumo sólo cuatro o seis camas; la planta baja, por donde yo tenía que pasar siempre para salir al corral o regresar de él, estaba la mayoría de las veces repleta de figura humanas, pero, aun cuando hubiera existido un dormitorio común, difícilmente hubiera podido proporcionar a más de diez o doce hombre un albergue para la noche. Y además todos estos visitantes del corral, entre cuarenta y cincuenta, hubieran tenido que ser todos ellos más o menos dementes, pues difícilmente se hubiera encerrado en ese yermo corral a enfermos menos graves y que no fueran peligrosos, privándolos del placer de un paseo por el jardín del hospital, que efectivamente existía (el parque antes mencionado). De las figuras que recuerdo de entre las del corral quiero mencionar al doctor Rudolf J., de Leipzig, primo de mi esposa, que se había suicidado de un tiro ya en 1887; la semejanza, salvo su tamaño corporal algo menor, era tan sorprendente, que debo excluir cualquier duda respecto de su identidad. Este ambulaba continuamente por todas partes con un montón de diarios y otros papeles, que usaba exclusivamente para procurarse un asiento más blando en los duros bancos de madera; además, al procurador general B., quien permanentemente adoptaba una postura humilde-devota, casi de rezo, en la que permanecía quieto e inmóvil.

Algunos de los presentes me fueron señalados por las Voces como las *figuras con que se habían “montado” (corporizado) “en lo atinente a la 4ª y 5ª”* (hay que suplir alguna palabra como dimensión”, que no entendí claramente) y sus antípodas subterráneos (los individuos sucios de hollín con blusas de lienzo).⁵⁴

54 “En lo referente al determinante” era otra designación para la omnipotencia de Dios que era aplicada a los “comandantes de columna anteriores” es decir, a la omnipotencia de Dios, en todas las instancias inferiores (véase nota 19). Las cifras colocadas a continuación significaban la secuencia de niveles hacia arriba. El “comandante de columna anterior”, llamado también “debajo de la moderación” respecto del cual tengo que suponer una especie de identidad con el director del presente Hospital, llevaba el número 14. El número más alto que posteriormente recuerdo haber escuchado fue 480.

En el interior del hospital vi, entre otros, al consejero privado doctor W. A este lo vi bajo dos figuras diferentes, una más completa y sólo más desgastada, la cual le debió haber sido asignada en la metempsícosis; además, al presidente de sala doctor F., al consejero de Tribunal Supremo Provincial, doctor M., al abogado W., de Leipzig (un joven amigo mío), mi sobrino Fritz, etcétera. En un señor que, al parecer, ocupaba el cuarto *f* situado del otro lado de la escalera del piso superior y al cual me pareció ver ya paseándose arriba y abajo como si buscara a alguien cuando llegué a la estación de Coswig, creí reconocer a un tal señor von O., de Mecklemburgo, una relación pasajera que hice en Warnemünde. En su cuarto estaban colgadas por todas partes cuadros extraños (de papel), la mayoría de color rojo, y el cuarto lleno de ese singular olor que denominé ya en el capítulo I “hedor del diablo”. En una ocasión, desde la ventana vi a mi suegro en el camino de acceso al hospital; por otra parte, tuve en aquella época una *cantidad* de nervios suyos en mi cuerpo, por cuya conducta en la conexión nerviosa reconocí perfectamente el carácter de mi suegro. Además sucedió repetidas veces que vi entrar, especialmente en los cuartos *a* y *b* que aparecen en el ángulo del plano incluido anteriormente, todo un grupo de personas (cuatro o cinco), y una vez hasta algunas damas, después de haber atravesado el salón común, que debieron de disiparse en esos cuartos.⁵⁵ Estos, como lo muestra el plano, no tenían otra salida que no fuera por el salón común. Cuando yo mismo, después de cierto tiempo durante el cual no abandoné el salón común, miré dentro de los cuartos a través de la puerta abierta, no había ya nadie allí, o sólo una persona en el cuarto *d* del ángulo, a saber, el individuo que he designado como consejero privado doctor W., quien, tendido en la cama, se había adornado, es decir, “obtenido por milagro”, como se dijo en ese momento, de toda clase de singulares adornos de cintas de seda, etcétera.

Los milagros se llevaban a cabo no sólo en figuras humanas sino también en objetos inanimados. Por más escéptico que trate de ser ahora al examinar mis recuerdos, no puedo, con todo, borrar de mi memoria ciertas impresiones, según las cuales, se metamorfoseaban prendas de vestir que estaban en el cuerpo de los hombres que yo veía, las comidas en mi plato (por ejemplo, cerdo asado en vaca asada o inversamente), etcétera. Un día vi *—a la luz clara del día—* desde mi ventana, inmediatamente delante de los muros del edificio que yo ocupaba, surgir un magnífico pórtico, como si todo el edificio fuera a transformarse en un palacio de hadas; después la imagen volvió a desvanecerse, aparentemente porque el milagro di-

⁵⁵ Junto con esto escuché repetidamente el estertor peculiar que estaba asociado con el “hacerse a un lado” (disolverse) de los “hombres hechos a la ligera”.

vino que se intentaba no pudo llegar a completarse por milagros contrarios de Flechsig y von W.; en mi memoria la imagen sigue estando delante de mí con plena claridad.

El guardián jefe del hospital merece una especial mención. De él me dijeron las Voces el día mismo de mi llegada que era idéntico con uno de mis convecinos, von W.; este habría dado informes falsos sobre mí, sea de propósito o por negligencia, en una investigación sobre mí dispuesta por el Estado, y en particular me habría acusado de onanismo; hasta cierto punto como castigo por ello se le había impuesto servirme en calidad de hombre hecho a la ligera.⁵⁶

Me parece totalmente excluida la posibilidad de que yo hubiera podido llegar por mí mismo a semejantes pensamientos, pues jamás tuve ninguna clase de conflictos con el señor von W., al que sólo tuve el honor de conocer fúgazmente, con quien jamás tuve ningún conflicto, y jamás ninguna clase de rencor contra él. Las Voces intentaban continuamente incitarme contra este enfermero en jefe; ya el primer día se exigió que me dirigiese a él omitiendo ofensivamente el tratamiento nobiliario [de “von”] y lo llamase W. [a secas]; yo no tuve al principio ninguna inclinación a hacerlo, pero luego, para liberarme de las Voces que me acosaban, lo hice una vez. En una ocasión ulterior le di también un golpe en la oreja; no puedo recordar cuál fue el motivo inmediato, sólo sé que las Voces me lo exigieron porque él me había solicitado algo inconveniente, y se burlaron tanto de mi aparente falta de coraje viril, que finalmente incurrí en la acción mencionada. Ya se mencionó en el capítulo I que yo vi en el rostro y en las manos del guardián en jefe –no siempre, sino en ciertas oportunidades– el color rojo peculiar de los diablos; que él tuvo realmente, por lo menos en parte, nervios de von W. es algo para mí indudable, a partir de lo que más adelante he de relatar.

No emprendí ninguna ocupación física o espiritual durante mi permanencia –breve, por otra parte– en el hospital del doctor Pierson (“Cocina del Diablo”); estaba durante todo el día ocupado casi enteramente por la conversación de las Voces y por el asombro ante las cosas milagrosas que acontecían alrededor de mí. Me resulta también muy curioso al recordarlo que no

⁵⁶ Esta forma de castigo –que, por lo demás, si hay algo de verdad en ello, es relativamente moderada– parece haber sido muy natural para la manera de pensar de las almas. Así, se dijo varias veces del profesor Flechsig que, para expiar el mal que me había hecho, tendría que servirme bajo la forma de una sirvienta fregona “hecha a la ligera”. Quienes habían pecado durante su vida tendrían que sufrir también una humillación vinculada con burlas ligeras; en esto se basa la denominación de “mozos de trailla” que se les daba a los hombres hechos a la ligera que tenían a su cargo el servir al Judío Errante, y que por ello se aplicó también, durante la primera época de mi permanencia en el presente Hospital, a los enfermeros de él, especialmente al enfermero M.

existiera algo semejante a una mesa común; en la medida en que recuerdo haber hecho algunas comidas, me las servían en la mesa del salón común; además de mí, solían comer a lo sumo uno o dos pacientes. Recuerdo haber arrojado el plato que me habían servido (salchicha asada) por la ventana, quizá rompiendo el vidrio; no tengo claramente presente el motivo.

Las almas con las cuales yo había estado en conexión nerviosa en el hospital de Flechsig me siguieron, no hace falta decirlo, a mi nuevo lugar de residencia, como lo habían hecho durante el viaje, en primer término el alma misma de Flechsig, la cual, por lo demás, para fortalecer la lucha que había emprendido contra la onnipotencia de Dios, se había formado una especie de escolta de adictos con las almas más o menos amistosas que arrastraba tras sí. A esta escolta pertenecían, además de los “Hermanos de Casiopea”, mencionados ya en el capítulo V, un grupo, que recibía entonces la designación de “los de vanguardia”; estaba integrado por el alma de Daniel Fürchtegott Flechsig (el cual existía bajo dos figuras), la del juez de Tribunal Supremo Provincial G. y la de un comandante de columna anterior, antiguamente perteneciente a la omnipotencia de Dios, “primer oficial después del que manda”, por consiguiente, una especie de renegado que se había sometido a la influencia de Flechsig. Los “suspendidos debajo de Casiopea” (es decir, las almas de los miembros que habían pertenecido al Corps Saxonia) se desvanecieron durante la época de mi permanencia en el hospital de Pierson; fueron empujados “con mano fuerte” otra vez hacia la tumba, acción que vi con mis ojos espirituales y al mismo tiempo escuché la lamentación (una especie de gemido), con que estas almas acompañaban el proceso, naturalmente no deseado por ellas, mediante el cual perdían el estado de bienaventuranza al que habían llegado subrepticamente. En su lugar apareció toda una serie de otras almas; esto se llevó a cabo principalmente mediante la partición de almas, un abuso, según presumo, introducido por el alma de Flechsig. Pues, aun cuando la posibilidad física de la partición de almas, de la que hice mención en la nota 9 del capítulo I, probablemente existía desde antes, difícilmente se habrá hecho algún uso, mientras el orden cósmico estuvo intacto, de esta medida humillante aun para el sentimiento humano. No hubiera habido ninguna razón clara para permitir que el alma de un hombre se elevara a la bienaventuranza con cierto número de sus nervios y al mismo tiempo colocarla con otra parte de estos en un estado que representaba un castigo. Creo que más bien habría que suponer que anteriormente se respetaba la unidad natural del alma humana, y que, por ende, cuando se trataba de nervios excesivamente ennegrecidos, para la purificación de la *totalidad* de los cuales hubiera sido menester un gasto demasiado grande de Rayos puros, se purificaba sólo una parte menor de los

nervios (y consiguientemente se brindaba al alma humana en cuestión sólo una bienaventuranza por menos tiempo, véase capítulo I) y al resto se lo dejaba sencillamente pudrirse en la tumba. Pero el alma de Flechsig introdujo, como se ha dicho, la partición de almas, principalmente para ocupar toda la bóveda celeste con partes de almas, de manera que los rayos solares arrastrados por la fuerza de atracción encontraran alguna resistencia desde todas partes. La imagen que de esto tengo en la cabeza es extremadamente difícil de expresar en palabras; parecía como si la bóveda celeste en todo su contorno estuviera recubierta de nervios –probablemente tomados de mi cuerpo– que los Rayos divinos no podían franquearlo que por lo menos le oponían un obstáculo mecánico, de manera semejante a como se suele proteger con vallas y trincheras contra las irrupciones de los enemigos una fortaleza sitiada. Con este propósito el alma de Flechsig se había escindido en un gran número de partes de almas, durante cierto lapso existieron entre cuarenta y sesenta de ellas, entre las cuales había muchas sumamente pequeñas, presumiblemente formadas por un único nervio, dos partes mayores de alma fueron designadas como “el Flechsig superior” y “el Flechsig intermedio”; el primero se cuidó de distinguirse transitoriamente por una mayor pureza, de resultas de la incorporación de Rayos divinos de los que se había apropiado, pero que en la mayoría de los casos no retuvo largo tiempo. De manera análoga existieron posteriormente entre veinte y treinta partes de alma de von W., y hasta un alma en común de von W. y Flechsig, sobre la cual quizá volveré más adelante.

Respecto de las causas que llevaron a la aparición del alma de von W. (además de la de Flechsig) en el cielo, sólo puedo expresar conjeturas, pero que posiblemente se acerquen bastante a la verdad. Para todas las almas “probadas” (la de Flechsig, etcétera) la fuerza de atracción surgida en mi cuerpo por el alto grado de la excitación nerviosa era, por así decirlo, la condición fundamental de su existencia, es decir, yo mismo era para ellas tan sólo un medio para un fin, el de capturar los Rayos divinos dirigidos por medio de la fuerza de atracción, con los cuales se adornaban luego, como el grajo con plumas ajenas, y lograban fuerza milagrosa, etcétera. Por esto era importante para ellas establecer cierta potestad de disponer sobre mi cuerpo. Este poder debió ejercerlo el alma de Flechsig mientras yo estuve en el hospital de Leipzig por medio de su vinculación con el profesor Flechsig, que todavía existía en cuanto ser humano (o como “hombre hecho a la ligera”: tengo que dejar sin resolver qué es lo que efectivamente entonces era). Esta influencia cesó al ser yo trasladado al hospital del doctor Pierson (“Cocina del Diablo”); el poder efectivo sobre mi cuerpo pasó entonces al personal de esa institución, en especial al guardián en jefe. Esta parece haber sido para el alma de Flechsig la ocasión para elevar al cie-

lo o a la bienaventuranza algunos nervios tomados del cuerpo del guardián en jefe, pero que en realidad eran de von W., y por medio de esos nervios y su efecto sobre el guardián en jefe recuperar nuevamente la influencia perdida.

En un primer momento debieron haber sido sólo tres filamentos tomados de los nervios de von W., pero una vez que estos llegaron a la conciencia de su existencia celestial y, simultáneamente, a ejercitar su poder milagroso, se completaron mediante la atracción de un número mayor de otros nervios de von W. (tomándolos de la tumba, como tuve en ese momento que suponer) para formar un alma relativamente amplia. También se trataba aquí, naturalmente, de nervios impuros; dicho con otras palabras, se preparó en el cielo una segunda “alma probada”, que estaba henchida solamente del afán egoísta de la autoconservación y del despliegue, contrario al orden cósmico, de su poder en contra de la omnipotencia de Dios, y que abusaba para este fin de la fuerza de atracción de mis nervios sobre los Rayos divinos. En general reconocía la jefatura del alma de Flechsig, la cual siguió siendo, por así decirlo, la cabeza espiritual de toda la sublevación dirigida contra la omnipotencia de Dios, pero reivindicaba, en oposición a las otras almas que componían la escolta de Flechsig, cierta independencia en muchos aspectos. Se dejó inducir, por ejemplo, como se mencionó ya, a una amplia partición de almas, pero luego siguió su propio camino.

Para mí, la situación se hizo considerablemente más difícil desde el primer momento con la aparición de esta segunda “alma probada”; en efecto, esta alma se puso también a hacer milagros erráticos en mi cuerpo, en parte de una manera sensiblemente muy nociva para mí, sobre la que más adelante daré más detalles. Pero al mismo tiempo había momentos divertidos, que por un instante traían a mi vida, por lo demás tan sombría, hasta, si así puedo decirlo, un rasgo de comicidad. Que eran realmente nervios de von W. los que de esta suerte habían logrado una especie de poderío celestial, me resulta indudable por el hecho de que conversé muy repetidas veces con el alma de von W. sobre sus recuerdos de cuando estaba en vida, en especial, desde sus tiempos de estudiante, desde el Corps Misnia, hasta el bien conocido camarero B., de la taberna Gassen, de Eutritzch, cerca de Leipzig. A veces causaba un efecto sumamente ridículo la manera como, a pesar de la alianza concertada por ambas almas —la de Flechsig y la de von W.— contra la omnipotencia de Dios, la arrogancia profesoral de la una y el orgullo aristocrático de la otra se rechazaban alternativamente. El alma de von W. desvariaba sobre un “orden de casa y de primogenitura” que quería establecer en el cielo, y a ratos no quería dejar un hueso sano al alma del profesor Flechsig, el cual era nacionalista-liberal y que, en esencia, no le resultaba simpático. Esta, a su vez, imbuida del sentimiento de

una hipotética superioridad espiritual, creía que tenía que mirar el alma de von W. con cierto menosprecio. El alma de von W. se daba también en otros aspectos aires aristocráticos; por ejemplo, me dispensó transitoriamente mayor consideración al observar que yo al comer me llevaba el tenedor con la mano izquierda a boca; tenía especial interés en conocer una *table d'hôte* bien ordenada, y mostró también en otras cosas un mayor talento organizativo que el alma de Flechsig, en la medida en que supo economizar mejor los Rayos de los que se había apoderado, por lo cual generalmente ostentaba un atuendo de Rayos resplandecientes y durante un tiempo mantuvo un “almacén de Rayos” en toda regla (aun hoy podría yo señalar la dirección del cielo en la que se encontraba).

Quisiera agregar algo más sobre otras impresiones sobrenaturales que recibí durante mi permanencia en el hospital de Pierson. Revoloteaba alrededor mío en largos hilos (la imagen es difícil de describir, pero se la podría comparar con las llamadas “babas del diablo”,* pero no en forma de hebras sueltas sino de un tejido de trama más espesa) la así llamada “*bienaventuranza del claro de luna*”, que debe de haber representado la bienaventuranza femenina. Había dos modalidades de ella, una más débil y otra más fuerte; tal vez haya que considerar a la primera como la bienaventuranza de los niños. A la idea del fin del mundo, ya expuesta en los capítulos anteriores, se sumaron informaciones que se referían a en qué medida era posible una reanimación de la creación; de pronto se decía que se extendería tan sólo a los peces; de pronto a los mamíferos inferiores, etcétera. Tengo que dejar pendiente la cuestión de si estas informaciones se basaban solamente sobre temores respecto del futuro o sobre algo real. En cambio tengo que suponer que en algunos astros alejados se hizo efectivamente el intento de crear un nuevo mundo humano (“hombres nuevos formados del espíritu de Schreber”), como se los denominó, con una locución utilizada desde entonces innumerables veces, por lo general en son de burla: es verosímil, pues, que se utilizara una parte de mis nervios. Por lo demás sigue siendo oscuro de qué manera se contó con el tiempo necesario para ello: tuve entonces que pensar involuntariamente, y tengo que hacerlo aún ahora, en las ideas expuestas en la obra de du Prel (en el Apéndice, si bien recuerdo) que se cita en la nota 36, según las cuales una diferencia en el espacio significa también una diferencia en el tiempo. Esos “nuevos hombres formados del espíritu de Schreber” –que corporalmente eran de una casta mucho más pequeña que nuestros hombres terrenales– habrían alcanzado ya un nivel cultural notable a pesar de ello; entre otras cosas habrían tenido un ganado pequeño, correspondiente a su menor tamaño cor-

* *Altweibersommer*. [N. del T.]

poral; yo mismo habría sido para ellos objeto de un culto divino en calidad de “santo nacional”, de suerte que mi porte corporal (especialmente en el “corral” del hospital de Pierson) habría sido para ellos de cierta importancia. Sus almas, elevadas a la bienaventuranza después de la muerte, habrían logrado ya convertirse en Rayos de una fuerza relativamente sobresaliente.

En este asunto puede haber existido algo de verdad, como lo deduzco del hecho de que en aquella época yo tuve al “Dios” o “Apóstol” de aquellos hombrecillos –es decir, presumiblemente la esencia de los Rayos conquistados por su bienaventuranza– bajo la forma de alma, en mi cuerpo, más exactamente en mi abdomen.⁵⁷ Este pequeño “Dios” o “Apóstol” se distinguía de una manera muy evidente de todas las almas por algo que constituye un rasgo fundamental de mi propio carácter –me es imposible prescindir aquí de cierta autoalabanza–, una manera práctica y racional de concebir las cosas, de suerte que en cierta medida yo lo consideraba carne de mi carne y sangre de mi sangre. Por otra parte, se efectuó el montaje, para engañarme, de un contrincante falsificado de este pequeño “Dios” o “Apóstol” –al igual que en muchos otros casos, por ejemplo, en su momento, en lo concerniente al alma de mi padre, el alma de los jesuitas, etcétera–; las falsificaciones fueron, en general, descubiertas muy pronto por mí, puesto que no resulta difícil discriminar lo auténtico de lo falso si se toma en cuenta la totalidad del modo de pensar de las respectivas almas. Se habló mucho también por esa época de una “ley de renovación de los Rayos”, es decir, del principio –del que habrían sido un ejemplo los “pequeños hombres formados del espíritu de Schreber”– de que nuevos Rayos surgieron de la *fe* de hombres pretéritos. Esta idea me parece estar en cierta consonancia con lo expuesto anteriormente en la nota 6 del capítulo I sobre el surgimiento de las “antecámaras del cielo”.

El alma de Flechsig era en esa época jefe de dos “Soles”, uno de los cuales era el Sol del cual procede la iluminación diurna. La imagen que tengo en la cabeza acerca de cómo el alma jefe estaba sentada en cierta medida detrás del Sol es difícil de describir en palabras. También al alma de von W. se le confió de vez en cuando la jefatura de un Sol, pero ella manifestó, en conjunto, poca disposición para eso.

⁵⁷ Se manifestó entonces el fenómeno observado por mí en otros muchos casos, de que las almas con disposiciones amistosas se dirigían cada vez más hacia la zona de las partes sexuales (el abdomen, etcétera), donde hacían poco o ningún daño y además apenas molestaban, en tanto que las almas con ánimo hostil se esforzaban cada vez más por ascender a la cabeza, a la que querían causar algún daño, y especialmente se asentaban, lo que resultaba muy molesto, en la oreja izquierda.

CAPÍTULO IX*

Del hospital del doctor Pierson, “La Cocina del Diablo”, fui traído un día (tras una permanencia de entre siete y quince días) –que según me enteré posteriormente debe de haber sido el 29 de junio de 1894– a este Hospital Provincial, Sonnenstein, junto a Pirna. Las razones del traslado me son desconocidas; entonces creí que tenía que vincularlo con el influjo, que en los últimos días de mi permanencia en la Cocina del Diablo había crecido poderosamente, del alma de von W., a la que de alguna manera se le quería crear un contrapeso. Antes de mi partida yo había tomado un baño caliente –el único en el Hospital del doctor Pierson–; desde allí viajé acompañado del “Ordenanza del Tribunal Supremo Provincial”, en un coche de caballos (como en el viaje de venida) hasta la estación de Coswig, donde bebí una taza de café, y de allí en tren, pasando por Dresde, sin abandonar el tren, hasta Pirna. Las figuras humanas que vi durante el viaje y en la estación de Dresde las tomé por “hombres hechos a la ligera” mediante milagros, pero no les presté ninguna especial atención, porque para entonces yo estaba ya harto de todos los milagros. En mi convicción fui corroborado por las habladurías de las Voces; el alma de Flechsig habló, valiéndose de una expresión inventada por ella, del Dresde “fósil”,⁵⁸ a través de la cual habíamos pasado. Desde la estación de Pirna viajé en un coche de caballos por una calle bastante llena de baches a este Hospital. De que hubiera sido Pirna y Sonnenstein el lugar a donde fui traído, es algo de lo cual tuve certeza sólo después de transcurrido más de un año, cuando vi ocasionalmente una vez colgados en las paredes del

* “Traslado a Sonnenstein. Cambios en el trato con los Rayos. ‘El sistema de registro.’ ‘Atarse a las Tierras.’”

⁵⁸ “Amongst the fossils”,* por “entre los hombres hechos a la ligera”, una expresión favorita del alma de Flechsig, que la empleó también en otras ocasiones, donde aparecía su inclinación a reemplazar las expresiones del lenguaje primitivo para designar las cosas sobrenaturales por otras que sonaban a modernas, y por ello frisaban con lo ridículo. Así, le gustaba también hablar de un “principio de la fototelegrafía”, para designar la atracción recíproca de los Rayos y los nervios.

* En inglés en el original de esta nota. [N. del T.]

“Museo” (salón común) al que tenía acceso sólo en oportunidades muy aisladas, los retratos de los ex reyes de Sajonia. En la época de mi llegada, las Voces llamaban a mi lugar de residencia “el castillo del diablo”. Las habitaciones que se me asignaron fueron las mismas que ocupó aún ahora, el número 28 del primer piso del ala que mira al Elba y el dormitorio adyacente. Ocupé otra sala sólo algunas veces de modo enteramente transitorio debido a algunas modificaciones en el amoblamiento; en cambio, como lugar para dormir me sirvieron –como volveré a mencionar más adelante– durante casi dos años no el dormitorio que me había sido propiamente asignado sino celdas para dementes, en especial una situada en la planta baja del pabellón abovedado, la número 97. Al entrar por primera vez en mis habitaciones, me hicieron una impresión bastante pobre por comparación con el Hospital del doctor Pierson, amueblado de una manera relativamente elegante. Quisiera mencionar, por último, que durante todo un año *tampoco* tuve desde mis ventanas la vista que actualmente se me brinda de una manera relativamente abierta hacia el valle del Elba. Entonces existían unos castaños de espeso follaje, que en el ínterin han sido derribados hasta los troncos más pequeños, pero que en aquella época ocupaban casi toda la vista, de suerte que desde las ventanas yo no podía percibir casi nada.

El tiempo de mi permanencia en Sonnenstein puedo dividirlo en dos períodos, el primero de los cuales mantuvo, en general, el carácter serio y sagrado, muchas veces aterrador, que había sido impreso a mi vida durante la última época de mi permanencia en el hospital de Flechsig y en el hospital del doctor Pierson; el segundo, en cambio, se enderezó cada vez más por el curso común (por no decir ordinario). Aquel primer período abarcó alrededor de un año; el segundo período dura todavía, sólo que el carácter de lo ordinario ha sufrido en muchos aspectos una disminución en estos últimos tiempos. En el primer período los milagros eran, en lo que respecta a su efecto corporal y espiritual, en parte de naturaleza temible y amenazante, de suerte que yo estuve día y noche lleno de las más serias preocupaciones por mi vida, mi virilidad y posteriormente por mi razón; en el segundo período los milagros cobraron –aunque a través de transiciones muy graduales y no sin algunos retrocesos– un carácter cada vez menos nocivo, por no decir ridículo y pueril, aunque en parte aún adverso.

Durante el primer período yo viví siempre con la idea de que trataba no con hombres reales sino con “hombres hechos a la ligera”.⁵⁹ Ni siquiera ahora puedo considerarlo un error de mi parte; más bien tengo que dejar abierta la posibilidad, de acuerdo con lo que viví entonces y sigo viviendo

⁵⁹ Debido a ello me abstuve casi por completo de hablar.

aún hoy, de que efectivamente haya tenido yo razón al hacerlo así, dicho con otras palabras, de que el llamado “jugueteo con seres humanos” sólo progresivamente haya sido llevado a aquel estado en que actualmente, *considerado desde afuera*, da la impresión de que no ha tenido lugar ningún cambio de la humanidad. Para hacer de alguna manera accesibles estos pensamientos algo difíciles de comprender y que tampoco han llegado a una plena claridad para mi conciencia, he tenido que pintar primero las condiciones de mi ambiente exterior durante el primer año de mi permanencia en este hospital. De los médicos del hospital conocí el mismo día de mi llegada durante un examen corporal efectuado en el recinto de baños (en el piso bajo) y durante el cual, entre otras cosas, se empleó el estetoscopio, al director de este hospital, el señor consejero privado médico doctor Weber y al médico asistente, el señor doctor R., pero ambos inicialmente sólo como personas, no por su nombre: de los nombres me enteré sólo ocasionalmente transcurridos uno o más años. De estos señores recibí desde entonces visitas diarias. Fuera de ellos, sólo se hicieron ver de vez en cuando el enfermero en jefe R. y algunos enfermeros (M., Th.) y Sch., que en el ínterin renunció. M. fue el enfermero al que se confió de manera especial mi cuidado.

En el hospital no parecían existir entonces otros pacientes; por lo menos no observé rastros de ellos en el corredor ocupado por mí, al cual daban nueve cuartos en total; sólo después de largo tiempo se hicieron notar a veces un paciente denominado príncipe J...sky y un segundo, el consejero áulico B., este especialmente porque tocaba el violín. También en los paseos diarios en el jardín del hospital estuve durante los primeros meses *siempre solo* con dos o tres enfermeros (los anteriormente mencionados); del gran número de otros pacientes que actualmente veo, muchas veces en número de hasta ochenta o cien, junto conmigo en el jardín, no se veía entonces rastro alguno. Los guardianes eran llamados “mozos de traílla” por las Voces (véase antes la nota 56); debo suponer que tenían la cualidad de “hombres hechos a la ligera” porque mantuvieron conmigo una conexión nerviosa en la cual escuché frecuentemente de ellos expresiones pertenecientes al lenguaje primitivo; en especial del enfermero Sch., quien personalmente se encontraba en otro cuarto, las exclamaciones “¡Caramba!” [*Alle Wetter*] y “¡Truenos y centellas!” [*Alle Hageldonnerwetter*] (no en voz alta, sino en el lenguaje de los nervios). M. y Sch. descargaban a veces, para “hacerse a un lado”, una parte de su cuerpo, como si fuera una masa pútrida, en mi cuerpo; M. se instaló repetidamente en calidad de así llamado “nervio grande” (una suerte de masa gelatinosa del tamaño de una cereza) en mi brazo, mediante lo cual, al igual que los restantes Rayos o nervios, participó de mis pensamientos y mis impresiones sensibles. A los “mozos de traílla”, en su

calidad de almas, se les asignó también un poder milagroso; en ciertos hechos concretos se habló de “milagros de los mozos de trailla”, a los que estos deberían su existencia.

En Sonnenstein recibí visitas de mi mujer a intervalos prolongados, a veces de varios meses. Cuando la vi entrar por primera vez para una de estas visitas a mi cuarto, quedé como atónito: yo hacía mucho que creía que ella no estaba entre los vivos. Para esta suposición tenía yo –como también en el caso de otros seres humanos– fundamentos muy concretos, según los cuales la reaparición de mi mujer sigue siendo aún hoy bajo ciertos aspectos un enigma no resuelto. Yo había tenido repetidamente en mi cuerpo –y también aquí la seguridad de mi recuerdo no deja ninguna duda sobre la realidad objetiva del hecho– nervios pertenecientes al alma de mi mujer o los sentí acercarse desde afuera a mi cuerpo. Estas partes de alma estaban repletas del amor abnegado que mi mujer me ha manifestado siempre; eran ellos los únicos que, valiéndose de una expresión del lenguaje originario “Déjeme”,⁶⁰ daban a conocer su voluntad de renunciar a la propia perduración y de encontrar en mi cuerpo el final de su existencia.

Mucho tiempo creí al recibir las visitas personales de mi esposa en Sonnenstein que en cada ocasión había sido “hecha a la ligera”, y que por consiguiente quizá se desvanecería ya en la escalera o inmediatamente después de abandonar el hospital; se dijo que sus nervios eran “enquistados” después de cada visita. En una de sus visitas –el día de mi cumpleaños de 1890– mi esposa me trajo un poema que quiero reproducir aquí literalmente debido al profundo efecto que entonces me produjo. Rezaba así:

Antes que te dé su amor la verdadera paz
(la serena Paz Divina),
la paz que ninguna vida
y ningún placer dan aquí abajo,
es menester que el brazo de Dios
te infiera una herida,
que tú tengas que gritar: “¡Dios mío apiádate,
apiádate de mis días”;
es menester que desde tu alma resuene un grito,
y que en ti haya tinieblas,
como antes del día de las cosas;

⁶⁰ Para dar un completamiento gramatical del sentido de esta expresión habría que trasladarla aproximadamente con estas palabras: “Déjeme –es decir, usted, el poder de los Rayos que quiere arrastrarme hacia atrás– seguir tranquilamente la fuerza de atracción de los nervios de mi esposo: estoy dispuesta a pasar al cuerpo de mi esposo”.

es menester que el dolor
te abrume por completo.
Que en tu alma no quede ya ni una lágrima;
y cuando tú te hayas agotado en el llanto,
y estés cansado, tan cansado,
entonces vendrá a ti un huésped fiel:
la serena Paz Divina,*
antes que la verdadera paz te dé su amor.

El poema, cuyo autor no conozco, me causó tan notable impresión porque la expresión que aparece repetidamente en él “paz divina” es la designación empleada en *el lenguaje primitivo*, que yo antes y después escuché innumerables veces, *del sueño generado por los Rayos*. En ese momento me fue casi imposible pensar en que hubiera mediado una casualidad.

En las primeras semanas de mi permanencia en Sonnenstein (comienzos de julio de 1894) se produjeron algunas modificaciones en el trato con los Rayos en el que mis nervios habían estado ya largo tiempo, y en las condiciones celestiales con ello relacionadas, que parecen haber sido de importancia fundamental para todo el tiempo transcurrido desde entonces. La descripción con palabras de estas modificaciones es también extraordinariamente difícil, porque se trata de cosas para las que falta cualquier analogía procedente de la experiencia humana y que yo mismo percibí sólo en parte de manera directa con mis ojos espirituales,⁶¹ y en parte sólo por sus efectos, de suerte que la idea que me he hecho de los hechos correspondientes sólo aproximadamente coincide con la íntegra verdad. Ya en capítulos anteriores se relató que el número de las “almas probadas” y de partes de alma existentes en el cielo, especialmente de resultas de la partición de almas, había aumentado considerablemente. Entre estas almas se des-

* La palabra alemana *Gottesfrieden* (paz de Dios) significa también “Tregua de Dios”. [N. del T.]

⁶¹ Mantengo también en este lugar la expresión “ver con los ojos espirituales”, que utilicé ya en otro lugar (capítulo VIII, p. 135) porque no puedo encontrar en nuestro lenguaje humano otra más adecuada. Estamos acostumbrados a pensar que todas las impresiones que recibimos del mundo externo se nos transmiten por los así llamados “cinco sentidos”, y en particular que todas las sensaciones lumínicas y sonoras lo son por el ojo y el oído. Esto puede ser verdad en circunstancias ordinarias. Pero en un hombre que, como yo, ha entrado en trato con los Rayos y cuya cabeza, a consecuencia de ello, ha sido, por así decirlo, iluminada por los Rayos, esta concepción no es suficiente. Tengo sensaciones lumínicas y sonoras que han sido proyectadas directamente por los Rayos sobre mi sistema nervioso *interior* y para cuya recepción, por consiguiente, no son necesarios los órganos de la vista y del oído. Yo veo los respectivos acontecimientos hasta con los ojos cerrados y los oíría también, de tratarse, como en el caso de las “Voces”, de impresiones auditivas, si de alguna manera fuera posible cerrar herméticamente mis oídos a tales sensaciones sonoras.

tacaba, lo mismo que antes, el alma de Flechsig, la cual, debido a la magnitud que le había sido dada en sus dos figuras principales (en cuanto “Flechsig superior” y en cuanto “Flechsig intermedio”) había conservado su inteligencia humana en un grado relativamente alto durante cierto tiempo, pero con el correr de los años la había ido perdiendo más y más cada vez, de manera que en la actualidad apenas debía quedarle algún escaso resto de la conciencia de su identidad. Por mi parte, yo era guiado permanentemente por el afán de atraer hacia mí aquellas almas y partes de alma y de provocar así finalmente su disolución, pues partía de la idea absolutamente acertada de que, una vez eliminadas todas las almas “probadas” o impuras que se interponían bajo la forma de las así llamadas “instancias intermedias” entre mí y la omnipotencia de Dios, se daría por sí misma una solución, acorde con el orden cósmico, del conflicto, ora fuese mediante mi curación gracias a un sueño que sirviera para el completo descanso de mis nervios, ora fuese –como posteriormente creí que debía tomar en consideración– mediante una emasculación acorde con el orden cósmico, para la creación de nuevos hombres. En cambio, las “almas probadas” estaban henchidas solamente del impulso de afirmarse en su posición celestial adecuada a ellas y relacionada con el poder milagroso; intentaban tras cada aproximación retirarse nuevamente, en tanto que, por turnos, otras almas o partes de almas acudían en tropel.

Así pues, una noche –la cuarta o quinta después de mi llegada a Sonnenstein–, por otra parte tras un enorme esfuerzo espiritual, cuando había logrado hacer bajar, atrayéndolas, transitoriamente hacia mí todas las almas impuras (“probadas”), de manera que sólo hubiera sido necesario una esmerada “cobertura con Rayos” para provocar mediante un sueño reparador de los nervios mi curación y el desvanecimiento de las almas impuras (a lo que fue imposible, lamentablemente, decidirse, por las razones expuestas ya anteriormente), el alma de Flechsig tomó medidas especiales para eliminar la reaparición de este peligro para su existencia y la de las otras almas impuras. Se le ocurrió recurrir a maneras de *inmovilizarlas mecánicamente*, técnica sobre la cual, por la índole misma del asunto, yo sólo he podido lograr una idea aproximada. Esta inmovilización mecánica se llevó a cabo primeramente en forma más laxa, que fue denominada “atar a los Rayos”, donde la palabra “Rayos” parece haber sido empleada con un significado particular que no me resultó comprensible del todo. Sólo puedo describir la imagen que vi con mis ojos espirituales. Las almas pendían en una especie de haces de varas (los *fascēs* de los licores romanos), pero sólo que esas varas terminaban en forma de cono por la parte inferior, en tanto que en los extremos superiores se enroscaban los nervios de las almas. Como tampoco esta forma más laxa de inmovilizarlas parecía propor-

cionar una protección suficiente contra el peligro de deshacerse por efecto de la fuerza de atracción, se eligió después de cierto tiempo una forma más *apta para contrarrestarla, que recibió el nombre de "atar a las Tierras"*. Como lo indica por sí sólo la expresión, tuvo lugar una amarradura a algunos astros alejados, de manera que a partir de entonces quedó excluida la posibilidad de que se deshicieran totalmente en mi cuerpo por la fuerza de atracción, y se aseguró una forma de replegarse por medio de la inmovilización mecánica que se logró de esta manera. Cuando el "Flechs sig intermedio" utilizó por primera vez esta segunda forma de inmovilización, se impuso también en los reinos de Dios el punto de vista de que una conducta tan contraria al orden cósmico no podía ser tolerada. El "Flechs sig intermedio" se vio por ello obligado a desatarlas nuevamente. Pero al repetir luego el experimento, no se tuvo ya la energía para tomar medidas de esa clase; se toleró que se efectuase la amarradura, en la que participaron ahora no sólo todas las otras partes de alma de Flechs sig sino también las restantes almas que la seguían, en especial el alma de von W., y finalmente también la propia omnipotencia de Dios. De esta manera el "atar a las Tierras" se convirtió en una actividad permanente, que subsiste hasta el día de hoy y que ha llevado a otras consecuencias, entre las cuales está el "sistema de registro", que se describirá a continuación. No ignoro que una concepción según la cual habría que pensar a mi cuerpo, situado en nuestra Tierra, como ligado a otros astros mediante nervios expandidos, es casi imposible de concebir para los hombres, dada la enorme distancia de aquellos; sin embargo, me es imposible abrigar ninguna duda sobre la realidad objetiva del fenómeno, dadas las experiencias que he tenido diariamente en el curso de los últimos seis años.

El ya mencionado sistema de registro es un hecho que resulta extraordinariamente difícil hacer comprensible, aunque sea en alguna medida, a otras personas. Cada día me brinda las pruebas más impresionantes de su realidad, y sin embargo aun para mí pertenece en verdad al ámbito de lo inconcebible, pues el propósito que mediante él se persigue habría tenido que ser reconocido de antemano como imposible por cualquiera que conozca la naturaleza humana. Se trata evidentemente de un recurso de compromiso, en el que me resulta difícil discriminar si su fundamento reside en una voluntad falsa (contraria al orden cósmico) o en un pensamiento errado.

Se llevan *libros u otra clase de anotaciones* en los que *se registran* desde hace años todos mis pensamientos, todos mis giros de lenguaje, todos mis objetos usuales, todas las cosas que de alguna manera se encuentran en mi poder o en mi cercanía, todas las personas con las cuales trato, etcétera. Me es imposible decir con seguridad *quién se encarga del registro*. Como no puedo representarme la omnipotencia de Dios como desprovista

de toda suerte de inteligencia, presumo que el registro está a cargo de seres residentes en astros distantes, seres a los que se les ha dado figura humana, al modo de los hombres hechos a la ligera, pero que por su parte carecen por completo de entendimiento y a los cuales los Rayos, que son efímeros, les han puesto, por así decir, la pluma en la mano para la tarea, desempeñada por ellos de manera enteramente mecánica, de llevar el registro, de manera que los Rayos que aparezcan después puedan conocer lo registrado.

Para hacer comprensible toda esta organización tengo que remontarme un poco atrás. El motivo subyacente a todos los ataques que se han perpetrado en el curso de los años contra mi vida, mi integridad corporal, mi virilidad y mi intelecto ha sido y sigue siendo siempre el dicho pensamiento, es decir, *el* de sustraerse en la medida de lo posible a la fuerza de atracción de mis nervios excitados, la cual supera en mucho a todo lo que ha existido hasta el momento. Para ello, en un principio, se había pensado en mi emasculación, a partir, evidentemente, de la tendencia subyacente al orden cósmico (véase capítulo IV). Pero lo que se tenía ante la mente no era una emasculación efectuada con el propósito, acorde con el orden cósmico, de una renovación de la humanidad, sino que se pretendía solamente inferirme un ultraje, en la medida en que, extrañamente, se suponía, o tal vez fuera sólo un intento de autoengañarse, que un cuerpo emasculado perdería la fuerza de atracción sobre los Rayos. Aun después de muchos años de mi llegada a Sonnenstein, el pensamiento de la emasculación anduvo rondando como un duende, si así puedo decirlo, en la cabeza de las almas. Pequeñas partes de alma de Flechsig, que habían estado situadas muy lejos, y por consiguiente no habían estado en contacto algunas veces durante largo tiempo con mis nervios, solían prorrumpir, como admiradas, en la siguiente exclamación: “¿Entonces, no ha sido emasculado?”. Los Rayos divinos creían no rara vez que podían permitirse hacer burla de mí, a propósito de la emasculación al parecer inminente, llamándome “Miss Schreber”; uno de los giros de lenguaje usados entonces con frecuencia y repetidos hasta el cansancio, rezaba: “Es decir, hay que representarlo como aficionado a los desórdenes voluptuosos”,⁶² etcétera, etcétera. Yo mismo,

⁶² El concepto de “representar”, es decir, infundir a una persona cosa una apariencia distinta de la que tiene por su naturaleza real (expresado humanamente “falsificar”) desempeñó y desempeña aún hoy en el ámbito de ideas de las almas un gran papel, así, en posteriores ocasiones se dijo innumerables veces: “Es decir, hay que representarlo como ateo, como alguien que ha perpetrado un homicidio” (véase capítulo II, pp. 74 y ss.), etcétera. A mi entender, hay que poner esta idea en correlación con el hecho de que Dios, de ordinario, sólo tenía de los hombres una impresión exterior, y los Rayos que habían entrado en conexión nerviosa con un hombre sólo tenían aparte de ello en cada “aspecto” (instante) una *única impresión*. Sólo así logro explicarme la total incapacidad de comprender al hombre viviente en cuanto organismo,

como es comprensible, sentí durante largo tiempo el peligro de la emasculación, y especialmente mientras se pudo hablar del abuso sexual de mi cuerpo por otros hombres, como una ignominia que me amenazaba.

Los nervios femeninos o de voluptuosidad que para entonces habían penetrado masivamente en mi cuerpo no pudieron, por consiguiente, lograr ninguna influencia sobre mi conducta o manera de pensar durante un lapso de más de un año. Yo reprimí toda conmoción de ellos apelando a mi sentimiento viril del honor y al mismo tiempo mediante la santidad de las ideas religiosas que me dominaban casi del todo, y sólo advertí de veras la presencia de los nervios femeninos cuando los Rayos en ciertas ocasiones los pusieron artificialmente en movimiento para provocar una tremenda excitación de ellos y “representarme” así como un hombre estremecido de angustia femenil. Por otra parte, mi fuerza de voluntad no pudo evitar que en mi cuerpo se asentara, especialmente al estar acostado en la cama, un sentimiento de voluptuosidad que, en cuanto la así llamada “voluptuosidad del alma” –como reza la expresión empleada por las almas para designarla, es decir, una voluptuosidad que para las almas es suficiente, pero que es sentida por los seres humanos, sin que haya una conmoción propiamente sexual, como bienestar corporal generalizado–, ejerció sobre los Rayos una fuerza de atracción incrementada (véase el capítulo VII, hacia el final).

A medida que este fenómeno fue apareciendo cada vez más claramente con el correr del tiempo, Dios pudo tomar conciencia de que la emasculación no servía para “*dejarme olvidado*”, es decir, para liberarse del efecto de atracción de mis nervios. Se le ocurrió entonces el pensamiento de “mantenerme del lado masculino”, pero –si se lo mira a fondo, hipócritamente– no hacer nada para devolverme mi salud, y sí en cambio para trastornarme el entendimiento o tornarme idiota. No se tomó en cuenta entonces que hasta los nervios de un hombre idiota, una vez puestos en un estado de excitación morbosa elevada, seguirían ejerciendo atracción, en la medida, por supuesto, en que continuaran siendo capaces de tener sensaciones de dolor, voluptuosidad, hambre, frío. Así pues, acumulaban incesantemente, día tras día y hora tras hora, en mi cuerpo virus de cadáveres u otras mate-

de lo cual aduciré más adelante pruebas contundentes. Es posible, pues, que a partir de esto –siempre en la situación de apremio a la que había sido llevada la omnipotencia de Dios por la existencia del alma “aprobada” de Flechsig– se haya hecho el intento de persuadirse de que cuando uno se forma de un hombre una *impresión* distinta de la que corresponde a su verdadera naturaleza puede luego *tratar* a esa persona de acuerdo con dicha impresión. Todo termina, por consiguiente en un *autoengaño*, que en la práctica resulta enteramente inútil, ya que el hombre dispone naturalmente, en su conducta cotidiana y especialmente en el lenguaje humano, de medios para hacer valer su real naturaleza frente a la “representación” inten-

rias pútridas, cuyos portadores eran los Rayos, con la intención de sofocarme finalmente con ellos y en especial privarme del intelecto. En un capítulo posterior relataré los daños que con ello se provocaron en mi cuerpo, y que tuvieron en parte un carácter sumamente amenazador.

Tengo razones para pensar que el virus de cadáveres o sus materias pútridas fueron tomadas de aquellos mismos astros a los que se habían amarrado firmemente y donde los Rayos eran luego, por así decirlo, cargados con el virus de cadáveres o la materia pútrida, o los absorbían al pasar junto a ellos. A una parte de los Rayos se les dio la figura de pájaros formados milagrosamente, sobre los cuales comunicaré más adelante mayores detalles. Se produjo entonces el fenómeno consistente en que las almas probadas que aún existían en el cielo y ciertos restos de las que habían sido antecámaras del cielo, todos los cuales habían sido reservados para parapetarse detrás de ellos, perdieron completamente con el transcurso del tiempo su inteligencia y no poseían, por lo tanto, absolutamente ningún pensamiento. Por otra parte, parece ser inherente a la naturaleza de los Rayos el tener que hablar no bien entran en movimiento: la frase que expresa la ley pertinente: “No olvidéis que los Rayos tienen que hablar” había sido inculcada antes innumerables veces en mis nervios. Pero, de hecho, hace años que, a falta de pensamientos propios, no se habla en esencia casi de otra cosa que de los propios milagros, a propósito de los cuales se someten luego a mis nervios, falsificándolos, los correspondientes pensamientos de temor (por ejemplo, “¡Ojalá mis dedos no sean paralizados!”, u “¡Ojalá mi rótula no sea objeto de un milagro!” y además para maldecir las ocupaciones que estoy a punto de emprender, por ejemplo: “¡No dejará de tocar el maldito piano!”, no bien me siento al piano, o hasta “¿No dejará de limarse las malditas uñas?”, no bien me dispongo a limar mis uñas). Además se llega a la desmedida desvergüenza –no puedo emplear otra expresión para ello– de exigirme que dé expresión en voz alta, como si se tratase de mis propios pensamientos, a esta idiotez falsificada, de manera que a la frase “¡No dejará de tocar el maldito piano!” se le suma le pregunta: “¿Por qué no lo dice (en voz alta)?” y sigue luego la respuesta falsificada: “Porque soy estúpido”, o también: “Porque tengo miedo del señor M.” (véase antes, capítulo V, nota 26), pero, como es natural, surgen también pausas en las que no hay nada que informar acerca de milagros dirigidos contra mi persona ni un determinado “pensamiento resolutivo” de emprender esta o aquella ocupación, al cual los Rayos, *que pueden leer mis pensamientos*, puedan reconocer; en otras palabras, pausas en las que me entrego al no pensar nada, lo que, de noche, sucede especialmente cuando duermo o de día cuando quiero descansar un rato o me paseo por el jardín sin pensar en nada. Para llenar estas pau-

sas (es decir, porque los Rayos tienen algo que hablar aun durante estas pausas) sirve el material de registro, por consiguiente, en esencia, *mis* pensamientos anteriores y junto con ellos sólo algunos pocos elementos propios, constantemente recurrentes, formados por giros de lenguaje más o menos sin sentido, en parte insultantes, injurias vulgares, etcétera. Quizás incluya como apéndice de este trabajo un florilegio de estas locuciones, para dar al lector por lo menos una vislumbre del absurdo que mis nervios tienen que soportar desde hace años.

Los giros de lenguaje injuriosos y los insultos tienen especialmente la finalidad de incitarme a hablar en voz alta y de imposibilitar el sueño en los momentos adecuados para ello; impedirlo, junto con la voluptuosidad del alma, constituye la culminación de toda la política, totalmente oscura en cuanto a sus propios fines, de las almas. Además de ello, el registrar sirve también para un ardid especial, que reposa también en un desconocimiento total del pensamiento humano. Se pensaba que mediante el registro se podía agotar la posible reserva de pensamientos existente en mí, de manera que finalmente tenía que llegar un instante en que no podrían aparecer en mí nuevos pensamientos; esta idea es, por supuesto, completamente absurda, porque el pensar humano es inagotable y, por ejemplo, la lectura de un libro, un diario, etcétera, suscita siempre nuevos pensamientos. El mencionado ardid consistía en lo siguiente: no bien un pensamiento surgido anteriormente en mí, y por consiguiente ya registrado, reaparecía —tal reaparición es, naturalmente, inevitable por completo en un número muy grande de pensamientos, como por ejemplo, de mañana temprano, el pensamiento “Ahora me voy a lavar”, o al tocar el piano: “Este es un hermoso pasaje”, etcétera—, una vez percibido el núcleo correspondiente del pensamiento, se salía al paso de los Rayos que se estaban acercando con un “Ya lo hemos” (pronunciado: “Lomos”), entiéndase, dictado, con lo cual, de una manera difícil de describir, los Rayos se volvían insensibles al efecto atractivo del pensamiento contenido en lo ya dicho.

Tengo que renunciar a exponer con mayor claridad de lo que he intentado precedentemente el sistema de registro y sus consecuencias; no podría aportar una comprensión más completa a nadie que no haya hecho la experiencia en sus propios nervios. Sólo puedo asegurar que el sistema de registro y en especial la introducción del “esto lomos” cuando reaparecen pensamientos anteriores se transformó en una tortura espiritual por la cual he sufrido gravemente durante años y a la que sólo de a poco y en cierta medida al menos me he logrado acostumbrar: debido a ello me han sido impuestas pruebas de paciencia que, especialmente en medio de las dificultades de las circunstancias externas (restricciones a la libertad, et-

cétera) en las que además he tenido que vivir, jamás se le han exigido a un ser humano.⁶³

Por último, tengo que añadir que al hacer la presente descripción me he adelantado algo en la secuencia temporal. Tenía que ser así en pro de la exposición de conjunto; en realidad, los acontecimientos correspondientes pertenecen en parte a una época muy posterior, ya que, sobre el tocar el piano, por ejemplo, que mencioné anteriormente, no hablé sino después de todo un año de haber llegado a Sonnenstein.

⁶³ Hubo momentos en los que yo no encontré otra manera de ayudarme que hablando fuerte o haciendo algún ruido para acallar los desatinos, tan idiotas como desvergonzados, de las Voces y brindar de esa manera algún transitorio descanso a mis nervios. Posiblemente esto debió parecerle a los médicos, que no conocían la verdadera causa, un frenesí, y decidirlos al correspondiente tratamiento, que durante años se me aplicó, por lo menos durante la noche. Que en la expresión "*tortura espiritual*" no hay ninguna exageración, es algo que puede evaluarse por el hecho de que durante la época en que dormí en la celda (1896-1898) la gran mayoría de las noches pasé varias horas fuera de la cama, a ratos con los puños contra los postigos cerrados de la ventana, o en días en que los postigos estaban quitados, con un frío invernal de 8° y 10° bajo cero, parado frente a la ventana y vestido solamente con el camisón junto a la ventana abierta, mientras todo el cuerpo se estremecía de frío (a menos que el calor natural fuera reforzado por el calor milagroso), o al andar a tientas en la celda totalmente oscurecida por los postigos, me golpeaba la cabeza contra la bóveda de ella, que era baja, y de todas maneras estas circunstancias me resultaban más soportables que el estar tendido en la cama, donde, en la medida en que no se podía conciliar el sueño, era insoportable estar.

Tengo que estar preparado a que se me objete preguntándome por qué no comuniqué antes todas estas cosas a los médicos, bajo la forma de protestas. A esto sólo puedo replicar con la pregunta contraria de si se me habría prestado algún crédito al describir los hechos pertinentes, relacionados con circunstancias sobrenaturales.

Yo consideraría ya como un gran triunfo de mi capacidad dialéctica si con el presente trabajo, que está tomando la amplitud de una obra científica, obtuviera aunque más no fuera el resultado de suscitar en los médicos un cabeceo de duda acerca de si en mis aparentes delirios e ilusiones sensoriales no habrá quizás algo de verdad. De intentar una explicación puramente verbal, difícilmente hubiera podido confiar yo en que se tuviera la paciencia de prestar oídos a una larga exposición; y mucho menos en que se hubiera considerado que valía la pena reflexionar sobre el presunto dislate. A ello se suma que yo, durante la primera parte de mi permanencia en este hospital, consideré a los mismos médicos como hombres hechos a la ligera, y creía que sus decisiones estaban influidas por los Rayos que albergaban contra mí sentimientos hostiles, idea que, por lo menos en lo que respecta a la última parte, aun hoy tengo que considerar como adecuada a la verdad, por más que, por la naturaleza misma del asunto, ello no pueda llegar a la conciencia de los médicos mismos. Por otra parte, el sentimiento hostil de los Rayos (es decir, de Dios) cesará no bien tengan la certeza de deshacerse en mi cuerpo con voluptuosidad del alma, o en su caso, yo esté en condiciones de presentar la prueba eficaz de la indestructibilidad del intelecto, y por consiguiente de la falta de perspectivas de la política dirigida a su aniquilación. Sobre este punto, aportaré mayores detalles más adelante.

CAPÍTULO X*

En las primeras semanas de mi permanencia en Sonnenstein (julio o agosto de 1894) se produjeron, según estoy convencido, algunas importantes modificaciones en el Sol. En lo que a esto respecta, tengo que ceñirme, como lo hice ya al hablar de las relaciones sobrenaturales, a comunicar las impresiones recibidas por mí; por lo que hace a la pregunta de qué acontecimientos objetivos hubo en aquellas modificaciones, sólo puedo osar algunas conjeturas. Tengo el recuerdo de que entonces durante largo tiempo existió un Sol que, a juzgar por su aspecto externo, era *menor*, el cual, como se mencionó a comienzos del capítulo VIII, era conducido inicialmente por el alma de Flechsig, pero después por una alma, cuyos nervios tengo que considerar idénticos con los del director de este Hospital, el consejero privado doctor Weber. Al escribir estas líneas tengo plena conciencia de que todos los otros hombres sólo podrán ver aquí un puro desvarío, ya que el consejero privado doctor Weber se encuentra, como yo mismo tengo oportunidad de convencerme cada día, entre los vivos. Pese a ello, las impresiones recibidas son para mí tan seguras, que no puedo descartar, como una posibilidad inconcebible para otros hombres y que sólo puede explicarse sobrenaturalmente, el que el consejero privado doctor Weber haya muerto hace algún tiempo y ascendido a la bienaventuranza con sus nervios, pero que luego haya regresado a la vida en igualdad de condiciones con el resto de la humanidad.^{63bis} Ese Sol más pequeño fue reemplazado luego, probablemente cuando se consumió la fuerza de sus rayos, por otro Sol. Al respecto tuve durante muchos días y noches las impresiones más maravillosas y magníficas; según mi modo de ver, fue aquel el momento en que, según se mencionó en la nota 11 del capítulo I, los reinos anteriores de Dios fueron consumidos y entraron en escena por primera vez los reinos posteriores de Dios.

Creo que me es posible afirmar que entonces y *sólo* entonces vi la omni-

* "Experiencias personales en Sonnenstein. 'Perturbaciones' como fenómenos concomitantes del trato con Rayos. 'Simulación de los sentimientos.'"

^{63bis} Nótese aquí y en otros lugares la salvedad hecha en el "Prólogo".

potencia de Dios en su entera pureza. Una noche –y, en la medida en que lo recuerdo, una *sola* noche– apareció el Dios inferior (Arimán). La imagen resplandeciente de sus rayos se hizo visible –mientras me encontraba tendido en la cama, pero no dormido sino en estado de vigilia– a mis ojos espirituales (véase nota 61), es decir, se reflejó en mi sistema nervioso interno. Al mismo tiempo escuché su lenguaje; pero este no fue –como sucedió antes y después de aquel momento con el lenguaje de las Voces– un suave susurro, sino que retumbó con fuerza, como si fuera inmediatamente delante de la ventana de mi dormitorio. La impresión fue violenta, de suerte que cualquiera que, como era mi caso, no hubiera estado ya endurecido contra las impresiones milagrosas aterradoras, habría podido ser estremecido hasta los huesos. Tampoco *lo que* se habló sonaba de manera amistosa; todo parecía estar calculado para infundirme miedo y terror, y la palabra “carroña”* –vocablo muy frecuente en el lenguaje primitivo cuando se trataba de hacer sentir el poder y la ira divina a un hombre que iba a ser aniquilado por Dios– se escuchó con frecuencia. Sólo que todo lo que se habló era *auténtico*, no frases aprendidas de memoria, como sucedió posteriormente, sino la expresión directa de la sensación real.

Entonces la impresión que predominó completamente en mí no fue la de un miedo abrumador sino la de admiración ante lo grandioso y lo sublime; por eso el efecto sobre mis nervios, independientemente de los insultos que *en parte* contenían las palabras, fue saludable, y no pude menos que dar repetidamente expresión, cuando las almas “probadas” que durante un tiempo se habían retirado por temor, después de un lapso se atrevieron a acercarse otra vez, a mis sentimientos con las palabras: “¡Oh, qué pura!” –refiriéndome a la majestad de los Rayos divinos– y: “¡Oh, que vulgares!” –refiriéndome a las almas probadas–. Los Rayos divinos leyeron entonces mis palabras, pero no, como sucedió después sin excepción, falsificándolas, sino correctamente, y también ellos le dieron expresión verbal en la medida métrica correspondiente al movimiento natural de los nervios humanos,⁶⁴ de

* La palabra alemana *Luder* tiene las siguientes acepciones: 1) carroña; 2) bribón, pícaro, astuto; 3) mujer fácil o taimada; 4) pobre diablo. [N. del T.]

⁶⁴ Las oscilaciones de los nervios humanos se producen de acuerdo con cierto ritmo regular, que creo poder designar del modo más acertado posible con la expresión empleada anteriormente de “medida métrica”. Tengo que dejar sin pronunciarme si se trata del mismo fenómeno que el tratado por Kräpelin al final del capítulo VI de la obra citada (6ª edición), tomo I, p. 117, con el nombre de “tic tac del pulso de la carótida”. En este metro entran con mayor facilidad las palabras de cuatro sílabas y aun de seis. Por esta razón, pues, se elegían preferentemente y se siguen eligiendo ahora en las frases *aprendidas de memoria* empleadas en el material registrado, que tenían como fundamento el afán de desprenderse de mis nervios, aquellas palabras que son lo más opuestas posibles a ese ritmo natural, por ejemplo, mi propio título de “presidente de Sala” [*Senatspräsident*].

suerte que yo recibí en conjunto una impresión tranquilizadora, no obstante todos los aterradores fenómenos nerviosos concomitantes, y finalmente concilié el sueño.

El día siguiente, y quizá también otros dos o tres días (y por cierto de día, mientras me encontraba en el jardín), vi al Dios superior (Ormuz), esta vez no con mis ojos espirituales, sino con mis ojos corporales. Era el Sol, pero no el Sol bajo su apariencia ordinaria, conocida por todos los hombres, sino rodeado de un mar de luz plateada, la cual, como ya señalé en la nota 19 del capítulo II, cubría entre una sexta y una octava parte del cielo. Esto, por supuesto, no es algo reducible a números; para protegerme de cualquier riesgo de exageración, quiero admitir que, según mi recuerdo, también podría haber sido sólo la décima o duodécima parte del cielo. De todas maneras, el espectáculo era de tan abrumador esplendor y magnificencia, que temí seguir mirándolo y traté más bien de apartar los ojos del fenómeno. Una de las muchas cosas inconcebibles para mí es que en ese momento hayan existido otros hombres además de mí, en especial, que el enfermero M., que entonces era el único que estaba en mi compañía, haya permanecido aparentemente insensible ante el fenómeno. Entonces la falta de participación de M. no me sorprendió realmente, porque lo consideraba un hombre hecho a la ligera, que vivía solamente una vida onírica y que por ello, naturalmente, no podía tener comprensión ninguna de todas las impresiones que a un hombre pensante podrían haberle suscitado el más alto interés. Pero me es imposible ahora decir algo acerca de cómo puede justificarse el hecho de que una impresión tan colosal haya pasado sin dejar ningún rastro en él (si es que debo considerarlo un hombre real) ni en los muchos miles de otros hombres que en el momento en cuestión debieron tener, además de mí, la misma visión. Por supuesto, habrá otros hombres que tendrán en la punta de la lengua la frase hecha de “mera ilusión sensorial”, a la que yo habría sucumbido, pero esto está para mí subjetivamente del todo excluido por la seguridad de mi recuerdo, tanto más que el fenómeno se repitió durante varios días seguidos y cada uno de ellos duró varias horas, y tampoco creo que mi memoria me engañe si añado la observación de que también aquel Sol más resplandeciente me habló, como antes y después de ello ha sucedido ininterrumpidamente en el caso del Sol.

Después de algunos días cesaron los fenómenos milagrosos de los que he hablado precedentemente; el Sol tomó la figura que desde entonces mantiene sin nueva interrupción;⁶⁵ el lenguaje de las Voces se convirtió

⁶⁵ Por otra parte, el Sol me presenta también ahora en parte una imagen distinta de la que yo tenía de él en la época de mi enfermedad. Sus rayos palidecen ante mí cuando yo hablo en

nuevamente en un suave susurro. Creo que la causa de la transformación hay que buscarla en que en ese momento la omnipotencia de Dios se había dejado inducir, siguiendo el ejemplo del alma de Flechsig, al “atarse a las Tierras”. Si el aflujo de Rayos divinos puros hubiera proseguido, como había sido el caso en los días anteriormente descritos y en las noches que los siguieron, se habría producido, a mi juicio, en poco tiempo mi curación, y eventualmente, quizá también la emasculación y la simultánea fecundación. Como no se quería ni lo uno ni lo otro, sino que se partía siempre de la falsa idea de que acaso sería posible dentro de un plazo breve liberarse de la fuerza de atracción de mis nervios mediante el “dejarme olvidado”, se había encontrado mediante la amarradura un recurso que impedía el flujo de Rayos puros. En cuán escasa medida esta política llevó a resultados permanentes, es algo que surgirá de lo que sucedió después.⁶⁶

La *vida exterior* que llevé durante la época que estoy tratando aquí –los

voz alta vuelto hacia ellos. Puedo mirar al Sol tranquilamente y me deslumbro sólo en muy escasa medida, en tanto que en mi época de salud no me hubiera sido posible de ninguna manera, como tampoco lo es para otros hombres, mirar de frente al Sol durante un solo minuto.

⁶⁶ En la precedente descripción de la aparición del reino posterior de Dios en su forma más pura me atuve exactamente a las ideas que entonces (en junio o agosto de 1894) me había formado de conformidad con las impresiones recibidas y que desde entonces mantuve durante años. Al reflexionar ahora sobre el tema, me parece que se me ha deslizado un error, por cuanto en los fenómenos nocturnos creí que se trataba sólo del Dios inferior (Arimán) y en los fenómenos diurnos sólo del Dios superior (Ormuz). El error se explica por el hecho de que entonces yo no conocía aún las marcas distintivas por las cuales *ahora*, de resultas de los nuevos contactos que siguieron ininterrumpidamente en el curso de los años, estoy en condiciones de decir si son Rayos de Arimán y Voces de Arimán o Rayos de Ormuz y Voces de Ormuz las que entran en mí: el nombre “Arimán” habrá sido el que se me mencionó al comienzo, y por eso consideré que todo el aflujo de Rayos que se produjo en la noche anteriormente descripta procedía del Dios inferior Arimán. Pero como en el curso de los años pasados desde entonces no existió *nunca* un lapso durante el cual no hayan aparecido en cada caso el Dios inferior y el Dios superior *alternativamente* y en breve sucesión, tengo que considerar probable que también haya sucedido esto cuando aparecieron por primera vez los reinos posteriores de Dios, y que, tanto en los fenómenos en la noche como en los de los días sucesivos, participasen siempre alternativamente el Dios inferior y el Dios superior.

Por otra parte, quiero mencionar también en este contexto que el Dios inferior (Arimán) y el Dios superior (Ormuz), independientemente de la unidad de la omnipotencia de Dios, que en cierto sentido existe, tendrían que ser considerados como dos seres distintos, ya que cualquiera de los dos, *aun en las relaciones mutuas*, tiene su propio egoísmo y su propio instinto de conservación y por consiguiente se esfuerza *alternativamente* por imponerse. Esto se me hace visible de manera especial al evaluar el material registrado procedente de ambas partes, sobre lo cual daré mayores detalles más adelante (véase también lo señalado antes en la nota 37). Naturalmente, también en este aspecto sólo se pudo llegar a un conflicto de intereses que en lo demás eran armónicos porque la pureza de las circunstancias acordes con el orden cósmico fue perturbada por la intromisión de elementos extraños, impuros (las “almas probadas”), y a consecuencia de ello la fuerza de atracción, contraria al orden cósmico, de los nervios de un solo hombre se intensificó hasta convertirse en un verdadero peligro para los reinos de Dios.

primeros meses de mi permanencia en Sonnenstein— fue sobremanera *monótona*. Aparte de los paseos que daba de mañana y de tarde por el jardín, permanecía sentado *inmóvil* prácticamente durante todo el día en la silla que estaba delante de mi mesa, no iba nunca a la ventana, desde la cual, por otra parte, sólo se podían ver árboles verdes (véase lo dicho anteriormente); aun en el jardín yo prefería estar sentado siempre en el mismo lugar y de vez en cuando los enfermeros me hacían dar una vuelta, siempre contra mi voluntad. Por otra parte, aun en el caso de que yo me hubiera sentido inclinado a alguna ocupación, hubiera faltado casi completamente la oportunidad para ella; en esa época se mantenían cerrados con llave casi todos los lugares para guardar algo que había en mis dos habitaciones y sólo podía utilizar un cajón de una cómoda con algunos cepillos y cosas semejantes. No poseía material para escribir; todos mis objetos de uso (prendas de vestir, reloj, portamonedas, cuchillo, tijeras, etcétera) me habían sido retirados; en mi cuarto había quizá sólo cuatro o cinco libros, que hubiera podido leer, de todos modos, si hubiera tenido inclinación a leer. Pero la causa principal de mi falta de deseo no consistía en la carencia, ajena a ello, de objetos adecuados para cualquier ocupación, sino a que yo consideraba casi como un deber religioso el mantener una pasividad absoluta.

Esta idea no había surgido espontáneamente en mí, sino que había sido suscitada en mí por las Voces que hablan conmigo, aunque luego yo la sostuve por mucho tiempo, hasta que caí en la cuenta de la falta de sentido de esa conducta. Que los Rayos me incitasen a una inmovilidad absoluta (“Ni el más mínimo movimiento”, rezaba la consigna que se me repitió muchas veces) es algo que tiene, a mi juicio, que ser puesto también en relación con el hecho de que Dios, por decirlo así, no sabía cómo comportarse con los hombres vivientes, sino que estaba acostumbrado exclusivamente al trato con cadáveres o a lo sumo con los hombres entregados al dormir (soñantes). De ahí surgió la pretensión, ciertamente desmedida, de que yo en cierta manera me comportase constantemente como un cadáver, lo mismo que una serie de ideas más o menos insensatas, porque todas iban en contra de la naturaleza humana. No bien se produce milagrosamente algún ruido cerca de mí, cosa que sucede constantemente a breves intervalos por medio del hablar u otra manifestación de vida de una persona, un chasquido de las paredes o un crujido de las tablas del piso, etcétera, se lo designa, con una singular confusión de los conceptos, como una “perturbación” sentida por mí como molesta, y luego se falsifica en mi interior, haciendo entrar a mis nervios en las vibraciones correspondientes a esas palabras, la frase, reiterada innumerables veces cada día: “¡Ojalá cesaran las malditas perturbaciones!”; siendo así que en realidad sucede exactamente lo contrario, pues los ruidos

son sentidos *por los Rayos* con una fuerza aterradora porque suscitan los llamados “pensamientos de escuchar con atención”; y siendo también así que –dentro de las circunstancias acordes con el orden cósmico– a ningún hombre, como es natural, se le habría podido ocurrir, por ejemplo, considerar el lenguaje de otro hombre como una perturbación desagradable.⁶⁷

Creo que el origen de todo este modo totalmente tergiversado de concebir las cosas puedo derivarlo del recuerdo sobre los acontecimientos que fueron los fenómenos concomitantes permanentes de una conexión nerviosa establecida (en sueños) en un hombre dormido. Mediante tal conexión nerviosa quedó establecida una ligazón transitoria entre los Rayos divinos y los nervios de dicho hombre; naturalmente, estaba calculada para que durase poco tiempo, quizá para inspirar algunas cosas relacionadas con algo del Más Allá (véase capítulo I), para una estimulación especial de la fantasía poética y otras cosas semejantes. Para no sucumbir a la larga a una atracción de los mencionados nervios que se juzgaba eventualmente peligrosa para Dios, hubo que intentar, una vez alcanzado el fin, deshacerla otra vez; se llevó entonces a cabo el milagro de producir pequeños ruidos (las llamadas perturbaciones) mediante las cuales se desvió hacia otra parte la atención del hombre que dormía, al que quizá se sorprendió cuando se despertaba, y este breve lapso de desvío de la atención bastó a los Rayos, por tratarse de nervios que no se encontraban, como los míos, en un elevado estado de excitación, para anular la conexión nerviosa y encontrar un modo de retirarse de aquel hombre. Dada la facilidad con que se efectuó la retirada, pues se trataba sólo de nervios medianamente excitados, no existió ni remotamente un serio peligro para Dios. El recuerdo de este acontecimiento fue trasladado ahora a la situación que existía para conmigo, sin reflexionar que mis relaciones con los Rayos divinos, de resultas de la fuerza de atracción desmedidamente intensificada de mis nervios, se habían vuelto hacía mucho tiempo imposibles de resolver.

Yo concebí como un deber la inmovilidad que se me reclamaba, deber que me incumbía tanto en pro de la propia conservación como respecto de Dios, para liberarlo de la opresión a la que había sido llevado por las “almas probadas”. Yo había llegado a la convicción, por lo demás no carente efectivamente de todo fundamento, de que las pérdidas de Rayos se acrecentaban cuando yo me movía con frecuencia a un lado y otro (también

⁶⁷ De todas maneras, esto va unido para mí con cierto inconveniente, en la medida en que yo, como ya se mencionó en el capítulo II, a cada palabra que (a causa de la excitación de los nervios humanos correspondientes, basada en un milagro) se pronuncia cerca de mí, la percibo inmediatamente acompañada de una sensación de dolor que, debido al simultáneo intento de desprenderse que hacen los Rayos (atados a las Tierras), se exterioriza como un tirón en la cabeza, muchas veces muy desagradable.

cuando un rayo de luz atravesaba mi habitación), y debido al sagrado respeto que yo sentía aún para con los Rayos divinos por la conciencia que tenía de sus elevados fines, y también a la falta de certeza de si existe o no realmente una eternidad, o si los Rayos podrían tener en algún momento un fin súbito, consideré que era mi misión oponerme a cualquier despilfarrero de los Rayos, en la medida en que de mí dependiera. Asimismo me había formado la opinión, influido a la vez por las manifestaciones de las Voces, quienes hablaban en mí incesantemente en este sentido, de que el hacer descender a las “almas probadas”, atrayéndolas con el fin de que se deshicieran por completo en mi cuerpo, y consiguientemente la restauración del reinado absoluto de Dios en el cielo serían más fáciles si yo mantenía mi cuerpo en permanente reposo. Y así fue como hice entonces el casi increíble sacrificio de abstenerme durante semanas y meses de casi cualquier movimiento corporal y de cualquier ocupación que no fuera la conversación con las Voces; esto fue tan allá, que durante las noches, que era cuando parecía más apropiado, porque durante el sueño era cuando más se podía esperar que las almas probadas se deshicieran, no me atreví a modificar mi posición en la cama. Hice el sacrificio porque, si bien había recibido ya muchas pruebas de la “política de semihurgoneo” que la omnipotencia de Dios seguía conmigo, me era imposible entonces pensar en una auténtica mala voluntad de Dios respecto de mí.

Un cambio en esta situación se produjo sólo hacia fines del año 1894 o a comienzos de 1895, y por cierto aproximadamente al mismo tiempo que aquel fenómeno milagroso que fue designado por una parte de las Voces como “*maldita simulación de los sentimientos*”. A los incesantes esfuerzos por desprenderse de mí (“dejarme olvidado”) se opuso antes que nada la santidad de mi intención, que hubo de tener un efecto atractivo sobre todas las almas puras o Rayos, y la profunda seriedad de mi concepción en lo concerniente a mis relaciones con Dios y a mi propia situación en la vida. Se comenzó entonces a falsificar también mis sentimientos mediante milagros, para quedarse con la impresión de que yo era un hombre frívolo, entregado sólo a los placeres del momento (a “representarme” como tal, véase antes, nota 62). Influir milagrosamente de esta manera sobre los sentimientos es algo *posible*, como me lo ha enseñado la experiencia, sin que pueda dar de ello una explicación más precisa; para proporcionar al lector una idea aproximada de este acontecimiento, no puedo sino servirme de una comparación, recordándole el hecho de que también la morfina tiene el efecto de poner en un estado afectivo de relativa euforia, o por lo menos de equilibrio, a una persona que está torturada por dolores corporales o anímicamente abatida.

Al comienzo me resistí al influjo de la “simulación de los sentimientos”

(el milagro de la falsificación de mis sentimientos); pero con el tiempo se me hizo cómodo dejar que produjera su efecto, porque observé que, de hecho, me sentía subjetivamente menos desdichado, y porque además tuve que decirme que con toda la santidad de mi intención y con todos mis abnegados esfuerzos no había logrado nada fundamental en cuanto a respaldar a Dios en la lucha contra las “almas probadas”. Comencé a mirar con indiferencia mi situación, recordé el “*carpe diem*” horaciano, traté de liberarme lo más posible de la preocupación por el futuro y, mediante la participación en todas las cosas que la vida parecía ofrecerme aún, vivir sencillamente al día. Entre otras cosas, esto se exteriorizó en que aproximadamente para fines de 1894 y comienzos de 1895 volví a fumar cigarros, de los que me había abstenido casi por completo durante mucho tiempo. Por otra parte, la finalidad que los Rayos habían pretendido lograr con la “simulación de los sentimientos” no fue alcanzada en lo más mínimo. La fuerza de atracción de mis nervios excitados se mantuvo sin debilitarse a pesar del cambio de sentimientos, sólo que yo dejé de sentirme desdichado en la misma medida que antes. Así pues, se cumplió también aquí como *en casi todos los milagros contrarios al orden cósmico* aquel dicho del poeta sobre las manifestaciones de esa fuerza que “siempre quiere lo malo y sin embargo crea lo bueno”.

Es comprensible por sí mismo que la conducta anteriormente descripta no podía ser juzgada acertadamente por las personas que me rodeaban, especialmente por los médicos y enfermeros, en la medida en que puedo suponer que hayan sido entonces hombres reales. Como yo no demostraba interés por nada y no expresaba ninguna clase de necesidad espiritual, difícilmente podían ver en mí otra cosa que un hombre caído en una abulia estuporosa. Y sin embargo, esta apariencia distaba enormemente de la verdad: yo vivía con la conciencia —y sigo aun hoy persuadido de que esta conciencia coincidía con la verdad— de tener que resolver una de las más difíciles tareas que se han impuesto a un hombre, y de tener que librar una lucha por los más altos bienes de la humanidad. Pero, lamentablemente, la engañosa apariencia de que se trataba de lo contrario tuvo como consecuencia una inmensidad de indignidades en el trato de mi persona, por la que he padecido gravemente durante años y en las cuales pareció que se olvidaba por completo mi rango y el alto cargo oficial que había desempeñado en mi vida. Repetidas veces sucedió que el enfermero M., por razones para mí desconocidas, me obligó, estando en el baño, del cual quise salir después de un tiempo prudencial, a volver a la bañera; o por la mañana, cuando había llegado la hora de levantarse y yo quise salir de la cama, me arrojó otra vez a ella; o de día, cuando estando yo sentado frente a la mesa me había acometido una modorra, me despertó tirándome de la barba; o

que el mismo enfermero me deslendró en el baño los cabellos con un peine fino, y por cierto en una época en que los “desgajamientos de Rayos” atravesaban la tapa de mi cráneo (véase el capítulo siguiente). En las horas de las comidas solía también atarme la servilleta al cuello como si fuera yo un niño pequeño. Los cigarros se me daban contados, pieza por pieza, para ciertos momentos del día; sólo después de transcurridos muchos años conseguí que cada día por la mañana se me colocara en la tabaquera la provisión para el día, y sólo todavía después que se me permitiera disponer de un atado de cien cigarros como reserva. Una vez tuve que soportar que otro enfermero me diese un bofetón. En algunos casos opuse resistencia de hecho a las indignidades mencionadas, especialmente cuando se quiso retirar de mi dormitorio, que durante la noche permanecía cerrado con llave desde afuera, el lavabo antes de la hora de acostarse o cuando se me quiso asignar como lugar para dormir la celda dispuesta para los dementes frenéticos, en lugar de este dormitorio. Posteriormente prescindí de estas protestas, porque sólo conducían a escenas de violencia carentes de sentido; callé y soporté.

Nada más ajeno a mi intención, por supuesto, que querer denunciar ante sus superiores al enfermero M. mediante el relato de las indignidades que sufrí de parte de este o de cualquier otro enfermero. Los excesos en que incurrió ocasionalmente M. los atribuyo a su escaso nivel de educación; además, en los años siguientes me atendió de una manera en general satisfactoria, aun cuando siempre subsistió en él cierto autoritarismo al que se había acostumbrado. Empero, la comunicación de estos pequeños rasgos era inevitable para caracterizar la magnitud de la ignominia que durante años tuve que soportar con el más profundo desconcierto de mi sentimiento del honor, que en aquella época estaba plenamente despierto.

Para que el cuadro de mis condiciones de vida durante los primeros tiempos de mi permanencia en Sonnenstein quede completo, falta aún un informe sobre los milagros que se llevaron a cabo contra mí, el cual me propongo rendir en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XI*

Desde el comienzo mismo de mi vinculación con Dios hasta el día de hoy, mi cuerpo ha sido incesantemente objeto de milagros divinos. Si quisiera describir en detalle *todos* esos milagros, podría llenar con ellos solos un libro entero. Puedo decir que no existe casi un solo miembro u órgano de mi cuerpo que no haya sido transitoriamente dañado por algún milagro, ni un solo músculo que no haya sido tironeado mediante un milagro para ser puesto en movimiento o paralizado, según fuera el distinto fin que con ello se pretendía. Aun hasta el día de hoy, los milagros que vivo a cada hora son, en parte, de tal naturaleza, que a cualquier otro hombre tendrían que causarle un pavor mortal: sólo gracias al acostumbamiento de muchos años he llegado a considerar como insignificantes la mayor parte de los que aún ahora se producen. Pero en el primer año de mi permanencia en Sonnestein los milagros eran de naturaleza tan aterradora, que casi permanentemente creí que debía temer por mi vida, mi salud o mi razón.

En sí y por sí misma, toda la situación en que los Rayos sólo sirven, en sustancia, para causar daños al cuerpo de un solo hombre o para jugarle malas pasadas en lo referente a los objetos con los que se ocupa – tales milagros inocuos se han vuelto especialmente frecuentes en los últimos tiempos– tiene que ser considerada como contraria al orden cósmico. Los Rayos tienen la misión de crear algo, y no sólo la de destruir o de practicar jugueteos infantiles. Debido a ello, todos los milagros que fueron dirigidos contra mí erraron, a la larga, el blanco; lo que los Rayos impuros destruyeron o dañaron, otros Rayos puros que vinieron luego tuvieron que reconstruirlo o curarlo (véase el capítulo VII, nota 48). Esto no es decir que no se hayan ocasionado daños, por lo menos *transitoriamente*, muy considerables, que suscitaron la impresión de peligros extremos, o que no se hayan presentado situaciones muy dolorosas.

Los milagros que más hacían pensar en circunstancias acordes con el orden cósmico son aquellos que parecían tener alguna relación con una

* “Lesiones a la integridad corporal mediante milagros.”

emasculación que debía llevarse a cabo en mi cuerpo. Al número de estos pertenecían especialmente todo tipo de transformaciones en mis *órganos genitales*, que en algunos casos (especialmente en la cama) se presentaron como fuertes indicios de una retracción real del miembro viril, pero que con frecuencia, cuando intervenían predominantemente Rayos impuros, como un ablandamiento que se aproximaba casi a la disolución completa; además la eliminación milagrosa de pelos de la *barba* y en especial del *bigote*, por último, una *modificación de toda la estatura* (reducción de la altura corporal), que probablemente se debió a una contracción de las vértebras dorsales y también quizá de la médula de los fémures. Este último milagro procedente del Dios inferior (Arimán) estuvo acompañado de ordinario con las mismas palabras de anuncio: “A ver si lo hago un poco más pequeño”; yo mismo tuve la impresión de que mi cuerpo se hubiera hecho cuatro o cinco centímetros más pequeño y consiguientemente se hubiera acercado al tamaño corporal femenino.

Los milagros que sufrieron los órganos internos del tórax y del abdomen fueron muy diversos. De lo que menos tengo que decir es del *corazón*; aquí tengo sólo el recuerdo de que una vez –por cierto todavía en la época de mi permanencia en la Clínica de Enfermedades Nerviosas de la Universidad de Leipzig– tuve otro corazón.⁶⁸ En cambio mis pulmones fueron durante mucho tiempo objeto de enérgicos y muy amenazadores ataques. Tengo por naturaleza un tórax y pulmones muy sanos; pero mis pulmones fueron estropeados con milagros de tal manera, que durante un tiempo creí que debía temer seriamente un desenlace mortal a consecuencia de la tisis. En muy repetidas ocasiones se produjo milagrosamente en mí un así llamado “gusano pulmonar”, del que no puedo decir en absoluto si se trataba de un ser zoomórfico o de una hechura psicomorfa; lo único que puedo decir es que su aparición iba unida con un dolor agudo en los pulmones, como el que imagino que debe presentarse en una pulmonía. Mis lóbulos pulmonares eran a veces absorbidos casi completamente; si ello se debía a la actividad del gusano pulmonar o a un milagro de otra clase, no puedo decirlo; tenía la clara sensación de que mi diafragma estaba colocado en lo más alto del tórax, casi inmediatamente debajo de la la-

⁶⁸ Esto, como todo mi relato sobre los milagros llevados a cabo en mi cuerpo, sonará a todos los otros hombres como algo muy extraño, de manera que habrá en ellos la inclinación a ver aquí sólo los productos de una fantasía morbosamente excitada. Frente a ello, sólo puedo asegurar que casi ningún otro recuerdo de mi vida es para mí más seguro que los milagros referidos en este capítulo. ¿Qué puede haber más cierto para el hombre que lo que experimenta y siente en su propio cuerpo? No debe considerarse quizás excluida la posibilidad de pequeños errores en la designación de los órganos afectados, pues mis conocimientos anatómicos son sólo los de un profano; en lo esencial creo haber acertado también en este aspecto.

ringe y que en el medio sólo había un pequeño resto de los pulmones, con el cual yo apenas podía respirar. Hubo días en los cuales, al pasear por el jardín, tenía en cierta medida que pagar nuevamente con mis pulmones cada respiración; pues lo asombroso es precisamente que los Rayos, como el crear es algo intrínseco a su naturaleza, no pueden hacer otra cosa que proporcionar en cada momento a un cuerpo que se encuentra en peligro lo más necesario para su conservación.

Para esa misma época, una parte más o menos grande de mis *huesos costales* fue destrozada transitoriamente, con el resultado de que lo destruido fue siempre reparado después de algún tiempo. Uno de los milagros más espantosos fue el llamado *milagro del estrechamiento del tórax*, que viví una docena de veces por lo menos: se comprimió toda la caja torácica, con lo cual todo el cuerpo participó del ahogo provocado por la falta de respiración. El milagro del estrechamiento del tórax se reprodujo también aisladamente en años posteriores, pero sustancialmente corresponde, como los restantes milagros descritos aquí, a la segunda mitad del año 1894 y quizás a la primera parte del año 1895.

En lo que respecta al *estómago*, ya durante mi permanencia en el hospital de Flechsig me había sido formado milagrosamente por el neurólogo vienés mencionado en el capítulo V, en lugar de mi estómago natural y sano, otro al que se llamó “estómago de judío”, de muy inferior calidad. Posteriormente los milagros se dirigieron durante un tiempo con preferencia contra el estómago, por una parte porque las almas me envidiaban el goce sensible que iba unido con la ingestión de los alimentos; por otra parte porque las almas se tenían por algo más importante que un hombre necesitado de alimento terrestre y por ello propendían a abstenerse con cierto menosprecio de toda comida y bebida.⁶⁹ Yo viví muchas veces durante un tiempo más o menos largo sin estómago, y a veces el enfermero M., como quizá recordará él, declaró expresamente que yo no podía comer nada porque no tenía estómago. Muchas veces, antes de las horas de comer, se me formaba milagrosamente un estómago *ad hoc*, por así decirlo. Esto sucedió especialmente por obra del alma de von W., la cual, por lo menos bajo una de sus figuras, me demostró durante un tiempo una disposición más amistosa. Cierto es que esto no duró mucho; el alma de von W. volvía a quitarme milagrosamente durante la misma comida el estómago que también milagrosamente me había formado antes, el cual estómago, por lo demás, era de menor calidad, porque “había cambiado de idea”; la gran variabili-

⁶⁹ Era el mismo sentimiento a partir del cual, por ejemplo, el Comendador, en el *Don Juan*, cuando, bajo la forma de espectro, se encuentra con este, rechaza la cena que se le ofrece, con las siguientes palabras: “Sabed que los alimentos terrestres me repugnan”, etcétera.

dad, por otra parte, es en general, exceptuados quizá todos los Rayos divinos puros, un rasgo esencial del carácter de las almas. Las comidas ingeridas y las bebidas se desparramaban luego directamente en el abdomen y en los fémures, hecho que, por más inaudito que pueda sonar, está para mí fuera de toda duda, debido a la claridad de la sensación.

En cualquier otro hombre hubieran tenido, naturalmente, que producirse como consecuencia de ello estados de purulencia, con un resultado infaliblemente mortal, pero la difusión del quimo por cualquier parte del cuerpo no me causó daño alguno, porque todas las sustancias impuras que había en mi cuerpo fueron absorbidas nuevamente por los Rayos. En razón de esto, yo comí y engullí, después de ello, reiteradamente sin estómago con absoluta despreocupación; en general, me acostumbé cada vez más a una total indiferencia respecto de todo lo que sucedía en mi cuerpo. Aun hoy tengo la convicción de que estoy inmune a todos los influjos morbosos naturales; los gérmenes morbosos aparecen en mí sólo por obra de los Rayos y son eliminados también por los Rayos. Y hasta abrigo fuertes dudas de si, mientras dure el trato con los Rayos, soy mortal; si no podría tomar, por ejemplo, el veneno más enérgico sin que causara un daño importante a mi vida y mi salud.⁷⁰ En efecto, ¿qué otra cosa podrían hacer los venenos sino destruir algún órgano importante o ejercer algún efecto destructivo sobre la sangre? Pero ambas cosas sucedieron en mí innumerables veces por obra de los Rayos, sin ningún resultado que fuera, a la larga, perjudicial.⁷¹

De los restantes órganos corporales tomaré en cuenta ahora solamente la *faringe* y los *intestinos*,⁷² que reiteradamente fueron desgarrados o disueltos, y la *laringe*, a la que más de una vez devoré parcialmente, y finalmente el *cordón espermático*, contra el cual se llevaron a cabo algunas veces milagros de una manera relativamente dolorosa, con el fin principal de reprimir el sentimiento de voluptuosidad que surgía en mi cuerpo. Además, tengo que hacer mención de un milagro que afectaba a todo el abdomen, la llamada "*putrefacción del abdomen*". Este milagro procedía regular-

⁷⁰ Casi no es necesario señalar que esto es sólo una consideración hipotética, que estoy muy lejos de pensar en someterme realmente a experimentos como estos, en los cuales no estaría exento de, por lo menos, grandes dolores.

⁷¹ Como un pequeño argumento en favor de la verdad de mi suposición de que, por decirlo así, me he vuelto invulnerable, quisiera aducir este hecho: en tanto que en mis tiempos de salud solía ser atacado todos los inviernos varias veces por fuertes resfriados que duraban varios días, en los seis años de mi permanencia en este Hospital no tuve casi nunca un verdadero resfriado. Si ahora se produce en mí por vía natural una inflamación catarral de la pituitaria —en esto consiste la esencia del resfriado—, los Rayos se agolpan inmediatamente en tal cantidad en la parte enferma del cuerpo, que el resfriado queda sofocado ya en sus primeros gérmenes.

⁷² También se me provocaron milagrosamente múltiples veces *ileos* de índole relativamente peligrosa, pero que en general se resolvían después de un corto lapso.

mente del alma de von W. bajo una de sus formas más impuras, la cual –en contraste con otras partes de alma de von W.– recibía el nombre de “putrefacción del abdomen von W.”. Esta infundía en mi vientre, con absoluta desconsideración, los gérmenes pudrientes que generaban la putrefacción del abdomen, de manera que más de una vez creí que tendría que pudrirme dentro de mi cuerpo viviente, y el hedor a podrido salía de mi boca de la manera más repugnante. Al hacer esto, el alma de von W. contaba con que la putrefacción del abdomen sería eliminada nuevamente por los Rayos divinos, lo que siempre sucedió por obra de unos Rayos de especial capacidad para este fin, que se introdujeron en mi intestino como una cuña y absorbieron la materia pútrida. Los Rayos divinos parecían actuar entonces llevados por la conciencia instintiva de que para ellos mismos sería absolutamente nocivo tener que ser atraídos por un cuerpo en vías de pudrición. Esta idea fue expresada en la reiterada consigna de que se me “dejara olvidado” por lo menos con un “cuerpo puro”; por supuesto, esta idea adolece también de la usual falta de claridad, en la medida en que *manifiestamente* no se había dado ninguna justificación de por qué los nervios de un cuerpo “olvidado” habrían de perder la fuerza de atracción.

Con todo, lo que a mí mismo me pareció más amenazador fueron aquellos milagros que de alguna manera iban dirigidos contra el intelecto. En primera línea se trataba aquí de la cabeza; en segunda línea fue afectada también la médula –durante cierto período, que por cierto duró varias semanas, aproximadamente en el otoño de 1894–, porque entonces se la consideraba, además de la cabeza, como sede del intelecto. Se intentó entonces extraerme la médula bombeándola, lo cual estuvo a cargo de los llamados “hombrecillos”, que se me colocaron en los pies. Sobre estos “hombrecillos”, que mostraban alguna afinidad con el fenómeno del mismo nombre mencionado ya en el capítulo VI, volveré a hablar más adelante; por lo común, eran dos: un “pequeño Flechsig” y un “pequeño von W.”, cuyas voces yo escuchaba también en mis pies. El bombeo tuvo como consecuencia que la médula, especialmente durante mis paseos por el jardín, me salía a veces por la boca en bastante cantidad bajo la forma de pequeñas nubecillas. Cualquiera podrá imaginarse de qué preocupación me llenaban tales acontecimientos, pues entonces yo no sabía si no se estaba disipando en el aire una parte de mi intelecto. Los milagros contra la *cabeza* y los *nervios de la cabeza* se produjeron de maneras muy diversas. Se intentó arrancarme los nervios de la cabeza, y durante un tiempo hasta implantarlos de noche en la cabeza de M., que dormía en el cuarto adyacente. Estos intentos provocaron (aparte de la preocupación sobre la pérdida real de mis nervios) una sensación desagradable de tensión en mi cabeza. Pese a todo, la extracción se logró sólo en un grado muy reducido; la capacidad de aferramiento de

mis nervios demostró ser la fuerza más intensa, y los nervios arrancados a medias volvieron siempre después de poco tiempo a entrar en mi cabeza. Grandes estragos hicieron en mi cráneo los llamados “desgajamientos de Rayos”, fenómeno difícil de describir, cuyo efecto sólo puedo explicar diciendo que en muy reiteradas ocasiones mi cráneo fue trozado en varias direcciones a la vez. Con mucha frecuencia tuve la sensación –y tal sigue siendo aún ahora cotidianamente el caso con periódicas reiteraciones– de que toda la cubierta de mi cráneo se había adelgazado durante un tiempo, y el proceso consistía a mi juicio en que el material óseo de mi cubierta craneana era transitoriamente pulverizado en parte por la acción destructora de los Rayos, pero luego la cubierta era soldada nuevamente por Rayos puros, especialmente mientras dormía. Que mediante todos estos procesos tenían que originarse sensaciones muy desagradables, es algo que resulta imaginable si se reflexiona que los Rayos –que de alguna manera están mecánicamente anclados en sus puntos de partida– constituyen todo un mundo, y se lanzaban desde todas partes hacia mi sola cabeza y trataban de desarticularla –como sucede en un descuartizamiento– o de hacerla astillas.

En la época a la que me estoy refiriendo se intentó además reiteradamente recubrir mis nervios con toda clase de sustancias nocivas; parecía como si con ello se menoscabara realmente la capacidad de oscilación de los nervios, de manera que yo mismo tuve muchas veces la impresión de un embotamiento transitorio. Una de las sustancias que estuvo en juego entonces fue designada como “veneno intoxicante”; no me es posible decir cuál era su naturaleza química. Algunas veces sucedió también que se infundieron milagrosamente en los nervios de mi cabeza los líquidos de los alimentos ingeridos por mí, de manera que estos quedaron recubiertos de una especie de engrudo, y la capacidad de pensar pareció resentirse transitoriamente; recuerdo bien que esto sucedió una vez con el café.

Sobre la totalidad de mis *músculos* se efectuaban milagros erráticos (y se los sigue efectuando) para impedirme todo movimiento o las ocupaciones que quiero emprender. Así, se intenta, por ejemplo, paralizar mis dedos cuando toco el piano o escribo, o provocar en mis rótulas una lesión que me priva de la capacidad de andar cuando paseo por el jardín o el corredor. El resultado consiste ahora casi siempre sólo en una dificultad para realizar la tarea o sensaciones leves de dolor al caminar.

Un blanco casi incesante de los milagros lo constituyen en particular mis *ojos* y los *músculos de los párpados* que sirven para abrirlos y cerrarlos. Los ojos fueron siempre muy importantes, porque Rayos que en sí mismos están dotados de una eficacia destructiva, pierden su fuerza después de un tiempo relativamente breve, tan pronto como ven algo y penetran luego *sin*

causar ningún daño en mi cuerpo. El objeto de la visión pueden ser o impresiones aspectuales (oculares), que los Rayos reciben cuando mis ojos están abiertos por intermedio de ellos, o en parte imágenes que yo puedo suscitar voluntariamente en mi sistema nervioso interior por medio del uso de la imaginación humana, de suerte que en cierta medida se tornen visibles para los Rayos. De los acontecimientos de este último tipo, que en el lenguaje de las almas eran llamados “el dibujar” del hombre, volveré a ocuparme en otro contexto. Aquí sólo cabe mencionar que muy pronto se inició el intento, y en el curso de los años transcurridos se persistió siempre en él, de cerrar mis ojos en contra de mi voluntad, y aun de privarme de las impresiones visuales, y de conservar a los Rayos su intensidad destructiva. Este fenómeno puede observarse en mí casi a cada instante; quien quiera tomarse el trabajo de prestar atención a ello, podrá percibir que mis párpados, aun cuando hablo con otros hombres, se cierran de pronto bruscamente o bajan de una manera que en circunstancias normales no sucede en ninguna persona. Para mantener luego abiertos los ojos a pesar de ello, siempre es necesaria cierta tensión de mi voluntad, pero como yo no siempre tengo interés en abrir los ojos, dejo por comodidad que el cierre se produzca transitoriamente por algún tiempo.

Los milagros erráticos sobre mis ojos estuvieron, durante los primeros meses de mi permanencia, a cargo de “hombrecillos”, de una condición semejante a la de aquellos de los cuales anteriormente, al hablar del milagro de la médula, hice mención. Estos “hombrecillos” eran uno de los fenómenos más notables y para mí en cierto aspecto más enigmáticos; sobre la verdad objetiva de los acontecimientos correspondientes no tengo la más mínima duda, después de los innumerables casos en que vi con mis ojos espirituales⁷³ a esos “hombrecillos” y escuché sus voces. Lo maravilloso consistía en que las almas o algunos nervios de ellas adoptaran, en ciertas circunstancias y para fines determinados, la forma de diminutas figuras humanas (según antes se señaló, del tamaño de sólo algunos milímetros) y en calidad de tales travesearan en las más diversas partes del cuerpo, en parte en el interior de este, en parte en su superficie. Los que se encargaban del abrir y cerrar los ojos estaban sobre los ojos, en las cejas, y desde allí tiraban a su gusto de los párpados arriba y abajo mediante hebras delgadas, semejantes a telas de araña. También aquí había de ordinario un “pequeño Flechsig” y un “pequeño von W.”, y además de ellos también

⁷³ Con los ojos corporales uno *no* puede, naturalmente, ver lo que sucede en el interior del propio cuerpo y en ciertas partes de su superficie, por ejemplo, sobre la cabeza o en la espalda, pero sí con los ojos espirituales, siempre que, como en mi caso, la iluminación necesaria del sistema nervioso interno sea proporcionada por los Rayos.

un hombrecillo, que había salido del alma de Daniel Fürchtegott Flechsig, la cual todavía entonces existía. Si yo de cuando en cuando no consentía en que mis párpados fueran tirados hacia arriba y hacia abajo, sino que actuaba en contra, ello solía suscitar el enojo de los “hombrecillos”, y yo era saludado por ellos con el grito de “¡Carroña!”; si de vez en cuando yo me los quitaba de los ojos con una esponja, los Rayos me lo censuraban como una especie de atentado contra el poder milagroso de Dios. Por lo demás, el quitarlos sólo tenía un efecto transitorio, ya que cada vez volvía a hacerse el montaje de los “hombrecillos”. Otros “hombrecillos” se reunían en esa época en mi cabeza, casi siempre en gran número. Entonces se los designó con el nombre de “diablillos”. Estos iban formalmente a pasear por mi cabeza, corriendo curiosos a cualquier parte donde hubiera algo nuevo que ver en materia de perturbaciones provocadas en mi cabeza mediante milagros. Ellos también participaban, en cierto sentido, en mis comidas, llevándose con frecuencia una parte, naturalmente, mínima, de los alimentos degustados por mí; después parecían transitoriamente algo hinchados, pero al mismo tiempo más negligentes y con una disposición más inofensiva. Una parte de los “diablillos” intervino en un milagro que se repitió frecuentemente en mi cabeza y que a propósito de ellos quiero consignar aquí. Fue, aparte del estrechamiento del tórax, el más horrible de todos los milagros; la expresión que se empleó para designarlo, si bien recuerdo, era la de “máquina para comprimir la cabeza”. En la cubierta de mi cráneo, más o menos en la mitad, había aparecido, por obra de los muchos desgajamientos de Rayos, una grieta o cesura profunda, que probablemente no podía ser vista desde fuera, pero sí desde adentro. A ambos lados de esta grieta se colocaban los “diablillos” y comprimían, mediante una especie de torniquete, mi cabeza, a la manera de una prensa de tornillo, de suerte que mi cabeza tomaba durante un tiempo una forma oblongada, casi piriforme. La impresión que esto causaba en mí era, naturalmente, en extremo amenazadora, y a veces iba unida también con dolores muy agudos. A veces era desatornillada nuevamente, pero por lo general “muy perezosamente”, de manera que el estado de compresión duraba siempre un tiempo. Los “diablillos” participantes eran la mayor parte de las veces los que procedían del alma de von W. El período en que aparecieron estos “hombrecillos” y “diablillos” abarcó algunos meses, luego se desvanecieron para no reaparecer nunca más. El momento en que se desvanecieron coincidió probablemente con la aparición de los reinos posteriores de Dios. Los milagros erráticos contra mis ojos se siguen produciendo aún hoy de la manera descrita anteriormente mediante el abrir y cerrar de los párpados, pero hace casi seis años que no se lleva a cabo por medio de los “hombrecillos” sino directamente por medio de los Rayos, quienes ponen en movi-

miento los músculos correspondientes. Para impedirme cerrar y abrir voluntariamente los ojos, se me despojaba milagrosamente de la ligera capa muscular que se encuentra en y sobre los párpados y sirve para moverlos. Pero el resultado era también aquí transitorio, porque las fibras musculares perdidas –por las razones muchas veces mencionadas– eran siempre reconstituidas de inmediato.

Independientemente de lo que ya se señaló respecto de los huesos de las costillas y del cráneo, *mi sistema óseo* fue también objeto de múltiples milagros. En los huesos de los pies, especialmente en la zona de los talones, fue donde se me provocó milagrosamente con mayor frecuencia la *carie de los huesos*, que iba unida a dolores muy agudos; por fortuna, los dolores no solían durar mucho tiempo, por lo menos con gran intensidad. Un fenómeno análogo fue el llamado “*milagro del trasero*”; al producirse este, los huesos de las vértebras de la parte extrema inferior fueron afectados por un estado doloroso en un todo semejante al de la carie ósea. El propósito era también imposibilitarme estar sentado o acostado. En general, no se quería tolerar que yo permaneciera mucho tiempo en ninguna posición o en ninguna ocupación; cuando andaba, se intentaba obligarme a que me acostara, y cuando me acostaba, se intentaba hacerme levantar bruscamente de la cama. Los Rayos no parecían entender en absoluto que un hombre, desde el momento en que existía de hecho, tenía que estar en alguna parte. Para los Rayos, en virtud de la necesidad de dejarse atraer por mis nervios, yo me había convertido en un hombre incómodo (para Dios), cualquiera fuese la situación o postura en que me encontrase o la ocupación a la que quisiera dedicarme. No se quería reconocer que aquello ocurría en realidad sin culpa mía, sino que dominaba la tendencia a invertir la relación de culpabilidad mediante la “representación”.⁷⁴

En el presente capítulo creo haber dado una descripción aproximadamente completa de los milagros que, por su carácter amenazador, me vi llevado a considerar como los más *esenciales*. En el desarrollo ulterior de mi trabajo tendré ocasionalmente que mencionar de muchas maneras otros y numerosos milagros que tuvieron lugar en aquella época (en parte, en mi cuerpo; en parte, en los objetos que se encontraban alrededor de mí), o que se produjeron también en el período posterior, pero que fueron de una naturaleza menos amenazadora.

⁷⁴ Por mi parte estoy bastante justificado al no hablar de una culpabilidad moral por parte de Dios en el sentido ordinario (compárese lo señalado al respecto al fin del capítulo V, como también al final de la segunda serie de “Apéndices”). El concepto de culpa o de pecado es un concepto humano, que no se presta para ser aplicado en sentido estricto a las almas, en virtud de su naturaleza, la cual difiere de la humana. A las almas no se les puede exigir siquiera las virtudes *humanas* de la perseverancia, de la abnegación, etcétera.

CAPÍTULO XII*

El parloteo de las Voces era predominantemente ya para esa época, como se mencionó en el capítulo IX, un vacío sonsonete de locuciones monótonas que reaparecían con cansadora reiteración, y que además, mediante la omisión de palabras y hasta de sílabas, asumían cada vez más el sello de una falta de completamiento gramatical. No obstante ello, apareció entonces cierto número de giros de lenguaje cuyo tratamiento en particular se justifica, porque arrojan interesantes reflejos de luz sobre la manera de pensar total de las almas, sobre su concepción de la vida humana y del pensamiento humano. Al número de estos giros pertenecen en particular aquellos en las cuales yo –desde la época de mi permanencia en el hospital de Pierson– recibí el apelativo de “*un Príncipe de los Infiernos*”. Infinitas veces se dijo, por ejemplo: “La omnipotencia de Dios ha decidido que el Príncipe de los Infiernos sea quemado vivo”; “El Príncipe de los Infiernos es responsable de la pérdida de Rayos”. “Ahora cantamos victoria porque ha sido derrotado el Príncipe de los Infiernos”, Y luego, parte de las Voces: “Schreber es, y no Flechsig, el verdadero ‘Príncipe de los Infiernos’”, etcétera.

Quien me haya conocido en mi vida anterior y haya tenido así oportunidad de observar mi manera de pensar fría y sensata, me creerá si digo que por mí mismo jamás hubiera llegado a pretender una designación tan fantástica como la de “Príncipe de los Infiernos”, especialmente en la medida en que contrastaba de manera tan notable con la estrechez de las condiciones externas de mi vida, las numerosas restricciones a mi libertad a las que estaba sometido, etcétera. En las circunstancias de mi ambiente no había, con seguridad, ningún rastro ni de infiernos ni de una instalación principesca. A mi juicio, la expresión “Príncipe de los Infiernos”, que sólo equivocadamente podía aplicármese, estaba basada originariamente en una abstracción.

Es posible que desde siempre haya imperado en los reinos de Dios la

* “Contenido del parloteo de las Voces. ‘Constitución de las almas’. Lenguaje de las almas. Continuación de las experiencias personales.”

conciencia de que el orden cósmico, por grandioso y soberano que fuese, no carecía enteramente de un talón de Aquiles, en la medida en que la fuerza de atracción sobre los nervios divinos abrigaba en sí un germen de peligros para los reinos de Dios. Estos peligros pudieron parecer en cierto momento amenazadores cuando se observó en algún lugar de la Tierra o también en otros astros un incremento de nerviosidad o de corrupción moral. Para formarse una idea más clara de los peligros, las almas aparentemente emprendieron una personificación, de manera análoga a como los pueblos que permanecen en la niñez tratan de acercarse a su comprensión de la idea de la divinidad mediante imágenes idolátricas. Por ello, es verosímil que para las almas “Príncipe de los Infiernos” significara la fuerza siniestra que podía desarrollarse con un carácter hostil a Dios a partir de una caída moral de la humanidad o de la sobreexcitación general de los nervios de resultas de un exceso de refinamiento. En mi persona parece, en efecto, haberse hecho realidad de pronto ese “Príncipe de los Infiernos” una vez que la fuerza de atracción de mis nervios adquirió una forma irresistible. Debido a ello, se vio en mí a un enemigo, que tenía que ser aniquilado con todos los recursos del poder divino; y en cambio no se quiso reconocer que yo era el mejor amigo de los Rayos *puros*, que eran los únicos de quien yo podía esperar mi curación u otra solución satisfactoria del conflicto. Aparentemente, fue posible hacerse a la idea de compartir el propio poder con almas impuras (“probadas”) –los verdaderos enemigos de Dios– antes que resignarse al sentimiento de depender de un solo hombre, a quien, por lo demás, se había menospreciado con la arrogante conciencia de poseer un poder inaccesible.

Otro grupo de locuciones en las que existía cierto significado objetivo, eran aquellas en las que se hablaba de una “*concepción de las almas*”. También aquí había como fundamento pensamientos dignos de consideración y valiosos. La concepción de las almas es, en su significado originario y a mi juicio, *la idea un poco idealizada que las almas se han formado de la vida y el pensamiento humanos*. Las almas eran los espíritus difuntos de seres que habían sido hombres. Como tales, se interesaban vivamente no sólo por su pasado humano sino también por el destino de sus parientes y amigos que seguían viviendo en la Tierra y por todo lo que sucede, además, en la humanidad, de lo cual podían tomar conocimiento sea por medio de la conexión nerviosa o también, en lo que respecta a las impresiones exteriores, mediante la visión directa (véase capítulo I). Ellas habían dado expresión verbal bajo formas más o menos precisas a ciertas reglas de conducta. Aduciré aquí, por vía de ejemplo, sólo algunas de las máximas pertinentes: “No pensar en partes del cuerpo determinadas” rezaba una regla de conducta, que manifiestamente daba expresión al pensamiento

de que es propio de una constitución sana del hombre que este no tenga ninguna ocasión para acordarse de ninguna parte de su cuerpo por causa de cualquier clase de sensación de dolor. “No a la primera exigencia” rezaba otra, lo que quería decir que un hombre sensato no debe dejarse determinar en esta o aquella dirección por cualquier impulso momentáneo. “Un asunto comenzado tiene que terminarse” era la fórmula en que alcanzaba expresión el pensamiento de que el hombre tiene que llevar hasta el término previsto aquello que ha emprendido, sin dejarse estorbar por los influjos que lo dificultan.

En el proceso de pensamiento del hombre se hacía una distinción entre “pensamientos de decisión” –los movimientos de voluntad dirigidos a emprender determinada tarea– “pensamientos de deseo”, “pensamientos de esperanza” y “pensamientos de temor”. Con el nombre de “pensamientos de reflexión” se designaba el fenómeno, conocido quizá también por el psicólogo, que con mucha frecuencia lleva al hombre a convertir en la exactamente contraria, o al menos a modificar en parte, aquella dirección de sus decisiones voluntarias a la cual en un primer momento se sintió inclinado, después de una nueva evaluación *que provoca involuntariamente la aparición de motivos de duda*. “El pensamiento humano de recordar” era el nombre que recibía aquel otro fenómeno por el cual el hombre siente involuntariamente la necesidad de grabar más firmemente en su conciencia, mediante una repetición inmediata, cualquier pensamiento importante concebido por él. Formas muy características de manifestación del “pensamiento humano de recordar”, las cuales permiten reconocer con qué profundidad está aquel fundado en la esencia del proceso del pensar y sentir humanos, son las contenidas, por ejemplo, en el estribillo (refrán) que aparece en los poemas, y salen a la luz también en las composiciones musicales, donde, con absoluta regularidad, una determinada secuencia de notas, que contiene una encarnación de la idea de belleza grata para la sensibilidad del hombre, no sólo se presenta una vez en la misma pieza musical sino que alcanza una repetición inmediata. Un lugar muy amplio ocupaban en la “concepción de las almas” ideas que se referían a la relación de los dos sexos y a las ocupaciones adecuadas para cada uno de ellos, la orientación del gusto, etcétera. Así, por ejemplo, la cama, el espejo de mano, el bioldo (rastrillo) se consideraban femeninos; la silla de junco y la pala, masculinos; entre los juegos, el ajedrez, masculino; las damas, femenino, etcétera.

Las almas sabían muy bien que el hombre se acuesta de costado, la mujer de espaldas (en cierta medida como “parte sometida” siempre en la posición correspondiente al coito); yo, que no había prestado nunca atención a ello en mi vida anterior, lo supe por primera vez por boca de las almas.

A juzgar por lo que leo en la *Ärztlichen Zimmergymnastik** de mi padre (p. 102, 23ª edición), los propios médicos no parecen estar informados al respecto. Las almas sabían además que la voluptuosidad masculina es excitada por la contemplación de desnudeces femeninas, pero que no sucede lo inverso, o por lo menos sólo en un grado mucho más débil, a la voluptuosidad femenina por la contemplación de desnudeces masculinas, pero que las desnudeces femeninas tienen un efecto igualmente excitante sobre ambos sexos. Así, por ejemplo, el espectáculo de cuerpos masculinos desnudos, como ser en una exhibición de natación, deja al público femenino relativamente frío en lo referente a la sexualidad (por lo cual, con todo derecho, no se considera moralmente chocante su admisión, como lo sería la presencia masculina en una exhibición de natación femenina), en tanto que una representación de ballet suscita cierta excitación sexual en *ambos* sexos. Ignoro si estos fenómenos son conocidos en ámbitos más amplios y si se los considera verdaderos. Yo, por mi parte, en razón de las observaciones hechas desde entonces y en razón de lo que me enseña el comportamiento de mis nervios de voluptuosidad, no puedo abrigar ninguna duda sobre el acierto de la relación que aquí se da según la concepción de las almas. Por supuesto, tengo conciencia de que el comportamiento de mis propios nervios de voluptuosidad (femeninos) no tiene de por sí fuerza probatoria, ya que estos se encuentran sólo por excepción en un cuerpo masculino.

En lo referente a las prendas de vestir (el “armamento”, según reza la expresión del lenguaje primitivo), la distinción entre lo masculino y lo femenino se daba sustancialmente por sí misma; a las almas les parecían las botas un signo especialmente característico de la masculinidad. “Quitar las botas” era, por eso, una locución que para las almas significaba casi lo mismo que emasculación.

Estas breves observaciones pueden ser suficientes para dar una idea aproximada de cuál era el concepto que estaba ligado, en su significado originario, con la expresión “concepción de las almas”. Las explicaciones correspondientes –que, por lo demás, se dieron todas en la primera etapa de mi enfermedad– las debo en parte a comunicaciones expresas, en parte a impresiones que tuve por otra vía en el trato con las almas. De esta manera obtuve conocimientos sobre la naturaleza del proceso del pensamiento y sentimientos humanos que muchos psicólogos podrían por cierto enviármelo.

Los giros de lenguaje de la “concepción de las almas” cobraron posteriormente un significado enteramente distinto. Se degradaron en meras

* *Gimnasia médica domiciliaria.* [N. del T.]

muletillas, mediante las cuales se trataba de satisfacer la necesidad de hablar, a falta de pensamientos propios (véase capítulo IX). “No olvide que usted está ligado a la concepción de las almas” y “esto era demasiado, según la concepción de las almas” se convirtieron en frases vacías continuamente recurrentes, con las cuales se me ha torturado desde hace años y se me sigue torturando de una manera casi insoportable en millares de reiteraciones. La última frase, que era la réplica que se daba de una manera casi regular cuando no se sabía qué decir ante cualquier nuevo pensamiento que se me ocurría, pone de manifiesto, hasta en su estructuración estilística de escaso buen gusto, la decadencia producida; el auténtico lenguaje primitivo, es decir la expresión de los verdaderos sentimientos de las almas en la época en que no existían aún frases aprendidas de memoria, se caracterizaba hasta en la forma por una noble distinción y sencillez.

Otros giros con un contenido que en cierta medida era realmente significativo sólo podré mencionarlos en el capítulo siguiente, en razón del contexto.

Las *circunstancias externas de mi vida*, según se señaló ya al fin del capítulo X, habían cobrado desde la primera mitad del año 1895 una forma algo más tolerable, por lo menos en muchos aspectos. Lo más importante fue que, de una u otra manera, comencé a ocuparme. De todas maneras, me negué entonces a mantener correspondencia con mis parientes, especialmente con mi mujer, aunque se me quiso obligar alguna vez por medio del enfermero M. No creía yo que existiera ninguna humanidad real fuera del Hospital, sino que más bien consideraba todas las figuras humanas que veía, y en especial también a mi mujer durante sus visitas, como “hechos a la ligera” por poco tiempo, de suerte que escribir cartas, como se me exigía, hubiera sido una mera comedia, en la que no quería participar. En cambio, a partir de la época mencionada se dieron ocasionalmente oportunidades para jugar al ajedrez (con otros pacientes o con enfermeros) y para tocar el piano. Como en una o dos ocasiones, durante las visitas de mi esposa, toqué el piano en el salón o en la biblioteca del Hospital, se me colocó un piano vertical en mi cuarto para que lo usara permanentemente. El sentimiento que tuve al retomar esta ocupación que en salud había practicado con gusto no puedo caracterizarlo mejor que con la cita de Tannhäuser:

“Un espeso olvido se ha posado entre hoy y ayer. Toda mi memoria se me ha desvanecido rápidamente, y sólo de una cosa tengo que acordarme: *que nunca esperé volver a saludaros ni a levantar mis ojos hacia vos.*”

En el Hospital de Flechsig yo había tocado el piano una sola vez, por apremiante exhortación de mi esposa, y fue, tras algunas notas al azar, el

aria del *Mesías* de Händel “Yo sé que mi Salvador vive”. Mi estado había sido tal, que lo hice con la convicción cierta de que era la última vez en mi vida que mis dedos tocaban las teclas del piano. Desde que las reinicié en el Hospital, el ajedrez y el tocar el piano fueron mis principales ocupaciones durante todo el lapso transcurrido desde entonces, que fue de unos cinco años. En particular, el tocar el piano fue para mí de inapreciable valor y lo sigue siendo aún hoy; debo decir que me cuesta imaginarme cómo hubiera podido soportar durante estos cinco años la compulsión a pensar si no hubiera sabido tocar el piano. Mientras toco el piano, se acalla la cháchara sin sentido de las Voces que hablan conmigo^{74bis} fuera de los ejercicios corporales, es una de las formas más adecuadas del así llamado “pensar sin pensamiento de nada”, sobre el cual se me quiso engañar, ya que en él se cumple, según se lo llama en el lenguaje de las almas, el “pensar musical sin pensamiento de nada”. Al mismo tiempo, los Rayos tienen siempre por lo menos una impresión ocular de mis manos y de las notas que toco, y cualquier intento de “representación” mediante la simulación de sentimientos o algo semejante termina estrellándose contra el sentimiento que uno puede poner al tocar el piano. El tocar el piano constituyó, pues, desde el comienzo, y lo sigue constituyendo aún ahora, un objeto principal de la abominación.

Las dificultades que para ello se me pusieron en el camino eluden toda descripción: parálisis de los dedos, cambio de la dirección de los ojos para que yo no pueda encontrar las notas adecuadas, desviación de los dedos hacia notas erradas, aceleración del tempo mediante un prematuro poner-en-movimiento de mis músculos digitales eran y son aún hoy fenómenos cotidianos. En el piano mismo me rompieron mediante milagros con mucha frecuencia las cuerdas (por fortuna, en los últimos años considerablemente menos); en el año 1897 la cuenta por cuerdas saltadas del piano llegó a nada menos que a ochenta y seis marcos.

Es este uno de los pocos puntos en los que creo poder aportar una prueba, que puede ser convincente también para otras personas, acerca de la realidad de los milagros afirmados por mí. Quienes juzguen superficialmente podrían quizás inclinarse a la suposición de que yo tuve la culpa de la ruptura de las cuerdas del piano por aporrearlas imprudentemente; en este sentido, por ejemplo, hasta mi propia esposa, tal vez después que los médicos le comunicaron su opinión, se pronunció muchas veces contra

^{74bis} El mismo servicio me prestaban, ya que no se puede tocar siempre* el piano, los relojes con sonería y (para el jardín) las armónicas, que últimamente (primavera de 1900) me hice comprar por medio de mis parientes.

* En la edición original hay dos notas 74. [N. del E.]

mí. Yo en cambio afirmo –y estoy persuadido de que cualquier persona entendida me tiene que dar la razón– que es *absolutamente imposible* saltar cuerdas de piano mediante el simple golpear en las teclas, por mayor que sea la fuerza con que se haga. Los pequeños macillos que están conectados con las teclas y que golpean sobre las cuerdas de manera enteramente libre, nunca podrían ejercer sobre estas una fuerza tal como para que fuera posible hacerlas saltar en pedazos. Y si alguien intentara, por ejemplo con un martillo o un leño, golpear sobre las teclas, quizá logre destrozar el teclado, pero jamás hará saltar una cuerda. El hecho de que en los últimos años la ruptura de las cuerdas del piano haya sido menos frecuente –aun ahora sucede ocasionalmente es algo que hay que atribuir principalmente a que los sentimientos de los Rayos (de Dios), por obra de la voluptuosidad del alma en continuo incremento, se han vuelto un poco menos hostiles para conmigo (al respecto daré más adelante otros detalles) y a que, además, se han visto últimamente forzados, debido a otros estados para ellos (los Rayos) menos tranquilizadores aún, en especial los llamados “aullidos”, a ver en el tocar el piano una de las maneras de llenar el tiempo más satisfactorias para todas las partes.

No puedo menos que recordar en este contexto otro acontecimiento milagroso, que corresponde en realidad a una época anterior y que aun para mí, pese a haber visto muchas cosas maravillosas, es de lo más enigmático que he vivido. En concreto, tengo el recuerdo de que un día, que formó parte todavía del período de mi inmovilidad (por consiguiente, en el verano o el otoño de 1894), se hizo una vez el intento de producir milagrosamente en mi cuarto todo un piano de cola (marca Blütnner); aparentemente se trató de un milagro de von W. Tengo plena conciencia de lo insensata que puede sonar esta afirmación y por ello necesito preguntarme a mí mismo si pudo haberse producido en mí una ilusión sensorial. De todas maneras, hay circunstancias que me hacen por lo menos muy difícil esa suposición. Recuerdo perfectamente que el acontecimiento se produjo en pleno día, mientras yo me encontraba sentado a la mesa o en el sofá; vi claramente ante mí la superficie pulida de color marrón del piano que estaba en trance de formarse (apenas a un paso de distancia). Lamentablemente, mi conducta ante el fenómeno milagroso consistió en no admitirlo; hasta no quise saber nada, por cuanto entonces había tomado como deber una completa pasividad, de ninguna clase de milagros, todos los cuales me resultaban repugnantes. Posteriormente me he lamentado de no haber fomentado [*begünstigt*] “no haber tranquilizado” [*begütigt*], como rezaba la expresión del lenguaje primitivo) el milagro, para ver si efectivamente se llevaría a cabo. En efecto; es una regla casi sin excepción que todos los milagros fracasan o por lo menos se dificultan mucho, cuando les opongo

una voluntad decidida. Por consiguiente, tengo que dejar pendiente mi respuesta acerca de qué explicación objetiva existió para el mencionado proceso; si efectivamente se trató de una ilusión sensorial, habría sido con seguridad, dada la proximidad inmediata del objeto supuestamente visto, una ilusión de la especie más asombrosa.

Al pasear por el jardín, como también estando yo en mi cuarto, se efectuaban cada día contra mí, y se siguen efectuando aún hoy, milagros de frío y de calor, ambos siempre con el sentido de inhibir el bienestar natural del cuerpo surgido de la voluptuosidad del alma; así, por ejemplo, se me calientan milagrosamente los pies y se me enfría de la misma manera el rostro. El proceso fisiológico consiste, a mi entender, en que en los milagros de frío la sangre es retraída de las extremidades, con lo cual surge un sentimiento subjetivo de frío, y que, inversamente, en los milagros de calor la sangre es impulsada hacia el rostro y la cabeza, de cuya frialdad dependería el estado que corresponde al bienestar general. Como desde joven estuve acostumbrado a soportar el frío y el calor, siempre me importaron poco los milagros correspondientes, salvo cuando se me enfriaban milagrosamente los pies mientras estaba acostado en la cama, lo que sucedió innumerables veces. Por el contrario, con mucha frecuencia me vi obligado a buscar yo mismo el frío y el calor. En particular, durante los primeros años de mi permanencia aquí, cuando la voluptuosidad del alma no había alcanzado aún el grado hasta el cual se ha desarrollado ahora, esto era frecuentemente una medida necesaria para desviar a los Rayos hacia las partes enfriadas del cuerpo, en especial hacia las manos y los pies, y de esa manera proteger a la cabeza del efecto nocivo que se pretendía. Sucedió con frecuencia que yo, con este fin, mantuve las manos durante minutos contra los árboles cubiertos de hielo o apreté con ellas trozos de nieve, hasta que casi se me congelaban.

Por la misma razón, durante un tiempo (en la primavera o el otoño de 1895) saqué durante la noche los pies por la reja de la ventana abierta para exponerlos a la lluvia fría; mientras yo hiciera esto, los Rayos no podían llegar hasta la cabeza que, naturalmente, me interesaba más que nada, y por ello me sentí, fuera de la sensación de tener los pies helados, perfectamente bien.⁷⁵ Me creo autorizado a suponer que esta conducta mía llegó de alguna manera a oídos de los médicos, lo que dio ocasión para una medida que suscitó en sumo grado mi indignación. Por unos días me cambiaron

⁷⁵ Por las razones anteriormente indicadas, fue también maravilloso el efecto de una ducha fría que pude tomar –una sola vez– en la sala de baños. Quedé entonces sano de repente y libre –aunque por poco tiempo– de todos los fenómenos milagrosos con que en esa época era atacada mi cabeza y otras partes del cuerpo.

de las habitaciones que ocupaba, y cuando volví encontré que en la ventana de mi dormitorio habían hecho colocar pesados postigos de madera, que cerraban durante la noche, de manera que desde entonces reinó una total oscuridad en mi dormitorio, y aun por la mañana la luz del día no tenía prácticamente por donde entrar. Como es natural, los médicos no habrán tenido ninguna sospecha de lo penosa que me resultó esa medida cuando yo estaba empeñado en la ya sin ello tan desmedidamente difícil defensa contra los intentos de destruir mi intelecto. Por otra parte, se juzgará comprensible que se apoderara de mí una profunda amargura, que subsistió por largo tiempo.

En la tarea que me había propuesto, persuadir en cada instante al Dios que no conoce a los hombres vivientes de que mis fuerzas intelectuales estaban incólumes, la luz, necesaria para cualquier ocupación humana, era para mí casi tan imprescindible como el pan de cada día. Cada privación de la luz, cada prolongación de la oscuridad natural, significó, pues, para mí un enorme agravamiento de mi situación. No quiero disputar con los médicos si la medida que se me infligió hubo de parecer necesaria desde el punto de vista puramente humano. Tampoco me es posible silenciar aquí la observación de que el medio y el fin no me parecieron estar en relación recíproca adecuada. En el peor de los casos, ¿qué otra cosa me podría haber sucedido que no fuera contraer algún estado de resfrío? En efecto; los barrotes de hierro existentes brindaban una protección perfectamente adecuada contra el peligro de caerme de la ventana, y en lo referente a un mero peligro de resfrío quizá se habría podido esperar a ver si la necesidad de calor que surge de por sí en el hombre no me protegería contra una prolongación excesivamente larga de la apertura de las ventanas. Pero estos no eran ni son para mí los puntos de vista decisivos. Lo esencial para mí era que en los médicos yo no podía ver otra cosa que instrumentos en cuyos nervios eran suscitadas por los Rayos divinos las resoluciones adecuadas para promover los planes dirigidos a destruir mi intelecto, sin que, como es natural, ello llegase subjetivamente a la conciencia de los médicos, quienes creían actuar sólo de acuerdo con consideraciones humanas. Aún hoy tengo que mantener esta manera de pensar, porque en cada palabra que hablan conmigo no sólo los médicos sino también otros hombres advierto su causa, que está fundada en el influjo divino, debido a la relación en que se encuentra con el material de registro, el cual me es bien conocido, como quizá más adelante intente otra vez aclarar. Al escribir estas líneas, de ninguna manera pretendo plantear recriminaciones de ninguna clase respecto del pasado. No guardo resentimiento de ninguna clase contra ninguna persona por lo que me sucedió en épocas anteriores; la mayor parte de ello, por fortuna, se ha desvanecido ya, aun en sus consecuencias. No obstante,

he creído que debía exponer extensamente lo acontecido con los postigos, para hacer comprensible la profunda desconfianza respecto de los médicos que me ha dominado durante años y de la que ellos también habrán encontrado tal vez en mi conducta muchos indicios.

Los postigos mencionados (los únicos existentes en el ala del Hospital donde yo moraba) siguen estando aún allí, pero hace mucho tiempo que no se los cierra. Fuera de ellos, los únicos postigos semejantes que existen son los que se encuentran en las celdas acondicionadas para los dementes furiosos en la plata baja y en el primer piso del *ala abovedada* del Hospital. En varias de estas celdas, como se relatará más adelante, dormí yo durante dos años (1896-1898), debido a lo cual los inconvenientes provocados por el cierre de las ventanas se hicieron aún peores, si es posible.

CAPÍTULO XIII*

Un tramo importante en la historia de mi vida y especialmente en mi concepción de la probable fisonomía que tendrá el futuro está caracterizado por el mes de noviembre de 1895. Recuerdo aún con bastante exactitud el momento; coincidió con un cierto número de hermosos días de fin del otoño, en los cuales, por la mañana, hubo siempre una gran formación de niebla sobre el Elba. En esa época aparecieron en mi cuerpo con tanta fuerza los signos de la feminización, que no pude sustraerme por más tiempo al conocimiento del fin inmanente al que tendía toda la evolución. En las noches inmediatamente precedentes, de no haber creído yo, siguiendo el impulso del sentimiento varonil del honor, que debía oponerle mi decidida voluntad, se hubiera llevado a cabo una verdadera retracción del órgano sexual masculino: hasta tal punto estuvo próximo a realizarse el milagro correspondiente. De todas maneras, la voluptuosidad del alma se había hecho tan fuerte, que yo mismo sentí la impresión de un cuerpo femenino primeramente en el brazo y en las manos, luego en los huesos, en el pecho, en las nalgas y en todas las otras partes del cuerpo. La información sobre los detalles a ello referentes la reservo para un capítulo ulterior.

Unos pocos días de observación continuada de estos acontecimientos me bastaron para provocar en mí una modificación completa de la orientación de mi voluntad. Hasta entonces yo había tomado en cuenta siempre la posibilidad de que, si mi vida no estaba destinada a ser inmolada antes como víctima en alguno de los numerosos milagros aterradores, en algún momento tuviera que ponerle fin mediante el suicidio; salvo inferirme yo mismo la muerte, sólo parecía existir en la esfera de lo posible alguna otra salida aterradora, de una índole jamás vista entre los hombres. Pero ahora se me hizo consciente sin ninguna duda que el orden cósmico exigía la emasculación, de una manera imperiosa, con prescindencia de si me agradaba o no a mí personalmente, y que debido a ello, *por motivos racionales*, no me restaba sino resignarme al pensamiento de la transformación en

* "La voluptuosidad del alma como factor de atracción. Fenómenos consiguientes."

una mujer. Como consecuencia ulterior de la emasculación sólo podía pensarse, naturalmente, en una fecundación por medio de Rayos divinos con el fin de crear nuevos hombres. El modificar la orientación de mi voluntad se me facilitó por el hecho de que entonces yo no creía aún en la existencia de una humanidad real, aparte de mí, sino que consideraba a todas las figuras humanas que veía sólo como “hechas a la ligera”, de suerte que ni siquiera podía hablarse de ninguna clase de deshonra implícita en la emasculación. Aquellos Rayos que partían del propósito de “dejarme olvidado” y, para ese efecto, destruirme el intelecto, no dejaron, por cierto, de valerme inmediatamente de una apelación –hipócrita– a mi sentimiento masculino del honor; por ello, una de las expresiones repetidas desde entonces a cada aparición de la voluptuosidad del alma rezaba así: “¿No siente vergüenza por su señora esposa?” o aun más grosera: “Será un presidente de Sala el que se dejará j...”. Pero por más desagradables que para mí fueran las Voces en cuestión y por más frecuentes que fueran las ocasiones para desahogar mi justa indignación por las millares de veces repetidas frases mencionadas, no me dejé a la larga desencaminar de la conducta que yo había reconocido como necesaria y saludable para todas las partes interesadas (para mí y para los Rayos).

A partir de entonces yo tomé con plena conciencia como bandera el ejercitar la feminidad y lo seguiré haciendo, en la medida en que lo permite el respeto a quienes me rodean, piensen de mí lo que quieran otros hombres para quienes están ocultas las razones sobrenaturales. Quisiera ver a un hombre que, puesto ante la opción de convertirse en un hombre idiota con porte masculino o en una mujer de gran cultura, no elegiría esto último. La práctica de mi profesión anterior, a la que yo estaba apegado con toda mi alma; cualquier otro objetivo del orgullo masculino; cualquier otro empleo de mis fuerzas intelectuales al servicio de la humanidad me están cerrados, debidos al giro que han tomado los acontecimientos; hasta el trato con mi mujer y con mis parientes me ha sido limitado a visitas aisladas y a una correspondencia ocasional.^{75bis} Sin preocuparme del juicio de otras personas, tengo que dejarme guiar exclusivamente por un sano egoísmo, y este me prescribe el ejercicio de la feminidad en la forma que describiré con más detención. Sólo de esa manera logro durante el día estados corporales soportables, y de noche –por lo menos en cierta medida– el sueño necesario para el reposo de mis nervios, porque *en el sueño* –quizás este hecho es conocido también para la ciencia médica– es *donde finalmente llega un alto*

^{75bis} (Agregado de marzo de 1903.) También este capítulo fue escrito, como surge de su contenido, en la época de mi total encierro detrás de los muros de Sonnestein; actualmente tendría muchos detalles que modificar, aunque los pensamientos fundamentales siguen siendo los mismos.

grado de voluptuosidad. En la medida en que me comporto así, sirvo al mismo tiempo a los intereses bien entendidos de los Rayos, y por consiguiente del propio Dios. Mientras yo permita que Dios, el cual, partiendo de la errada premisa de la destructibilidad de mi intelecto, persigue fines temporariamente contrarios al orden cósmico, prosiga su política que se desarrolla siempre en direcciones contrarias, esto llevará tan sólo, como me lo ha demostrado de manera incontrovertible una experiencia de muchos años, a un alboroto insensato en mi ambiente, que está formado esencialmente por locos. Sobre esto sólo más adelante podré aportar más detalles.⁷⁶

Para la misma época en que llegué a tener la concepción modificada de las cosas expuesta precedentemente, se produjo –y en verdad por las mismas razones–, un vuelco esencial en la situación del cielo. La disolución en mi cuerpo de los Rayos (nervios divinos desprendidos de la totalidad de la masa) provocada por la fuerza de atracción significaba para los nervios en cuestión el fin de su existencia independiente, y por lo tanto algo semejante a lo que, para los hombres, es la muerte. Por eso era perfectamente inteligible que Dios pusiera en juego todos los recursos para evitar el infortunio de extinguirse en mi cuerpo a través de nuevas partes de la masa total, para lo cual no se tuvo ninguna clase de escrúpulos en cuanto a los medios. *La fuerza de atracción perdió su carácter terrible para los nervios en cuestión, cuando y en la medida en que al entrar en mi cuerpo se encontraron con el sentimiento de la voluptuosidad del alma*, de la que ellos participaban. Volvieron a encontrar entonces en mi cuerpo un sustituto total o por lo menos aproximado de la bienaventuranza celestial, que de todas maneras consistía en un goce voluptuoso (véase capítulo I).

Pero, de todas maneras, el sentimiento de la voluptuosidad del alma no se daba siempre en mi cuerpo con intensidad equivalente; llegaba a su pleno desarrollo sólo cuando las partes de alma de Flechsig y las restantes partes de almas “probadas” estaban *delante*, y de esa manera se llegaba a una reunión de todos los Rayos. Pero, como se había creado la necesidad, mediante el atarse a las Tierras (véase capítulo IX), de retirarse de tiempo en tiempo y también hacer retirar a las almas probadas, hubo también alternativamente momentos en que la voluptuosidad del alma no existía, o sólo en una medida sustancialmente más débil. Debido a ello, ha quedado también

⁷⁶ Estoy obligado a una especial discreción en el trato con mi mujer, a la que profeso todo el amor de antes. Puede ser que yo, en conversaciones o en comunicaciones escritas, le haya faltado a veces por exceso de franqueza. Mi mujer, como es natural, no puede comprender plenamente el curso de mis ideas; tiene que serle difícil consagrarme el anterior amor y respeto cuando escucha que estoy ocupado en expresar una metamorfosis en una mujer, que es posiblemente lo que tengo por delante. Puedo lamentarme de ello, pero no puedo modificarlo; también en esto tengo que guardarme de cualquier sentimentalismo falso.

establecida una periodicidad en la aparición de las señales de la feminidad en mi cuerpo, sobre la cual volveré a hablar luego con mayor detalle. De todas maneras, cuando –en noviembre de 1895– el flujo continuo de los nervios divinos a mi cuerpo había durado ya más de un año, la voluptuosidad del alma existía con tal abundancia, que una parte de los Rayos comenzó a encontrar gusto por entrar en mi cuerpo. Esto se hizo visible inicialmente en el dios *inferior* (Arimán) –que según lo dicho en el capítulo VII hay que identificar en cierto aspecto con el Sol–, quien, por ser el *más próximo*, participaba de la voluptuosidad del alma en un grado notablemente superior que el dios superior (Ormuz), quien se mantenía a una distancia mucho mayor.

Hasta el súbito cambio producido en noviembre de 1895 había existido aparentemente una relación más íntima con Flechsig –sea como hombre, sea como “alma probada”– sólo por parte del Dios inferior (Arimán), de suerte que, si he de atenerme a la hipótesis de una conjuración de la especie descrita en el capítulo II, la participación en esta conjuración se extiende a lo sumo al Dios inferior (Arimán). El Dios superior había adoptado hasta ese momento una actitud más correcta, más acorde con el orden cósmico, y *por lo tanto, en conjunto, más propicia para conmigo*. Ahora la relación se convirtió en la exactamente opuesta. El Dios inferior (Arimán) quien, como se dijo, no veía tan mal que una parte de sus nervios se disolviera en mi cuerpo por obra de la voluptuosidad del alma que casi continuamente aparecía en este, cortó las estrechas relaciones que, al parecer, habían existido hasta entonces entre él y el “alma probada” de Flechsig, y esta, que seguía conservando aún entonces una parte relativamente grande de su inteligencia humana, entró en una especie de complicidad con el Dios *superior*, que volvió contra mí sus dardos enemigos. El trastrocamiento de las relaciones entre los partidos que así se produjo se ha mantenido sustancialmente hasta el día de hoy.

La conducta del Dios inferior siguió siendo desde entonces más amistosa en general para conmigo; la del Dios superior, mucho más enemistosa. Ello se manifestó, *en parte*, en la cualidad de los milagros provenientes de cada uno –los milagros del Dios inferior cobraron con el correr del tiempo cada vez más el carácter de un traveso relativamente inocuo, del tipo mencionado en el capítulo XI–; *en parte*, en la modalidad de las habladurías de sus Voces. Las Voces que procedían del Dios inferior –que, por cierto, no eran ya más la expresión *auténtica* de un sentimiento directo, instantáneo, sino una mezcolanza de frases aprendidas de memoria– eran y son esencialmente distintas en cuanto a la *forma* y el *contenido* de las del Dios superior. En cuanto a su contenido, ellas, por lo menos la gran mayoría de las veces, no son palabras francamente injuriosas o expresiones ofensivas, sino que proceden, por decirlo así, de una especie de idiotez neutra (por ejemplo, se repite Da-

vid y Salomón, ensalada y rábanos colorados, puñado de harina, etcétera) y también en cuanto a la forma me resultan menos molestas, en la medida en que yo las conecto mejor con el derecho natural de los hombres al no-pensar-nada; con el tiempo uno hasta se acostumbra a permitir que le hablen atravesándole la cabeza con expresiones sin sentido, como las mencionadas en el paréntesis, considerándolas formas del “pensar sin pensamiento de nada”. Pero, además, el Dios inferior, por lo menos durante los primeros años después del brusco cambio descrito en este capítulo, se valió de cierto número de giros que objetivamente tenían significación y que en parte dejaban traslucir una concepción totalmente acertada (es decir, correspondiente a la mía) de las causas del conflicto, los medios para solucionarlo y la conformación previsible del futuro. Tampoco aquí se trataba –según se dijo– de la expresión de un sentimiento auténtico surgido en el instante, sino de un material de pensamientos previamente compilados, que se hacía pronunciar en mi cabeza con una monótona reiteración cansadora a voces carentes de razón (posteriormente también a pájaros hechos milagrosamente). Pero los giros correspondientes eran para mí de gran interés, en la medida en que me creí autorizado a suponer que Dios no estaba tan enteramente desprovisto de la comprensión de las necesidades resultantes del orden cósmico como aparentemente sería el caso, de juzgar por algunas otras percepciones. Por eso daré a conocer aquí algunos de los giros correspondientes.

Inicialmente se me anunció la reestructuración de los agrupamientos partidarios producida como consecuencia del aumento de la voluptuosidad del alma, mediante la frase repetida con frecuencia: “Quiere decir que se han formado dos partidos”. Luego se dio expresión en formas muy diversas al pensamiento de que toda política seguida por Dios en contra de mí, tendiente a la destrucción de mi intelecto, era equivocada. Algunas de las oraciones estaban construidas de una manera enteramente general, sin ninguna implicación personal, por ejemplo: “Los conocimientos y las capacidades no se pierden de ninguna manera” y “Tiene que venir el sueño”; además: “Toda falta de sentido (es decir, la falta de sentido del leer el pensamiento y de falsificar el pensamiento) se anula” y “Los resultados duraderos están de parte del hombre”. Otros giros del Dios inferior eran pronunciados, en parte, como dirigidos a mí; en parte –en cierta medida pronunciados a través de mi cabeza– como dirigidos a su colega, al Dios superior; lo primero especialmente en los giros ya dados a conocer “No olvide que usted está sometido a la concepción de las almas”; lo último, por ejemplo, en las frases: “No olvide que toda representación es algo sin sentido” o “No olvide que el fin del mundo es una contradicción en sí mismo” o “Vosotros hicisteis una vez que el estado del tiempo dependiera del pensamiento de un hombre” o “Vosotros hicisteis que todas las ocupaciones sagradas” (es decir, mediante

los múltiples milagros que las dificultan, tocar el piano, jugar al ajedrez) “se hayan hecho imposibles”. En algunos pocos casos, por lo demás muy aislados, se llegó tan lejos como para hacer una especie de confesión de culpa: “Si yo no lo hubiera mantenido a usted en medio de hombres hechos a la ligera” o “Estas son las consecuencias de la famosa política de las almas” o “¡Eso es lo que resulta de la maldita historia!” u “¡Ojalá cesara el maldito jugueteo con los hombres!”. De vez en cuando se asumía la responsabilidad, y con estas palabras: “Nos falta el sentimiento” es decir, el sentimiento que deberíamos tener para con todo hombre aun el pecador más reprobado cuando están vigentes los medios de purificación acordes con el orden del mundo. El objetivo de todo el proceso lo proclamó durante un tiempo el Dios inferior mediante el giro –carente de completamiento gramatical, como sucede muchas veces en el lenguaje de las almas–: “Esperemos que la voluptuosidad alcance un grado”, es decir, un grado tal que los Rayos divinos pierdan el *interés* en retirarse, y de esa manera se dé por sí misma una solución acorde con el orden cósmico. Más o menos contemporáneamente el Dios inferior tenía preparada también cierta cantidad de otras expresiones que, por así decirlo, me causaban horror, en otras palabras, mostraban que todos mis esfuerzos por consolidar mi intelecto estaban condenados, como antes, al fracaso. Se hablaba de “fuerzas colosales” que estaban de parte de la omnipotencia de Dios y de una “resistencia inútil” de mi parte; se creía además necesario recordarme con la frecuente repetición de la frase: “Pero no se olvide que la eternidad no tiene ningún límite” que la posibilidad de retirarse es para Dios algo espacialmente ilimitado.

En lo que he informado antes acerca de la conducta discrepante del Dios superior y del Dios inferior y sobre el material de frases de este último, aflora inconfundiblemente una maraña casi irresoluble de contradicciones. Aun para mí, a cada intento de resolver las contradicciones, surgen dificultades casi insuperables; una solución verdaderamente satisfactoria sería posible sólo con un conocimiento tan completo de la esencia de Dios, que a consecuencia de la limitación de la capacidad intelectual humana, no se ha dado siquiera en mí, aunque indudablemente he avanzado en ello infinitamente más que todos los otros hombres. No obstante, con todas las reservas que surgen de la imperfección del aparato cognoscitivo humano, me atreveré a hacer algunas cautas observaciones al respecto. Por supuesto, no puedo suponer de antemano que el Dios superior se encuentre moral o intelectualmente en un nivel más bajo que el Dios inferior. Si, a pesar de ello, este parece superar a aquel tanto en la comprensión correcta de lo asequible como en una manera de pensar más acorde con el orden cósmico, creo que ello sólo puede atribuirse al mayor *alejamiento* en que se encuentra el Dios superior respecto del Dios inferior en relación conmigo.

La incapacidad de comprender a los seres humanos como organismos es aparentemente común al Dios inferior y al Dios superior *en la medida en que se encuentran en un gran alejamiento*; en especial, ambos parecen haber incurrido en el error, apenas concebible para los hombres, de creer que todo aquello que, procediendo de los nervios de un hombre en mi situación, en gran parte sólo por obra de las falsificaciones de pensamiento llevadas a cabo por los Rayos, les resuena perceptiblemente, tiene que ser considerado como expresiones de la actividad de pensar propia de ese hombre; como también que toda interrupción, por más pasajera que sea, de la actividad de pensar y el estado de ella resultante, en el cual ciertos pensamientos formulados mediante palabras y procedentes de los nervios del hombre no resuenan perceptiblemente para los Rayos, significan la disolución total de las facultades intelectuales del hombre o, como se lo solía denominar con una expresión humana manifiestamente mal interpretada,⁷⁷ *la aparición de la idiotez*. Por consiguiente, Dios, bajo sus dos figuras, parece inclinarse a la idea errada de que *el lenguaje de los nervios*, que resulta de la vibración de los nervios (véase capítulo V, al comienzo), tiene que ser considerado como el verdadero lenguaje del hombre, por lo cual aparentemente uno no puede distinguir, en particular, si está percibiendo las expresiones intelectuales de un hombre que está soñando o que está empleando con plena conciencia su capacidad de pensar, puesto que cierta excitación de los nervios tiene lugar en los sueños aun cuando el hombre esté dormido. Estoy hablando aquí, por supuesto, sólo de mi *caso*, es decir, de aquel caso en el cual Dios, contrariamente al orden cósmico, entró mediante Rayos en un trato continuo e imposible de interrumpir con un solo hombre. Todas las ideas erróneas mencionada⁷⁸ anteriormente parecen haberse disipado tan sólo cuando Dios se situó más cerca y advirtió de pronto en mi conducta, mis ocupaciones y, ocasionalmente, también en mi lenguaje al tratar con otros hombres, etcétera, que tenía que ver siempre con el mismo hombre, intelectualmente íntegro y no debilitado.

Extraer por medio de cualquiera de los atributos inherentes a la esencia de Dios una enseñanza para el futuro a partir de la experiencia así obteni-

⁷⁷ Tampoco en la idiotez, como es obvio, tiene lugar una disolución total de la actividad mental, sino tan sólo una disminución o modificación de esta, en muy distintos grados.

⁷⁸ Es posible que estas ideas tengan que ver con el hecho de que Dios, en circunstancias acordes con el orden del mundo, tratara sólo con almas que o habían sido elevadas ya al rango de antecámaras del cielo o se encontraban aún en proceso de purificación (véase capítulo I), y fuera de ellas sólo ocasionalmente con hombres *dormidos*, quienes como tales (durante el sueño) no hacían uso del lenguaje (humano) en voz alta. Pero en el trato de las almas entre sí la única forma de comunicación o intercambio de pensamientos era *el lenguaje de los nervios*, que se produce por la oscilación o vibración de los nervios (y por consiguiente consiste sólo en un tenue susurro).

da, parece ser algo imposible. Pues casi de la misma manera se repiten desde hace años un día tras otro los fenómenos mencionados, en especial, a cada pausa de mi actividad de pensamiento (al iniciarse el así llamado pensar sin pensamiento de nada), el inmediato intento en el primer aspecto (instante) de retirarse y la suposición de que yo he caído en la idiotez, que por lo común se expresa mediante la tonta frase “Ahora ese ha de (pensar o decir), yo reconoceré que soy estúpido”, después de lo cual introducen otra vez con necia uniformidad, a la manera de un organillero, los restantes giros insulsos: “¿Por qué no lo dice usted (en voz alta)?” o “¿Pero cuánto tiempo?” (es decir, servirá de algo su resistencia contra el poder de los Rayos), etcétera, etcétera, hasta que yo entro otra vez en una disposición no debilitada de mis facultades intelectuales.

De qué manera haya que explicar esta incapacidad de Dios para aprender de la experiencia, es una cuestión que también a mí me resulta sobremañera difícil. Quizá deba explicarse este hecho como si la comprensión más acertada, lograda en cierto momento, se transmitiera solamente, por decirlo así, a los extremos delanteros de los nervios, los cuales, debido a ello, están condenados a disolverse en mi cuerpo, en tanto que las partes alejadas, desde las cuales se pone en movimiento la acción de retirarse, no participan, o por lo menos no lo hacen en una medida suficiente para determinar su voluntad, en las impresiones correspondientes.⁷⁹ Por eso mismo me resulta muy dudoso que el Dios inferior haya recibido, como anteriormente se expuso, una cantidad de pensamientos más acertados en la compilación de aquellos giros que hace pronunciar en mi cabeza a las Voces que proceden de él. En efecto; para mí estos pensamientos no son nada nuevo, y el Dios superior, al cual las verdades contenidas allí se revelan *en cuanto a su forma*, no se halla aparentemente en estado de tomarlas a pecho, es decir, de orientar su actuación práctica en una dirección distinta de la que ya adoptó. También es posible que el Dios inferior, a quien el conocimiento acertado de la situación se le presenta antes que al Dios superior, se haya dejado llevar exclusivamente por la idea de que todo debía ser formulado exclusivamente por los Rayos (véase capítulo IX), y que siempre es preferible que el contenido consista en algo que suene a razonable y no en una pura idiotez, o en meros lugares comunes. Yo mismo he formulado repetida-

⁷⁹ Podría intentarse otra explicación, de la siguiente manera: se podría decir que el aprender, es decir, avanzar desde un nivel inferior del saber a otro superior, es una concepción humana, que sólo es aplicable a un ser susceptible de perfeccionamiento en lo que respecta a su saber. En el caso de un ser a cuyos atributos pertenece desde siempre la omnisciencia, es imposible, por ende, hablar de aprendizaje. Pero a mí mismo esta explicación me parece algo sofisticada, porque no existe una omnisciencia de Dios absolutamente perfecta, y menos en lo que hace al conocimiento del hombre viviente.

mente hace ya mucho tiempo en anotaciones escritas el pensamiento de que Dios no puede aprender de la experiencia⁸⁰ con las siguientes palabras: “Cualquier intento de ejercer desde fuera una influencia educativa tiene que descartarse por inútil”, y cada nuevo día del lapso transcurrido desde entonces me ha confirmado el acierto de esta concepción. Al mismo tiempo considero también aquí imperioso, como antes en oportunidades semejantes, precaver al lector contra comprensibles errores de interpretación. Los hombres de mentalidad religiosa, que generalmente están poseídos por la idea de la omnipotencia, omnisciencia y bondad absoluta de Dios tienen que considerar inconcebible que Dios de pronto haya querido presentarse como un ser tan minúsculo, que resultase superado en el aspecto intelectual y moral por un hombre solo. Frente a esto tengo que recalcar expresamente que mi superioridad en ambos aspectos tiene, empero, que ser entendida de *una manera totalmente relativa*. Acepto tal superioridad *sólo en la medida en que se trata de la situación*, contraria al orden cósmico, que surgió de la conexión nerviosa permanente, que luego se transformó en indisoluble, con un solo hombre. En esa medida, soy yo la parte más inteligente y al mismo tiempo mejor. Pues el hombre conoce su propia naturaleza, y en mi caso se agrega a ello que en el trato de años con las almas he conocido también tan a fondo el carácter de las almas, como ningún hombre lo había hecho antes. Dios, en cambio, no conoce a los hombres vivientes, ni tampoco necesita conocerlos, según la concepción repetidas veces enunciada antes. Con esto no es de ninguna manera incompatible el que yo reconozca en todos los otros aspectos la eterna sabiduría y bondad de Dios, particularmente en lo que respecta al origen y evolución del universo.⁸¹

⁸⁰ Estas anotaciones están contenidas en pequeñas libretas que llevo desde hace unos años y en las cuales he registrado con numeración sucesiva y con indicación de la fecha los comentarios sobre las impresiones que tuve, sobre el posible giro de la situación en el futuro, etcétera, bajo la forma de pequeños estudios. Para el caso, que considero probable, de que mis *Memorias* —el presente trabajo— se conviertan algún día en una fuente importante para la construcción de un nuevo sistema religioso, acaso se encontrará en los esbozos de las mencionadas libretas un valioso complemento de mis *Memorias*. Permitirán conocer de qué manera me fui acercando más y más a través de luchas interiores a la acertada comprensión de las cosas sobrenaturales. Por otra parte, para muchas personas resultará incomprensible en gran parte el hecho de que yo haya hecho inicialmente los esbozos con el único fin de aclararme a mí mismo las circunstancias pertinentes y que estas carezcan para mí hasta ahora de aquellas explicaciones que serían necesarias para otros hombres.

⁸¹ Por haber sido tan cautelosa la manera como me he expresado anteriormente sobre ciertos atributos de Dios, tanto mayor es la seguridad con que me atrevo a juzgar sobre ciertas cuestiones que se han contado siempre entre los problemas más difíciles desde que existen hombres pensantes. Me refiero concretamente a la relación entre la omnipotencia divina y el libre arbitrio humano, la llamada doctrina de la predestinación, etcétera. Estas cuestiones, de resultados de las revelaciones que se me han hecho y de otras impresiones que he recibido, son para mí, por así decirlo, tan claras como el sol. Dado el elevado interés que entrañan estas

Al cerrar este capítulo podría caber la observación de que ahora, después de transcurridos casi cinco años, el desarrollo de las cosas ha avanzado tanto, que en la actualidad el Dios superior, en lo que respecta a los sentimientos que me demuestra, ha llegado casi a la misma posición que había tomado el Dios inferior ya desde el brusco cambio descrito en este capítulo. También los milagros del Dios superior comenzaron a revestir el carácter inocuo que hasta entonces era predominantemente propio del Dios inferior. Para introducir sólo algunos ejemplos, mencionaré el volcar la ceniza de mis cigarros sobre la mesa o el piano, el ensuciar mi boca y mis manos con trozos de alimentos al comer y otras cosas semejantes. Para mi satisfacción es suficiente el haber previsto años antes este curso de los acontecimientos. Como prueba, aduciré la anotación correspondiente tomada de las anotaciones antes mencionadas (número XVIII, 8 de marzo de 1898):

“En un primer momento expresamos sólo *conjeturalmente* la opinión de que *quizás* alguna vez podría llegarse a que el propio Ormuz posterior perdiera interés en perturbar la voluptuosidad, de la misma manera como lo ha perdido cada vez más el Arimán posterior, de suerte que la voluptuosidad interior, ilustrada y ennoblecida por la fantasía humana, brinde un estímulo mayor que la j... a exterior, contraria al orden cósmico.”

Para comprender esta anotación son necesarias algunas observaciones aclaratorias. El Arimán “posterior” y el Ormuz “posterior” eran los nombres con que eran designados (no en primer término por mí, sino por las Voces) el Dios inferior y el Dios superior cuando y en la medida en que cualquiera de ellos era desplazado, por así decirlo, a la segunda línea por el avance de la otra parte, cosa que cada día se repetía innumerables veces. Mediante el nombre de “voluptuosidad interior” se alude a la voluptuosidad del alma que surgía en mi cuerpo. La expresión “j... a exterior, contraria al orden cósmico” se refiere a que, según lo advertido por mí, la recepción de la materia pútrida en los Rayos puros va siempre acompañada para estos de una especie de sensación voluptuosa. El mantener la palabra “j...a” no obedece a una inclinación preexistente de mi parte por las expresiones vulgares, sino a que he tenido que escuchar miles de veces de la otra parte las palabras “j...r” y “j...a” y por consiguiente en la anotación precedente apliqué en revancha por una vez, en gracia a la brevedad, la expresión a la conducta contraria al orden cósmico por parte de los Rayos.

cuestiones, aprovecharé la ocasión en algún punto adecuado del desarrollo ulterior de mi trabajo para exponer, por lo menos en sus rasgos fundamentales, el conocimiento que se me ha impartido.

CAPÍTULO XIV*

Además de los procesos descriptos en el capítulo precedente se cumplieron también, en parte por ese tiempo, en parte en el año o los dos años siguientes, algunas otras modificaciones en las circunstancias celestiales, las cuales, en sí mismas, fueron de poca importancia, pero que, en pro de la integridad, es necesario tocar, por lo menos brevemente. Se trata principalmente del destino de las “almas probadas”. Estas, de resultas de la partición de almas, se habían vuelto durante un tiempo, como se mencionó anteriormente, muy numerosas. Una gran parte de ellas no se había ocupado casi de otra cosa que de la participación en los llamados “movimientos envolventes”, uno de los esquemas principales de las maniobras maquinadas por el alma de Flechsig, cuyo fin consistía en atacar por la espalda a los Rayos divinos que iban inocentemente hacia allí y obligarlos de esa manera a rendirse. La imagen del fenómeno perdura aún claramente en mi memoria; tengo que renunciar a describirla más detalladamente con palabras; tampoco puedo decir ya con seguridad si todo este fenómeno pertenece a la época anterior al “atarse a las Tierras” o a la posterior.

En cualquier caso, la gran cantidad de las “almas probadas” resultó finalmente molesta para la propia omnipotencia de Dios. Luego que yo mismo pude hacer descender atrayéndola hacia mí una parte relativamente considerable, se llevó cierto día a cabo por parte de la omnipotencia de Dios una gran *razzia* contra ellas, la cual tuvo como consecuencia que a partir de ese momento sólo quedaran como sobrevivientes el alma de Flechsig bajo una o dos de sus figuras y el alma de von W. bajo una sola figura. Esta última parece haber renunciado luego voluntariamente a atarse [a las Tierras], pero se asentó luego durante largo tiempo —aproximadamente un año— en mí, principalmente en la boca y los ojos, resultándome menos molesta; por el contrario, me proporcionaba hasta cierto entretenimiento, pues mantuve con ella una especie de intercambio de pensamientos, en el cual, por cier-

* “Almas probadas.” Su destino. Experiencias personales, continuación.”

to, casi siempre era yo la parte que daba y el alma de von W. la parte que recibía. Recuerdo aún con cierto humor la impresión extremadamente ridícula que causaba esta alma, que finalmente se había vuelto absolutamente carente de pensamientos y estaba limitada a las impresiones visuales, cuando, no bien yo buscaba algún objeto a mi alrededor, lo buscaba en cierto modo también ella, es decir, miraba con mis ojos.⁸² Alrededor del año 1897, el alma de von W. se disipó finalmente por completo sin que yo lo advirtiera. Yo me había acostumbrado tanto en el último tiempo a su compañía que, cuando un día, después de no haber pensado en ella durante mucho tiempo, tomé conciencia de su disipación, me sentí movido a tocar en el piano en honor de su partida la marcha fúnebre de la “Heroica” de Beethoven.

El alma de Flechsig sigue existiendo aún hoy bajo la forma de unos escasos restos (atada a alguna parte), pero, según tengo sólido fundamento para pensar, hace mucho que ha perdido su inteligencia, es decir, se ha convertido en totalmente carente de pensamientos, de manera que su existencia celestial, que había conquistado sublevándose contra la omnipotencia de Dios, apenas le habrá proporcionado ninguna satisfacción propia; también esto es una de las más esplendorosas corroboraciones del orden cósmico, en virtud de las cuales nada que haya sido creado en contradicción con él puede afirmarse a la larga.

Las antiguas “almas probadas” habían desaparecido del escenario y siguen así, salvo algunas pequeñas excepciones. Al reflexionar sobre este suceso, no puedo abstenerme de citar algunas de las en parte singulares denominaciones que se les aplicaron hasta el momento de disiparse. Aun cuando esto pueda ser de escaso interés para otros lectores, es para mí importante conservar estas denominaciones en la memoria y mantener frescos así los recuerdos, en su mayor parte aterradores y horrorosos, que para mí están con ellas asociados. A la oposición contra la omnipotencia de Dios en su totalidad, formada por las partes de alma de Flechsig y von W., como también por sus secuaces (los Invasores, etcétera) la llamé durante mucho tiempo el “Partido del ‘por ahora’”. Esta denominación aparentemente trivial se basaba en el hecho de que el alma de Flechsig se había acostumbrado a responder siempre tan sólo con un burlón e indiferente “Por ahora” a todas las preguntas acerca de qué pasaría con toda la “maldita historia” (pues la omnipotencia de Dios parecía estar en claro por lo menos respecto de que se trataba de una situación fundamentalmente muy embrollada). La respuesta es también muy característica del carácter de las almas, pues las almas, por su naturaleza misma, no conocen ninguna cla-

⁸² *Mis ojos tenían una expresión peculiar, podría decir que vidriosa. La presencia del alma de von W. se me hacía notar mediante una especie de masa acuosa que cubría mis pupilas.*

se de preocupación por el futuro, sino que se satisfacen con el placer de cada momento. Traducido a lo humano, el "Por ahora" del alma de Flechsig hubiera significado algo así: "No me importa un rábano el futuro, si estoy bien en este momento". Cuando finalmente quedaron sólo dos partes del alma de Flechsig, a la más alejada se la denominó el "Flechsig posterior" y a la que estaba algo más cerca, que por lo demás ya antes había sido sustancialmente más débil, el "Partido-del-por ahora".

De las partes de alma de von W., la "Putrefacción del abdomen de von W." ya ha sido mencionada; esta tenía los nervios más impuros, y por ello manifestaba respecto de mí los sentimientos más infames y al mismo tiempo, respecto de la omnipotencia de Dios, una impertinencia ingenua que se daba a conocer en ciertas expresiones clásicas, que no se adaptaban a la medida métrica correspondiente al movimiento de mis nervios y a la costumbre de los Rayos, como "En cierta manera ya no es tolerable", "Permítame usted", etcétera (esto último cuando iba a ser desalojada de su puesto). Estaba colgada en mi dormitorio mientras yo yacía en la cama, al parecer directamente de la pared que estaba enfrente. En cuanto a la vulgaridad de sus sentimientos estaba muy cerca de ella la llamada "Mediodía" von W., la que llevaba ese nombre porque entonces se dijo de ella que se ocupaba de las comidas, especialmente del almuerzo. Otras dos figuras del alma de von W. mostraban un carácter algo más decente, en parte muy razonable, aunque a veces tornadizo, la "Efectivamente" von W. y la "Ah, Maldición", las cuales recibían esos nombres en razón de las respectivas expresiones, frecuentemente empleadas por ellas. La expresión "Ah, Maldición", en particular, era un residuo del lenguaje primitivo, en el cual se empleaban las palabras "¡Ah, maldición, quién lo diría!" cada vez que algún fenómeno incompatible con el orden del mundo llegaba a la conciencia de las almas, por ejemplo: "¡Ah, maldición!, quién diría que el buen Dios se hace j...".

Durante mucho tiempo fue muy peligrosa para mí una parte del alma de von W., aunque en sí era muy pequeña, la cual, después de un milagro llevado a cabo exclusivamente por ella, fue denominada "Látigo von W.". Esta sacudía permanentemente un pequeño látigo en la cubierta de mi cráneo, lo cual ocasionaba trastornos muy serios y a veces también dolores relativamente intensos.

En la época de mi permanencia en el hospital del doctor Pierson (la "Cocina del Diablo") existía también una figura del alma de von W. para cuya formación debieron de ser empleados algunos de mis nervios, pues llevaba el apelativo de "El Pequeño von W.-Schreber". Esta era la que tenía sentimientos más benévolos de todas; muchas veces trajo (en sus milagros) las llamadas "gotas de oro", un milagro que fuera de estos casos sólo lo efectuaba la omnipotencia de Dios, mediante el cual se extendía, de manera

claramente perceptible para mí, algún líquido como bálsamo sobre las partes lastimadas de la cabeza, craneólos y otras semejantes, de suerte que –de golpe– se producía un efecto inmediatamente curativo.

Mi vida exterior, en la época siguiente al cambio repentino descrito en el capítulo XIII, no transcurría ya de una manera tan uniforme como antes, durante el período de la inmovilidad, pero de todas maneras me brindaba sólo una variación relativamente pequeña, cosa que la permanencia en un hospital lleva consigo. A tocar el piano y jugar al ajedrez dedicaba yo, lo mismo que antes, gran parte de mi tiempo; el repertorio de piezas musicales del cual disponía se hizo paulatinamente no desdeñable, gracias a los regalos de mis parientes.

Como se me proveyó de materiales para escribir, que inicialmente eran sólo lápices de color, luego también otras cosas, comencé a hacer algunos esbozos escritos; mi situación se había vuelto tan precaria, que un lápiz de grafito o una goma de borrar eran conservados por mí como un verdadero tesoro. Al principio, los esbozos consistían solamente en transcripciones inconexas de pensamientos o máximas aisladas; posteriormente –desde el año 1897– comencé a llevar un diario ordenado, en el que anotaba todas mis experiencias; antes –aun en el año 1896– me había tenido que limitar a anotaciones escuetas en un pequeño almanaque. Al mismo tiempo hice entonces los primeros intentos de esbozar un borrador de mis futuras memorias, cuyo plan ya había concebido. Este está contenido en un cuaderno de color pardo, con el título “Extractos de mi vida”, y me ha prestado al elaborar las actuales *Memorias* un bienvenido refuerzo para mi recordación. Quien de alguna manera se interese por este borrador –escrito estenográficamente– encontrará allí muchos rubros que no he incorporado a mis *Memorias* y que podrían dar al lector una idea de que el contenido de mis revelaciones ha sido infinitamente más rico del que he podido incluir en el limitado espacio de estas *Memorias*. Finalmente –a partir de fines de otoño de 1897– redacté en las libretitas B, C e I destinadas para ello las consideraciones o pequeños estudios mencionados ya en la nota 80.

Grandes dificultades me ocasionó desde entonces (y en parte me las ocasiona aún) la ingestión de las comidas, que hasta la Pascua de ese año (1900) tuvo lugar siempre a solas en mi cuarto. Ningún hombre tiene idea de las dificultades con las que tuve que luchar para ello; en efecto, mientras comía se efectuaban milagros erráticos en la boca; también seguían sin obstáculo su curso las insensatas preguntas: “¿Por qué no lo dice (en voz alta)?”, siendo así que el hablar en voz alta es algo casi imposible para un hombre que tiene la boca llena. Mis dientes estaban entonces permanentemente en gran riesgo; sucedió con frecuencia también que algunos de mis dientes fueron rotos mediante milagros mientras yo comía. Con

frecuencia se me aplicaron al comer milagros de mordiscos en la lengua. Los pelos del bigote se me introducían milagrosamente en la boca durante las comidas, hasta el punto que precisamente por esta causa tuve que resolver hacerme afeitar por completo el bigote en agosto de 1896. La pérdida del bigote se había vuelto una necesidad para mí también por otras razones, por poco que me agradase a mí mismo entonces y ahora –de día– con el rostro afeitado. En lo que atañe a las circunstancias descriptas en el capítulo XIII me es preciso representarme a mí mismo, por lo menos durante la noche, con ayuda de mi fantasía como un ser femenino, y para esta ilusión hubiera sido naturalmente el bigote un inconveniente casi insuperable. Mientras comí a solas, casi siempre tuve que tocar el piano o leer durante las comidas, porque siempre se me exigió que durante el comer diera al Dios alejado⁸³ una prueba de que mis fuerzas intelectuales estaban intactas; en la medida en que yo no quería hacerlo, casi no me restaba otra cosa que ingerir la comida de pie o paseándome.

Las noches –vuelvo a adelantarme aquí un poco en el tiempo– las pasé, según se mencionó ya antes, durante un período de unos dos años y medio, desde mayo de 1896 hasta diciembre de 1898 no en el dormitorio que me estaba asignado y que se encontraba al lado de mi cuarto, sino en las celdas para dementes situadas en la planta baja y en el primer piso del ala abovedada del hospital. Las razones de esta medida siguen siendo aun hoy incomprensibles para mí. De todas maneras, en los primeros años de mi permanencia en el presente hospital hubo varias veces riñas entre yo y otros pacientes del hospital, y una vez con un enfermero. Yo registré por escrito la totalidad de los casos; según ello, se trata de entre diez y doce hechos, el último de los cuales se produjo el 5 de marzo de 1898 y en todos, dicho sea de paso, por lo menos cuando se trataba de otros *pacientes*, fui siempre la parte atacada.

Más adelante tendré oportunidad de hablar acerca de los motivos más *profundos* de tales escenas de violencia. De todos modos, no puedo suponer que los médicos hayan podido considerarme, en razón de estos sucesos en definitiva aislados, como un hombre que hubiera sucumbido total-

⁸³ Después de lo que ya antes he señalado muchas veces, por ejemplo en la nota 19, acerca de la *jerarquía* de los reinos de Dios, es esperable que el lector haya logrado por lo menos una vislumbre de lo que quiero decir con la expresión “el Dios *alejado*”. No hay que imaginarse a Dios como un ser limitado espacialmente por los límites de un cuerpo, como el hombre, sino como una *pluralidad en la unidad* o una *unidad en la pluralidad*. Estas no son quimeras arbitrarias de mi cerebro, sino que tengo para todas estas suposiciones puntos de apoyo precisos referentes a lo que está aquí en cuestión, por ejemplo (es decir, para la expresión “un Dios alejado”), el hecho de que en la época en que predominaba aún el lenguaje primitivo auténtico, cada uno de los comandantes de columna anterior de Rayos o representantes de la divinidad solía hablar como “alguien distante, como lo estoy”.

mente al frenesí, puesto que al mismo tiempo tenían ocasión para observar que *de día* yo me ocupaba ininterrumpidamente en tocar el piano, jugar al ajedrez y posteriormente en leer libros y periódicos, de manera correcta, tranquila y del todo congruente con mi grado de educación. Es posible que yo haya hablado en voz alta de vez en cuando durante la noche —cosa de la que ocasionalmente me vi necesitado por las razones expuestas en la nota 63—; también sería posible que otros pacientes que dormían en mi mismo corredor o encima de él hayan tenido algunas veces motivos para quejarse de mí. Pero tampoco fueron estos en modo alguno alborotos que se repitiesen todas las noches ni siquiera en la mayoría de las noches, y además yo también tengo que soportar por mi parte cosas semejantes de otros pacientes, y mi dormitorio está relativamente distante de otras habitaciones para dormir.

Por consiguiente, tengo que calificar como una medida sobremanera extraña el que se me haya hecho dormir durante *dos años y medio*, enteros, con excepción de algunas noches, en celdas acondicionadas para dementes furiosos, en las cuales no encontré nada aparte de una cama de hierro, un vaso de noche y la ropa de cama, y que además se cerraban por completo mediante pesados postigos. Repito que es algo absolutamente ajeno a mi intención plantear cualquier clase de quejas por lo pasado, pero no puedo suponer otra cosa sino que estuvo en juego cierta *vis inertiae** que se conforma con una situación ya creada, aunque sea muy difícil de soportar, sin preguntarse si subsisten aún las razones que dieron ocasión para imponer la medida correspondiente.

Creo poder afirmar sin vacilación que a ningún otro *paciente del Hospital le sucedió ni de lejos algo semejante*: los confinamientos en las celdas se producen en casos de frenesí periódico, pero suelen durar entonces, por cuanto yo sé, a lo más algunas semanas.

Así como no tengo el propósito de dar a la siguiente exposición el carácter de ninguna clase de crítica personal, así también una descripción de lo indeciblemente que sufrí durante esta permanencia en las celdas forma parte del cuadro completo de la historia de mis padecimientos. Mi sueño depende exclusivamente, como surge de lo por mí relatado, de la constelación de las relaciones celestiales; tan pronto como Dios, cosa que en general sucede periódicamente durante medio día y aun por más horas, se retira a una distancia demasiado grande, el sueño se vuelve directamente imposible para mí. Si luego tengo que pasar la noche en vela, la cháchara sin sentido de las Voces genera en mi cabeza inmediatamente tormentos espirituales insoportables, a los cuales se suman desde hace más o menos

* *Fuerza de inercia*, latín en el original. [N. del T.]

un año los estados ululatorios que después describiré, en la medida en que no alcanzo a convencer de lo contrario al Dios alejado, que juzga que me he vuelto idiota.

¿Pero cómo podía hacer yo esto en las noches insomnes en la celda, donde carecía de iluminación, como asimismo de toda clase de objetos adecuados para cualquier actividad? Permanecer en la cama era sencillamente imposible, pero el andar a tientas de un lado a otro por la celda oscura, vestido sólo del camisón y con los pies desnudos –pues ni siquiera me dejaban las chinelas–, era, como es natural, aburrido sobremanera, y en invierno me resultaba extremadamente frío y, además, debido a los milagros que se producían en mi cabeza, de ninguna manera estaba exento de riesgo en las bóvedas bajas de la celda. La necesidad aguza el ingenio, y así fue como en el curso de ese año apelé a todos los recursos posibles para pasar el tiempo de alguna manera tolerable. Muchas veces hice nudos durante horas en las cuatro puntas de mi pañuelo, para desatarlos después, como también, en parte desde la cama, en parte mientras andaba de un lado a otro, expresé en voz alta algún recuerdo de mi vida pasada, conté en voz alta, especialmente en francés –entonces se me hacían constantes preguntas sobre si yo hablaba “lenguas extranjeras”–, recité de la mejor manera posible algunos de mis conocimientos históricos y geográficos, por ejemplo todos los gobiernos rusos y los departamentos franceses, etcétera. Naturalmente, yo sólo de mala gana me decidía a hablar en voz alta, pues al hacerlo renunciaba al sueño, pero con frecuencia no quedaba otro remedio. Muy penosa me resultaba la falta de reloj y de fósforos, pues cuando tras un breve o largo sueño me despertaba de noche no podía saber qué hora era y según ello qué conducta debía asumir para el resto de la noche.

Como hacia el final del período de permanencia en la celda no cerraban ya las ventanas, me dediqué a la observación del cielo estelar,⁸⁴ y gracias a un planisferio celeste que estudiaba cada vez durante el día, conseguí, de una manera enteramente semejante a los pueblos primitivos, cierta destreza para establecer las horas de la noche. Mientras los postigos estuvieron cerrados, con frecuencia me herí casi las manos por golpear con los puños contra aquellos; una vez desencajé por completo uno de los postigos cerrados por un milagro, tras lo cual el travesaño superior fue lanzado milagrosamente sobre mi cabeza de tal manera que mi cabeza y mi pecho quedaron cubiertos de sangre. Las circunstancias cobraron un aspecto más favorable durante el último tiempo de mi permanencia en la celda por el

⁸⁴ Esto siempre con la conciencia propia, no fundamentada en ningún hombre, de que ese cielo estelar era el mismo desde el cual partían milagros que para mí eran nocivos desde tantos puntos de vista.

hecho de que yo llevaba conmigo siempre a ella una cajita de hojalata en la que solía guardar distintas chucherías: lápiz, papel, uno de los llamados “*pocket-chessboard*” (ajedrez de bolsillo), etcétera, mediante los cuales, por lo menos en verano, cuando entraba la claridad del día, era posible ocuparse en algo. Esta situación, según dije, la soporté *durante dos años y medio*, fundamentalmente tan sólo porque los hombres no supieron valorar las circunstancias sobrenaturales.

CAPÍTULO XV*

Poco tiempo después del brusco cambio descrito en el capítulo XIII, por lo tanto hacia fines de 1895 o comienzos de 1896, se produjo una serie de experiencias que me hicieron someter a un examen crítico mis ideas anteriores sobre los “hombres hechos a la ligera”, el “jugueteo con hombres” y otras semejantes, a consecuencia del cual llegué a formarme una concepción en parte por lo menos diferente.

Hay tres hechos presentes en mi memoria que me hicieron vacilar en lo que yo hasta entonces había tenido por verdadero y cierto, a saber, en primer lugar, el haber participado del reparto de regalos para la Navidad de 1895 en la familia del director del Hospital, consejero privado doctor Weber; luego, la llegada de una carta que me envió mi cuñada desde Colonia, con el matasellos de allí, y finalmente un desfile de niños con motivo de la celebración del 25º aniversario de la paz de Francfort —el 10 de mayo de 1896— que presencié desde mi ventana y se efectuó en una de las calles alemanas de Pirna. Después de estos y otros hechos semejantes —pronto se sumó también una correspondencia regular y la lectura de periódicos, que ahora me eran guardados por mis parientes— no pude ya dudar que existía una verdadera humanidad en la misma cantidad y extensión espacial que antes. En cambio surgió la dificultad de cómo conciliar estos hechos con mis percepciones anteriores, que aparentemente indicaban lo contrario. Esta dificultad subsiste aún hoy, y tengo que confesar que al respecto me encuentro frente a un enigma no resuelto y probablemente no resoluble para los seres humanos.

Para mí es algo totalmente indudable que mis ideas anteriores no han sido de ninguna manera “delirio” o “ilusiones sensoriales”, pues todavía en la actualidad recibo cada día y cada hora impresiones que me brindan plena claridad sobre el hecho de que, para decirlo como Hamlet, *hay algo podrido en el reino de Dinamarca*, es decir, aquí, en la relación entre Dios y la humanidad. De qué manera se ha desarrollado históricamente el estado ac-

* “Jugueteo con los hombres y con milagros. Gritos de socorro. Pájaros parlantes.”

tual; si de manera brusca o mediante transiciones paulatinas, y hasta qué punto, además de las manifestaciones de vida humana causadas por influjo de los Rayos (milagros), existen manifestaciones de vida humana independientes, no influenciadas por los Rayos, es algo que sigue siendo de todas maneras una cuestión oscura aun para mí.^{84bis} Es algo para mí muy cierto que las expresiones y giros sobre “hombres hechos a la ligera” y de “malditos juguetes con los hombres”, las preguntas: “¿Qué será de la maldita historia?” y otras semejantes, lo mismo que los comentarios sobre “hombres nuevos, salidos del espíritu de Schreber” no surgían en mi cabeza, sino que se los pronunciaba dentro de ella desde afuera. Esto solo me obligó a deducir que hay algo de real en las ideas unidas con ello, que corresponden a alguna clase de acontecimientos históricos. Pero en el curso de los últimos seis años he recibido ininterrumpidamente percepciones –y las sigo recibiendo aún hoy cada día y cada hora–, que fundamentan para mí de manera indudable la convicción de que todo lo que es hablado y hecho por los hombres cerca de mí se basa en acciones milagrosas y está en relación directa con la aproximación de los Rayos y con el intento alternante de liberarse nuevamente.

Ya en el capítulo VII he mencionado que cada palabra que se habla conmigo o en mi proximidad, que cualquier acción de un ser humano, por insignificante que ella sea, que vaya acompañada de cualquier ruido, por ejemplo, el abrir el pasador de la puerta de mi corredor, el picaporte de la puerta de mi cuarto, la entrada en él de un enfermero, etcétera, la siento junto con un golpe dado contra mi cabeza que me causa cierta sensación dolorosa; la sensación de dolor se exterioriza como un tirón hacia atrás en mi cabeza, el cual, no bien Dios se retira a una distancia excesiva, suscita una sensación sumamente desagradable y que puede estar unida –tal es por lo menos el sentimiento que yo tengo– con la sustracción de una parte de la sustancia ósea de la cubierta de mi cráneo. Mientras yo –en mi cuarto o en el jardín– hablo en voz alta, dirigiéndome a Dios, todo a mi alrededor permanece callado y quieto como la muerte; durante todo este tiempo no surge tampoco en Dios la tendencia a retirarse, porque se encuentra bajo la influencia directa de la manifestación vital de un hombre que se halla en la plena posesión de las fuerzas de su intelecto; entonces se me impone muchas veces la apariencia de que me muevo sólo entre cadáveres ambulantes; hasta tal punto parecen haber perdido todos los otros hombres (enfermeros y pacientes) la capacidad de pronunciar siquiera una sola palabra.⁸⁵ Lo mis-

^{84bis} Véase, por lo demás, el “Prólogo”.

⁸⁵ La situación cobra un aspecto algo distinto durante las comidas, que desde la Pascua de este año (1900) hago en la mesa familiar del director del Hospital, consejero privado doctor

mo sucede cuando mi mirada se posa sobre cualquier ser femenino. Pero no bien aparto mi mirada o permito que se produzca el cierre de mis ojos provocado mediante un milagro, o no bien paso del hablar en voz alta a estar en silencio, sin emprender al mismo tiempo alguna ocupación espiritual, en otras palabras, cuando me entrego al no pensar en nada, aparecen sin demora, la mayor parte de las veces en el primer aspecto (instante), los siguientes fenómenos, que se encuentran en relación mutua, a saber:

1) algún alboroto en mi cercanía, principalmente consistente en arranques de grosería por parte de los locos, que son los que la mayor parte de las veces están allí;

2) en mi persona, la aparición del milagro ululatorio, por el cual aquellos de mis músculos que sirven para los procesos respiratorios son puestos en movimiento por el Dios inferior (Arimán), de manera tal que me veo obligado a emitir aullidos, a menos que haga un esfuerzo muy especial para reprimirlos; a veces el aullar se produce en una repetición tan rápida y frecuente, que surge un estado casi intolerable para mí y, especialmente de noche, me resulta imposible permanecer acostado en la cama;

3) el levantarse del viento, aunque no sin influencia del estado del tiempo en el momento respectivo, pero en el cual es enteramente inconfundible la aparición de breves ráfagas, que coinciden con las pausas de mi actividad de pensamiento;

4) los gritos de “¡Socorro!” de la totalidad de la masa de nervios divinos que se siguen desprendiendo, que resuenan con tanta mayor claridad cuanto a mayor distancia se ha retirado Dios de mí y cuanto mayor es, por consiguiente, el camino que estos nervios, que manifiestamente se encuentran en algún estado de angustia, tienen que recorrer.

Todos estos fenómenos se repiten cientos de veces cada día, y han sido percibidos, consiguientemente, por mí en el transcurso de los años cientos, si no miles, de veces con perfecta regularidad. La razón la he expuesto ya muchas veces. En cada interrupción de mi actividad de pensamiento Dios considera inmediatamente que mis facultades espirituales se han ex-

Weber, principalmente por la razón de que allí se desarrolla una conversación continua, interrumpida sólo por pocas pausas. De todas maneras, los fenómenos mencionados en el texto no aparecen siempre de la misma manera, y han experimentado ciertos cambios en el transcurso del tiempo, los cuales dependen especialmente de que ha amenguado la voluptuosidad del alma. Muchos de los fenómenos comentados ceden durante un tiempo, para dejar lugar a otros fenómenos que en los años precedentes no se observaban nunca o sólo ocasionalmente. Esto vale especialmente para los llamados “aullidos”, de los que tendré que hablar con más detalles. Pero siempre subsiste el hecho fundamental, a saber, el intento, aparentemente irresistible para Dios, de retirarse no bien se deja de hallar en mi cuerpo la voluptuosidad del alma o no puede reconocerse en mi lenguaje y mi actividad la prueba directa de la existencia de un hombre en plena posesión de sus fuerzas espirituales.

tinguido, que la destrucción esperada por él de mi intelecto⁸⁶ (la “idiotez”) se ha presentado, y que con ello se ha dado la posibilidad de retirarse.

Así pues, pone por obra la acción de retirarse, y en favor de ella se produce milagrosamente una “perturbación”, en el sentido descrito en el capítulo X, pp. 156-157. Este es el “alboroto” mencionado *ad 1*. Al mismo tiempo, el así llamado “aullar” es casi siempre suscitado inmediatamente mediante un milagro por el Dios inferior (*ad 2*); el objetivo parece ser doble, a saber: por una parte, formarse la impresión, por medio de la “representación”, de un hombre que en cierta medida aúlla por idiotez y, por la otra, hacer que las Voces interiores infundidas por el Dios superior para posibilitar un alejamiento mayor sean sofocadas por el alboroto producido por el aullar, con el fin de que el Dios inferior, que parece tener conciencia, por lo menos a medias, de la necesidad de dejarse atraer en mayor medida, pueda contar con la reunión de todos los Rayos y con la voluptuosidad del alma que surge en mi cuerpo, en otras palabras, para asegurarse de que entrará en mi cuerpo pero *sin voluptuosidad* del alma. El mayor alejamiento ocasiona (*ad 3*) de inmediato que el viento se levante (véase capítulo I). Pero el Dios superior no deja de percatarse al mismo tiempo de que la esperada anulación de la fuerza de atracción de mis nervios no ha sido tampoco alcanzada, sino que más bien subsiste sin mengua; el estado de angustia que surge por ello en las partes de los nervios divinos desprendidas en el ínterin (*ad 4*) recibe expresión como un auténtico sentimiento en el grito de “¡Socorro!”. Sigue siendo para mí enigmático, al igual que muchas otras cosas, que el grito de socorro aparentemente no sea percibido por otras personas:⁸⁷ la sensación sonora que repercute en mi oído –muchos cientos de veces cada día– es tan clara, que de ninguna manera puede ser calificada de ilusión sensorial. Además, en cada oportunidad se agrega inmediatamente al “grito de socorro” propiamente dicho la frase aprendida de memoria: “¡Ojalá cesaran los malditos gritos de socorro!”.

Que todas las manifestaciones vitales de los hombres que están cerca de mí, especialmente su lenguaje, tienen que interpretarse como milagros (influencia de los Rayos), es algo que, empero, surge para mí claramente a la luz en el *contenido* de lo hablado. Para hacer comprensible esta aseveración, tengo también aquí que remontarme un poco atrás. Como ya se indi-

⁸⁶ Que este sea el propósito buscado, es algo que antes era con gran frecuencia confesado en la frase procedente del Dios superior, escuchada innumerables veces por mí: “Queremos destruirle el intelecto”. Últimamente esta frase se emplea con menos frecuencia, porque debido a la constante repetición termina siempre por convertirse en una forma del pensar-sin-pensamiento-de-nada.

⁸⁷ Compárese al respecto la observación incluida bajo el número IV de la primera serie de “Apéndices”, hacia el fin.

có en la página 149 del capítulo IX, mediante el atarse a las Tierras (véase capítulo IX, p. 146), fueron reservados por Dios, además de las almas probadas que entonces existían, ciertos restos de las anteriores “antecámaras del Cielo”, es decir, almas de hombres que habían llegado a ser bienaventurados, con el fin de adelantarlos como puestos de avanzada, pero que estaban cargados de virus de cadáveres, al producirse el acercamiento determinado por la fuerza de atracción de mis nervios, y retardar así la atracción de los auténticos Rayos divinos. Además se creía que, mediante la masa de virus de cadáveres que de esa manera se acumula cada día en mi cuerpo, se podría terminar por aplastarme, es decir, matarme o destruir mi intelecto. Los dichos nervios (restos de las antecámaras del Cielo) se presentan desde hace años, de resultas de una relación maravillosa que manifiestamente está fundada de la manera más íntima en la esencia de la creación divina, y que por ello tampoco puede ser explicada por mí de una manera más clara, bajo la forma de *pájaros hechos milagrosamente*. Pero el hecho mismo de que *en los nervios que están introducidos en estos pájaros se trata de restos (nervios aislados) de almas humanas que llegaron a ser bienaventuradas* es algo totalmente indudable para mí, a causa de percepciones que desde hace años logran repetirse millares de veces por día.

Conozco bien por el timbre de sus voces a cada uno de los nervios que intervienen en esto, las cuales se me han vuelto familiares desde hace años; sé bien cuáles de los giros sin sentido aprendidos de memoria tengo que esperar de cada uno de ellos, según que hayan sido enviados desde los reales del Dios inferior o desde los del Dios superior (hechos milagrosamente por este o por aquel). Su cualidad de haber sido otrora nervios humanos se manifiesta de manera evidente en el hecho de que los pájaros hechos milagrosamente, *en su totalidad y sin excepción*, cada vez que descargan por completo el virus de cadáveres, es decir, una vez que han recitado las frases que en cierta medida les han sido inculcadas,* expresan luego el auténtico sentimiento de placer en la voluptuosidad del alma de mi cuerpo del que ahora participan con las palabras “canalla maldito”⁸⁸ o “¡Ay, maldición!, en cierta medida”, es decir, con *sonidos del lenguaje humano, las únicas palabras de las que aún son capaces para expresar un sentimiento auténtico*. De lo que han hablado antes, las frases aprendidas de memoria –para seguir empleando esta expresión que, naturalmente, sólo debe entenderse figuradamente– no tienen la menor comprensión; las recitan sin comprender el significado de

* *Einbleuen*, literalmente “enseñar a palos”. [N. del T.]

⁸⁸ Las palabras “maldito canalla” no tienen aquí de ninguna manera un dejo hostil, sino precisamente al revés, como ya sucedía en el lenguaje primitivo, el de reconocimiento amistoso o de admiración.

las palabras; por lo demás, en punto a inteligencia no parecen estar por encima de ningún otro pájaro natural.

No sé decir de qué manera se lleva a cabo el hecho de que sus nervios entren en las vibraciones por medio de las cuales los sonidos articulados o, mejor dicho, susurrados por ellos, se ajusten al sonido de palabras humanas con que están formadas las frases aprendidas de memoria: el aspecto técnico de este asunto no lo puedo explicar mejor, pero conjeturo que se trata de cosas imposibles de captar para los hombres, por ser sobrenaturales.⁸⁹ Pero el *efecto* me es bien conocido a través de una experiencia de años, y consiste en que los nervios de los pájaros formados milagrosamente, mientras están ocupados en recitar las frases que se les han inculcado (aprendidas de memoria), se vuelven *insensibles* para todas las impresiones que, de no ser así, hubieran tenido al entrar en mi cuerpo, particularmente para la voluptuosidad del alma y las impresiones oculares, como si entraran en mí con los ojos vendados y su capacidad natural de sentir quedara de alguna manera suspendida. Es asimismo el fin de toda esta organización, y también la razón por la cual el *tempo* –de manera correspondiente al crecimiento de la voluptuosidad del alma– con el que se pronuncian las frases aprendidas de memoria se ha vuelto cada vez más lento: es menester que las Voces que entran en mí conserven, en cuanto portadoras del virus de cadáveres, la fuerza destructora de este durante el más largo tiempo posible. Pero aquí se manifiesta un fenómeno sumamente singular, que tiene gran importancia para el alcance de los daños que las Voces pertinentes o los Rayos ocasionan a mi cuerpo.

Los pájaros formados milagrosamente no comprenden, según ya se dijo, el *sentido* de las palabras pronunciadas por ellos, pero en cambio parecen tener una sensibilidad natural para la *consonancia de las Voces*. Por ello, mientras están ocupados en recitar las frases aprendidas de memoria, no bien perciben, o en aquellas vibraciones de mis nervios que proceden de mí (mis pensamientos) o en lo que se habla en mi ambiente, palabras que tienen el mismo o semejante sonido que lo que ellos tienen que pronunciar (recitar), esto les provoca aparentemente un estado de sorpresa, de re-

⁸⁹ (Escrita sólo algunos días después de redactar el texto al que se refiere.) Quizás esté aquí en cuestión un proceso semejante al que se intentó con mis nervios, según la página 132, *in fine*, del capítulo XI y que fue sentido por mí como un embrutecimiento transitorio o una limitación transitoria de la capacidad de pensar. Podría imaginarse que el cubrir los nervios de los pájaros con virus de cadáveres los priva de su capacidad natural de vibrar, y por consiguiente de la sensibilidad natural, y que en cierta medida actúa sobre los nervios dilatándolos, de manera que estos quedarían capacitados para efectuar sólo las vibraciones de gran amplitud, que corresponden especialmente a las palabras pronunciadas en la última época de manera excesivamente lenta.

sultas del cual se dejan, por así decirlo, engañar por la consonancia, o sea, olvidan por la sorpresa el resto de las frases que aún les quedan por recitar y sienten repentinamente una *auténtica* emoción.

La consonancia, según se dijo, no necesita ser total; como el *sentido* de las palabras no es captado por los pájaros, basta con que perciban sonidos que suenen de *manera semejante*; les importa poco, por ello, que se diga:

“Santiago” o “Cartago”

“Cualidad de ser chino” [*Chinentum*] o “Jesucristo” [*Jesum Christum*]

“Arrebol” [*Abendrot*] o “Dispnea” [*Atemnot*]

“Arimán” o “Ackermann” [agricultor; también un apellido]

“Pisapapeles” [*Briegbeschwerer*] o “El señor Examinador [también un apellido] lo afirma bajo juramento” [*Herr Prüfer schwört*], etcétera, etcétera.⁹⁰

La posibilidad que así se me brindaba de desorientar a los pájaros que hablaban conmigo, mediante la acumulación intencionada de palabras de sonido semejante me sirvió con frecuencia como una especie de entretenimiento en medio de la casi insoportable monotonía de la cháchara de las Voces y habría de proporcionarme un pasatiempo ciertamente bastante singular. Por más cómico que esto pueda sonar, el asunto tenía para mí un significado muy serio, y lo sigue teniendo en parte aún en el presente. En efecto, el Dios inferior y el superior, que están tan enterados como yo de la peculiaridad de los pájaros formados milagrosamente de dejarse engañar por las palabras de sonido semejante, jugaban alternativamente como triunfo esta peculiaridad. Ambos tienen el afán de retirarse y de hacer que se adelante siempre la otra parte; ahora bien, como al dejarse engañar los pájaros por la consonancia se acelera en cada caso la atracción de aquella parte a cuyos reales corresponden las Voces respectivas, el Dios superior hace que las personas de mi ambiente pronuncien preferentemente aquellas palabras que pertenecen al material de registro y de Voces del Dios inferior, e inversamente; en tanto que yo, como me interesa la reunión de todos los Rayos, y por consiguiente que la atracción sea pareja, trato siempre de actuar en sentido contrario. También aquí dispongo de ejemplos tan numerosos como las arenas del mar.

Para aducir tan sólo algunos pocos, mencionaré que la “luz eléctrica” y los “ferrocarriles”, como asimismo –dentro del contexto indicado en el capítulo XIII, p. 185– las “colosales fuerzas” y la “resistencia inútil” pertene-

⁹⁰ Los ejemplos precedentes están tomados del material oral y escrito realmente usado; por ejemplo, el “señor Prüfer” es el nombre de un ex paciente de este Hospital, que antes había sido muy nombrado. Podría multiplicar por cientos o por millares el número de los ejemplos, pero me contentaré con los precedentes.*

* La nota 91 fue eliminada porque se refiere a Flechsig. Véanse pp. 297 y 368. [N. del E.]

cen al material de registro del Dios inferior. Por ello, el Dios *superior* hace que en las conversaciones que en mi presencia –también en la mesa del almuerzo del director del Hospital– se hable, con una frecuencia que es del todo sorprendente y que excluye toda posibilidad de pensar en una casualidad, de “vías eléctricas”, se encuentre “colosal” a todo lo imaginable y en cada situación, oportuna o no, se refieran cosas sobre la “inutilidad”. Para mí, en estos procesos –además de otros muchos– se encuentra la prueba irrecusable de que *los nervios de los hombres que emplean estas palabras* –de manera inconsciente para ellos, como es natural– son movidos a hacerlo *por influencia de los Rayos* (milagro); en otras palabras, la prueba de la realidad del llamado “jugueteo con hombres”, sobre el cual el Dios inferior acostumbraba a hablar innumerables veces los años anteriores. También aquí tengo conciencia de hasta qué punto ha de resultar increíble para otros hombres lo expuesto por mí, pero las experiencias que encierran su confirmación las hago cada día y cada hora, en cualquier lugar y en cualquier circunstancia, en una cantidad tan impresionante, que para mí está excluida cualquier duda sobre la objetividad de la situación descripta. Pienso dar quizá más adelante detalles al respecto.

En lo que concierne a los pájaros formados milagrosamente, tengo algo que añadir a lo que precede. En ellos se produce el fenómeno notable de que los nervios individuales o almas que participan de ello se manifiestan bajo la figura de distintas *especies* de pájaros, según sea la estación del año. Los mismos nervios están contenidos durante la primavera en los cuerpos de los pinzones u otros pájaros canoros; durante el verano, en los de las golondrinas, y durante el invierno en los de los gorriones o las cornejas. La identidad de las almas en cuestión está, para mí, fuera de toda duda, por el timbre, que conozco perfectamente, de sus voces, como también por los giros, que escucho de ellas siempre de manera uniforme, y que, por así decirlo, están injertados en ellas.⁹²

De aquí que surja por sí misma la pregunta de si pueden tener *una vida continua* o si se los forma de nuevo milagrosamente cada día o por lo menos cada cierto lapso más prolongado. Es esta una pregunta que sólo pue-

⁹² La expresión arriba mencionada “injetados”, que se me ocurrió sólo cuando había avanzado en mi trabajo, me parece expresar la situación mejor aún que las expresiones empleadas anteriormente “aprendidas de memoria” e “inculcadas”. En estas expresiones podría quizá pensarse en una recepción en la conciencia del *sentido* de las palabras, pero de ninguna manera puede hablarse de tal cosa a propósito de los pájaros formados milagrosamente. Su lenguaje, *en lo que respecta a las locuciones injertadas*, no se encuentra a la altura del lenguaje de un papagayo que habla. Pues este repite, en virtud del propio impulso, las palabras que aprendió otrora, es decir, en virtud de una especie de decisión voluntaria. Pero los pájaros formados milagrosamente *tienen* que recitar las locuciones injertadas, sin tomar en cuenta el momento y la oportunidad, quieranlo o no.

do proponer, no responder. Advierto que los pájaros formados milagrosamente comen y evacuan como los otros pájaros naturales; sería, pues, posible que el estado producido milagrosamente se mantuviera durante un tiempo mediante la ingestión de alimento; también observé repetidamente en primavera la nidificación, lo que parece indicar una capacidad de procrear. Por otra parte, por su lenguaje tengo la certeza de que en otros aspectos no son pájaros totalmente naturales. Su número es muy considerable, aparentemente alcanza a centenares, por lo cual no me atrevo a dar una cifra determinada. Por los giros que emiten, se dividen en dos grupos, de acuerdo con los cuales se diferencian claramente como provenientes parte del Dios superior y parte del Dios inferior.

Al grupo del Dios inferior pertenece en especial un alma en figura de pájaro que casi siempre es la que está más cerca de mí y que por ello hace años que es designada por las otras Voces con el nombre de mi “pequeño amigo”. Aparece en primavera generalmente como carpintero o mirlo, en verano como golondrina y en invierno como gorrión. La designación que se le da en broma de “picus, el carpintero” es mantenida por las otras Voces aun cuando aparece como mirlo, golondrina o gorrión. Conozco bien cada uno de los giros, los cuales en el curso de los años se han vuelto relativamente numerosos, que se le encomiendan para pronunciar en constante repetición, y con frecuencia he hecho listas de aquellos, como también en el caso de otros pájaros formados milagrosamente, que siempre demuestran ser acertadas. A gran número de las restantes almas-pájaros les he dado en broma, para diferenciarlas, nombres de muchachas, porque en conjunto se las puede comparar seriamente, por su curiosidad, su inclinación a la voluptuosidad, etcétera, con muchachas jovencitas. Estos nombres de muchachas fueron adoptados en parte también por los Rayos divinos y retenidos por ellos para designar a las respectivas almas-pájaros. A los pájaros formados milagrosamente pertenecen todos los pájaros *que vuelan velozmente*, por lo tanto, de manera especial todos los pájaros canoros, además de las golondrinas, gorriones, cornejas, etcétera; *de todas estas especies de pájaros nunca logré, en el lapso de los años transcurridos, ver un ejemplar que no hablase*; hasta en los dos viajes en coche que hice en el verano de este año (1900)⁹³ me acompañaron ambas veces durante todo el camino y hasta el término de mi excursión. En cambio, no hablan las palomas que se encuentran en el corral de este Hospital, ni tampoco un canario que está enjaulado en uno de los alojamientos para el personal, como tampoco las gallinas, gansos y patos que he visto, ya sea desde mis ventanas en los terrenos que están en las laderas debajo del Hospital, ya sea en las dos ex-

⁹³ Anteriormente, es decir, durante casi seis años, no salí de los muros del Hospital.

cursiones por los dos lugares mencionados por mí; tengo que suponer, por consiguiente, que se trata en este caso de simples pájaros naturales. Todo el fenómeno de los pájaros parlantes entraña, pues, algo tan maravilloso y fantástico, que sería para mí del más alto interés observar el mundo de las aves en otras partes del país, porque, naturalmente, no puedo presuponer que los bosques de fronda, etcétera, situados a mayor distancia carezcan por completo de una población de aves.^{93bis}

^{93bis} (Agregado de marzo de 1903.) El lenguaje de todos los pájaros *que vuelan libremente* ha durado sin interrupción durante los años transcurridos en el interin, en los cuales he cambiado de residencia muchas veces y sigue teniendo lugar aún hoy. En adelante preferiré emplear, en lugar de la expresión “pájaros formados milagrosamente”, que es la empleada antes en el texto, la expresión “pájaros parlantes”. Anteriormente no creí que pudiera explicarme el hecho de que los pájaros hablasen de otra manera que suponiendo que estos pájaros habían sido formados milagrosamente *en cuanto tales, es decir, creados cada vez*. Después de todo lo que he averiguado entretanto, me inclinaría a considerar más probable que se trate de pájaros nacidos mediante procreación natural, sólo que en sus cuerpos fueron introducidos de alguna manera sobrenatural los escasos restos aún existentes de las “antecámaras del cielo”, es decir, almas de hombres que han llegado a la bienaventuranza, o se los introduce cada vez. Pero que estas almas (nervios) han sido, efectivamente introducidas en los cuerpos de los pájaros (quizás *además* de los nervios propios de esos pájaros) y en cualquier caso sin tener conciencia de su identidad anterior, es algo absolutamente indudable para mí, por las razones expuestas en el texto.*

* Falta la nota 94. [N. del E.]

CAPÍTULO XVI*

Después de mostrar en los capítulos precedentes a qué cambios estuvo sometida mi vida exterior durante el lapso de los años transcurridos y qué fenómenos caracterizaron a la lucha de exterminio llevada a cabo contra mí por los Rayos divinos, quiero ahora informar algo más respecto de bajo qué formas –por lo demás muy variadas– se manifestó simultáneamente la sin interrupción mantenida *compulsión a pensar*. El concepto de “compulsión a pensar” ha sido precisado ya en el capítulo V, en el sentido de que tiene como contenido una coacción a pensar incesantemente, mediante la cual el derecho natural del hombre al descanso mental, al reposo transitorio de la actividad de pensar, por vía de no pensar nada, resulta menoscabado, o como reza la expresión del lenguaje primitivo, se perturba el “subsuelo” del hombre. Mis nervios, por acción de los Rayos, entran en vibraciones que corresponden a ciertas palabras humanas, cuya elección, pues, no depende de mi voluntad, sino de una influencia externa ejercida sobre mí. Además, ya desde el comienzo, imperó el sistema de *no hablar con frases completas*, es decir, las vibraciones en que se hacía entrar a mis nervios y las palabras producidas de esa manera no contenían la gran mayoría de las veces pensamientos completos y cerrados en sí mismos, sino sólo fragmentos de ellos, y se les proponía en cierta medida como tarea a mis nervios el completarlos para formar algún sentido razonable. Es algo intrínseco a la naturaleza de los nervios, cuando se introducen en ellos cualesquiera palabras inconexas, cualesquiera frases interrumpidas, el esforzarse involuntariamente por buscar lo que falta para formar un pensamiento completo y satisfactorio para el espíritu humano.

El sistema de no hablar con frases completas se ha ido perfeccionando cada vez más en el transcurso de los años, a medida que las almas comenzaron a carecer de pensamientos propios. Hace años que dentro de mis nervios se pronuncian, reiteradas miles de veces, sólo conjunciones aisladas u otras locuciones adverbiales que tienen por función introducir oraciones de

* “Compulsión a pensar. Sus expresiones y fenómenos concomitantes.”

relativo, quedando a cargo de aquellos completar luego las oraciones de relativo con algún contenido satisfactorio para la mente pensante. Así, hace años que escucho cada día, reiteradas millares de veces, las palabras pronunciadas dentro de mis nervios sin ninguna conexión: “¿por qué sólo?”; “por la razón de que yo”; “porque, puesto que yo”; “sea pues”; “respecto de él” (es decir, respecto de mi persona hay ahora que pensar o decir esto o aquello); además, un “¡Oh sí!”, absolutamente sin sentido, que es introducido en mis nervios, y por último ciertos fragmentos de locuciones expresadas otrora de manera completa, por ejemplo:

1. “Ahora yo”
2. “Esto es, usted tendrá que”
3. “Yo me”
4. “Pero ahora tiene que”
5. “Es que eso”
6. “Ahora nos falta”

etcétera. Para dar al lector una idea por lo menos aproximada de estos giros cortados, adjuntaré a cada uno de los ejemplos presentados de 1 a 6 la continuación que otrora había sido efectivamente pronunciada, pero que entonces se omitía, y que en cierta medida dejaba a cargo de mis nervios el completarla. Los giros tendrían que haber rezado así:

1. “Ahora yo reconoceré que soy idiota”;
2. “Esto es, usted tendrá que ser representado como ateo, como entregado a vicios voluptuosos, etcétera”;
3. “Yo me dedicaré a pensarlo”;
4. “Pero ahora tiene que estar bien cocido el asado de cerdo”;
5. “Es que eso era demasiado, según la concepción de las almas”;
6. “Ahora nos falta el pensamiento principal”; es decir, “Nosotros los Rayos carecemos de los pensamientos”.

El giro, de no muy buen gusto, sobre el asado de cerdo (*ad 4*) se basa especialmente sobre el hecho de que yo mismo me había servido una vez, años antes, en el lenguaje de los nervios, del giro figurado de “asado de cerdo bien cocido”. Esta locución fue luego tomada al pasar y convertida en una parte constantemente reiterada del material del lenguaje. El “asado de cerdo” tengo que referirlo a mí mismo, y por consiguiente se indica con ello que mi fuerza para resistir a los ataques de los Rayos dirigidos a perturbar mi entendimiento estaba ahora finalmente agotada.

La razón del no hablar con frases completas es la misma que aparece en cada punto de la conducta de Dios para conmigo; se pretende con ello escapar a la necesidad de deshacerse en mi cuerpo por obra de la fuerza de atracción. Mientras subsistieron los estados aproximadamente acordes con el orden cósmico, es decir, antes del atarse a los Rayos y a las Tierras (véase

capítulo IX), bastaba cualquier coincidencia de *los sentimientos* en un solo aspecto (instante), para hacer que las almas que estaban suspendidas libremente en el cielo bajaran de un salto a mi boca, y que de esa manera pusieran fin a su existencia; yo experimenté entonces ese proceso, según se señaló ya en el capítulo VII, p. 117, en muy numerosas oportunidades. Pero el mismo resultado tuvieron también las meras “consideraciones razonables”, en la medida en que las almas mismas les daban expresión con una forma gramaticalmente completa. Aun ahora, la expresión gramaticalmente completa de cualquier pensamiento conduciría a mí sin más, de suerte que los Rayos que entraran junto con ella (que por otra parte se habrían hecho capaces de retirarse) elevarían por un tiempo la voluptuosidad del alma en mi cuerpo. El no hablar con frases completas parece tener el efecto de detener en cierta medida a las almas a mitad de camino y capacitarlas para retirarse antes de haber contribuido al aumento de la voluptuosidad del alma en mi cuerpo; aunque no se logra impedir con ello la atracción de manera completa y a la larga, por lo menos, parece producirse con cierto retardo.

Es difícil imaginar qué esfuerzos espirituales me impuso la compulsión a pensar durante años, especialmente durante los momentos en que se produjeron las exacerbaciones mencionadas, y qué tormentos espirituales se me ocasionaron con ello. Durante los primeros años mis nervios sintieron efectivamente como una coacción irresistible a encontrar una continuación, satisfactoria para el espíritu humano, de cada una de las frases interrumpidas,⁹⁵ de manera análoga a como en el trato ordinario, humano, se suele dar normalmente una respuesta a la pregunta de otra persona. Para hacer comprensible de alguna manera cómo tal coacción está dada en sí y de por sí por la naturaleza de los nervios humanos, me valdré de un ejemplo. Imagínese el caso de que los padres o un educador presencien un examen que en la escuela se ha fijado para sus hijos. En la medida en que sigan el examen con atención, involuntariamente se darán mentalmente ellos mismos la respuesta, aunque sólo sea en esta forma: “No sé si los niños lo sabrán”. Pero en esto, naturalmente, no existe ninguna clase de compulsión espiritual sobre los padres o el educador; sólo necesitan retirar su atención del desarrollo del examen y aplicarla a cualquier cosa externa que haya a su alrededor para proteger a sus nervios contra cualquier esfuerzo en la dirección mencionada. En esto reside precisamente la diferencia esencial entre el ejemplo aducido y mi propio caso. Las preguntas formuladas o las partículas interrogativas que fundamentan la coacción a ejercitar la función de

⁹⁵ A la capacidad de hacer esto como lo exige la estimulación de los nervios, de manera inmediata, en el primer aspecto (instante), se la designa como “la capacidad de responder en el primer aspecto”.

pensar son pronunciadas dentro de mis nervios, cuando los Rayos los hacen entrar en las vibraciones correspondientes, de manera tal, que no pueden sustraerse de ninguna manera a la estimulación que los compele a pensar. Tengo, en verdad, que dejar pendiente la cuestión de si la expresión elegida, que se hace entrar a mis nervios en las vibraciones correspondientes, se ajusta exactamente a la situación; el proceso que yo siento de manera directa es que las Voces que hablan (últimamente tan sólo las voces de los pájaros parlantes) se introducen en mi cabeza bajo la forma de *Voces interiores*, como largas hebras, y allí, por medio del virus de cadáveres del que se descargan, generan una sensación dolorosa de tensión.

Lo opuesto de estas Voces interiores lo constituyen las Voces exteriores, que yo escucho especialmente cuando son pronunciadas por los pájaros, proviniendo de la garganta misma de los pájaros. De todas maneras, mis nervios no pueden sustraerse en ninguno de ambos casos a la sensación sonora de las palabras pronunciadas, y de esa manera se produce por sí misma la estimulación de mis nervios, la cual, en la medida en que se trata de preguntas o de pensamientos incompletos, me compele a seguir pensando. En los primeros años, por lo menos, la necesidad de seguir pensando, de responder a las preguntas planteadas, de completar estilísticamente las frases interrumpidas, etcétera, era totalmente imposible de eludir para mis nervios; sólo con el transcurso de los años he logrado acostumbrar cada vez más a mis nervios (a mi “subsuelo”) a que transformen, por lo menos parcialmente, las palabras y giros pronunciados, en formas del pensar sin pensamiento de nada, mediante la simple repetición, y a que, por ende, ignoren el estímulo que las coaccionaría a seguir pensando. Así lo hago aún hoy desde hace mucho tiempo con las conjunciones y giros adverbiales que propiamente reclamarían un completamiento en alguna clase de oraciones de relativo. Si escucho, por ejemplo, “por la razón de que yo” o un “sea que”, repito entonces las palabras correspondientes con la mayor lentitud posible, sin tomarme el trabajo de buscar un completamiento del sentido en conexión con los pensamientos que han surgido antes en mí.

De manera semejante me comporto cuando, como sucede diariamente cientos de veces, se quiere coaccionar a mis nervios, mediante las palabras “¡Ojalá que mi!”, a desarrollar cualquier pensamiento de temor, que en realidad no está presente en mí, sino que solamente se me quiere atribuir mediante la falsificación. Por mi parte, conozco la continuación que entonces se “espera” —porque de ordinario se sigue un milagro correspondiente, que yo siento en mi cuerpo—: la continuación será unas veces “¡Ojalá que mi voluptuosidad no sea perturbada!”; otras veces, “¡Ojalá que no se efectúe un milagro con mis botas!”; otras veces, “¡Ojalá que no se efectúe un milagro en mi nariz, mis ojos, mis rótulas, mi cubierta craneana, etcétera!”.

Pero no me siento motivado a formular de manera completa esta idiotez que es producto sólo de falsificaciones de pensamiento, sino que me conformo, después de haber acostumbrado a mis nervios a reprimir la estimulación correspondiente, a repetir durante el mayor tiempo posible las palabras “¡Ojalá que mi!” sin ninguna clase de añadido. En un diálogo común, como es natural, cualquier persona a la cual alguna otra dirija las palabras “¡Ojalá que mi!” tendrá preparada exclusivamente la respuesta “Bueno, ¿qué quiere decir usted exactamente?” o un insulto para rechazar la molestia que se le ocasiona. Pero este recurso los Rayos lo hacen, por lo menos, muy difícil, mediante el “Esto lomos”, que sigue regularmente a continuación, con el efecto descrito en el capítulo IX, fuera de que a la larga sería intolerable el tener que poner en movimiento los nervios durante todo el día sólo para la réplica “¿Qué quiere decir usted exactamente?” o para elegir un insulto.⁹⁶

Los ataques a la libertad del pensar humano, o mejor dicho, del no pensar, que constituyen la esencia de la compulsión a pensar, se agudizaron sustancialmente en el curso de los años por el hecho de que la elocución de las Voces se cumple con un *tempo* cada vez más lento. Esto guarda relación con el incremento de la voluptuosidad del alma en mi cuerpo y –a pesar de todo el registro– de la grandísima escasez del material de lenguaje con que cuentan los Rayos para franquear la tremenda distancia que separa de mi cuerpo a los astros de los cuales están suspendidos.

⁹⁶ Sólo al imaginarse que un hombre, valiéndose del lenguaje humano usual, pudiera comportarse con otro hombre de la manera como los Rayos lo han hecho desde hace años conmigo en el lenguaje de los nervios, se podría tener una idea aproximada de la *desmesurada lesión a los derechos naturales del hombre* que es intrínseca a la compulsión a pensar y la manera, que excede todo concepto humano, como ha sido puesta a prueba mi paciencia. Supóngase el caso de que un hombre decidiera ponerse frente a otro y fastidiarlo durante todo el día con giros sin sentido como los que usan los Rayos conmigo (“¡Ojalá que mi!”, “Es que usted”, etcétera). ¿Qué otra cosa podría hacer el interpelado fuera de cerrar la puerta en las narices, con algunos insultos apropiados, al interpelante? De la misma manera, me habría correspondido realmente a mí defender mi derecho de domicilio en mi cabeza contra intrusos extraños. Pero ni siquiera esto *es posible* frente a los Rayos, porque no estoy en condiciones de impedir su influencia, basada en el poder milagroso de Dios, sobre mis nervios. El lenguaje humano (en voz alta), que me queda como *ultima ratio* para salvaguardar el derecho de domicilio, no puede ser ejercido siempre: en parte, por consideración a mi ambiente, en parte, porque el hablar permanentemente en voz alta imposibilitaría cualquier ocupación razonable; en parte, finalmente, porque excluiría durante la noche la posibilidad de conciliar el sueño. A esto se debe también que se me quiera incitar siempre a hablar en voz alta mediante la pregunta: “¿Por qué no lo dice (en voz alta)?” o mediante giros ofensivos (véase capítulo IX). Por lo demás, en los últimos tiempos, a medida que fui adquiriendo mayor claridad sobre la interrelación de las cosas, he tenido de hecho menos escrúpulos en emplear el lenguaje en voz alta de una manera cada vez más frecuente, en parte en conversaciones con las personas de mi ambiente; en parte, a solas.

Del grado de retardación difícilmente pueda hacerse una idea quien no haya experimentado personalmente, como experimenté yo y aun hoy sigo experimentando, los mencionados fenómenos. Un “*aber freilich*” [pero ciertamente] pronunciado “a-a-a-a-b-e-e-e-r-fr-ei-ei-ei-li-i-i-ch”, y un “*Warum sch... Sie denn nicht*” [¿Por qué no c[aga] usted?] “Wa-a-a-r-r-u-m-sch-ei-ei-ei-ss-e-e-e-n Sie d-e-e-e-e-n-n-i-i-i-icht?” requieren cada vez acaso entre treinta y sesenta segundos para ser emitidos completamente. Esto tendría que generar en cualquier hombre, que no fuera ingenioso, como lo he sido siempre yo, en el empleo de medios defensivos adecuados, una impaciencia nerviosa que lo haría sencillamente salirse de sus casillas; una vislumbre sólo muy pálida del desasosiego causado por los nervios puede darla quizás el ejemplo de un juez o profesor que escuchara a un testigo o un alumno intelectualmente torpe balbuceando constantemente delante de él, y que a pesar de todos sus esfuerzos no consiguiera que el interrogado expresase claramente lo que realmente quiere o debe decir.

Entre los distintos medios defensivos figuran antes que nada tocar el piano y leer libros o periódicos –en la medida en que lo permite el estado de mi cabeza–, con lo cual hasta las Voces que durante más tiempo se han extendido en sus pensamientos terminan por fracasar; para los momentos en que esto no es factible, por ejemplo de noche, o cuando el cambiar de ocupación se torna una necesidad espiritual, he hallado un recurso provechoso en la memorización de poemas. Aprendí de memoria gran número de poemas, en especial las *Baladas* de Schiller, grandes trozos de los dramas de Schiller y Goethe, pero también arias de ópera y poesías cómicas, entre otras, algunas sacadas de *Max und Moritz*, del *Struwwelpeter* y fábulas de Spekter, que luego recito en voz baja y al pie de la letra. El valor poético de los poemas, naturalmente, no interesa en sí y de por sí; hasta los más ramplones e insignificantes versos son siempre, en cuanto alimento espiritual, valiosos como el oro frente a las horripilantes idioteces que, de no ser por ellos, se les exige escuchar a mis nervios.

Aun al recitar poemas tengo, no obstante, que luchar con muchas dificultades, que a veces menoscaban el resultado; se efectúan en mis nervios milagros erráticos que destruyen mis pensamientos, de suerte que momentáneamente me es imposible encontrar la continuación de las poesías aprendidas de memoria, o bien, apenas las Voces interiores más persistentes son reducidas a silencio mediante la recitación de poemas más extensos y se logra el estado de elevada voluptuosidad del alma basado sobre la reunión de todos los Rayos, entra en escena, por obra del Dios inferior, el milagro ululatorio descrito en el capítulo precedente, de suerte que se me desvanece el deseo de seguir recitando en voz baja los poemas, o incluso se me priva de la posibilidad física de hacerlo. Por esta razón me veo obliga-

do algunas veces a cambiar de sistema, precisamente porque desde fuera siempre se introducen (por la omnipotencia de Dios) nuevos sistemas para retardar la atracción y para impedir la reunión de todos los Rayos, necesaria para dormir o para la plena voluptuosidad del alma. Últimamente me ha resultado muy útil contar sucesivamente hasta cualquier número elevado, lo cual, naturalmente, a la larga es muy aburrido. Si aparecen, como sucede aún ahora de vez en cuando, dolores corporales intensos o estados ululatorios persistentes, entonces sólo queda como último recurso el insultar en voz alta, recurso al que tengo que recurrir de vez en cuando, pero que, según confiadamente espero, se hará cada vez menos necesario.

Todos los fenómenos descritos precedentemente han experimentado muchas transformaciones en el transcurso de los años, y aún ahora siguen estando sujetos a variaciones, según sea el grado de voluptuosidad del alma existente y la magnitud del alejamiento al que Dios se ha retirado. Pero, en conjunto, se confirman también en esto cada día las predicciones que hice al respecto hace ya años; como prueba podría servir el siguiente extracto de mi pequeño estudio número XIII, contenido en la libreta B mencionada en la nota 80:

16 de enero de 1898:

“Por el momento, es decir, durante los años o decenios que pueden transcurrir hasta el momento de la emasculación, la orientación de nuestra política es, en general, clara. *No cabe la menor duda de que cada año, cada día, cada semana nos es más fácil* mantener ciertas reservas, que dependen del hecho de que afuera no existe la comprensión necesaria *ni tampoco existirá jamás*, debido a la manera de pensar de los reinos de Dios y el carácter de las almas, y por consiguiente serán cada vez más débiles los intentos de sustraerse a la solución acorde con el orden cósmico.”

Dado su significado característico, tengo que dedicar aún algunas observaciones a la pregunta anteriormente mencionada de “¿Por qué no c...a usted?”, por más que el tema que para ello tengo que tratar sea muy poco decente. Como sucede con todo lo restante de mi cuerpo, la necesidad de evacuar es provocada mediante un milagro; este se produce impulsando el excremento en los intestinos hacia adelante (y muchas veces de nuevo hacia atrás), y si de resultas de una evacuación ya producida no existe ya más material, se ensucia por lo menos con los restos del contenido la abertura de mis asentaderas [*Gesäßöffnung*]. Se trata en estos casos de un milagro del Dios superior, que se repite cada día por lo menos varias docenas de veces. Con esto está ligada la idea, absolutamente inconcebible para los seres hu-

manos y sólo explicable por la total falta de familiaridad que tiene Dios con el hombre en cuanto organismo, de que el “c...” en cierta medida es lo último, es decir, que al producir milagrosamente la urgencia de “c...” se logra el objetivo de la destrucción del intelecto y la posibilidad de una retirada definitiva de los Rayos. Según mi parecer, para ir a la raíz de la formación de esta idea, hay que pensar en la existencia previa de una equivocación respecto del significado simbólico del acto de evacuar, a saber, que aquel que ha entrado en una relación con los Rayos divinos equiparable a la mía, en cierta medida tiene derecho a c... en todo el mundo.

Al mismo tiempo se pone de manifiesto aquí toda la perfidia⁹⁷ de la política practicada conmigo. Casi todas las veces que se me provoca milagrosamente la necesidad de evacuar se envía al retrete –estimulando para ello los nervios de la persona pertinente– a alguna persona de mi ambiente para impedirme que evacue; es este un fenómeno que desde hace años he observado con tal regularidad tan innumerables veces (millares), que queda excluido cualquier pensamiento de que se trate de una casualidad. Pero en lo que a mí respecta, viene a continuación la pregunta “¿Por qué no c... usted?”, con la famosa respuesta: “Quizá porque soy idiota”. La pluma se niega casi a escribir el formidable absurdo de que Dios –en su ceguera provocada por el desconocimiento de la naturaleza humana– vaya efectivamente tan lejos como para suponer que podría existir un hombre que no pueda, por idiotez, c..., cosa que a cualquier animal le es posible. Cuando, en caso de necesidad, evacuo realmente –para lo cual, como casi siempre encuentro ocupado el retrete, me sirvo por lo común de un cubo– esto va ligado siempre con un desarrollo sumamente enérgico de la voluptuosidad del alma. Es decir, el liberarme de la presión ocasionada por los excrementos que están en el intestino tiene como consecuencia para los nervios de voluptuosidad un intenso bienestar; ese es también el caso al orinar. Por esta razón, al evacuar y orinar se reúnen todos los Rayos; también por esta razón, cuando yo me preparo para estas funciones naturales, se intenta, aunque la mayoría de las veces en vano, revertir milagrosamente la salida de las heces y de la orina.

97 Como empleo aquí la expresión “perfidia”, casi no necesitaré recordar el raciocinio desarrollado anteriormente (capítulo V, al final, además capítulo XI, nota 74, capítulo XIII, pp. 187 y ss., etcétera), de acuerdo con el cual Dios se encuentra para conmigo en un estado –autogenerado, por cierto– de legítima defensa, y por consiguiente juzga que está más allá de cualquier respeto que tenga que ver con la moralidad humana.

CAPÍTULO XVII*

Por la descripción contenida en el capítulo precedente, el lector se habrá formado la impresión de que las pruebas que se me han impuesto mediante la compulsión a pensar sobrepasaron en muchos aspectos la medida de las exigencias que suelen en general plantearse a las capacidades humanas y a la paciencia humana. Para ser del todo veraz, tengo, empero, que añadir que también aquí, por otra parte, se han presentado muchos fenómenos en los cuales fue posible encontrar, por lo menos en ciertos momentos, una especie de compensación por la injusticia cometida contra mí. Prescindiendo de las conclusiones sobre las cosas sobrenaturales que en el transcurso de los años he logrado, y que yo no aceptaría borrar de mi memoria por todo el oro del mundo, tengo aquí sobre todo ante la vista el efecto espiritualmente estimulante que ha ejercido sobre mí la compulsión a pensar. Hasta la introducción incoherente dentro de mis nervios de las conjunciones que expresan la relación causal o cualquier otra relación (“porque sólo”, “por la razón de que”, “por la razón de que yo”, “sea que”, “por lo menos”, etcétera) me ha obligado a pensar sobre muchas cosas sobre las cuales en general el ser humano suele pasar sin advertirlo y de esa manera ha contribuido a profundizar mi pensamiento. Toda iniciación de cualquier actividad humana que yo veo cerca de mí, toda contemplación de la naturaleza en el jardín o desde mis ventanas, suscita en mí ciertos pensamientos, pues escucho luego en secuencia temporal un “porque sólo” o un “por la razón de que” pronunciado dentro de mis nervios, por lo cual me veo obligado, o por lo menos motivado en un grado incomparablemente mayor que otros hombres, a reflexionar sobre la causa o la finalidad de los fenómenos correspondientes.

Para tomar algunos ejemplos de acontecimientos enteramente comunes, mencionaré que precisamente en los días durante los cuales escribí estas líneas se está construyendo una nueva casa en el jardín del hospital y en uno de los cuartos cercanos al mío se está cambiando de lugar una estufa. Si veo los trabajos relacionados con ello, se me ocurre, por supuesto involuntaria-

* “Continuación del anterior; ‘dibujar’, según el lenguaje de las almas.”

mente, el pensamiento: ese hombre o esos trabajadores hacen esto o aquello; si al mismo tiempo que aparece este pensamiento se pronuncia dentro de mis nervios un “porque sólo” o “por la razón de que”, me veo obligado, de una manera muy difícil de recusar, a buscar la justificación de la causa y el fin de cada trabajo. Hechos semejantes, naturalmente, se han producido millares de veces en el transcurso de los años; en especial la lectura de libros y periódicos ha suscitado siempre nuevos pensamientos. La coacción, que se produce simultáneamente a traer a mi conciencia la relación de causalidad de cada acontecimiento, de cada sentimiento y de cada representación cognitiva me ha llevado a una penetración en la esencia de las cosas respecto de casi todos los fenómenos naturales, respecto de casi todas las expresiones de la actividad humana en el arte, la ciencia, etcétera, como la que puede lograr aquel que no considera que valga la pena reflexionar, como la mayoría de los hombres, sobre las experiencias comunes de la vida cotidiana.* En muchos casos, en especial en los procesos afectivos, no es de ninguna manera fácil encontrar una respuesta que sea adecuada y satisfactoria para la mente humana, a la pregunta por la causa (“porque sólo”), y efectivamente, en la mayoría de estos casos, por ejemplo, para las oraciones: “Esta rosa tiene un hermoso olor” o “este poema tiene un lenguaje poético magnífico”, o “este es un cuadro excelente” o “esta pieza musical es sumamente melodiosa” la pregunta misma por una causa especial tiene verdaderamente que ser sentida como inepta. A pesar de ello, la pregunta se suscita en mí por obra de las Voces, y así se me da un impulso para la actividad de pensar al cual, puesto que el pensar continuamente me resulta tan cansador, he aprendido, según ya se dijo, a sustraerme poco a poco, por lo menos parcialmente. Quien crea en una creación divina del universo puede, naturalmente, aducir como causa última de todas las cosas y de todo acontecer la de que “porque Dios ha creado el mundo”. Pero entre este hecho y los procesos de manifestación de la vida existe un número interminable de miembros intermedios: tomar conciencia de ellos, por lo menos en parte, presenta en muchos casos un interés sobresaliente. De manera especial me he ocupado, movido por la compulsión a pensar, de cuestiones etimológicas, que ya antes, en la época en que estaba sano, habían atraído mi interés.

Al cierre de esta exposición, puede venir bien un ejemplo que acaso contribuya a aclarar mejor lo dicho. Elegiré un hecho muy simple, que me proporciona un hombre conocido por mí, de apellido Schneider. Si yo veo a dicha persona, involuntariamente surge, como es natural, el pensamiento: “Este hombre se llama Schneider”, o “Es el señor Schneider”. Después de formado este pensamiento, resuena en mis nervios un “Porque sólo” o “Por

* El sentido del párrafo es oscuro en el original. Parece existir alguna omisión. [N. del T.]

la razón de qué”. Si tal pregunta, con este contexto, estuviera dirigida por un hombre a otro, dentro de la relación humana usual, la respuesta verosímilmente rezaría: “¿Por qué? ¡Qué pregunta tan tonta; el hombre sencillamente se llama Schneider!”. Pero mis nervios no pueden, o por lo menos no podían, comportarse habitualmente frente a estas preguntas de esa manera, consistente en el simple rechazarlas. Pierden la paz no bien se les plantea la pregunta de por qué el hombre es el señor Schneider o se llama señor Schneider. La pregunta por la causa, que en este caso es ciertamente muy extraña, los sigue preocupando involuntariamente a partir de ese momento –en especial por su muy frecuente reiteración–, hasta que algo imprime otro rumbo a su pensamiento. Puede suceder entonces que mis nervios sean llevados inmediatamente a la respuesta: Sí, el hombre se llama Schneider porque también su padre se llamó Schneider. Pero mis nervios no alcanzan verdadero sosiego con esta respuesta trivial. Con ella se encadena un nuevo proceso de pensamiento acerca de las razones por las cuales se introdujeron los apelativos entre los hombres; sobre las formas con que aparecieron en distintos pueblos y en distintas épocas, y sobre los distintos aspectos (rango, linaje, cualidades corporales específicas, etcétera) de donde fueron preferentemente tomados. Es así como una percepción sumamente simple se convierte, bajo la presión de la compulsión a pensar, en punto de partida para un trabajo intelectual de gran amplitud, que en la mayoría de los casos no resulta enteramente infructuoso.

Otro interesante fenómeno, relacionado con el trato con los Rayos, que es la causa fundamental de la compulsión a pensar, es el llamado “dibujar”, del cual hice somera mención en el capítulo XI. Es probable que ningún otro hombre que no sea yo sepa, y es algo, en particular, desconocido para la ciencia, que el hombre lleva consigo siempre en la cabeza, por obra de las impresiones de estos que subsisten en sus nervios, algo así como imágenes de todos los recuerdos que permanecen adheridos a su memoria. En mi caso, en que la iluminación del sistema nervioso interior es suministrada por los Rayos, esas imágenes son susceptibles de repetición voluntaria, y en ella, precisamente, consiste la esencia del “dibujar”. O, según expresé este pensamiento en una ocasión anterior (en mi pequeño estudio XLIX, del 29 de octubre de 1898), bajo otra forma:

“El dibujar (en el sentido del lenguaje de las almas) es el uso consciente de la fantasía humana con el fin de producir imágenes (y, por cierto, principalmente imágenes de recuerdos) en la cabeza; estas son luego reconocidas por los Rayos.”⁹⁸ Yo tengo la posibilidad de crear imágenes de to-

⁹⁸ Tal vez interese conocer la continuación del “pequeño estudio” mencionado *supra*, que trata del dibujar en sentido humano, por ello lo incluyo a continuación:

dos los recuerdos de mi vida, de las personas, animales y plantas, de otros objetos naturales y utensilios de cualquier clase, mediante la vívida representación de ellos, con el resultado de que se hacen visibles en mi cabeza y también, según mi punto de vista, fuera de ella, tanto para mis propios nervios como para los Rayos que están en relación conmigo en el momento en que quiero conocer perceptiblemente las cosas en cuestión. Puedo hacerlo con los fenómenos meteorológicos y con otros acontecimientos; puedo, por ejemplo, hacer que relampaguee o que truene –un dibujo especialmente eficaz, porque todos los fenómenos meteorológicos y en especial el relámpago valen para los Rayos como exteriorizaciones del poder milagroso de Dios–; puedo hacer, por ejemplo, que una casa arda delante de mis ventanas, etcétera, etcétera, todo ello, como es natural, sólo en mi imaginación, pero de manera tal, que los Rayos, a mi juicio, tienen una impresión como si los objetos e impresiones correspondientes existieran. Puedo “dibujarme” a mí mismo en un lugar distinto de aquel en que me encuentro realmente; por ejemplo mientras estoy sentado en el piano, me dibujo parado al mismo tiempo frente al espejo con adornos femeninos en el cuarto adyacente; puedo, cosa que para mí, por las razones dadas en el capítulo XIII, es de gran importancia, mientras estoy de noche acostado en cama, crearme a mí mismo y a los Rayos la impresión de que mi cuerpo está dotado de senos y órganos sexuales femeninos. El dibujarme un traseño femenino en mi cuerpo –*honny* [sic] *soit qui mal y pense*–* se me ha vuelto hasta tal punto una costumbre, que al agacharme lo hago siempre casi

El dibujar, en sentido *humano*, es la representación de cualquier objeto sobre una superficie (en contraste con la representación corporal, plástica) *sin empleo de colores* (en contraste con la pintura; o también puede decirse que la pintura es un dibujar en colores), y, por cierto, o *tanto* un mero *dibujar copiando* (dibujar según la naturaleza), es decir, reproducir objetos que se han visto realmente en el mundo exterior, y en ese caso queda fuera de juego la *fantasía humana*,

como una creación de imágenes que aún no existen en el mundo externo, sea para fines exclusivamente artísticos (representación de lo bello, para deleitarse uno mismo y a otros hombres) o para fines prácticos, es decir, para construir luego realmente objetos correspondientes a esas imágenes (modelos, bocetos de edificios, etcétera),

en este último caso, por lo tanto, se trata de un predominio de la *fantasía* [*Einbildungskraft*] (fantasía [*Phantasie*] procede de φαίνουμαι), la palabra alemana permite comprender claramente el concepto de configurar dentro [*hineinbilden*] de la cabeza o la conciencia humana algo que no existe externamente, por consiguiente también, como expresión de una fantasía *enfermiza*, el “figurarse” (simular) cosas (esperanzas, etcétera) imposibles de realizar, como motivos de una conducta impropcedente, errónea. La estilística de este pequeño estudio deja, por supuesto, algo que desear, porque, cuando lo redacté, no pensé ni de lejos que podría yo abrigar alguna vez el deseo de poner su contenido también en conocimiento de otros hombres. [Nota diagramada según edición original. N. del E.]

* Lema de la orden inglesa de la Jarretera, en francés antiguo, “ ¡Vergüenza, deshonra, para quien piense mal de esto!”. [N. del T.]

involuntariamente. Por esta razón, pienso que puedo calificar con derecho al “dibujar” en cierto sentido un milagro invertido. De la misma manera como por obra de los Rayos se colocan en mi sistema nervioso, especialmente en sueños, ciertas imágenes que se desea ver, yo, inversamente, estoy en condiciones de poner a mi vez delante de los Rayos aquellas imágenes cuya impresión quiero crear en ellos.

Cualquier hombre que no haya vivido todo lo que yo tuve que soportar difícilmente podrá hacerse una idea de en cuántos aspectos me ha sido provechosa la capacidad de “dibujar”. En medio del interminable tedio de mi vida, tan monótona en todo lo demás, en medio de los tormentos espirituales que me provoca la cháchara idiota de las Voces, esto ha sido un verdadero consuelo y un verdadero alivio. ¡Qué gran alegría me ha proporcionado poder presentar de nuevo ante mis ojos espirituales las impresiones de los paisajes de todos mis recuerdos de viaje, y muchas veces, por cierto—cuando la conducta de los Rayos es amistosa— con tan asombroso realismo y riqueza de colores, que yo mismo y también los Rayos tuvimos casi la misma impresión de que los paisajes correspondientes se encontraban realmente allí donde yo quería verlos!

En el momento de escribir estas líneas hago el intento—como una especie de prueba— de hacer que aparezca en el horizonte la figura del Matterhorn [Monte Cervino]—donde en la naturaleza existe posiblemente la cumbre más hermosa, en Dittersbach— me cercioro de que esto tiene lugar tanto con los ojos abiertos como con los ojos cerrados. De manera semejante he “dibujado”⁹⁹ en el transcurso de los años innumerables veces las figuras de personas conocidas mías, entrando en mi cuarto, paseando por el jardín o donde yo quería verlas, o he corporizado a mi alrededor figuras que había visto en alguna parte, en especial figuras humorísticas de hojas volantes, etcétera. En las noches insomnes me tomé muchas veces la revancha del trasgueo con milagros llevado a cabo por los Rayos, haciendo por mi parte desfilar en mi cuarto o en la celda todas las figuras posibles, serias y alegres, excitantes de los sentidos o aterradoras; el entretenimiento que así me procuraba era para mí un recurso muy esencial para superar el aburrimiento que, de lo contrario, muchas veces me resultaba casi intolerable. Suelo con mucha frecuencia al tocar el piano acompañarlo con dibujos pertinentes, y especialmente al tocar piezas de piano organico, por decirlo así, toda una puesta en escena de la ópera correspondiente o de partes de ella por separado, representando ante mis ojos interiores—a veces

⁹⁹ Por ejemplo, hago—tanto de día como de noche— que Napoleón o Federico el Grande atraviesen mi cuarto, que el kaiser Guillermo I salga de mi ropero con los ropajes de la coronación, etcétera, etcétera.

con sorprendente claridad— el transcurso de la acción, los personajes que entran en escena, la escenografía, etcétera. Como tengo que tratar preferentemente con pájaros formados milagrosamente, no pocas veces me doy el gusto de dibujarles un poco en broma en mi cabeza la imagen de su propia apariencia, como si un gato los estuviera devorando, etcétera, etcétera. Naturalmente, el “dibujar”, en el sentido expuesto, va unido con un grado relativamente alto de esfuerzo espiritual; supone, pues, una disposición por lo menos pasable de la cabeza y un correspondiente buen humor; si estas condiciones previas existen, la alegría que provoca, especialmente cuando se logra la ejecución muy fiel de las imágenes buscadas, es a veces muy grande. Pero además de los fines de puro entretenimiento, el “dibujar” tiene para mí otro significado, apenas menos fundamental. El ver imágenes, como ya se señaló en el capítulo XI, tiene un efecto purificador sobre los Rayos: penetran luego en mí sin la intensidad destructiva que otras veces suelen tener adherida a ellos. Precisamente por ello se intenta de ordinario borrar mediante contramilagros las imágenes que surgen de mis dibujos; sin embargo, la mayor parte de las veces alcanzo también aquí la victoria, es decir, las imágenes que me propongo suscitar siguen siendo visibles para mí y para los Rayos cuando pongo en juego mi decidida voluntad, aunque con frecuencia se vuelven menos claras o aparecen sólo en forma desvaída. Cuando toco el piano, me veo no pocas veces obligado a dibujar simultáneamente, y la razón es que sólo de esta manera puedo posibilitar una ejecución por lo menos aproximadamente correcta, pues gracias a la benevolencia de los Rayos que con ello me concilio, los milagros perturbadores que de no ser así sobrevendrían experimentan cierta limitación.

Como un fenómeno concomitante, no sin importancia, de la compulsión a pensar tengo finalmente que mencionar la circunstancia de que todos los ruidos que percibo, especialmente los que tienen alguna duración más prolongada, como el rechinar de los trenes, el zumbido de los vapores remolcados a cadena, la música de algún concierto, etcétera, *parecen* pronunciar las palabras que las Voces articulan dentro de mi cabeza, como también aquellas palabras con las cuales yo pronuncio independientemente mis pensamientos con la correspondiente vibración nerviosa.

Aquí se trata, por supuesto, contrariamente al lenguaje del Sol y de los pájaros formados milagrosamente, sólo de un sentimiento subjetivo; el sonido de las palabras habladas o formadas por mí se comunica por sí mismo a las impresiones auditivas de los ferrocarriles, vapores remolcados a cadena, botas que crujen, etcétera; no se me ocurre afirmar que los ferrocarriles, vapores remolcados a cadena, etcétera, hablan realmente, como sí es el caso tratándose del Sol y de los pájaros. Pero este fenómeno les resulta especialmente molesto a los Rayos, porque ellos estaban acostumbrados

a la paz más sacrosanta en las regiones alejadas del mundo que anteriormente constituían su morada, como ya antes (capítulo VII, p. 120) se mencionó, y son afectados de una manera terrible por todos los ruidos. Las frases: “¡Ojalá los malditos ferrocarriles dejen de hablar!” u “¡Ojalá los malditos vapores remolcados a cadena dejen de hablar!” forman, por ello, parte hace mucho tiempo de los giros permanentes. Naturalmente, el empleo de estos giros no tiene el menor resultado práctico. Pero la idea de que uno, para evitar cualquier inconveniente, sólo necesita expresar *en palabras* el deseo de evitarlo parece estar fundada por entero en el carácter de las almas. Por ello, cuando se me provoca por milagro el calor en la cara o el frío en los pies, se me exhorta continuamente a que diga en voz alta: “¡Ojalá cesara el maldito calor!” u “¡Ojalá que no tuviera fríos los pies!”, pese a que yo, como hombre práctico, prefiero en vez de eso, como cosa obvia, lavarme con agua caliente el rostro o calentarme los pies frotándomelos. La pregunta de si cada peculiaridad del carácter de las almas tiene que ser calificada de debilidad de este, requiere ser contestada con gran precaución: las almas, otrora, estaban llamadas, según las condiciones de su existencia *conformes con el orden cósmico*, sólo para gozar, no, como los hombres u otras criaturas de la Tierra, para un *actuar* en la vida práctica. Para mí, el que los ferrocarriles hablen y otros ruidos parecidos sería un fenómeno en sí y por sí relativamente indiferente; se me volvió importante sólo en la medida en que en mis manos se convirtió en un recurso nada desdeñable contra las falsificaciones del pensamiento por los Rayos. En la medida en que yo, por lo menos durante un breve tiempo, puedo dirigir, a mi gusto, poniendo en tensión la energía de mi voluntad, las oscilaciones de mis nervios y mantener alejadas todas las oscilaciones provocadas desde afuera, entonces “domino todos los ruidos”, según reza la expresión, en determinado tiempo, y por consiguiente estoy en condición de imponer a los Rayos, mientras los trenes, vapores remolcados a cadena, etcétera, pasan por delante, ciertas formas del pensar sin pensamiento de nada, y con ello brindar a mis nervios un reposo pasajero.

CAPÍTULO XVIII*

Por más que en los capítulos anteriores tuve que dar cuenta de muchos milagros divinos, ha sido, sin embargo, hasta aquí predominantemente sólo en una dirección particular, pues he tenido que hablar de sus efectos nocivos sobre mi cuerpo y de las dificultades creadas por ellos en cada caso a las actividades elegidas por mí. Es evidente que se trata aquí de una relación enteramente anormal, que surgió sólo porque el orden cósmico mismo se había dislocado en aspectos básicos. En sí y de por sí, no es intrínseco a la finalidad asignada a los Rayos el combatir a un hombre en particular y trabajar de alguna manera para destruir su cuerpo, sino el *crear*. Esta auténtica función de los Rayos, el poder *creador* milagroso de Dios, se manifiesta aún hoy para mí de una manera perceptible en muchos aspectos, y por ello no quiero dejar de exponer las ideas que me he formado sobre ello a partir de las comprobaciones que he hecho al respecto. Por otra parte, al hacerlo, me aventuraré en la materia más difícil que jamás ocupó el espíritu humano, y tengo desde el comienzo que recalcar que sólo me considero capacitado para hacer algunas pocas observaciones incompletas de carácter aforístico. El auténtico secreto de la creación sigue siendo para mí en lo esencial sólo un libro con los sellos cerrados; en lo que sigue sólo podré exponer algunas conjeturas que he logrado formarme al respecto.

Como ya se hizo notar antes (capítulo I, nota 11), creo que puedo definir la esencia de la creación divina diciendo que en parte es una autoenajenación de los Rayos, que son emitidos con la voluntad consciente de producir algunas cosas del mundo exterior. Dios *quiere* que algo se produzca, y en la medida en que emite los Rayos con esta voluntad, lo *querido existe sin más*. Es el proceder que la Biblia de una manera tan significativa expresa con las palabras: “Dios habló: hágase la luz, y la luz *se hizo*”, pero los detalles del proceso escapan al intelecto humano. Pero el poder creador de Dios

* “Dios y los procesos de la creación; procreación originaria; insectos formados milagrosamente. ‘Orientación de la mirada.’ Sistema de examen.”

no parece carecer de ciertos límites, no estar exento de la sujeción a ciertas condiciones, que estarían fundadas en las relaciones espaciales con aquellos astros sobre los cuales debe desplegarse el poder creador, y en especial en el grado del acercamiento.

Para producir un hombre cabal –acto creador, que me creo autorizado para suponer que tuvo efectivamente lugar hace un tiempo inimaginable– fue necesario, si así puedo decirlo, un extraordinario despliegue de fuerza, una aproximación totalmente excepcional a los astros pertinentes, que, concebida como estado permanente, hubiera sido inconciliable con las condiciones propias de la existencia de Dios o con la atención del resto del universo.

Lo mismo que se ha dicho de los hombres vale, naturalmente, también para aquellas formas superiores de la vida animal que había que crear en comparación con las formas inferiores de esta ya existentes. Se podría, pues, suponer que la totalidad de la creación en algún cuerpo celeste no fue, como quiere la teoría darwinista, una aparición de nuevas especies mediante la transformación gradual de estas, sino la sucesión de actos separados de creación, mediante los cuales en cada caso se creó una nueva especie, aunque no sin el recuerdo de las especies preexistentes, las que, por así decirlo, sirvieron de modelo. Cada especie podría haber sido creada sólo en uno o en algunos pocos individuos, a los cuales se les otorgó en cierta medida desde el comienzo el don de la aptitud de procrearse, y que por ello se pudieron multiplicar, en condiciones favorables, hasta alcanzar un cierto número. Es obvio que al producirse la creación de una nueva especie tenían que estar dadas las condiciones en las cuales podían consolidarse a la larga; las condiciones físicas de los respectivos cuerpos celestes (temperatura, distribución del aire y agua, etcétera); tenían que haberse desarrollado hasta un grado correspondiente, y tenía que existir una población suficiente de vegetales y formas animales inferiores que pudieran servir de alimento a las formas superiores. Pero el coronamiento de toda la creación lo constituyó el hombre, para cuya formación como ser semejante a Dios y que *después de la muerte se convertiría otra vez en Dios* (véase capítulo I, nota II) estuvo desde el inicio trazado el plan creador.

Carezco casi de todos y cada uno de los requisitos para elaborar científicamente la concepción cosmogónica que en las líneas precedentes he esbozado tan sólo a grandes rasgos. Carezco casi por completo de recursos científicos; durante la mayor parte del tiempo para mí disponible carezco de un estado de salud adecuado, porque mientras trabajo estoy expuesto permanentemente a milagros que perturban mi pensamiento o que dañan de alguna otra manera mi cabeza, y que frecuentemente imposibilitan un trabajo intelectual continuado en un campo tan difícil; por último, tal vez

sería necesario también un intelecto más perspicaz que el mío para hacerse cargo de la tarea gigantesca que supondría una fundamentación científica completa de esta concepción.

Por lo tanto, en lo que sigue habré de conformarme sustancialmente con dar a conocer las *comprobaciones* que me condujeron a la concepción que me he formado. El objetivo de mi esfuerzo sólo puede estar encaminado a brindar al lector la impresión de que no se halla frente a meras fantasmagorías de un pobre enfermo mental –así me ven actualmente los hombres– sino frente a conclusiones basadas sobre experiencias que, por su carácter absolutamente peculiar, no son accesibles a otros hombres, mediante una reflexión madura y de muchos años, y que, si bien no contendrán tal vez en todas sus partes la verdad completa, aun así se acercan a la verdad incomparablemente más que todo lo que otros hombres han pensado y escrito sobre estos temas en el transcurso de milenios.

Lo más importante de las mencionadas comprobaciones consiste en que durante años he vivido la aparición directa (creación) mediante milagros divinos, por lo menos *en los animales inferiores*, y aun ahora la vivo cada día y cada hora a mi alrededor. Por ello he llegado a la convicción cierta de que existe efectivamente una generación *espontánea* (generación sin progenitores, *generatio aequiuoca*), pero no en el sentido que la tendencia materialista de las ciencias naturales suele asociar con estas expresiones, a saber, que sustancias inorgánicas, por obra de alguna casualidad, entran en relación recíproca, de tal suerte que de la relación surge algún ser organizado (animado), sino en el sentido, enteramente distinto, de que en la aparición de dichos seres entran en juego manifestaciones deliberadas de la voluntad o fuerza creadora divina. Los animales así creados pertenecen a distintos géneros según las distintas partes del día o estaciones del año; lo que con mayor frecuencia está en cuestión, además de las arañas, son insectos de todas clases, en especial, moscas, mosquitos, avispas, abejas, abejorros, cortapicos, mariposas, aves nocturnas, polillas, etcétera, etcétera. Estos animales aparecen continuamente en circunstancias bien determinadas y en una alternación bien determinada cerca de mí, y lo hacen, por cierto (cosa que por la frecuencia de dichos fenómenos, no puedo ya dudar en lo más mínimo), no como si existieran desde antes y sólo por casualidad hubieran sido llevados cerca de mí, sino como seres creados de propósito cada vez. Yo puedo, por ejemplo, descontar con plena seguridad, y por ende predecir, que si me siento en un banco del jardín, como entonces se me cierran los ojos mediante un milagro y llegaría a conciliar el sueño de resultas de la eventual reunión de todos los Rayos que se produciría en breve tiempo, inmediatamente aparecerá *una mosca, una avispa y hasta una nube de mosquitos*, para impedirme el sueño. Los milagros en cuestión proceden actualmente del

Dios inferior (Arimán); sin embargo me inclino a pensar que, en los últimos tiempos, milagros como estos, relativamente inocuos, serían practicados también por el Dios superior (Ormuz), pues, según se mencionó ya, la disposición hostil de *este* ha comenzado también a disminuir marcadamente como consecuencia de la continua intensificación de la voluptuosidad del alma.

De que no se trata de seres que vienen volando por casualidad hacia mí, sino que son creados cada vez teniéndome en cuenta, poseo una abrumadora cantidad de pruebas muy contundentes y convincentes para mí. Si puedo o no infundir igual convicción también a otras personas, es algo que por el momento sigue siendo, como es natural, cuestionable; entretanto, no asigno a esto una importancia fundamental. En el ínterin, de ninguna manera es mi intención hacer propaganda en favor de mi creencia en los milagros y en favor de mis ideas sobre las cosas divinas; más bien me limito a exponer lo vivido y experimentado por mí, con la expectativa cierta de que la imagen de conjunto de los fenómenos maravillosos que pueden observarse en mi persona y que *probablemente aparecerán en el futuro con mayor claridad cada vez* –aun cuando para ello hayan de pasar años– abrirá por sí misma el camino para la verdad también en otros hombres. Pero como tal vez esté expuesto a la objeción de que no es nada desusado que en ciertos momentos revoloteen moscas en el cuarto, abejas al aire libre, etcétera, y que por lo tanto es una mera fantasía morbosa de mi parte suponer en todos estos fenómenos milagros divinos que tienen alguna relación con mi persona, quiero presentar por lo menos algunos de los puntos de apoyo más importantes que hacen que la convicción contraria, de resultados de la repetición durante años de los fenómenos en cuestión, sea para mí de una certidumbre inconmovible. Es decir, cada vez que aparece un insecto de los géneros mencionados, se realiza en mis ojos al mismo tiempo el milagro de la *orientación de la mirada*; es este un milagro que hasta aquí no he mencionado, pero que desde hace años se pone en escena con toda regularidad en las más distintas ocasiones. Los Rayos quieren siempre ver constantemente aquello que les agrada, y esto son preferentemente o seres femeninos por los cuales es excitado su sentimiento de voluptuosidad, o los propios milagros, cuya contemplación, según lo que se señaló ya en el capítulo I al respecto, les proporciona el goce en las cosas por ellos creadas. Por consiguiente, se da a mis ojos, mediante la influencia pertinente, la orientación según la cual mi vista *tiene* que caer sobre las cosas creadas en ese momento (en otros casos, sobre un ser femenino).

Acerca de la objetividad de este proceso no tengo yo, después de su repetición por millares de veces, la más mínima duda, puesto que yo, por propio impulso, seguramente no consideraría merecedoras de una aten-

cion especial a cualquier mosca, cualquier avispa y cualquier mariposa, etcétera, que apareciese cerca de mí. Se me creerá si digo que yo tengo *conciencia* de si mis ojos son, por así decirlo, *girados* de la manera dicha hacia cualesquiera objetos para mí y en sí indiferentes, o si yo los dirijo *libremente* hacia algún punto de mi ambiente.¹⁰⁰ Pero a esto se agrega además que también las Voces que hablan conmigo toman como tema de una conversación propia a los fenómenos pertinentes. Esto sucede de distintas maneras: o se me infunden mediante la falsificación ciertos pensamientos de deseo o de temor, por ejemplo: “¡Ojalá las malditas moscas terminen!, ¡Ojalá las malditas avispas terminen!”, etcétera; o se lleva a cabo un *intento de examen*, cosa que sucede también en cualquier oportunidad. Dios no puede nunca, según lo señalado ya en el capítulo XIII, liberarse de la idea de que en cada momento dado, no bien se produce en mí el no pensar, es decir, cuando no resuenan en mis nervios pensamientos formulados con palabras, es porque se produce en mí el estado de total embrutecimiento (la idiotez); pero al mismo tiempo tiene siempre el deseo de cerciorarse de si esta suposición es verdaderamente acertada, y por ende ha llegado el esperado momento en que sería posible un retiro definitivo de los Rayos. La forma de examinar es sumamente peculiar y apenas comprensible para quien esté familiarizado con la naturaleza humana. Se hace que las personas de mi ambiente, cuyos nervios son excitados a ese efecto, pronuncien ciertas palabras que, por cierto, en el caso de los locos son preferentemente algunos fragmentos eruditos (si es posible, pertenecientes a idiomas extranjeros) que les quedan de los conocimientos anteriormente adquiridos, y entonces, por así decirlo, se me introduce por el oído, pues se pronuncian las

¹⁰⁰ Tales fenómenos de orientación de la mirada se efectúan también, como se ha destacado en el texto, en otras ocasiones. En esta última época, cuando la disposición de los Rayos para conmigo se ha vuelto en general más amistosa, muchas veces hasta tienen lugar con un sentido favorable para mí. Hago, por ejemplo, cada día la comprobación de que, cuando busco entre mis libros algún libro en particular o entre mis notas una libreta en particular o si no cualquier objeto pequeño (una aguja, el cortador de cigarros o algo semejante) que por su pequeñez el hombre no habría advertido en ese momento, mi mirada es dirigida mediante un milagro (el girar los ojos) hacia el objeto buscado. Este fenómeno, de cuya objetividad me es imposible dudar, es a mi entender de la *más alta importancia fundamental para el conocimiento de las cualidades y fuerzas divinas*. Surge de aquí, *primero*, que los Rayos (cosa que también, por lo demás, es para mí indudable por miles de razones) *pueden leer mis pensamientos* (pues que de otra manera no podrían saber qué es lo que en ese momento estoy buscando) y, *segundo*, que en cada oportunidad saben dónde se encuentra el objeto buscado; dicho con otras palabras: el lugar donde se encuentra cualquier objeto puede ser percibido por Dios mediante la luz solar de una manera incomparablemente más perfecta y segura que por el hombre mediante la facultad de la vista. Por lo demás, él no necesita de ninguna manera la plena iluminación diurna; basta la débil irradiación lumínica que se produce aun durante la noche; precisamente en la semioscuridad o en la oscuridad completa durante la noche se me facilita de esta manera mediante la orientación de la mirada el encontrar los objetos que busco.

palabras dentro de mis nervios: “Ha sido aceptado” (es decir, en la conciencia o en el entendimiento); así, para valerme de un ejemplo, las palabras “racionalismo” o “socialdemocracia” son pronunciadas por un loco cualquiera sin ningún contexto y al mismo tiempo se sondea, mediante las palabras “Ha sido aceptado”, pronunciadas por las Voces, si existe todavía en mí una comprensión de los conceptos “racionalismo” y “socialdemocracia”, es decir, si todavía sé cuál es el significado que tienen estas palabras.

Es tan pertinaz la creencia de que el embrutecimiento se apodera de mí progresivamente, y el grado de idiotez que se supone en mí es tan grande, que día a día se pone en duda nuevamente si reconozco o no a las personas de mi ambiente, si tengo todavía alguna idea de los más cotidianos fenómenos naturales, objetos artísticos y de uso, de otros hechos, y aun si siquiera sé *quién soy yo o quien he sido*. Debido a ello, las palabras “Ha sido aceptado”, que sirven para los fines del examen, resuenan después de señalarme los fenómenos u objetos correspondientes –lo que se efectúa mediante la orientación de la mirada– en mis nervios, para dar algunos ejemplos más, de manera tal que yo tengo que escuchar al mismo tiempo: “El consejero privado – ha sido aceptado”, “El superior (enfermero jefe) – ha sido aceptado”, “Puerco asado – ha sido aceptado”, “Ferrocarril – ha sido aceptado”, y ante todo “Habrá sido un presidente de Sala – ha sido aceptado”, etcétera, etcétera. Todo esto sucede desde hace años día tras día y hora tras hora, repetido millares de veces. *Incredibile scriptu*,* podría agregar yo, y sin embargo todo es efectivamente cierto, por más que otros hombres no puedan concebir una incapacidad tan total por parte de Dios para juzgar acertadamente a los hombres vivientes, y por más que haya sido tan largo el tiempo que yo mismo necesité para acostumbrarme a este pensamiento, tras innumerables observaciones hechas al respecto.

El mismo proceso de examen se emplea también al aparecer los insectos formados por milagro. En la actual estación (comienzo de septiembre) son, por ejemplo, especialmente abundantes las mariposas cuando paseo por el jardín. Casi sin excepción, al aparecer una mariposa se produce, *primero*, la orientación de la mirada hacia el ser correspondiente, que evidentemente acaba de ser creado y, *segundo*, resuenan en mis nervios las palabras que las Voces pronuncian dentro de ellos: “Mariposa – ha sido aceptado”, es decir, se había considerado posible que yo no supiera ya qué es una mariposa y por ello se pregunta en cierto modo en mí si el concepto “mariposa” encuentra aún acceso a mi conciencia.

Quiero creer que las observaciones precedentes suscitarán aun al lector más desapasionado la impresión de que me suceden cosas maravillosas.

* “Increíble para escribirlo”, en latín en el original. [N. del T.]

Podría tal vez dudarse sólo de que yo *pueda y quiera* decir la verdad, es decir, si soy propenso a las exageraciones o soy víctima de algún autoengaño. Al respecto puedo afirmar de mí mismo –del resto de mis capacidades cada cual pensará lo que quiera– que me atribuyo categóricamente dos cualidades, a saber, por una parte, un *amor inquebrantable* a la verdad y, por la otra, *una agudeza fuera de lo común de la capacidad de observación*; y que nadie que me haya conocido en mi época de salud o que ahora pueda ser testigo de todas mis acciones y omisiones tendrá dudas de la existencia de estas dos cualidades.

En lo referente a los animales inferiores formados milagrosamente (insectos, etcétera), ya subrayé anteriormente que pueden observarse ciertas diferencias de acuerdo con la diversidad de las estaciones del año y las partes del día.

Ni siquiera Dios puede crear todo lo posible en cualquier momento. La amplitud de su poder creador depende de las relaciones –decisivas para la sucesión de las partes del año y del día– entre el Sol y la Tierra, y según me parece, también del estado del tiempo en cada momento. Al respecto debe recordarse que, de acuerdo con mis ideas ya expuestas anteriormente (capítulo I y capítulo II, nota 44), el Sol no debe ser considerado en realidad como un factor de poder extraño a Dios, sino, en cierto sentido, ha de ser identificado con él, es decir, se presenta como el instrumento de su poder milagroso situado más cerca de la Tierra. Con otras palabras: en cada caso Dios sólo puede crear aquello para lo cual se ha colocado en posición de acuerdo con las relaciones espaciales establecidas entonces entre él mismo y los astros correspondientes y la irradiación de luz y calor determinada por ello. Así, las mariposas aparecen sólo de noche; las avispas, abejas y abejorros sobre todo en los días especialmente cálidos; en cambio, las aves nocturnas, mosquitos y polillas lo hacen por la noche, durante la cual, además, son atraídos por la luz de la lámpara.

Si esto tiene, y en qué medida, una análoga aplicación a los pájaros formados milagrosamente (parlantes), de los que hablé en el capítulo XV, es una pregunta difícil de responder.^{100bis} Ya en el capítulo mencionado señalé que los pájaros parlantes pertenecen también en cada caso a las especies de pájaros que suelen aparecer entre nosotros según las distintas estaciones del año. Pero una diferencia esencial consiste en que en los pájaros parlantes, según tengo motivos para inferir de las razones expuestas anteriormente, subsisten restos de lo que fueron almas humanas, lo que no es el caso tratándose de los insectos formados milagrosamente. Cuando una avispa o mosca zumba mucho tiempo cerca de mí, el sonido

^{100bis} Véase al respecto la nota 93, p. 206.

de las Voces que hablan dentro de mi cabeza se agrega a la suma de los animales nombrados, de manera que estos también parecen hablar. Pero este es, indudablemente, como los ruidos mencionados al fin del capítulo XVII (ferrocarriles, vapores remolcados a cadena, etcétera), tan sólo un sentimiento subjetivo. En cambio, en los insectos formados milagrosamente se pone de manifiesto otro momento interesante, que contiene una confirmación más de mi hipótesis, en el sentido de que se trata de seres recién creados. Me refiero a que, según sean los sentimientos para conmigo de los que en ese momento se encuentre henchido Dios, aparecen con una alternación absolutamente regular seres *más duraderos* o seres *menos duraderos*. Pero los sentimientos, como ya se expuso anteriormente, están determinados por el grado de voluptuosidad del alma que existe en ese momento y por la medida de la distancia a la que Dios se ha retirado; cuanto más se ha alejado, y cuanto menor es la voluptuosidad del alma, tanto menos benévolo se muestra conmigo. Los períodos de sentimientos más amistosos y menos amistosos alternan en rápida sucesión muchas veces cada día. En los períodos mencionados en último término aparecen, por ejemplo, de noche, cortapicos, arañas y otros semejantes; de día, avispas, mosquitos, etcétera, en otras palabras, animales cuya proximidad tiene sobre el hombre un efecto molesto, asqueante y hasta –debido a las picaduras– doloroso: en los primeros, en cambio, las moscas, polillas, mariposas, etcétera, que yo casi no siento como una incomodidad digna de mención.

En relación con lo anteriormente referido, tengo que mencionar finalmente los así llamados *milagros aterrorizadores*, en cuanto son probablemente un fenómeno relacionado con el poder milagroso de Dios. Los milagros aterrorizadores –la expresión, que no procede de mí sino de las Voces, ha sido tomada del *efecto* que, por lo menos originariamente, se buscaba con ellos– se practican desde años en mi cercanía bajo las formas más diversas.

Durante los primeros años aparecían ocasionalmente, mientras yo estaba acostado en la cama –no dormido, sino en estado de vigilia– toda clase de figuras extravagantes, y podría decir semejantes a dragones, muy cerca de mi cama; eran de respetable tamaño, casi igual al de mi cama, y tan cercanas, que casi las hubiera podido asir con la mano. A la categoría de los “milagros aterrorizadores” pertenecían *verosímilmente también* los “osos negros” y sin lugar a dudas los “osos blancos” que, según lo observado en el capítulo VI, vi con frecuencia en la época de mi permanencia en el hospital de Flechsig. Milagros aterrorizadores bajo la forma de sombras negras que surgen de repente aparecían hace años y siguen apareciendo aún ahora muy cerca de mí diariamente, de día y de noche, mien-

tras ambulo por el corredor o toco el piano, etcétera, revistiendo a veces una forma semejante a la figura humana. Yo puedo también provocar voluntariamente los milagros aterrorizadores o algo semejante si pongo mi mano cerca de una superficie blanca, por ejemplo, la puerta del dormitorio o la estufa esmaltada de blanco, pues entonces se hacen visibles deformaciones muy peculiares de las sombras, manifiestamente por medio de una modificación sumamente peculiar de la irradiación lumínica procedente del Sol. Que en todos estos fenómenos no están en juego sensaciones puramente subjetivas (“ilusiones visuales”, en el sentido de la psiquiatría de Kräpelin, p. 146), es algo que me resulta totalmente indudable por el hecho de que cada vez que aparece un milagro aterrorizador mi atención es dirigida especialmente hacia allí mediante la orientación de la mirada (giro de los ojos). Esto sucede también de manera particular mientras toco el piano, cuando, con seguridad, mis pensamientos, si dependiera de mi libre voluntad, estarían fijados más bien en la impresión visual de las notas o en el sentimiento generado por la belleza de la música, pero mis ojos son luego girados de suerte que mi mirada tiene que recaer sobre una imagen de sombras generada en la puerta o en algún otro lugar cercano. Tengo la sospecha –sólo de tal, naturalmente, puede hablarse aquí– de que quizá los milagros aterrorizadores tengan que ser considerados como los primeros rudimentos de la creación divina, que luego, en ciertas condiciones, habrían podido condensarse como “hombres hechos a la ligera” y, en grados superiores de la escala, como hombres reales u otras criaturas duraderas. Naturalmente, hace mucho que el efecto *aterrorizador* cesó en mí por obra de un acostumbramiento de años; ahora lo siento a lo sumo como una molestia, cuando mi atención es dirigida de la manera señalada en cualquier otra dirección que no sea la contemplación de aquellos objetos que en cada caso me interesan realmente.

En el capítulo siguiente se tratarán otros puntos concernientes a la naturaleza de Dios y a la naturaleza de la acción creadora divina.

CAPÍTULO XIX*

Si bien es cierto que en el capítulo anterior expresé mi convencimiento de que existe efectivamente una *generación espontánea* (procreación sin progenitores) y para fundamentar ese convencimiento al que he llegado comuniqué mis comprobaciones respecto de los insectos formados milagrosamente, empero dicha afirmación requiere ser restringida en cierto modo para evitar que sea objeto de una interpretación errada. Quizá la mejor manera como puedo expresar esta restricción es con la aserción de que existe *nuevamente* en nuestra Tierra una generación espontánea desde que se presentaron estados contrarios al orden cósmico, en tanto que antes, probablemente durante muchos milenios, no pudo hablarse en nuestro astro de una generación espontánea. “Generación espontánea” no es fundamentalmente sino otra designación verbal de lo que yo –coincidiendo con el lenguaje de la Biblia y de otras fuentes de la tradición religiosa– he denominado una creación mediante milagros divinos.

La concepción fundamental a la que he llegado en cuanto a la relación de Dios con la obra de la creación parte, pues, de que Dios hizo efectivo el ejercicio de su poder milagroso en nuestra Tierra –como, presumiblemente, en otros astros que habían llegado a un grado igualmente elevado de evolución– sólo hasta que se logró el fin de la obra creadora mediante la formación del hombre. A partir de ese momento, abandonó en cierta medida a sí mismo el mundo orgánico formado, interviniendo a lo sumo de vez en cuando en los casos excepcionales mediante un milagro (véase capítulo I). Fuera de ello, aplicaba su actividad sólo a otros astros y para elevar las almas de los hombres a la bienaventuranza; por su parte, se retiró a una distancia enorme.¹⁰¹

* “Continuación del anterior. Omnipotencia de Dios y libre arbitrio del hombre.”

¹⁰¹ Creo recordar que en algún pasaje de una de las fuentes de nuestra religión leí hace tiempo la frase: “El señor se marchó –es decir, después de terminar la obra de la creación– de viaje”, frase en la que estaría contenida una expresión figurada de la relación indicada por mí. Durante mucho tiempo supuse que la frase se encontraba en algún pasaje de la Biblia, pero he tenido que convencerme, después que se me proporcionó un ejemplar de ella, que no aparece allí, por lo menos donde la busqué, el relato de la creación por Moisés. Si es que acaso

No puede entrar en mis propósitos el dar una fundamentación auténticamente científica de esta concepción fundamental; no me propongo escribir una obra científica sobre la historia evolutiva del universo, sino que refiero solamente lo que he vivido y experimentado, señalando al mismo tiempo las conclusiones que tal vez sería lícito extraer de ahí, dada la magnitud del conocimiento por mí logrado. La confirmación de mi concepción fundamental la espero esencialmente de la forma que haya de recibir mi destino personal, en la medida en que llegará un momento en que también otros hombres no podrán sustraerse más al reconocimiento del hecho de que mi persona se ha convertido en el punto central de milagros divinos. Por esta razón, tengo que dejar a otras personas la formulación científica de las conclusiones sólo esbozadas por mí y su justificación, que quizá sea necesaria en muchos detalles. Con este sentido, me dedicaré a avanzar en el tema comenzado.

Partiré de la suposición de que la totalidad de la obra de la creación en algún astro consistió en la sucesión de actos creadores separados, en los cuales por lo general puede observarse un progreso desde las formas inferiores de la vida orgánica a formas superiores. Este último pensamiento no es, como es sabido, nada nuevo sino, en mayor o menor medida, patrimonio común de todos aquellos que en los últimos tiempos se han ocupado de los procesos histórico-evolutivos. La cuestión en litigio es si en este progreso debe suponerse el imperio de un ciego azar, el cual de manera coincidente lleva a que surjan siempre cosas más perfectas, o si hay que reconocer una "causa inteligente", Dios, que opera con voluntad consciente para que surjan formas superiores. La existencia de alguna "aspiración al fin" (Du Prel) tienen que aceptarla hasta los mismos investigadores que en lo demás propenden a explicar la "tenacidad de las concepciones deísticas" sólo por una debilidad de pensamiento que existe en la mayoría de los hombres. Para mí, en razón del contenido total del presente trabajo, la existencia de Dios se ha convertido en una certeza inmediata. Puedo, por ello, hacer el intento de aplicar un modo de tratamiento enteramente nuevo a la relación entre Dios y el mundo creado, a la luz de las impresiones sobrenaturales que se me han impartido.

Como se mencionó ya en el capítulo I, frente a la pregunta de si también los astros (estrellas fijas, planetas, etcétera) han sido creados por Dios, me

se encuentra en alguna otra parte, podrán contestarlo los teólogos. Yo mismo tengo la sensación de que de ninguna manera se trata de una formulación, surgida en mi cabeza, del pensamiento correspondiente. Por consiguiente, si no se encuentra en nuestras fuentes religiosas, tengo que suponer que la he recibido de las Voces, en alguna ocasión que no recuerdo.*

* Falta la nota 102. [N. del E.]

encuentro en la misma ignorancia que, en esencia, todos los otros hombres; tengo, pues, que dejar en pie la posibilidad de que la hipótesis nebular de Kant-Laplace sea acertada. En lo referente al mundo orgánico me parece que probablemente sea necesario suponer una diferencia muy esencial entre el proceso creador en lo que hace al mundo vegetal, por una parte, y el mundo animal, por la otra. Pues es posible concebir que algunas partes mínimas de los nervios divinos (Rayos) hayan recibido, a raíz de la transformación que se les impuso mediante el acto de la creación, la forma de almas de animales, las cuales, por inferiores que puedan ser en todo lo demás, por lo menos tendrían en común con los Rayos divinos la cualidad de la *autoconciencia*. Pero apenas es concebible, por lo menos para los hombres, que los Rayos divinos se hayan deshecho en vegetales, los cuales, si bien en cierto sentido son seres vivientes, carecen de la autoconciencia. Quizás hay que pensar, pues, en la posibilidad de que para la creación del mundo vegetal haya bastado, en ciertas condiciones favorables, el mero reflejo de la distribución de los Rayos que cae sobre la Tierra por intermedio de la luz solar, de suerte que, por ejemplo, un acercamiento de Dios con el fin de crear en Venus un mundo animal organizado, pudiera haber tenido al mismo tiempo el efecto de suscitar a la vida en la Tierra, que entonces estaba menos desarrollada, por lo menos un mundo vegetal. Sin embargo, no cuento con inspiraciones divinas para hacer consideraciones como las precedentes; por ello, tal vez me perdería en especulaciones infructuosas, en las que cualquier investigador formado en las ciencias naturales podría encontrarme incurso en palpables errores si yo pretendiera seguir el hilo de estas consideraciones. Una apoyatura mucho más firme tengo para suponer que el poder para metamorfosearse en *animales* de cualquier clase, y finalmente en hombres, para generar de sí mismos estas criaturas, está contenido germinalmente en cierta medida en los Rayos como una *capacidad latente*.

A este respecto, dispongo de algunas experiencias y percepciones absolutamente maravillosas. Ante todo debe mencionarse que los Rayos (nervios) del Dios superior cuando, por efecto de la fuerza de atracción, eran, por así decirlo, lanzados hacia mí, presentaban en mi propia cabeza, durante mucho tiempo y en un número sumamente grande de casos, *la imagen de una figura humana*. Merced a una casualidad afortunada, estoy en condiciones de remitirme, en vez de describirlo mediante palabras, a una pintura realmente existente, que se ajusta con un parecido verdaderamente asombroso a la imagen que he visto con frecuencia dentro de mi cabeza. En el volumen V de *Moderner Kunst* (Berlín, Verlag von Richard Bong), se encuentra la reproducción de un cuadro de Pradilla, *Liebesreigen*; en el ángulo superior izquierdo de esta pintura puede verse una figura femeni-

na que desciende desde lo alto con los brazos tendidos hacia adelante y las manos dobladas. Sólo es necesario traducir a lo masculino esta figura para tener una imagen bastante aproximada de la apariencia bajo la cual se presentaban los nervios del Dios superior –según ya se mencionó, en un número muy grande de casos– al descender a mi cabeza. La cabeza, el pecho y los brazos se distinguían claramente; estos últimos estaban extendidos hacia los lados, como si los nervios correspondientes tuvieran que abrirse camino contra un obstáculo creado para oponerse a su acercamiento (el revestimiento de la bóveda celeste mediante nervios, efectuado entonces por el alma de Flechsig, véase capítulo VIII). En no menor medida suscitaron con gran frecuencia en mi cabeza los Rayos del Dios inferior (Arimán) la imagen de un rostro humano, y por cierto con esta característica, que (no bien aparece la voluptuosidad del alma) el hombre en cuestión parece señalarlo con la lengua, de manera semejante, por cierto, a como suelen hacerlo los hombres ocasionalmente cuando algo les resulta especialmente sabroso; en otras palabras, cuando se encuentran bajo la impresión de un placer sensible.

Tengo que volver una vez más en este contexto sobre el fenómeno de los “hombrecillos” mencionado muchas veces en capítulos anteriores (capítulo VI, XI). Como después de esto tuve que observar en un número muy grande de casos que las almas, “Rayos”, aparecían bajo ciertas condiciones en mi cabeza o en cualquiera de mis miembros bajo la figura de hombres en miniatura, me parece estar muy justificada la suposición de que la capacidad de transformarse en figuras humanas en ciertas circunstancias o de convertirse en hombres debe considerarse como una potencia fundada en la naturaleza más íntima de los Rayos divinos. Desde este punto de vista, recae una luz nueva sobre las conocidas palabras de la Biblia: “Creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó”. Se impone la impresión de que hubiera que otorgar a estas palabras de la Biblia un significado *literal*, que los hombres hasta ahora no se han atrevido a darle.

Según esto, el hombre ha sido presumiblemente lo más elevado que Dios pudo crear. Todos los otros seres creados constituyen tan sólo una cadena infinitamente larga de preparativos, mediante los cuales Dios tendía al fin último, la creación del hombre. Crear sólo hombres hubiera sido obviamente un absurdo, porque el hombre, para mantenerse, depende de la existencia de numerosas formas animales inferiores, que le sirven, en parte, de alimento; en parte, para otros fines. Pero la capacidad de crear hombres entraña en sí, por ser más elevada, la capacidad de crear formas animales inferiores, por ser esta menos elevada. El hombre, pues, sólo pudo ser creado cuando estaba ya preparado el terreno para su aparición. En la larga serie de las formas animales que fueron creadas antes de él, es impo-

sible no reconocer una aproximación cada vez mayor a la estructura del hombre.

Con la creación de cada especie, la obra creadora de Dios quedaba concluida presupuestamente *en lo que respecta* a esa especie; con la creación del hombre, quedó concluida *la totalidad* de esa obra. A cada especie individual se le dio la posibilidad de consolidarse mediante las condiciones previamente creadas para su existencia, mediante la capacidad de propagarse y mediante la persistencia del calor solar. La medida en que cada especie, y en segunda instancia, cada individuo perteneciente a ellas lo lograsen, quedó librado a la capacidad de resistencia de las especies y a la habilidad de los individuos, pero no estuvo sujeto ya a la intervención directa de Dios.

Quisiera agregar ahora a lo expuesto anteriormente algunas observaciones que anticipé en un pasaje anterior (capítulo XIII, nota 81) sobre la relación de la omnipotencia y omnisciencia de Dios con el libre arbitrio humano.¹⁰³ La pregunta de si Dios conoce el futuro y en qué manera puede conciliarse una respuesta afirmativa con el libre arbitrio humano que indudablemente existe, ha ocupado desde siempre a los hombres. Para colocarse en el punto de vista adecuado, hay que tener presente que para Dios, en un cierto sentido, no existe ni pasado ni futuro: Dios no puede esperar *para sí mismo* ni circunstancias felices especiales ni infortunios desagradables, permanece igual a sí mismo en todo momento; esto es intrínseco al concepto de la eternidad. Pero si se plantea la pregunta bajo la forma de si Dios puede conocer el futuro de *los seres creados por él* —especies e individuos—, la mejor manera, a mi juicio, de examinar esta cuestión es por medio de ejemplos. Planteo, pues, las preguntas: ¿Existe una omnisciencia de Dios respecto del futuro, en el sentido de que Dios pueda también saber de antemano:

- 1) hasta qué edad ha de llegar uno de los muchos millones de hombres que viven sobre la Tierra;
- 2) si y cuántos mosquitos logrará capturar en un lapso dado una araña en la tela tejida por ella;
- 3) a cuál de los cientos de miles de números de un sorteo de lotería corresponderá el premio mayor;

¹⁰³ Las iluminaciones sobre la relación de Dios con el libre arbitrio humano desempeñaron un gran papel ya en una de las primeras visiones que tuve (por consiguiente, hacia comienzos de marzo de 1894); en cuanto puedo recordarlo, la *primera* visión en la que Dios, si así puedo decirlo, se manifestó a mí. Lamentablemente, los detalles se han borrado en gran parte de mi memoria por el largo tiempo transcurrido y por la impresión de las visiones que luego se presentaron en forma masiva. Recuerdo, sin embargo, que la mañana siguiente a la noche en cuestión hice al profesor Flechsig un informe sobre el contenido de la visión y mantuve un intercambio oral con él sobre este asunto.

- 4) con qué condiciones habrá de hacerse la paz en la guerra que el Japón y las grandes potencias europeas llevan actualmente contra China?

Creo haber encontrado en la elección de los ejemplos precedentes el tono con que, por lo que sé, la filosofía escolástica de la Edad Media trató de hecho durante siglos la cuestión de la predestinación y las cuestiones conexas con ella. En realidad, no hace falta más que plantear las preguntas pensadas en el párrafo anterior para advertir el absurdo que significaría responder afirmativamente a ellas. En todos los ejemplos elegidos se trata de preguntas que para los seres individuales, o los pueblos, a los que se refieren son de sumo interés y, en parte, cuestiones de vida o muerte; para Dios son todas, en cierto sentido, igualmente carentes de significado. Dios ha dotado a todas las especies creadas por él (y consiguientemente de manera indirecta a cada uno de los individuos que a ellas pertenecen) de las condiciones requeridas para su autoconservación; en qué medida utilizarán estas condiciones y qué resultados obtendrán de ellas, es algo que queda librado a los seres en cuestión, y por consiguiente no puede ser conocido de antemano por Dios.¹⁰⁴ Esto, obviamente, no excluye que Dios dedicara gran interés a las formas superiores por él creadas, y por consiguiente en particular a la alimentación de la especie humana en su totalidad o en algunas partes de ella, y por eso intervenía posteriormente mediante milagros en casos adecuados, con carácter de excepción. Pero ni siquiera en estos casos hay que suponer que un resultado duradero quedase garantizado sólo por las disposiciones divinas.

Todo lo que hasta aquí he expuesto en este capítulo se refiere a las *condiciones acordes con el orden cósmico*. A raíz de mi caso se llevó a cabo una profunda modificación de dichas condiciones, cuyo alcance ni siquiera yo

¹⁰⁴ En cambio consideré *in abstracto*, para desarrollar más el ejemplo (*ad 3*), como dada la posibilidad de que Dios pueda *determinar* en qué número debe caer el premio mayor de la lotería. De acuerdo con muchos milagros semejantes que percibí en parte en mi persona y en parte en mi ambiente, no sería en sí mismo imposible que se impusiera a la mirada de aquellas personas (niños de orfanatos) encargadas de sacar los billetes de la urna, y a sus músculos, la orientación que los llevaría a extraer un número de billete querido por Dios. La capacidad de percibir en qué lugar dentro de la urna está cada número de billete es algo que, de todas maneras, existe en Dios. Lo deduzco de los procesos mencionados en la nota 100, mediante los cuales Dios manifiestamente sabe dónde se encuentra cualquier objeto buscado por mí y que por su pequeñez no puede ser advertido por los ojos humanos. Pero tal milagro de la lotería (para emplear *sin rodeos* esta expresión) no sería, por hipótesis, practicado nunca, porque Dios carece de todo motivo para poner en acción su poder milagroso a fin de que a un hombre en particular le llueva del cielo una fortuna extraordinaria sin un mérito especial para ello. En otras palabras; aunque Dios, en casos como este y otros semejantes, no puede *conocer* el futuro, podría sin embargo *hacerlo* hasta cierto grado, en la medida en que existiera un motivo suficiente.

logro predecir por entero. Como Dios se vio necesitado a aproximarse a la Tierra y a permanecer de manera continua en la cercanía (relativa) de ella, la Tierra se convirtió de nuevo –quizá con postergación de otros astros y ciertamente con suspensión de la restauración de bienaventuranzas– en teatro de los milagros divinos. A los Rayos, aparentemente, les es imposible permanecer en un estado de completa inactividad: el crear (hacer milagros) es algo intrínseco a su naturaleza; desde el momento en que se tornó, por lo menos transitoriamente, imposible cumplir las tareas acordes con el orden cósmico que les incumbían, el poder milagroso se emplea en otras cosas, y al hacerlo así la mayoría de las veces resultan sólo manifestaciones de fuerza, que menoscaban el resultado permanente.

Se hacen milagros en primer término sobre mi persona y sobre todos los objetos con los que me ocupo; se hacen milagros sobre todas las manifestaciones vitales de los hombres que se encuentran cerca de mí, cuyos nervios son puestos en movimiento mediante la acción de los Rayos, para hablar, para desempeñar todas las funciones naturales, para toser, estornudar y aun para ventosear y evacuar, etcétera; se hacen también milagros sobre los animales vivientes que están cerca de mí, ya que, por las observaciones que hice al respecto, me resulta indudable que, por ejemplo, el relincho de los caballos, el ladrido de los perros, etcétera, es provocado mediante el influjo pertinente sobre los nervios de estos animales. Se hacen asimismo milagros, por último, mediante la creación de animales inferiores (los insectos mencionados en el capítulo precedente, etcétera). Todo esto carece realmente de finalidad, pues los animales vivientes y los hombres poseerían aun sin esto la capacidad para las manifestaciones vitales correspondientes, y los insectos creados pertenecen a géneros que aun sin ello existen ya con numerosos especímenes, y por lo tanto no se trata aquí de suscitar a la vida nuevas especies.

El ejercicio, pues, del poder milagroso desemboca, en todos y cada uno de los puntos, en una vejación inútil en lo que a mí respecta, y en lo que respecta a otros hombres y animales, en jugueteos vanos. De todas maneras, el estado descrito está asociado, para Dios, con algunos inconvenientes, ya que la satisfacción en lo Creado, que en cada caso dura sólo un breve tiempo, es seguida por estados de angustia, durante los cuales los nervios divinos que se han desprendido de la masa total por acción de la fuerza de atracción descienden hacia mí gritando “¡Socorro!”. Acerca de si y cómo pueda ser posible enderezar nuevamente estas circunstancias, insostenibles para todas las partes, por carriles normales y acordes con el orden cósmico, es algo sobre lo cual, por la naturaleza misma del asunto, sólo puedo tener vislumbres, respecto de las cuales acaso entraré todavía en algunas consideraciones al término de este trabajo.

CAPÍTULO XX*

Sobre la incapacidad de Dios para comprender a los hombres vivientes en cuanto organismo y en particular para juzgar acertadamente de la actividad de su pensamiento, tengo que agregar algo que se ha vuelto importante para mí desde múltiples puntos de vista. Puedo precisarlo brevemente diciendo que *todo lo que sucede está referido a mí*. Al escribir la frase precedente tengo plena conciencia de que otros hombres propenderán a ver en esto una fantasía morbosa de mi parte, pues sé muy bien que la tendencia a referir todo a sí mismos, a poner todo lo que sucede en relación con la propia persona, es precisamente un fenómeno que se presenta con frecuencia en los enfermos mentales. Pero, en realidad, en mi caso la situación es precisamente la contraria. Desde que Dios entró en conexión nerviosa exclusiva conmigo, me he convertido para Dios en cierto sentido en el hombre por antonomasia, o en el único hombre en torno del cual todo gira, al cual tiene que referirse todo lo que sucede y el que también, desde su punto de vista, tiene que referir a sí mismo todas las cosas.

Esta concepción absolutamente trastrocada, que, naturalmente, también a mí me resultó inconcebible al principio, y cuya existencia me vi obligado a aceptar como un hecho sólo después de experiencias de muchos años, se me hace patente en cualquier oportunidad y con las ocasiones más distintas. Cuando yo, por ejemplo, leo un libro o un periódico, se pretende que los pensamientos allí contenidos son mis propios pensamientos; cuando toco en el piano una canción o la transcripción para piano de una ópera, se cree que el texto de la canción o de la ópera expresa cada vez mis propios sentimientos. Es la misma ingenua ignorancia en virtud de la cual uno encuentra a veces en personas incultas que van al teatro la idea de que lo que hablan los actores reproduce los sentimientos personales de estos, o que los actores son realmente los personajes que representan. A mí, como es natural, cuando toco las arias de *La flauta mágica*, “¡Ay!, siento que

* “Concepción egocéntrica de los Rayos en lo concerniente a mi persona. Nuevo giro de mi situación personal.”

la felicidad del amor se ha desvanecido para siempre!" o "La venganza del infierno bulle en mi corazón; la muerte y la desesperación llamean en torno de mí", sólo puede causarme gracia oír en mi cabeza voces que parten de la premisa de que yo siento realmente entonces que he perdido mi felicidad para siempre, soy presa de la desesperación, etcétera. De todas maneras, tampoco hay que subestimar las pruebas de paciencia que se me imponen mediante el tener que escuchar durante años la horrible idiotez que encierra la intercalación de las preguntas: "¿Por qué no lo dice (en voz alta)?" y "Ha sido aceptado" en circunstancias como las mencionadas. El absurdo es tan insensato, que durante mucho tiempo estuve en la duda de si debía realmente atribuir las a Dios o a algunos otros seres desprovistos de inteligencia que hubieran sido creados en algún astro alejado, a la manera de los "hombres hechos a la ligera", y para que desde allí se emplearan en las tareas de registrar y de interrogar.

Las razones en favor y en contra las he sopesado con frecuencia en mis "Pequeños estudios", donde cualquiera que se interese por los detalles podrá leerlo pormenorizadamente. Por el momento me inclino, sin querer pronunciarme definitivamente, a la concepción de que el propio Dios alejado es quien promueve el señalado planteo de preguntas insensatas, y por consiguiente, está dominado por el error que está en su base.¹⁰⁵ El desconocimiento de la naturaleza humana y del espíritu humano que aquí se pone de manifiesto no es, en esencia, mayor que el que se evidencia también en otros fenómenos en los que tengo que ver a Dios como personalmente interviniente, por ejemplo, en la manera de tratar la cuestión de la evacuación, para decirlo brevemente (capítulo XVI, al fin); en la suposición de que el no pensar sea idéntico a la idiotez, de que el lenguaje de los nervios sea el lenguaje real del hombre (capítulo XIII), etcétera, etcétera.

La conclusión de que Dios, *en lo que hace a la relación contraria al orden cósmico que ha surgido en lo que a mí respecta*, no puede de ninguna manera pretender la infalibilidad, surge para mí sin lugar a dudas del hecho de que en cualquier caso ha sido *él mismo* quien determinó las líneas generales de la política practicada conmigo y quien estableció el sistema, con ella vinculado, de registrar, de no hablar de manera completa, de atarse a las Tierras, etcétera. Pero esta política persigue un fin imposible. Durante un año también yo, por cierto, creí que debía temer por mi intelecto, según antes se mencionó, dada mi absoluta falta de familiaridad con el efecto de los

¹⁰⁵ Empero, anteriormente (capítulo IX, p. 146-147) me expresé en sentido contrario. Son estos puntos en los cuales, por la naturaleza del asunto, *no puedo tener ninguna posición firme*, y por ello vacilo aún ahora, según que las nuevas impresiones parecen favorecer ya la una ya la otra concepción.

milagros y los terrores más allá de toda experiencia humana que se me creaban con ello. Pero hace ya no menos de cinco años que vi con plena claridad que el orden cósmico no pone ni aun en manos de Dios los medios para destruir el intelecto de un hombre. Dios, en cambio, se deja llevar aún ahora por la concepción opuesta, que procede de la idea de que es posible “dejarme abandonado”; arma continuamente, de acuerdo con esta concepción, nuevos sistemas y me proporciona día a día casi en la misma forma la prueba de que aún hoy le es imposible, en la misma medida que hace años, liberarse de dicha concepción errada. Por eso he llegado a juzgar, cosa que quiero subrayar aquí una vez más, que de ninguna manera esto es incompatible con el hecho de que Dios, en la esfera de acción que auténticamente le corresponde dentro del orden cósmico, esté lleno de eterna sabiduría.

La pretensión de que todo lo que sucede, y consiguientemente también todo lo dicho por otros hombres, se refiere a mí, se me plantea de manera especial durante mis paseos, que tienen lugar de una manera regular en el jardín de este hospital. Debido a ello, la permanencia en el jardín del hospital ha tenido desde siempre para mí un aspecto especialmente penoso; con esto tienen que ver las escenas de rudeza que tuvieron lugar algunas veces en años anteriores entre yo y otros pacientes del hospital. Hace mucho que la voluptuosidad del alma existente en mi cuerpo se ha vuelto tan intensa, que la reunión de todos los Rayos se cumple cada vez en un lapso más breve, y con ella estarían dadas las condiciones para dormir; debido a ello, hace años que no se me puede permitir que esté sentado solo y tranquilo en un banco, en el cual —especialmente cuando estoy algo cansado por haber pasado más o menos insomne la noche anterior— conciliaría el sueño, sino que de inmediato hay que recurrir a las llamadas “perturbaciones” (véase capítulo X), que permiten a los Rayos retirarse nuevamente. Estas “perturbaciones” se ponen en práctica unas veces de la manera más inocua, que consiste en formar milagrosamente insectos de la manera mencionada en la capítulo XVIII; otras veces haciendo que otros pacientes del hospital me interpielen o que hagan algún alboroto, preferentemente en mi proximidad inmediata. Que aquí se trate de una excitación, fundada en una acción milagrosa, de los nervios humanos pertinentes, es algo que no admite la menor duda, porque en cada oportunidad se presenta el fenómeno descrito anteriormente (capítulo VII y capítulo XV), consistente en que junto con las palabras pronunciadas siento al mismo tiempo un golpe aplicado contra mi cabeza, que tiene un efecto más o menos doloroso.

Como los pacientes¹⁰⁶ son en su mayoría locos con un grado de cultura

¹⁰⁶ Los nombres de estos, naturalmente, son “registrados”,

escaso y una sensibilidad tosca, de ordinario profieren insultos vulgares, que yo, según la intención de los Rayos, tengo que referir a mí. En algunos casos se hizo que me agredieran de hecho, sin ningún intercambio previo de palabras; así sucedió una vez, por ejemplo, por parte de un cierto doctor D., mientras yo jugaba tranquilamente al ajedrez con otro señor. Por mi parte, me dejé llevar siempre por el propósito de ignorar los insultos proferidos contra mí, como que provenían de locos, en la medida de lo posible. Con todo, la posibilidad de ignorarlos tiene sus límites; cuando, cosa que antes sucedía con mucha frecuencia y aun ahora sucede no rara vez, los locos se acercan demasiado a mi cuerpo o no desisten de injuriarme, a pesar del desdén expresado por mi silencio, algunas veces no me queda otro recurso, si no quiero parecer cobarde, que pagarles verbalmente en la misma moneda. Como en tales circunstancias una palabra trae la otra, ha sido así como en los primeros años se llegó a verdaderas escenas de pugilato, en las cuales, por otra parte, tuve la satisfacción de derribar siempre por tierra al atacante, a pesar de que al mismo tiempo se efectuaban intensos milagros sobre mí, especialmente en las rótulas, para hacerme incapaz de luchar.

Desde hace algunos años he podido, afortunadamente, evitar que se llegase a riñas formales, aunque aún hoy es necesario un extraordinario empleo de tacto y moderación por mi parte en cada paseo por el jardín para evitar escenas escandalosas. En efecto; el método de los locos de azuzarme con expresiones injuriosas persiste aún hoy, y al mismo tiempo la insensata cháchara de las Voces: “Fue aceptado”, “¿Por qué no lo dice (en voz alta)?”, “Porque soy idiota” o también “Porque tengo miedo”, etcétera, me hace reconocer la intención de Dios, de que yo refiera a mí las expresiones injuriosas.

Para mantener en lo posible la paz y el decoro y al mismo tiempo para brindar a Dios la prueba presente de que mi intelecto no está vulnerado, hace años que he tomado la costumbre de llevar siempre conmigo al jardín mi tablero de ajedrez para el paseo de la tarde y pasar por lo menos una gran parte del tiempo jugando. He practicado esto aun a lo largo del invierno, en el cual el juego de ajedrez prosiguió aun durante breves períodos de frío intenso; mientras juego, reina siempre una paz relativa. También me veo sometido a molestias semejantes en mi cuarto, en el cual —con el carácter de las llamadas “perturbaciones”— tiene lugar una permanente intrusión de otros pacientes; también en esto me resulta indudable la relación con las cosas sobrenaturales.

Todos estos sucesos, sumados a otras consideraciones, han hecho madurar en mí desde hace aproximadamente un año la decisión de procurar mi alta del presente hospital. Yo pertenezco al número de los hombres cul-

tos, no al de los locos; no bien me muevo entre personas cultas, por ejemplo, en la mesa del director del Hospital, en la cual hago mis comidas desde la Pascua de este año (1900), cesan muchos de los estados morbosos causados por los llamados aullidos, porque en tales casos tengo la posibilidad, mediante mi participación en una conversación mantenida en voz alta, de mostrarme ante Dios en posesión irrestricta de mis facultades intelectuales. Si bien es cierto que soy un enfermo nervioso, de ninguna manera padezco una enfermedad mental que me haga incapaz de ocuparme de mis propios intereses (§ 6 del Código de Derecho Civil para el Imperio Alemán) o que por razones de derecho público pueda hacer que se considere imperativa mi reclusión en un hospicio.¹⁰⁷

Por eso, cuando, después de varios años me enteré casualmente de que ya en 1895 se me había impuesto una tutela transitoria, en el otoño del año precedente (1899) yo mismo di ocasión para que los funcionarios competentes pudieran pronunciarse sobre si la tutela debía convertirse en definitiva o ser revocada. Pero con motivo de un dictamen emitido por el director del presente hospital y de una audiencia judicial celebrada en enero de este año (1900), se promulgó, contra mis expectativas, una declaración formal de incapacidad del Real Tribunal de Primera Instancia de Dresde respecto de mí. Pero como sus fundamentos no pudieron menos que parecerme insuficientes, he impugnado esta decisión mediante un recurso contra el ministerio público, interpuesto, conforme a las disposiciones del Código de Procedimiento Civil, ante el Real Tribunal Provincial de Dresde, reclamando la anulación de la incapacidad. La decisión del proceso judicial por parte del Real Tribunal Provincial de Dresde está pendiente aún, pero previsiblemente se producirá en el curso de este año. Puedo ahorrarme informaciones más pormenorizadas sobre el curso que ha seguido hasta aquí el proceso, porque, aunque el material del proceso podría merecer el interés de sectores más amplios, los protocolos del Real Tribunal de Primera Instancia y del Real Tribunal Provincial de Dresde proporcionan una reseña completa al respecto. Por otra parte, en mis presentaciones incluidas en estos protocolos están contenidos algunos argumentos que tienen que ver con el ámbito de mis ideas religiosas.

Casi sin advertirlo, la concatenación del presente capítulo me ha hecho retroceder de los comentarios sobre la naturaleza de Dios a mis propias cir-

¹⁰⁷ Sobre las condiciones en que los dementes pueden ser recludos contra su voluntad en hospicios públicos he redactado a comienzos de este año un ensayo, de cuya publicación en un periódico científico me he ocupado. Lamentablemente, las redacciones de los periódicos a los que me había dirigido con este fin rechazaron la publicación por falta de espacio u otras razones. Para el caso de que el presente trabajo llegue a ser impreso, pienso agregarle quizá como apéndice el mencionado ensayo.

cunstances. Añadiré, pues, algunas observaciones más a este respecto. Las condiciones externas de mi vida han cobrado en los últimos tiempos, particularmente en lo referente al trato que se me dispensa por parte de las autoridades del hospital, un sesgo mucho más favorable, podría decir mucho más digno de un ser humano, no en mínima parte por obra de la impresión creada por mis trabajos escritos de que en mi caso posiblemente estén en juego fenómenos que caen fuera del campo de las experiencias científicas comunes. Mi estado de salud corporal es difícil de definir; en general tiene lugar una brusca alternación entre un bienestar corporal de grado elevado y estados más o menos dolorosos y desagradables. El sentimiento de bienestar corporal se basa en la voluptuosidad del alma, que en ciertos momentos alcanza un grado elevado. Esta no raras veces es tan fuerte, que sólo necesito, especialmente mientras estoy acostado en la cama, un pequeño empleo de la imaginación para procurarme un placer sensible que me proporciona un presentimiento bastante claro del goce sexual femenino en el coito.

En el capítulo siguiente volveré sobre esto con mayor detalle. Por otra parte, de resultas de los milagros que se practican en mí, aparecen alternando con aquellos (es decir, cada vez que Dios se retira nuevamente) toda clase de estados dolorosos, que casi sin excepción son enteramente súbitos y que también se desvanecen después de breve tiempo. Además de los fenómenos ya mencionados, aparecen, entre otros, dolores de ciática, calambres en las pantorrillas, fenómenos de parálisis, sentimientos súbitos de hambre y otros semejantes; antes no eran infrecuentes también los dolores de lumbago y de dientes. Durante un período, los dolores de lumbago eran a veces (cuando yo todavía dormía en la celda) tan intensos, que sólo podía levantarme de la cama con gritos de dolor —que en parte eran lanzados con este fin—; también los dolores de dientes eran a veces tan fuertes, que hacían imposible cualquier ocupación intelectual. Aun ahora tengo que vérmelas casi ininterrumpidamente con una clase de dolores de cabeza que indudablemente no son conocidos por ningún otro hombre y que difícilmente puedan compararse con los dolores de cabeza ordinarios. Son estos los dolores de estiramiento o de arrastre, que aparecen porque los Rayos atados a las Tierras, cuando la voluptuosidad anímica ha alcanzado cierto grado, intentan efectuar una nueva retirada. El milagro ululatorio que en tales casos se produce simultáneamente la mayoría de las veces ocasiona, mediante su frecuente repetición, un sacudimiento muy desagradable de la cabeza; este se presenta mientras estoy comiendo algo, por lo cual tengo que cuidarme mucho para no vomitar lo que tengo en la boca. El repentino cambio de mi estado de salud trae consigo un estado general que no puede ser designado sino como locura, y por consiguiente

también la vida que tengo que hacer lleva en cierta medida en sí la marca de la locura, tanto más que las personas de mi ambiente son en su mayoría locos, quienes, como es natural, contribuyen por su parte para que suceda toda clase de cosas irrazonables.

Rara vez me es posible permanecer largo rato en una y la misma ocupación; con mucha frecuencia, la aparición de los dolores de cabeza cuando me dedico de manera continuada a leer, escribir u otras ocupaciones semejantes, hace necesario un cambio de ocupación. Debido a ello, tengo por múltiples razones que conformarme con pasar el tiempo en pequeñas bagatelas; *corporalmente* me siento entonces mejor que nunca (excepto cuando toco el piano). Por eso, en los años transcurridos he tenido que ocuparme de diversas maneras en trabajos mecánicos, encolados, iluminación de imágenes y otros semejantes; considerados desde el punto de vista del bienestar corporal, resultan especialmente recomendables aquellos trabajos que corresponden a las tareas femeninas, tales como coser, quitar el polvo de los muebles, hacer la cama, lavar la vajilla y otras semejantes. Todavía hay días en los cuales no puedo ocuparme de otra cosa, salvo de tocar el piano, que de tales pequeñeces, es decir, en los cuales el estado de mi cabeza excluye cualquier otra ocupación más adecuada a las necesidades espirituales. Mi sueño nocturno es en general notablemente mejor que antes; ya se mencionó que a ratos, de resultas de los estados ululatorios prolongados (que aparecen alternando con un alto grado de voluptuosidad), no puedo permanecer en cama. Debido a ello, aun en el transcurso de este año, he tenido algunas veces que abandonar la cama ya a la medianoche o la una de la madrugada y permanecer sentado muchas horas con luz artificial (actualmente se ha cuidado de esto) y en el verano sin ella; a partir de las tres o de las cuatro, fue necesario hacerlo así casi la tercera parte de las noches. Con frecuencia mi reposo se ve perturbado por sueños, en los cuales, por su contenido tendencioso (“mantenimiento del lado masculino” en contraposición con la práctica de los “sentimientos femeninos”), creo reconocer de múltiples maneras la influencia de los Rayos. Sin embargo, estos sueños tienen actualmente sólo de manera excepcional el carácter de visiones, es decir, la auténtica vivacidad de las impresiones que es característica de estas.

El parloteo de las Voces experimenta un cambio permanente, y aun durante el tiempo relativamente corto en que he estado ocupado de la redacción de este trabajo ha sufrido ya muchas transformaciones. De los giros utilizados anteriormente, muchos, en particular aquellos que de alguna manera aludían al “pensar sin pensamiento de nada”, apenas se escuchan ahora. También el grado de retardación del habla ha aumentado desde la descripción contenida en el capítulo XV, de suerte que el habla de las Vo-

ces tendría que ser en no pequeña parte definido como un *silbido* dentro de mi cabeza, en el cual quizá no podría ya distinguir las palabras al oírlo, de no ser porque –tengo que decir, lamentablemente–, de resultas del recuerdo mnémico, casi siempre sé de antemano qué giros sin sentido tengo que aguardar.

Considero probable que en el futuro sigan apareciendo modificaciones del mismo tipo que las descritas, las cuales están en relación con el incremento de la voluptuosidad del alma, como también –por las mismas razones– modificaciones en los milagros que se realizan con referencia a mí. Lo que ahora siento como más molesto –aparte de la mala situación en que muchas veces se encuentra mi cabeza– son los estados ululatorios, por los cuales estoy agobiado hace ya dos o tres años, y que en este último año se han transformado en una plaga casi insoportable. No me atrevo a predecir si es esperable un mejoramiento en el futuro; los señalados estados morbosos, según espero por las razones antes aducidas, podrían de todos modos experimentar una moderación cuando pueda establecer mi residencia fuera del presente hospital.

CAPÍTULO XXI*

Hasta aquí no he intentado casi dar una auténtica demostración de la realidad de los milagros por mí afirmados y de la verdad de mis ideas religiosas. Sin embargo, en mi constitución corporal existe una abundancia de probanzas, además de los estados ululatorios muchas veces mencionados,¹⁰⁸ de manera que, según supongo, un examen de mi cuerpo en cuanto a los rasgos distintivos de la feminidad tendría que producir aun ahora un efecto persuasivo sobre otras personas. Por ello, dedicaré en este capítulo especial consideración a este tema, a la que haré preceder, en parte extractándolos, en parte con su contenido íntegro, los informes al respecto que he presentado a la dirección del presente Hospital.

Después que el Real Tribunal de Primera Instancia de Dresde declaró mi incapacidad con fecha 13 de marzo del corriente año (1900), el 24 del mismo mes dirigí una presentación a la dirección del presente hospital, en la cual expuse algunos de los puntos de vista más esenciales sobre los cuales pensaba fundamentar el recurso de nulidad que elevaría, y que en el ínterin ha sido elevado. Como fundamento de la presentación aduje entonces que a la Real Dirección Hospitalaria se le exigiría sin duda en el futuro proceso un nuevo pronunciamiento pericial, y que por lo tanto sería de mi interés comunicarle mi propia manera de pensar respecto de la naturaleza de mi enfermedad, para que, aun antes de hacer la presentación de un nuevo dictamen, las observaciones médicas pudieran ser dirigidas hacia ciertos puntos especiales, señalados por mí. De la presentación

* "Bienaventuranza y voluptuosidad del alma: sus relaciones recíprocas. Consecuencias de esta relación para la situación personal."

¹⁰⁸ Estos estados ululatorios revisten ahora (febrero de 1901, fecha en que ha sido agregada posteriormente esta nota) todos los días en horas tempranas, cuando al despertarme salgo de la cama, me visto y me lavo o (también en el baño) me desnudo, la forma de escenas tan insensatas, que, a mi juicio, cualquier persona educada que se encontrara entonces cerca de mí tendría que quedar con el convencimiento de que no puede tratarse en mi caso de cosas naturales. Lamentablemente, en la parte del día en cuestión sólo se encuentran alrededor de mí enfermeros incultos o personas mentalmente enfermas. No considero improbable una repetida modificación de estos fenómenos en el curso del tiempo.

mencionada, del 24 de marzo del corriente año, hace al caso aquí el siguiente pasaje:

“El propósito de convencer a otros hombres, por vía de una exposición racional, de la verdad de mis supuestos ‘delirios’ e ‘ilusiones sensoriales’ me es, en sí y de por sí, naturalmente, ajeno. Sé bien que esto, por lo menos transitoriamente, sólo sería posible en una limitada medida. El que una modificación ulterior de mi constitución corporal, situada fuera del alcance de cualquier experiencia humana, pueda traer por sí misma la confirmación, es algo que he dejado en manos del futuro. Ahora quiero aclarar una sola cosa:

”que en todo momento yo estaría dispuesto a permitir que mi cuerpo fuera sometido a un examen médico para verificar si es exacta o no mi afirmación de que todo mi cuerpo, desde los pies a la cabeza, está penetrado por nervios de voluptuosidad, cosa que sólo sucede en los cuerpos femeninos adultos, mientras que, en el hombre, por lo menos en la medida en que yo estoy enterado, los nervios de la voluptuosidad se encuentran sólo en los órganos sexuales y en la cercanía de ellos.

”Si tal examen diera como resultado el acierto de mi afirmación, y simultáneamente la ciencia médica se viera obligada a reconocer que carece de cualquier explicación humana-natural para semejante fenómeno en un cuerpo humano, entonces, mi ‘delirio’ de que mi cuerpo está sometido en una amplia medida al efecto de los milagros divinos tendría que aparecer también a sectores más amplios de personas bajo una luz esencialmente distinta.”

A esta primera presentación hice seguir otra, con fecha 26 de marzo del corriente año, que reproduzco literalmente a continuación:

“Con carácter de agregado a mi presentación formulada el 24 del corriente mes, me permito presentar un ruego a la Real Dirección Hospitalaria. De la mencionada presentación surge desde qué puntos de vista creo necesario asignar especial importancia, tanto por lo que hace a mis ideas religiosas como en lo que hace a mi apelación contra la declaración de incapacidad del Tribunal de Primera Instancia, a la difusión de nervios de concupiscencia en mi cuerpo.

”Por ello, sería para mí de gran interés tomar conocimiento de:

”1) si la neurología científica admite la existencia de nervios (ner-

vios de concupiscencia o nervios sensitivos, según una expresión recientemente escuchada por mí de boca del señor consejero privado doctor Weber o cualquier otro término empleado para designarlos científicamente), cuya función específica consista en ser *portadores de la sensación de voluptuosidad*.

"2) si es acertado lo que afirmo, a saber, que tales nervios de voluptuosidad se encuentran, en la mujer, en todo el cuerpo; en el hombre, sólo en los órganos sexuales y en su cercanía inmediata, y si, por consiguiente, a este respecto he descripto un hecho reconocido por la neurología científica, o he afirmado algo errado según el estado actual de esta ciencia.

"Agradecería muchísimo alguna forma de aclaración, que podría efectuarse o *por escrito* o mediante la cesión, con carácter de préstamo, de alguna obra que exponga científicamente la neurología, de la que pudiera yo hacer los extractos necesarios.

"Con mi más alta consideración."

(Sigue la firma.)

A la segunda presentación siguió finalmente una tercera, con fecha 30 de marzo del corriente año, cuyo texto es el siguiente:

"Con motivo de mi memorial dirigido el 26 de marzo del corriente año a la Real Dirección Hospitalaria en lo referente a los llamados nervios de la voluptuosidad, el señor consejero privado doctor Weber tuvo ayer por la tarde la bondad de brindarme una exposición oral sobre este tema y de proporcionarme en préstamo por algún tiempo dos libros tomados de la biblioteca médica del Hospital.

"Vuelvo otra vez sobre la pregunta planteada, y por cierto no solamente en razón de mi interés personal, sino también porque supongo que las observaciones que se realicen sobre mi cuerpo podrían tal vez llevar a un enriquecimiento de la ciencia en este dominio.

"Si he entendido correctamente al señor consejero privado doctor Weber, la neurología científica no reconoce propiamente la existencia de nervios específicos que sean portadores de la sensación de voluptuosidad; además se opone a la concepción de que tales nervios, como también cualesquiera otros, puedan *sentirse* mediante la palpación externa. Por otra parte, parece no admitir dudas sobre el hecho de que la sensación de voluptuosidad –cualquiera sean las causas fisiológicas– abarca en la mujer todo el cuerpo en un grado más alto que en el hombre, y que en especial las mamas participan en un grado especialmente destacado de la sensación de voluptuosidad. A mi entender, este hecho sólo

permitiría ser explicado mediante la existencia de algunos órganos (llámeselos tendones, nervios o de cualquier otra manera) que recubren todo el cuerpo, en la mujer en mayor grado que en el hombre. Para mí es *subjetivamente cierto* que mi cuerpo –según mi repetidamente manifestada convicción, por obra de milagros divinos– muestra tales órganos de la misma manera que sólo acontece en el cuerpo femenino. Cuando efectúo alguna ligera presión con la mano sobre algún lugar de mi cuerpo, *siento* bajo la superficie de la piel estructuras de una consistencia semejante a la de filamentos o de cordones; se encuentran estas particularmente en mis pechos, donde están colocados los senos en la mujer, con la peculiaridad, aquí, de que a veces son perceptibles en sus terminaciones condensaciones nodosas. Mediante una presión ejercida sobre estas estructuras logro, especialmente cuando pienso en algo femenino, suscitar algunas de las sensaciones voluptuosas correspondientes a las de la mujer. Hago esto, dicho sea de paso, no por lascivia, sino que en ciertas oportunidades me veo directamente necesitado, si quiero alcanzar el sueño o una protección contra dolores casi intolerables.

”Precisamente estas estructuras filamentosas o acordonadas las he sentido (una vez que mi atención fue dirigida a ese punto), con ocasión de una visita, en el brazo de mi cuñada, y supongo por ello que existen bajo la misma forma en cualquier cuerpo femenino.

”Creo también que debo suponer que estas estructuras son lo que proporciona a la piel femenina la suavidad que le es peculiar y que también en mi cuerpo puede advertirse de ordinario.

”He de añadir, además, que en lo que respecta a las características femeninas que aparecen en mi cuerpo, se da una cierta periodicidad, y por cierto que en los últimos tiempos con intervalos que cada vez se hacen más breves. Quiero decir que todo lo femenino actúa atractivamente sobre los nervios divinos; por ello, tan pronto como se desea retirarse de mí, se intenta en cada oportunidad reprimir mediante milagros los síntomas de feminidad que están apareciendo en mi cuerpo; esto tiene como consecuencia que las estructuras denominadas por mí ‘nervios de la voluptuosidad’ se desplazan algo hacia adentro, y que por consiguiente no son ya tan perceptibles en la superficie de la piel, mi busto se achata un poco, etcétera. Pero cuando, después de un corto plazo, surge la necesidad de acercarse nuevamente, aparecen otra vez los ‘nervios de la voluptuosidad’ (para conservar esta expresión), mi busto se comba nuevamente, etcétera. Esta periodicidad suele producirse ahora la mayor parte de las veces en el transcurso de pocos minutos.

”Que en la precedente exposición estoy persiguiendo, junto con mi interés personal, un simultáneo interés científico serio, es algo que la

Real Dirección Hospitalaria no querrá desconocer; confío, pues, estar a salvo de la suposición de que al revelar las circunstancias en cuestión, que según mi modo de ver tienen que ver con cosas sobrenaturales, he dado expresión a algo de lo cual yo, como varón, tendría que avergonzarme.

”Con mi más alta consideración.”

(Sigue la firma.)

Añadiré algunas consideraciones más al contenido de los párrafos re-
producidos precedentemente.

Como es natural, no dudo de que lo que me fue comunicado por el señor consejero privado doctor Weber al comienzo de la conversación mencionada al comienzo de mi presentación del 30 de marzo del corriente año corresponde al estado actual de la ciencia en el campo de la neurología. Igualmente, no puedo menos que dar expresión, con la firmeza que es propia de los legos en estos asuntos, a la convicción de que en las estructuras filamentosas o acordonadas por mí descritas se trata de *nervios*, y de que existen, por consiguiente, nervios específicos de la voluptuosidad, cuya característica consiste en ser portadores de las sensaciones de voluptuosidad. En esto es decisivo para mí, por una parte, la estimación de que estas cuestionables estructuras, como me consta con seguridad, no son en cuanto a su origen otra cosa que lo que otrora fueron nervios divinos, pero que por su pasaje a mi cuerpo difícilmente pueden haber perdido su peculiaridad en cuanto nervios, y además el hecho de que yo pueda efectuar en todo momento la *percepción efectiva* de la sensación de voluptuosidad suscitada por una leve presión sobre cada estructura. Permítaseme, pues, retener en lo que sigue la denominación de “nervios de voluptuosidad”.

La repleción de mi cuerpo mediante estos nervios de voluptuosidad como consecuencia del incesante afluir de Rayos o nervios divinos dura aún hoy después de seis años sin ninguna interrupción. Por ello no tiene nada de asombroso que mi cuerpo esté penetrado de nervios de voluptuosidad en un grado como difícilmente se encontrará en ningún ser femenino por el mismo fenómeno. Su aparición exterior está sujeta, según destaqué ya en mi presentación de fecha 30 de marzo del corriente, a una periodicidad reiterada regularmente, según que Dios se haya retirado a una gran distancia o que, al faltar los pensamientos que los Rayos tienen que buscar en mí, necesite acercarse de nuevo.

En los momentos de aproximación, mi pecho da la impresión de un seno femenino relativamente desarrollado; este fenómeno puede *ser visto con sus propios ojos* por cualquier persona que quiera observarme. Estoy, pues, por así decirlo, en condición de presentar una prueba remitiéndome a la to-

ma de un examen ocular. Por otra parte, no sería suficiente una observación fugaz en un momento dado, sino que el observador en cuestión tendría que tomarse el trabajo de permanecer unos diez minutos o un cuarto de hora cerca de mí. En este caso cualquiera no podrá dejar de advertir el alternativo hincharse y deshincharse del busto. Naturalmente, en los brazos y en la fosa epigástrica subsiste el vello masculino, que, por otra parte, en mí sólo existe en un grado moderado; también las mamilas se mantienen en su tamaño menor, correspondiente al sexo masculino. Pero, independientemente de ello, me atrevo a sostener resueltamente que quienquiera me viese de pie frente al espejo con la parte superior del tronco desnuda –máxime cuando la ilusión está reforzada por algún adorno femenino– recibiría la impresión indudable de un torso femenino. No vacilo en aclarar que *por mi parte no promovería una observación* como la mencionada si residiera fuera del Hospital, pero que la permitiría a cualquier especialista que se sintiera movido a ello no por una mera curiosidad sino por un interés científico. Si, como también afirmo, nunca ha sido posible observar algo semejante en un cuerpo masculino, creo haber aportado una prueba que, aun en personas serias, tiene que suscitar la más grave duda de si todo aquello que en mí se ha considerado hasta ahora como ilusiones sensoriales y delirios no será verdad; y sí, por consiguiente, toda mi creencia en los milagros y por consiguiente la exposición que he hecho para explicar los extraños fenómenos en mi persona y en mi cuerpo no estará basada en la verdad.

El cultivo de las sensaciones femeninas posibilitada por la existencia de los nervios de voluptuosidad lo considero como mi derecho y en cierto sentido como mi obligación. Para no perder por este reconocimiento el respeto de otras personas a cuyo juicio asigno valor, será necesario hacer una explicación detallada.

Pocos hombres habrá que hayan sido criados en máximas morales tan estrictas como yo, y que a lo largo de toda su vida, y especialmente en el aspecto sexual, se hayan impuesto una moderación coherente con esas máximas en la misma medida en que yo me atrevo a afirmarla de mí mismo. Por consiguiente, no es una baja sensualidad, en cuanto estímulo de los impulsos, lo que está en consideración en mi caso; si fuera aún posible para mí satisfacer mi orgullo viril, ello me sería, como es natural, incomparablemente preferible; tampoco en el trato con otros hombres dejaré traslucir nunca una avidez sexual. Pero no bien estoy a solas con Dios –si así puedo expresarme– es para mí una necesidad actuar con todos los medios imaginables, como también con el pleno empleo de las fuerzas de mi intelecto, y en especial de mi imaginación, para que los Rayos divinos reciban de mí, permanentemente, si fuera así posible, o –como el hombre simplemente no puede lograr esto– al menos en ciertas partes del día, la impre-

sión de una mujer que se abandona a las sensaciones voluptuosas.

Sobre las estrechas relaciones que existen entre la voluptuosidad y la bienaventuranza hice ya repetidas referencias en etapas anteriores del desarrollo de este trabajo. La voluptuosidad puede considerarse como un fragmento de la bienaventuranza, que se concede anticipadamente en cierta medida a los hombres y otras criaturas vivientes. Desde este punto de vista, tengo que considerar como una visión profética, que haría pensar en una inspiración divina, lo que dice, por ejemplo, Schiller en su “Canto a la Alegría”: “La voluptuosidad se concedió al gusano y el querubín se yergue frente a Dios”. Pero aquí existe, empero, una diferencia esencial. A *las almas* les ha sido concedido el goce voluptuoso o la bienaventuranza de manera permanente y en cierta medida como fin en sí; al hombre y a otras criaturas vivientes sólo como medio para la conservación de la especie. Aquí están para los hombres los límites morales de la voluptuosidad. Un exceso de voluptuosidad haría al hombre incapaz de cumplir las otras tareas que le incumben; le impediría ascender un peldaño cada vez más elevado en el perfeccionamiento espiritual y moral; y efectivamente, la experiencia enseña que no sólo numerosos hombres individuales sino pueblos enteros se han arruinado, por entregarse a los excesos de la voluptuosidad. *Para mí, tales límites morales de la voluptuosidad no existen ya; en cierto sentido se han transformado precisamente en lo opuesto.* Para no ser mal interpretado, tengo que señalar aquí que al hablar del cultivo de la voluptuosidad, que, por así decirlo, se ha convertido para mí en un deber, no aludo *nunca a una concupiscencia sexual respecto de otros seres humanos (personas femeninas) ni tampoco a un trato sexual con ellos*, sino a representarme a mí mismo como hombre y mujer en una sola persona, realizando el coito conmigo mismo, dedicándome a cualesquiera actividades tendientes a la excitación sexual –las que quizás en otras circunstancias resultarían obscenas–, etcétera, en lo cual, por supuesto, está excluido todo pensamiento de onanía o cosas semejantes.

Esta conducta, empero, se me ha vuelto necesaria debido a la relación contraria al orden del mundo en la que Dios se ha colocado respecto de mí; en esta medida puedo, por paradójico que pueda sonar, aplicarme el lema de la primera Cruzada: “*Dieu le veut*” (Dios lo quiere). Dios está ahora ligado indisolublemente a mi persona por la fuerza de atracción de mis nervios, que hace mucho tiempo se ha vuelto invencible; cualquier posibilidad de liberarse nuevamente de mis nervios –a lo cual tiende la política seguida por el propio Dios– está excluida durante el tiempo que me queda de vida, salvo quizás en el caso de que aún pueda llegarse a una emasculación. Por otra parte, Dios exige un gozo *permanente*, de acuerdo con las condiciones acordes con el orden cósmico que son necesarias para la existencia de las almas; mi tarea es proporcionárselo, en la medida en que ello entra en

los límites de lo posible en las relaciones contrarias al orden cósmico que se han creado, bajo la forma del desarrollo más amplio posible de la voluptuosidad del alma; si al hacerlo me redunda algo de goce sensible, estoy pronto a aceptarlo como una pequeña compensación por el exceso de sufrimiento y las privaciones que hace años me han sido impuestos, en ello existe también una pequeña compensación por los múltiples estados dolorosos y contrariedades que tengo que soportar aún hoy, especialmente en los momentos en que disminuye la voluptuosidad del alma. Soy consciente de que con ello no violo ningún deber moral, sino que simplemente hago lo que la razón ordena en las circunstancias anormales que se han dado; en lo que hace en particular a la relación con mi mujer, me remito a lo señalado ya en la nota 76 del capítulo XIII.

Naturalmente, no me es posible entregarme todo el día, ni siquiera la mayor parte de él, a imágenes voluptuosas y dejar que mi fantasía juegue en esa dirección. La naturaleza humana, sencillamente, no estaría en condiciones de hacerlo; el hombre no ha nacido para el puro placer, y por eso el puro placer, entendido como fin exclusivo de la vida, me parecería tan monstruoso como a cualquier otro hombre. Por otra parte, una actividad incesante del pensamiento, un trabajo *de los nervios intelectivos* no interrumpido por ninguna pausa, como el que me exigen los Rayos por medio de la compulsión a pensar, es no menos inconciliable con la naturaleza humana. El arte de vivir en las condiciones demenciales en las que he sido colocado –no me refiero a las condiciones de mi ambiente externo, sino a lo absurdo y contrario al orden cósmico de las relaciones surgidas entre Dios y yo– consiste en encontrar algún camino intermedio adecuado por el cual ambas partes, Dios y el hombre, avancen de la manera más tolerable, es decir, que el ingreso de los Rayos divinos se cumpla en lo posible con participación en la concupiscencia del alma existente en mi cuerpo y de *esa manera les resulte aceptable*, y que yo, por mi parte, además del reposo que de tiempo en tiempo y especialmente por las noches requieren mis nervios intelectivos, cuente también con la posibilidad de ocuparme, por lo menos en cierta medida, de alguna manera adecuada para la necesidad espiritual.

Esto no se logrará sin situaciones desagradables para ambas partes, en las cuales cada una de ellas se ha visto obligada a una conducta contraria a su auténtica naturaleza. La voluptuosidad del alma no existe siempre de manera plenamente abundante, sino que de tiempo en tiempo disminuye, en parte porque pone en actividad acciones de retirada por parte de Dios, en parte porque yo no puedo dedicarme siempre al cultivo de la concupiscencia. Por otra parte, cada actividad que emprendo, y en mayor medida aún cualquier renuncia al derecho natural de no pensar en nada (especialmente al pasear) está ligada para mí con un sacrificio más o menos notable de bienestar cor-

poral. Por ello se me permite –en aquellas pausas de la actividad de pensamiento que el hombre necesita, especialmente de noche, para lograr el sueño, pero también de día en ciertos momentos, por ejemplo después del almuerzo, cuando aparece la necesidad de un descanso posmeridiano, o por la mañana temprano, al despertarme en la cama– crear en mí, por medio de la práctica de la voluptuosidad en el sentido mencionado anteriormente, un estado corporal tolerable o hasta un bienestar sensible que lo rebasa.

El acierto de esta interpretación me ha sido corroborado de manera indudable por una experiencia de años; creo, incluso, que puedo permitirme expresar la opinión, sobre la base de las impresiones recibidas, de que Dios nunca llegaría a una acción de retirada (con lo cual en cada oportunidad mi bienestar corporal empeora considerablemente y de inmediato), sino que la atracción se produciría sin ninguna resistencia y con un permanente equilibrio, si me fuera posible hacer *siempre* el papel de una mujer que yace conmigo mismo en un abrazo sexual; dejar que mi vista reposara *siempre* en seres femeninos; *contemplar siempre figuras femeninas, etcétera.*

No quisiera dejar de mencionar que el acierto de la interpretación descrita ha sido reconocido expresamente también por el Dios inferior (Arimán), en la medida en que, en su momento, incorporó al material de registro empleado por él en el lenguaje de los Rayos cierto número de giros mediante los cuales se me recomendaba una conducta correspondiente. En especial, los giros “La concupiscencia se ha vuelto temerosa de Dios” y “Excítese sólo sexualmente” fueron oídos muy frecuentemente de boca de las Voces procedentes del Dios inferior. Todos los conceptos morales han quedado trastocados en mi relación con Dios. Por otra parte, si bien la concupiscencia es moralmente permitida a los hombres siempre que sea santificada por el vínculo del matrimonio, nunca ha sido por sí misma algo especialmente meritorio. En cambio, en la relación entre Dios y yo, la voluptuosidad ha llegado a hacerse “temerosa de Dios”, es decir, debe ser considerada el medio por el cual el conflicto de intereses (en contra del orden cósmico) puede encontrar cuanto antes una solución satisfactoria.

Tan pronto como dejo que se produzcan pausas de mi pensar, sin asumir al mismo tiempo el cultivo de la voluptuosidad –lo cual hasta cierto grado es inevitable, porque el hombre no puede, ni pensar constantemente ni vivir constantemente el placer– se producen cada vez las consecuencias desagradables descritas anteriormente: estados ululatorios y algún dolor corporal en mi persona; groseros alborotos entre los locos que están alrededor de mí y gritos de “Socorro” por parte de Dios. La razón exige que yo, en la medida en que ello puede pedírsele a un hombre, llene las pausas de mi actividad de pensar, en otras palabras, las horas de descanso, con alguna ocupación espiritual, en lo posible, mediante el cultivo de la voluptuosidad.

CAPÍTULO XXII*

He llegado al fin de mi trabajo. He relatado mis vivencias y experiencias durante mi enfermedad nerviosa, que dura ya hace siete años, y las impresiones sobrenaturales que he recibido durante ese tiempo, sin agotarlas ni con mucho, pero por lo menos con la integridad necesaria para la comprensión de mis concepciones religiosas y la aclaración de ciertas peculiaridades de mi conducta. Me resta tan sólo echar una ojeada sobre el futuro.

“¿Qué resultará ahora de la maldita historia?” y “¿Qué será de mí, aquel debe”¹⁰⁹ –es decir, decir o pensar–, así rezan las preguntas que desde hace años son pronunciadas dentro de mi cabeza por los Rayos, y que si bien no reproducen *mis* auténticos pensamientos, sino que están basadas en falsificaciones, por lo menos permiten conocer que también en Dios existe la conciencia de una situación que esencialmente tiene un buen cariz. Las respuestas que los Rayos se dan a sí mismos con motivo de estas preguntas, es decir, las que por medio de falsificaciones inducen en mis nervios (“Nuevos hombres procedentes del espíritu de Schreber” o también “no lo sé, aquel debe”, etcétera) son tan infantiles, que no necesito dudar más sobre ellas. En cuanto a mi propia manera de interpretar las cosas, tengo que señalar lo siguiente.

Una predicción cierta sobre qué será de mí y de qué manera será posible hacer entrar nuevamente por un carril conforme con el orden cósmico el estado contrario al orden cósmico en el cual aparentemente se encuentra Dios respecto de toda la Tierra, es, por supuesto, imposible. Se trata de una maraña para la cual no sólo faltan todas las analogías procedentes de la experiencia humana, sino que tampoco se vio jamás dentro del orden

* “Consideraciones finales. Una mirada hacia el futuro.”

¹⁰⁹ Con el “aquel” de las expresiones mencionadas anteriormente y de muchas otras semejantes se alude siempre, naturalmente, a mí. Quizás habría que agregar como continuación: “aquel hombre que es el único que a nosotros (los Rayos) nos interesa” o algo semejante. El hecho de que no se mencione mi nombre es algo que parece basarse en cierto propósito deliberado, porque se sigue alimentando la esperanza de que finalmente llegará el momento en que yo no tendré ya más conciencia de mi identidad.

cósmico. ¿Quién querría, pues, frente a semejante situación, entregarse a conjeturas sin fundamento respecto del futuro? Lo único cierto para mí es una negativa, a saber *esta*, que nunca se podrá llegar a la destrucción de mi intelecto que Dios se ha propuesto. Acerca de este punto hace años que estoy perfectamente en claro, como ya antes se expuso (capítulo XX, p. 241), y por ello hace años que ha quedado superado para mí el principal peligro que pareció amenazarme en el primer año de mi enfermedad. En efecto; ¿qué puede haber más aterradorante para un hombre altamente dotado en tantos aspectos, como me atrevo a presumirlo de mí sin jactancia, que la perspectiva de tener que perder el intelecto y hundirse en la idiotez? Cualquier otra cosa que para mí tenga alguna importancia me parece en razón de ello más o menos secundaria, tras haber alcanzado después de una experiencia de años la convicción cierta de que cualquier intento en este sentido está de antemano condenado a la inutilidad, por cuanto el orden cósmico ni a Dios mismo le ha puesto en las manos los medios para destruir el intelecto de un hombre.

Naturalmente, me he preocupado mucho de la forma previsible que adoptará mi futuro aun en sentido positivo. Durante muchos años después de los cambios de mi propia concepción descriptos en el capítulo XIII he vivido con la suposición definida de que finalmente habrá de llegarse en mí a una emasculación real (transformación en una mujer); es decir, mientras creí que el resto de la humanidad había perecido, esta me pareció la solución incondicionalmente adecuada para una renovación de la humanidad. De hecho, considero aun hoy indudable que tal solución es, en sí, la que parecería más congruente con la esencia más íntima del orden cósmico. Emasculaciones con el fin de renovar a la humanidad tuvieron efectivamente lugar, según todos las probabilidades, en períodos anteriores de la historia del universo, sea en nuestra Tierra, sea en otros astros, en gran número de casos. A una emasculación apunta también inequívocamente una no pequeña parte de los milagros practicados en mi persona (véase capítulo XI, al comienzo), como también la repleción de mi cuerpo con nervios de voluptuosidad. Pero acerca de si, debido a las tendencias contrarias al orden cósmico con que Dios se encontró por primera vez tras la aparición de las almas probadas (atarse a las Tierras, etcétera) puede llegarse o no a una emasculación real, es algo sobre lo cual no me atrevo a hacer una predicción determinada para el futuro, tanto más cuanto que en el ínterin he tenido que rectificar mis ideas anteriores sobre la aniquilación del resto de la humanidad. Es posible, pues, y aun más, verosímil, que hasta el fin de mi vida todo quede en una acentuación intensa de la feminidad, y que por lo tanto yo deje de ser hombre sólo con la muerte.

Con ello pasa al primer plano la otra cuestión, la de si yo soy de alguna

manera inmortal y cuáles son las causas de muerte que en mi caso se hallan dentro del dominio de la posibilidad. Después de todo lo que he experimentado acerca del renovado poder de los Rayos divinos sobre mi cuerpo (véanse al respecto las explicaciones anteriores), tengo aún hoy que calificar de verosímil que en mi caso estén descartados como causas de mi muerte cualesquiera influjos morbosos y hasta ataques violentos desde el exterior. Supuesto que yo cayera alguna vez en el agua o que quisiera dispararme una bala en la cabeza o en el pecho, cosa en la cual, naturalmente, no pienso ya ni de lejos, aparecerían presumiblemente fenómenos transitorios como los que son propios de la muerte por ahogamiento o el estado de pérdida de la conciencia después de una herida de bala con efecto mortal. Pero si tendría o no lugar entonces, mientras durase el trato con los Rayos, una nueva revivificación; si sería o no suscitada la actividad del corazón y con ella la circulación de la sangre, se reconstituirían los órganos internos destruidos y los trozos de hueso, es esta una pregunta que, de acuerdo con mis vivencias anteriores, no me atrevo a responder negativamente. En efecto; durante los primeros años de mi enfermedad he vivido repetidas veces durante un tiempo sin los órganos internos más importantes o con grave lesión de ellos, como también con grandes destrozos de partes del sistema óseo, que en otras circunstancias parecerían difícilmente prescindibles para la prolongación de la vida. Las causas que llevaron entonces en cada caso a la reconstitución de lo destruido siguen existiendo aún, y por eso apenas puedo imaginarme un efecto mortífero de sucesos de la clase mencionada más arriba. Lo mismo vale para todos los influjos morbosos naturales externos. Según esto, sólo me parece que deba tomarse en cuenta como posible causa de muerte lo que corrientemente se denomina "debilitamiento senil". Sabidamente, la cuestión de cómo explicar la muerte por debilitamiento senil es una cuestión bastante oscura también para la ciencia. Se pueden describir los fenómenos externos que aparecen entonces, pero no se ha logrado, por cuanto yo sé, averiguar la causa que realmente actúa: la cuestión de por qué, en definitiva, el hombre tiene que morir cuando alcanza determinada edad, es algo que hasta el momento ha eludido una respuesta cierta. Aparentemente, a todo ser creado se le ha asignado tan sólo una medida determinada de fuerza vital, después de cuya extinción los órganos que sirven para el mantenimiento de la vida rehúsan su colaboración. Por consiguiente, podría perfectamente imaginarme que los Rayos tienen también la capacidad de reparar cualquier daño que surja en un cuerpo que se encuentra todavía en posesión de la fuerza vital, pero no la de reemplazar la fuerza vital misma.

El otro aspecto del asunto se refiere a la cuestión de qué será de Dios en el caso de mi fallecimiento, si es que así puedo expresarme. Para mí es in-

dudable, según todo lo expuesto hasta aquí, que toda la relación en la que Dios se ha colocado respecto de nuestra Tierra y de los hombres que viven en ella se funda en ciertas relaciones surgidas entre Dios y mi persona. Si mi persona fuera suprimida por la muerte, con seguridad tendría que producirse una modificación en aquella relación; no me atrevo a afirmar si esta se manifestaría de alguna manera visible para otros hombres. Tal vez entonces, obligado por la necesidad, habrá que decidirse a las medidas que implican el retorno al orden cósmico (abandono del atarse a las Tierras, supresión total de los restos aún subsistentes de las almas probadas, etcétera), para las cuales hasta ahora no se ha podido encontrar la energía de la voluntad. Sólo por esta vía podría Dios, en mi opinión, ponerse otra vez en estado de cumplir las tareas que le incumben dentro del orden cósmico, en especial la de restaurar las bienaventuranzas. Que entre los primeros nervios que serían elevados a la bienaventuranza se encontrarán también los míos, es algo que yo daría casi por obvio, vistas las relaciones que durante años han imperado entre yo y Dios. Acerca de los pormenores de las medidas que deberían ser tomadas por Dios después de mi muerte, no puedo entregarme a ninguna conjetura, tanto más que sólo he podido lograr, por la naturaleza misma del asunto, una idea más o menos imprecisa sobre las disposiciones contrarias al orden cósmico, de cuya cesación se trataría entonces.

En cuanto hace a la forma que tomará mi vida hasta mi eventual muerte, creo que se producirá una cierta mejoría de mi situación vital externa, que podré lograr la revocación de la incapacitación y el alta del presente hospital, etcétera, dentro de un tiempo razonable y sin grandes dificultades. El reconocimiento de que, sean lo que fueren mis “delirios”, no tienen ante sí en mi caso un enfermo mental de tipo corriente, no lo podrán evitar, a la larga, tampoco otras personas.

Sin embargo, con ello no se me proporcionaría ninguna compensación por lo que he sufrido y tolerado en los últimos *siete años*. Por ello, tengo la sensación de que en mi vida futura se dará alguna *grande y brillante* compensación, proporcionada no por los hombres, sino en alguna medida traída por la propia necesidad interna de las circunstancias. Ya en la época de mi permanencia en el hospital de Flechsig, cuando yo, por una parte, alcancé las primeras vislumbres de la maravillosa armonía del orden cósmico, y por la otra, experimenté en mi persona la más profunda degradación y parecía estar amenazado por los más pavorosos peligros, encontré en lo referente a los Rayos la máxima de que *tenía que haber una justicia compensadora; no podía ser* que un hombre moralmente inmaculado, situado en el campo del orden cósmico, pereciera en la lucha llevada contra él por fuerzas hostiles, como inocente víctima propiciatoria por los pecados de otros.

Esta máxima, para la cual entonces sólo tenía escasos puntos de apoyo, y que, por ende, había surgido entonces podría decirse que de un sentimiento instintivo, ha sido corroborada ya con el correr de los años de una manera que supera en mucho mis expectativas. La balanza de la victoria se inclina con mayor claridad de mi lado; la lucha que se lleva contra mí pierde cada vez más el carácter enconado que antes le era propio; mis estados corporales y las restantes condiciones de vida se tornan cada vez más soportables, a causa del permanente incremento de la voluptuosidad del alma. Y así creo no equivocarme en la suposición de que finalmente me espera una palma de victoria enteramente singular. En qué consistirá, es algo que no me atrevo a predecir de manera precisa. Sólo con el carácter de algunas posibilidades que podrían venir al caso mencionaré aquí el cumplimiento de la emasculación, con el resultado de que, mediante una fecundación divina, saldrá de mi seno una descendencia; o quizá la otra consecuencia de que con mi nombre irá unida una fama que a miles de hombres de dotes espirituales incomparablemente superiores no les ha tocado en suerte. Tales pensamientos podrán parecer a otras personas fantásticos, quiméricos, y aun ridículos, frente a la situación vital mezquina y limitada en cuanto a la libertad en la que momentáneamente me encuentro. Sólo podría comprender que tales pensamientos tengan que ocurrírseme aquel que haya conocido lo que he tenido que soportar en el transcurso de los años pasados. Cuando recuerdo los sacrificios que se me impusieron con la pérdida de una posición profesional honorosa; con la disolución efectiva de un matrimonio feliz; con la privación de todos los placeres de la vida; con los dolores corporales, tormentos espirituales y horrores de una índole enteramente desconocida, se me impone la imagen de un martirio que sólo puedo comparar en su integridad con la crucifixión de Jesucristo. Por otra parte, hay que tomar en cuenta el atroz fondo de la imagen, en cuyo primer plano se encuentran mi persona y mis vicisitudes personales. Si es verdad que la perduración de toda la creación sobre nuestra Tierra depende exclusivamente de las peculiares relaciones en que Dios ha entrado a mi respecto, la recompensa de la victoria por la fiel perseverancia en la dura lucha por afirmar mi intelecto y por purificar a Dios sólo puede consistir en algo extraordinario.

Con esto llego a la última consideración de la que tengo que ocuparme en este trabajo. Considero posible, y hasta verosímil, que la futura evolución de mi suerte personal, la divulgación de mi sistema de ideas religiosas y el peso de los argumentos que se impondrán en favor de ellas, traigan consigo una revolución en las ideas religiosas de la humanidad que será sin precedentes en la historia. No ignoro los peligros que podrían resultar de un trastorno de todos los sistemas religiosos existentes. Pero con-

fio en el poder victorioso de la verdad, que tendrá la fuerza para reparar los males que resulten transitoriamente de una desorientación de los espíritus. Si muchas de las ideas religiosas, en especial las cristianas, que hasta ahora han sido tenidas por verdaderas, tuvieran que ser rectificadas, por lo menos la certidumbre que se abre para la humanidad acerca de la existencia de un Dios viviente y de una perduración del alma después de la muerte, no puede tener sino un efecto benéfico. Y por eso termino expresando mi esperanza de que en este sentido el resultado de mi trabajo se vea presidido por una estrella favorable.